TRILOGÍA DEL TERCER MILENIO
Blanca García-Valdecasas
La Vida Regalada
Biblioteca Online

LA VIDA REGALADA

Blanca García-Valdecasas

LA VIDA REGALADA

Biblioteca Online

Créditos

Primera edición digital: diciembre de 2018

La vida regalada
© Blanca García-Valdecasas, 2018
© BibliotecaOnline, 2018
Castillo de Fuensaldaña 4
28232 Las Rozas Madrid
Teléf.: 91 3776546
www.bibliotecaonline.es

Diseño de cubierta: María Espinosa y García-Valdecasas

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier tipo de soporte o medio, actual o futuro, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Elaboración del eBook: epubspain.com

ISBN: 978-84-17539-06-1

Índice

Portada
Portadilla
Créditos
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
XVI
XVII
XVIII
XIX
XX
XXI

A mi hermana María,
con mi admiración y afecto.

I

La verdad, pensó Ángela, Luisa apenas escribía. Al dar un rápido vistazo a los correos llegados en la última hora, había visto uno de su hija. Rareza casi para coleccionistas por ser algo muy poco frecuente. Estaban a primeros de Marzo y el anterior había sido una tarjeta de Navidad impresa, de las que se mandan a conocidos y amigos. Ni siquiera le deseaba feliz entrada en el siglo XXI ni, más emocionante aún, en el Tercer Milenio.

Como había en la Escuela de Idiomas bastante trabajo, y en una hora más se iría a almorzar a su casa, decidió esperar y leerla allí, ya tranquila.

Era uno de esos días en que el viento de la sierra de Guadarrama se precipita inesperado contra los habitantes de Madrid, haciéndolos andar casi a ciegas por el polvo y tiritar debajo de las ropas elegidas mirando al cielo tan azul, engañador. Hoy hasta se burlaba de ellos; de pronto hacía como si se perdiera. Malicioso, reaparecía al poco con remolinos que echaban a volar los periódicos en los puestos de la calle y levantaban las faldas de las señoras.

La casa de Ángela estaba apenas a quinientos metros de la Escuela. Cuando acabó su tarea, se colgó el bolso del hombro, cruzó bien su abrigo y cogió la cartera con las dos manos sujetándola junto al pecho. Tenía hambre; generalmente a las dos y diez estaba en su casa, enseguida almorzaba. Sólo los miércoles salía más tarde; era el día en que las amigas se reunían a merendar y ella no volvería a su trabajo hasta el siguiente.

Había fundado su “Centro San Luis de Idiomas” en momentos difíciles al encontrarse, por un accidente, sin marido y con una niña pequeña. Fue sacándolo adelante con mucho trabajo y dedicación; de que empezó hacía ya casi treinta años. Ahora podía tomar las cosas con más calma. Hoy iba a descansar un rato hasta el momento de recoger a Flora; desde su casa irían juntas al bar del hotel Velázquez, en realidad estaban a unos pasos. Allí habían quedado con las otras tres íntimas: Hilda, Paloma y Cristal.

Al abrir la puerta del piso acudía a recibirla Carmen, que llevaba trabajando en su casa desde que ella había empezado con la escuela.

—Ahora mismo le pongo la comida.

—Dame unos minutos para leer una carta de Luisa que me ha llegado hace un rato.

—¿Carta de la niña? ¿Qué pasará? Será algo bueno, si Dios quiere.

“La niña”, pensó. Tenía treinta y tres años y cuatro hijos. Muy de vez en cuando mandaba un correo electrónico y, acaso un par de veces al año, llamaba por teléfono. Ángela contestaba a los correos y con el tiempo había ido dejando de llamar; siempre que lo hacía parecía haber caído justo en el peor momento. “Tengo que bañar a los pequeños”, a las seis. “Estamos por sentarnos a la mesa”, a las siete. “Viendo nuestro programa favorito”, a las nueve; “perdona, estoy muy ocupada”, prácticamente a cualquier hora. Luisa por lo visto creía que el cariño entre madre e hija era algo establecido que nadie necesitaba alimentar. Lo malo, que de no decirse nada, uno acababa no teniendo nada que decirse.

Empezó a leer: “Querida mamá”. Enseguida la gran noticia. “Volvemos a Europa”. Sí, era buena noticia. Su yerno trabajaba en una compañía de petróleo, habían vivido en Texas, Alemania, Kuwait, otra vez los Estados Unidos. Ahora, al parecer, los mandaban a Inglaterra. “Buen sitio” —pensó Ángela.

Seguía Luisa: estaban en contacto con varias agencias y también habían visto docenas de casas en la Internet. Habían pensado alquilar pero los alquileres eran un robo. Entonces, iban a comprar. Ahora venía la gran idea de Luisa: “que vendas el piso y así reunimos dinero para comprar algo bueno. Hemos visto cosas bonitas con *“granny’s flat”*, apartamento, pequeño super mono. Hablé por teléfono con mi abuela y le pareció muy bien lo de vender dijo que en Madrid han subido mucho los pisos. En realidad pensamos que debías de vender también el Centro porque si vives aquí con nosotros no te puedes ocupar. (qué puntuación, Dios mío, y debes “de”; se le ha olvidado el español). Tuvo su momento, no voy a negarlo (menos mal, porque de eso has vivido, bastante bien por cierto). Bueno, espero que te parecerá bien mi idea si no lo haces tendremos que conformarnos con un piso malo en un barrio malo y a mí no me importa pero por los colegios de los chicos.” Seguía hablando de los niños y terminaba: “así que ya sabes, todo eso hay que hacerlo con mucha prisa. *Love from Luisa”*.

¿Love? Por favor. Ángela cerró el portatil, lo guardó en la cartera. Quedó quieta unos instantes, desconcertada. Lo volvió a sacar, releía la carta de principio a fin. La audacia de la propuesta... Cierto que el piso lo habían comprado los suegros un par de meses después de su boda. Ni siquiera sabía si le pertenecía a su hija o a ella; quizá se lo explicaron y lo había olvidado. Tendría que consultar a su abogado, Juan Rivera. ¡Luisa había hablado con su abuela antes que con su madre! Sabiendo que era ella quien había mantenido siempre a la familia.

Su marido nunca tuvo empleo fijo, iba de acá para allá. Encontraba trabajos pero duraban poco. Fue un chico encantador, atractivo, divertido, el más simpático del mundo y buena persona además; Ángela lo adoraba.

¿En qué estaba pensando Luisa? Sabía que su abuela no la podía ver,

las pocas veces que se encontraron la miraba como si fuera... un sapo. Siempre daba a entender que "aquello" de su hijo era equivocación de la loca juventud y no duraría porque, sencillamente, no podía durar. Sacudió las ideas de su cabeza. "Todo esto es un error, no puede ser. No puede ser".

Carmen venía a decirle que estaba la comida. Se la quedaba mirando.

—La veo muy seria. No serán malas noticias de la niña.

—No, malas noticias, no. Los trasladan a Londres. Eso es bueno.

—¿Y entonces?

—La vida allí es muy cara y les falta dinero para comprar una casa.

—Claro, querrán una ayudita. Y a quién va a acudir más que a su madre.

Aunque más tarde acabaría contándole a Carmen los detalles, al pronto le dio vergüenza hablar de la idea de Luisa. Carmen de tonta no tenía nada. Todo era inconcebible, impensable. Le faltaban palabras.

—*"Preposterous"*. —Le vino en inglés.

—¿Cómo dice?

—Es una palabra inglesa que... resulta complicado. Tengo que pensar.

—Si no viene voy a tener que recalentarle la comida.

Fue. Ya no sentía ganas de comer sino una mala combinación de hambre y náuseas. Masticó despacio sin saber bien lo que comía. Bebió agua para tragar, siguió con esfuerzo. Al final apartaba el plato.

—¿Qué decías, Carmen?

—Si le hago café.

No, muchas gracias. Se iba a tumbar un rato, estaba bastante cansada, de repente. Que por favor la llamara dentro de una hora.

—Vaya vaya, yo la despierto.

—Que sea de verdad, no como el otro día que no me despertaste porque estaba dormida.

—Ah, la veía muy profunda. Me dio lástima.

Pero, claro, si no estuviera dormida, ¿qué falta le iba a hacer que la despertara? Era una mujer excelente, la cuidaba todo lo que Ángela se dejaba cuidar y un poco más. Cuando, a la muerte de su marido, tuvo que trabajar casi de sol a sereno, necesitó ayuda doméstica por la niña. A punto estuvo de no contratar a Carmen por su tamaño. Altísima y grandona, no que fuera gorda pero con anchura, parecía ocupar más lugar del que correspondía a cada uno, agobiaba. De cara muy redonda y roja, con una nariz puntiaguda y arremangada, tenía aspecto de mujer batalladora. Pero se la habían recomendado mucho, no tenía otra a la vista y la contrató. Todos los días de su vida se alegraba por ello. Los primeros años iba externa, cuidaba de sus padres, ambos enfermos, hasta dormía en su misma habitación, en el suelo, en un colchón que retiraba cada mañana. Se portó con ellos como una santa y cuando murieron le dijo a Ángela que estarían más cómodas las dos si se iba a vivir a la casa. Ángela, que había

temido quedarse sin ella, respiró hondo. Qué alivio. Pero:

—¿No prefieres vivir en tu casa, más independiente? Yo encantada de que te vengas pero no te deshagas del otro piso por si luego pensaras que estás mejor allí. —Lealmente dijo.

—¿El otro piso? Señora, el piso de mis padres ahora es de todos. ¿Cree que mis tres hermanos me lo iban a dejar?

Aún insistió. Hablaría con su abogado; él las asesoraría. Había vivido allí muchos años, tendría derechos... Carmen firme. Por ningún motivo pelearía con sus hermanos. Al final fueron juntas a elegir una cama, telas alegres para su dormitorio. Más adelante, cuando desarrolló una afición desmesurada por Internet, arreglaron otra habitación, como un pequeño despacho para su ordenador, donde se quedaba en diversos "Chat" hasta las altas horas. Así llevaba, contenta, cerca de treinta años.

Y ahora Luisa quería sacarla a ella de su casa. Si se marchaba, Carmen también perdería su estilo de vida; no estaba dispuesta a eso. Sólo iría donde pudiera llevársela.

Sí, le gustaría vivir cerca de ellos, disfrutar de los niños; casi no los conocía. "Pero que sólo me llamen cuando les hago falta es un golpe a mi sensibilidad. ¿O a mi orgullo? Quizá yo sea orgullosa".

Ángela era la menor de cinco hermanos, varones los cuatro mayores. Su padre era abogado en Cádiz, donde había nacido y vivía ejerciendo su profesión. Un hombre tranquilo, culto, con sentido común. Temiendo que por ser la pequeña y única niña se criara muy mimada, la mandó desde los diez años a Inglaterra, interna en un colegio de monjas hasta terminar sus estudios. Al principio le costó acostumbrarse, siempre había convivido con chicos, pero pronto se sintió a gusto allí, principalmente porque se hizo amiga íntima de otra española, Emilia Losada, también hija única, de Madrid. De vuelta en España estudió filología inglesa en la Universidad Complutense a la vez que Emilia hacía clásicas en la misma facultad. Eran inseparables, incluso tomaron un diminuto piso a medias cerca de la calle de la Princesa.

En cuarto de carrera conoció a Luis, un chico de Málaga que hacía tercero de derecho con alguna asignatura pendiente. Era muy popular, tenía amigos a montones. El típico que entraba en el bar de la facultad y lo llamaban desde todos los lados. Antes de terminar el curso se habían hecho novios. Cuando Ángela acabó el quinto año llevaba uno trabajando, daba clases en la Escuela Central de Idiomas, como ayudante, de inglés y francés que había aprendido a fondo en el colegio y mantenía a fuerza de leer. Además hacía traducciones y tuvo tiempo de aprender bastante alemán en la misma escuela. Cuando terminó los exámenes de licenciatura tomó también alumnos particulares. Con todo esto andaba atareada y feliz; le gustaba enseñar. Al mismo tiempo Luis decidió: se casaban. Aunque a él le faltaba un curso entero y varias asignaturas más. Los padres se opusieron a

la boda, los malagueños furiosamente, los de Cádiz con moderación y buenas razones. Fue inútil. Se querían casar y nadie iba a impedírselo.

Luis tomó el tren y fue a Málaga para hablar con su padre. "Verás como yo lo arreglo todo", dijo a Ángela riendo. Como si fuera una gran broma. Ángela no esperaba tal cosa, pero fue así, en efecto. Luis había prometido a su padre acabar la carrera, ponerse a trabajar; el padre cedió al parecer con disgusto, le consiguió trabajo en la empresa de unos amigos. La madre no cedió jamás, no quiso conocer a la novia ni a los futuros consuegros hasta que fue a la boda a Cádiz, con cara de que todos los que estaban allí olían mal o algo parecido. No hubo petición de mano ni viaje de novios; empezaba el curso y Ángela no podía faltar a ninguna clase. ¿De qué iban a vivir, si lo único sólido lo ganaba ella? Lo dejaron para "más adelante, cuando estemos mejor de dinero"; no lo hicieron nunca. Habían alquilado una habitación con un cuartito de aseo y mini cocina —un hornillo y un diminuto fregadero de zinc— en la calle de Hortaleza, parte modestísima de un modestísimo piso, sin ascensor. En la escalera reinaba el olor que extrañamente era típico del Madrid de aquellos años: olor a guiso de col. Eran realmente pobres. Pese a tanta estrechez, Ángela se sentía feliz, todos los días pensaba que parecía imposible su buena suerte. Y a finales de noviembre el padre de Luis que tenía dineros y aspiraciones a grandezas, les anunció que les había comprado un piso, en la calle Claudio Coello. Luis se rió mucho, arregló todos los papeles, le dio a firmar unos cuantos que ella firmó sin leer, dijo alegremente que el orgullo tenía su lado bueno. El orgullo de su padre, que no podía tolerar la vista de su único hijo viviendo tan pobremente, les había regalado el piso, una vivienda espléndida sobre todo para sus circunstancias. En aquellos días Ángela supo que estaba esperando un niño, le pidió a Luis que se lo dijera a sus padres, suponiendo una alegría para ellos. Se reía: "ya lo sabrán; tú no te preocupes".

Ángela no dormía. Detrás de sus párpados entornados, desfilaban imágenes de aquellos tiempos. Su boda, el cuartito de Hortaleza, casi perdido en el recuerdo, el día que entró en el piso nuevo, de la mano de Luis. Su asombro, su entusiasmo, revividos, al recorrer la casa vacía, los grandes balcones dando a la calle de Alcalá con el Parque del Retiro enfrente... una casa que no se hubiera atrevido ni a soñar, el olor de pintura flotando en el aire como una bienvenida, el suelo de color miel, recién barnizado. En el dormitorio el regalo de sus padres, los buenos muebles franceses de la abuela Carlota, de estilo imperio, caobas pulidas y bronces intactos, la gran cama donde dormía con Luis... ahora estaban en un guardamuebles; no había soportado usarlos ella sola.

En julio del año siguiente nació Luisa, flaquita y endeble, costó trabajo y paciencia criarla. Pero al cumplir los dos años era ya una niña saludable, ganando personalidad, con su geniecito, sí. Era una lástima que su padre

no la hubiera conocido mayor; iba a cumplir cuatro años cuando un conductor borracho lo arrolló al ir a entrar él en su coche, en la parte alta de la Castellana, acabando con su vida y de paso con la de Ángela. O así lo creyó ella al principio. Emilia, que estaba en Cambridge, al saber la noticia voló a Madrid de inmediato; hasta llegó antes que la familia de Cádiz que acudió en bloque. Los hermanos se volvieron al día siguiente del entierro, Emilia pasó ocho días en su casa y sus padres un mes entero dándole consuelo y apoyo. Su padre le buscó un abogado hijo de un viejo amigo: Juan Rivera. Joven serio, gruesas gafas, bondadoso y luchador, que consiguió un buen acuerdo con la compañía de seguros y el conductor culpable y otro con los abuelos malagueños porque al fin y al cabo Luis era su único hijo y Luisa su única nieta. Con todo esto, después de los meses que tardó en resolverse el asunto, bien orientada por Juan Rivera que había seguido siendo consejero y amigo, compró otro piso más grande unas manzanas más arriba y montó la escuela de idiomas. Técnicamente, ¿podría su hija reclamar este piso también? Con lo que había luchado, trabajando más horas de las que el día trae... No lo sabía.

La niña creció despreocupada sin echar de menos al padre de quien no conservaba recuerdo. No dio grandes quebraderos de cabeza, ni malas notas ni malos amigos. Tenía el genio vivo, le gustaba salirse con la suya; Ángela procuraba no contrariarla. No fue cariñosa, más bien despegada, quizá la forma sana de ser para una hija única sin padre.

Quién sabe por qué razón se empeñó en estudiar en los Estados Unidos. Tal vez por alguna compañera; era sabido que a aquellas edades hacían más caso a los amigos que a la familia. Logró matricularse en una Universidad en Massachussets, seguramente mediocre; Ángela sin parpadear mandó dinero suficiente para matrículas y un apartamento. Más tarde, Luisa conoció a Juan, que terminaba ingeniería en M. I. T. y unos meses después vino el primer disgusto. La llamó —cobro revertido— para decir que tenía este novio y se casaban. Ángela, llena de angustia, quería saber detalles. Y se los daba de malagana.

Juan había nacido en un pueblo de La Coruña, el menor de ocho hermanos; cuando tenía tres años su padre se mató al caerse de un árbol (no pudo saber qué estaba haciendo en el árbol: cuando lo preguntó, Luisa se puso furiosa.) El hermano menor de su abuelo, tío-abuelo Manuel, había emigrado a los Estados Unidos, no tenía hijos. Su mujer y él eran ya mayores, propusieron hacerse cargo del pequeño. Incluso viajaron a Galicia para llevárselo; la madre no tenía dinero ni para darles de comer. El tío había empezado siendo camarero, se casó con Dora, de madre gallega y padre americano, acabó teniendo tres restaurantes. No criaron a Juan para seguir el negocio; el chico sería ingeniero porque era muy listo y ellos podían pagar buena preparación, buena universidad.

Parecía más una historia del siglo diez y nueve que de finales del

veinte, pensaba Ángela, pero era cierta. Más adelante le llegó una carta de Manuel, mal redactada, mal escrita pero bien pensada y sensata. Antes había intentado discutir con Luisa. ¿Por qué de repente? ¿Cuándo, dónde? Pues en una iglesia católica dentro de cuatro semanas; necesitaba urgentemente los papeles, leyó una lista que Ángela fue escribiendo en los márgenes del periódico casi sin saber qué hacía. Toda discusión con Luisa era inútil; acabó pensando que algo parecido hizo ella misma y no se había arrepentido.

Rápidamente gestionó los documentos, reservó billetes para Boston donde iba a ser la boda. Llamó a Cádiz y dio la noticia. Sus padres protestaron, muy alarmados. Contó, lo que pudo.

—Todo esto me parece un disparate —dijo su padre.

—Lo sé, lo sé. A mí también, pero nada de lo que le digo sirve para nada así que me tengo que resignar. Quiero saber si vais a venir.

—No, no. Con estas prisas imposible. Tu madre no está buena.

¿Cómo? No le habían dicho nada. ¿Qué le pasaba a mamá? Estaba con unos cólicos, como cortes de digestión.

—¡Válgame Dios! ¿Habéis ido al médico?

El médico no le veía nada de particular, le había mandado unas pastillas. Si no mejoraba, irían a un especialista del estómago. De viajar, por el momento no había caso. Colgó, preocupada. Dispuso las cosas en la escuela, compró un vestido y un sombrero, sencillos, y esperó nerviosa la hora de marchar.

Unos días antes de su viaje llamaron de Cádiz: su madre estaba en el hospital con un infarto. No sabían más, nadie les daba explicaciones. Vinieron horas de congoja y de dudas. Cómo elegir entre la boda de su hija y la posible muerte de su madre. Llamó a Luisa, a ver si la retrasaba. Y no, de ningún modo. Todo estaba organizado, todo el mundo tenía sus billetes, los tíos de Juan, dos hermanos, sus propios abuelos desde Málaga. Ángela siguió indecisa; esperaría un poco más a ver cómo se desenvolvía la situación. Entonces la llamó el hermano mayor.

—Niña, no sé lo que te habrán dicho pero mamá no sale de ésta.

—He hablado con papá esta mañana, dice que no está peor. No sé qué hacer. Se casa Luisa dentro de quince días y...

—Tu hija es una egoísta mal criada y una idiota. Claro que la culpa la tienes tú, que la has mimado más de la cuenta.

—No digas eso por favor, no...

—Es natural que la defiendas pero yo no tengo paciencia. Si no quiere retrasar la boda, allá ella. Y tú, si quieres ver a mamá...

—Iré, si la ves tan mal. Retrasaré mi viaje a Boston.

—Como quieras. Mira, no hace más que decir “que venga Angelita”.

Su madre murió, en efecto, ocho días después, de una operación de corazón, en el quirófano. Ángela se quedó en Cádiz acompañando a su

padre abrumado y aún incrédulo.

A partir de la boda Luisa pareció haberse convertido en otra persona, quizá fuera lo natural. ¿Había cambiado ella misma al casarse? No lo sabía, tal vez sí. Ya no podría preguntárselo a su madre, una de tantas preguntas como debió haberle hecho mientras estaban a tiempo y quedarían sin contestar irremediablemente.

Luisa nunca había sido expresiva, ahora era como si le hubiese cerrado su puerta, no daba entrada. No volvió a Madrid cuando nació su hija, no le pidió a su madre que fuera. Ángela calló. Como cualquiera podía contar, la niña había nacido a los seis meses de la boda; al menos era una razón para que no quisieran retrasarla. Habían decidido, dijo Luisa, llamarla Neniña; ahí ella, sin querer, resultó poco discreta: eso, respondió, era una cursilería, aparte de que ellos vivían en un mundo sin eñe. Luisa se picó; la madre de Juan se llamaba Neniña.

—Luisa, creo que me dijiste otro nombre; además esa señora no ha salido nunca de Galicia, no es lo mismo.

—Se llama Herminia pero todos le dicen Neniña.

Al final consiguió que la bautizaran con un nombre normal, María Luisa, pero la llamaban Neniña y luchaba en todos los colegios por la dichosa eñe, lo más parecido a su nombre siendo un fenómeno meteorológico.

Año y medio después nació Juan y a los tres meses los mandaban a Alemania. Pasaron las Navidades en Madrid. Después Ángela se quedó con los dos niños y los padres fueron a buscar casa. Mientras ellos vivieron en Alemania, Ángela solía visitarlos todos los años, generalmente para el día de Acción de Gracias. Nunca Luisa y ella cortaron del todo, pero su relación no era cálida ni gratificante. En Kuwait sólo estuvieron dos años, no los visitó. Cuando volvieron a los Estados Unidos fue dos veces a verlos, una de ellas cuando nació José. Aquel año Luisa volvió con ella a Madrid y estuvo tres semanas en su casa, para descansar. La última vez fue después de nacer Manolito; hacía de esto cuatro años. No los había visto desde entonces.

Y ahora de repente, Luisa salía con esto: que se fuera a vivir con ellos. No sabía qué pensar, sentía un desasosiego. ¿Y si, incapaz de decírselo, la niña la estuviera necesitando? Se levantó de la cama antes de que Carmen llamara a la puerta, tomó una ducha, se vistió y anduvo sin hacer nada, incómoda, hasta el momento de ir a recoger a Flora.

Miró por la ventana; el tiempo seguía desapacible, de algún confín habían salido unas nubes blancas como ropa colgada en el tendedero del cielo. Quietas a veces, otras corriendo todas hacia un lado.

Carmen la observaba meneando la cabeza.

—Me parece que se ha disgustado con la carta de la niña.

—No creas. Sólo estoy dándole vueltas al asunto.

—Yo tengo dinero en la cartilla de ahorros, bastante dinero. Ya sabe que si le hiciera falta...

Ángela estaba pensando: "Luisa ni siquiera manda recuerdos para ella, que la cuidó desde los cuatro años hasta que se fue. No le tiene ningún agradecimiento, ni se ha preguntado qué haría si yo me fuera a Londres". Dijo:

—No, por Dios. Muchísimas gracias pero no tienes que preocuparte. Saldremos de ésta como hemos salido de todo.

No pasaba día que no diera gracias a Dios por contar con Carmen.

II

La casa de Flora, un piso en la calle de Velázquez, sobrecargado de muebles, dorados y adornos. Su marido, Bernardo, docena y media de años mayor que ella, era uno de esos señores que han decidido ser viejos antes de lo necesario. Muy amable, educadísimo al estilo de cien años atrás, excesivamente cuidadoso de su salud. Como dijo un día Paloma: "¿A quién conocemos que lleve siempre bastón sin haberse roto nada, ni siquiera haberse caído, más que a Bernardo?" Rubiasco, sonrosado, azules ojos acuosos, algo blando y siempre perfectamente vestido. Flora, alta muy delgada, también de pelo rubio aunque ceniciento y ojos grandes azules un poco saltones, de estupenda facha que no había ganado peso ni perdido prestancia al llegar a la mediana edad. Elegante, daba importancia a la ropa y se vestía como una modelo; si no miraba uno su cara podía confundirla con una chica de veinte años. Aparte de ser prima segunda de Ángela, apenas tenía familia propia, ni padres ni hermanos, lo que era una lástima porque no había persona más afectuosa. La llamaban "siempreflora" o "siemprebuena"; excelente amiga en todo momento.

Pasó Ángela a recogerla y Bernardo le dio unos minutos de conversación hasta que salió Flora, con apresuradas disculpas por haberse retrasado al teléfono. Cuando las dos llegaron a la cafetería ya estaban Cristal y Paloma en una mesa junto al ventanal dando a la calle de Velázquez. Las habían visto llegar por la cristalera y se estaban riendo cuando entraron.

—¿Qué pasa, qué os hace tanta gracia?

—El paso que traéis por la calle, tan solemne. ¿Cuánto habéis tardado desde casa de Flora?

Ángela se rió también. "No mucho, hoy no había cochecitos de bebé por la calle, seguramente por culpa del viento. Flora siempre se para a mirarlos y eso nos suele retrasar."

—Flora, tienes que andar más y más deprisa.

Flora protestó, que caminaba todos los días aunque, eso sí, a su paso. ¿Para qué ir deprisa? Porque, dijo Paloma, parecían dos viejas.

—Ser joven es cruzar con el disco rojo.

—¿Cuando vienen coches? —Flora no entendía.

—No, hija, eso es ser imbécil. Pero ser capaz de correr un poco, estar

ágil. Desde luego, no puedes andar con esos tacones; tú lo que necesitas son los zapatos de los Massai.

—¿Los Massai tienen zapatos? —preguntó Cristal.

—No me estarían. Tengo un pie muy pequeño.

Que hablaba en serio, protestó Paloma. Todo el mundo se estaba comprando aquellos zapatos, eran geniales para andar. Y los había de todos los números.

—Es verdad, yo los he visto —aseguró Ángela—. Son carísimos y muy feos.

—Ah, entonces la perfección. —Cristal sonreía, apreciativa.

Flora suplicó que, por favor, no le hablaran de eso a Hilda; ella generalmente se compraba lo más caro, con el criterio de que traía más cuenta a la larga. Resultado: llevaba la ropa años y años, deshechurada y pasada de moda.

En efecto, cuando llegó Hilda unos minutos después, que habían disfrutado charlando y mirando a la gente que andaba por la acera contra los remolinos del viento, venía desde la oficina y claramente no se había arreglado en todo el día. Sólo se quitó el abrigo gris que seguramente fue muy caro quince años atrás, se estiró el jersey también gris y se alisó un poco el pelo con los dedos. Sonrieron: qué propio de ella no preocuparse por su aspecto.

Las asombró Paloma pidiendo al camarero un emparedado de jamón. ¿Qué pasaba, se había hartado de la dieta? Porque últimamente sólo comía comida vegetariana. Era que tuvo que ir al médico para una revisión y resultó con un poco de anemia.

—Pero muy poco. El médico me dijo que le enseñara mis dientes. Me pareció raro.

—Sí, suena raro. Quizá a ver si tenías las encías pálidas

—No era eso. Me dio dos golpecitos con la uña en un colmillo y dijo: "todo animal —y perdone usted— que tiene estos dientes, llamados caninos, debe comer carne y pescado. Lo necesita su sistema inmunitario, así que no me vengan con cursilerías vegetarianas".

Cursilerías vegetarianas, les gustó la frase. "Yo siempre lo he dicho", dijo Flora.

—Es verdad, —recordó Hilda.

—Pero a mí no. Yo no te he oído... —Paloma se extrañaba.

—No me parecía amable. Además de esas cosas siempre se acaba uno cansando.

Ángela había hecho copia del correoE de Luisa, había pensado leérsela a las otras y pedir su opinión. Cuando sirvieron el té dudó, vaciló y no pudo decidirse. Prefirió contarles lo que decía, quitando hierro. Al pronto se quedaban calladas, luego dijo Hilda que lo primero era saber la forma en que el piso estaba inscrito. ¿Era suyo, de Luisa, de las dos?

—Aunque os parezca absurdo, no lo sé. Quizá lo supe y se me ha olvidado. Claro que yo pago los impuestos; la niña nunca ha tributado en España, tú lo sabes, Paloma. De todos modos, eso no es importante.

—Lo sé, —dijo Paloma, que, siendo inspectora de Hacienda, le hacía sus declaraciones a la Agencia Tributaria—, pero es muy importante. Eso y una valoración hecha por profesionales. Tú puedes, por ejemplo, darle la mitad de su valor a tu hija, o una parte, y no te mueves de tu casa.

—Para nosotras sería un golpe que te fueras a vivir a otro lado.

—Desde luego, —dijo Flora— pero es tu hija y son tus nietos y si lo prefieres tendríamos que comprenderlo.

Como Flora, dijo Hilda, no tenía hijos veía la vida de familia de color de rosa. Pero no lo era tanto.

—Tampoco sé si podría darle el dinero, no tengo idea de lo que vale... —Ángela se veía preocupada.

—Yo puedo hacerte un préstamo sin problemas —dijo inmediatamente Hilda.

—Y yo. —Era Cristal.

—Yo también.

Todo el mundo me ofrece dinero, pensó Ángela. ¿Tengo tanto aspecto de desvalida? Y qué suerte contar con personas tan buenas... las amigas, Carmen.

—Tú tienes madre y hermana, Paloma, —dijo Cristal.

—Yo no sé si podría —dijo Flora con pesadumbre—. No tengo nada mío. Bernardo es muy generoso, desde luego. Tendría que decírselo a él.

—No, no. Muchísimas gracias a todas pero no. Seguro que me puedo arreglar. Por cierto, Flora, cuando he ido a buscarte, he estado hablando con Bernardo y lo encuentro como muy caído.

—No sé por qué está tan pesimista. El médico dice que no le pasa nada, por lo menos nada nuevo. Pero fijaos, no va a ir al funeral de Pepito San Julián esta tarde, que era tan amigo suyo.

—¡Oh, qué horror! —Hilda exclamaba muy fuerte.

—No te burles de Bernardo.

—¿Burlarme? Si todas lo adoramos; es el único marido que tenemos para las cinco. Pero reconoce que le encantan los funerales.

Se reían porque era verdad; la misma Flora alguna vez había dicho: "Esa afición la heredó de su madre; a mi suegra nada le gustaba tanto como un buen funeral. Era demasiado beata para disfrutar de una fiesta, le parecía frívolo. Y, por otro lado, no quería desconectarse de la gente."

Cristal sintió un ligero remordimiento. Solía hacer visitas a Bernardo de vez en cuando, se llevaba muy bien con él. Últimamente lo tenía un poco abandonado.

—Hace tiempo que no he pasado a verlo —dijo—. Lo siento mucho. Es que estos días he tenido la cabeza... un poco a pájaros.

Paloma la miró. No había notado nada en su vieja amiga y ahora de repente... El peinado distinto, la blusa verde que daba un reflejo a sus ojos. ¿Habría surgido algo... alguien? Cristal era su amiga más querida; de hecho, era ella quien se la había presentado a las otras. Si hubiera... algo, tendría que ser la primera en saberlo. No podía ser, no a su edad.

—¿No puedes hacer que se distraiga un poco? —Ángela se refería a Bernardo.

—Lo que le gusta es la tertulia en la Peña y su partida de cartas, pero ahora no va. No se mueve de casa, dice que hace frío.

—No me hables —dijo Paloma—, menuda batalla tengo con mi madre con eso de no salir a la calle.

—¿Qué tal están tus ocupas?. —Así llamaba Hilda en broma a la madre y la hermana de Paloma, por parte de su padre, que vivían con ella.

—Ahí andan. Más o menos. Mamá muy pesada y Carolina tiene una buena racha. No hace más que leer.

—Eso está muy bien, ¿no?

—Sí, se entretiene.

Pero cuando le preguntaron qué tipo de libros le gustaba resultó que no leía más de libros para niños, Celia, Enid Blyton...

—Quizá la pobre no dé más que para eso, Paloma, y si le divierte...

—Pero es que tiene más de cincuenta años. De todos modos, yo pienso que los abuelos de mi hermana fueron muy buenos con ella, la criaron con mucho cariño pero nunca la obligaron a nada ni la estimularon a hacer ningún esfuerzo.

—Los pobres harían lo que pensaron que era mejor.

—Eso lo sé, no se lo echo en cara. Me da pena que mi padre... dimitiera como padre. Era muy inteligente y debería haberse ocupado más de ella.

— Pero —dijo Cristal— ¿lo hubiera consentido tu madre?

Paloma, un instante, calló. Le vino a la memoria una discusión oída en casa. Su padre no solía levantar la voz, era muy pacífico. Pero aquel día estaba alterado. Decía a su mujer que le había mentido; cuando eran novios siempre hablaba de lo mucho que le gustaban los niños, llevándolo a creer que sería una buena madre para Carolina. Después de casada dijo que no quería tenerla en casa y hasta se negaba a oír hablar de ella. “¡Tú me hiciste perder a mi hija!”

—¡Ya la habías perdido! ¡Y te he dado otra más guapa y más lista que aquella imbécil! ¿Por qué no reconoces que es una subnormal?

—Eres un ser horrible, ¿lo sabes? ¡HORRIBLE! ¡Eres un monstruo de egoísmo!

Después un fuerte golpe, la puerta de la calle. Nunca debería haberse casado con Virginia, eran tan diferentes de carácter, pero entonces ella, Paloma, no habría existido.

—¿Cómo decías, Cristal? Ah, mi madre. No, de ninguna manera. Y es

una lástima; a Carolina se le toma cariño cuando se la conoce. Es una infeliz.

—Con lo rebelde que era al principio y el trabajo que te dio.

—La pobre no estaba acostumbrada a mí ni a mi casa. Y cuando llevaba tres días conmigo, se planta allí mi madre con las maletas, en pleno ataque de rabia y de celos. Hay que reconocerlo, mi madre no es precisamente un sedante para una persona... así. Pero creo que ahora mi hermana es feliz en casa.

En verdad, dijo, era buena y muy generosa. De más. Le daría todo lo suyo si ella no se lo impidiera. "Por eso los abuelos me la entregaron a mí, para evitar que alguien se quedara con su dinero. Dejo que ella pague la mitad de los gastos porque eso le encanta y, como la administro, sé que puede de sobra. Es tan cariñosa, va detrás de mí por toda la casa preguntándome si necesito algo".

—¿No te da nervios? —preguntó Hilda—. Detrás de ti como un perrito.

—A veces un poco. Pero no es ninguna lata, de verdad. Lo único, que ni ella ni mi madre quieren salir a la calle.

Era un problema. Según el médico las dos tenían que andar, les gustara o no. Había una chica contratada sólo para sacarlas de paseo, a las doce en invierno, a las diez en verano.

—No quieren salir juntas, ninguna de las dos. Mamá le tiene rabia a Carolina y Carolina le tiene miedo a mi madre. Pero, bueno, estábamos hablando de Ángela. Yo repito lo que dije. Una valoración en cualquier caso. Después ya veremos.

—Ya sé, —dijo Flora—. Pasado mañana viene a almorzar mi sobrina Constanza.

Era hija de un primo segundo de Flora. Hasta el año anterior había vivido en Sevilla con sus padres y otra hermana. Justamente por un disgusto con aquélla se trasladó a Madrid. Flora y Bernardo le habían tomado gran cariño, que ella les devolvía quizá multiplicado.

—Una niña muy simpática.

—Sí. Y se porta muy bien con Bernardo. Tiene otro novio, ¿sabéis? Bueno, dice que no es novio sólo están "saliendo" y no sabe en qué va a terminar la cosa. Sea como fuere, Bernardo está empeñado en conocerlo y lo va a traer. Está aquí el padre del chico y lo invité también. Pero él había invitado a almorzar a Misi, la íntima de Constanza, así que le dije que vinieran todos.

—Es como cuando coges una cereza del frutero y se trae otras siete enganchadas —dijo Cristal, riendo.

Más o menos, sí. Misi trabajaba en una agencia de propiedades, ella le había encontrado el piso a la sobrina. También hacían tasaciones. "Ángela, vente a almorzar y así la conoces. Tiene razón Paloma; es el primer paso".

—No creo que yo pegue mucho; va a ser como muy familiar.

Flora insistió, claro que pegaba. Hilda: “Yo puedo bajar a tomar café”.

—Vente —asintió Flora—. Veniros las tres.

Cristal no podía, ese día tenía nietos. Paloma tampoco. “Los viernes por la tarde nunca hago planes”.

Era verdad. “Y nunca nos dices qué haces los viernes”.

Sonrió: “Pero si os lo he dicho cien veces: meriendo con unos amigos”..

Había algo misterioso en los viernes de Paloma desde hacía tres o cuatro años; insistía en que tenía aquella tarde muy ocupada. Hilda pensaba que eso era muy raro; en todo lo demás Paloma era como un libro abierto. Para Cristal, en cambio, en Paloma había mucho más drama del que pudiera parecer.

—De todos modos —dijo Cristal—, tienes que ponerte firme con Luisa. No se gana nada cediendo a los chicos en sus caprichos.

—No sé si es capricho. Es cierto que las casas están carísimas en Londres... y tienen cuatro hijos. Tal vez me echa de menos para educarlos. No lo sé... tengo tan poca comunicación con ellos. Pero es su vida, no la mía.

Las cuatro amigas, sin ponerse de acuerdo, pisaron firme en esta frase.

Exactamente. Es su vida. Es lo que yo estaba pensando. Y yo también. No se la tienes que resolver tú. Ayudar, sí. Todas habían llegado al mismo punto. Era razonable que Luisa acudiera a su madre si necesitaba ayuda. Era inaceptable que pretendiera un cambio de vida total para Ángela. Por ahí no debía pasar.

—Yo no tengo nietos —dijo Flora—, ni siquiera hijos, pero me parece claro que tú no tienes que hacerte cargo de esa familia.

—Verás —dijo Hilda—. Yo tampoco tengo nietos... ni ganas, pero mi padre sí. Mis hijos están bastante educados, no digo que los de Luisa no...

—Puedes decirlo —Ángela sonreía con sonrisa pequeña—. No los he visto mucho pero... creo que no lo están.

—Mi padre pasa muchas horas en casa, come y cena siempre con nosotros, ya lo sabéis. Os aseguro que si no fuera suya la casa, el negocio y todo, y no fuera un hombre autoritario que se hace respetar, lo pasaría mal con la gente joven. Porque van a su bola, creen que tienen derecho a todo, que todo se les debe... Y estamos ahí mi padre y yo para ponerlos en su lugar. Cada día tenemos que pintar las rayas del terreno de juego. Aplicar el reglamento. Pitar las faltas.

—Sí —dijo Cristal—, Ángela, no te vayas a vivir con tu hija, sería un error. Yo no puedo quejarme, me llevo divinamente con los yernos y la nuera pero, antes que irme a casa de uno de ellos, me iría a una Residencia.

—Tampoco exageres, —dijo Flora con un escalofrío.

—No exagera —intervino Hilda—. Tiene razón.

—Y lo dice el Eclesiastés, Ángela.

—¿El Eclesiastés? No sé de qué estás...

—Pues será el Eclesiástico —dijo Flora—. Siempre los confundo. Aquello de no dar tu herencia en vida. ¿No entendéis lo que quiero decir?

—Yo sí, —dijo Paloma riendo—. "No des a otros tus riquezas, no sea que, arrepentido, tengas que suplicar por ellas. Porque es mejor que tus hijos te pidan que no que tengas que mirar las manos de tus hijos". Bien traído, Flora. Es el Eclesiástico.

—Nunca sé cuál es cuál, —dijo Flora.

—Vaya, —bromeó Hilda— voy a tener que leer la Biblia. Siempre me pareció muy aburrida.

—¿Alguien quiere más té? —preguntó Flora—. La tetera sigue bien caliente. Luisa te debería haber preguntado a ti, no a su abuela.

Ella no había tenido una relación fácil con su suegra; las amigas lo sabían. Era mala suerte, justo la única persona que no apreciaba a Flora venía a ser la madre de Bernardo. Mujer rígida y austera, muy devota y poco simpática que tenía una pasión exagerada por su hijo.

—Mira, no quiero decir nada de Luisa, pero eso es ofensivo. Esa mujer, tu suegra, no sé quién se imagina que es. Y se ha portado fatal contigo desde el primer momento. La niña tiene que saberlo.

—Yo nunca le he hablado mal de su abuela. Claro, sabe que no me puede ver pero por ella, no por mí. Y en realidad eso no me importa, Flora. —Ellas dos eran primas, aunque lejanas, y sabía que por eso le molestaba doblemente el desprecio de la abuela de Luisa que, según Flora, "no era nadie".

—Casi te diría que la niña se ha portado de un modo ofensivo.

Cristal dijo que sencillamente había que ponerla en su sitio, sin enfadarse. "Le dices que tu piso no se vende y ya está".

Ni siquiera sabían a nombre de quién estaba inscrito, recordó Hilda. A lo mejor era de Ángela legalmente.

—Sí, pero moralmente...

Moralmente, el Eclesiástico debería ser bastante bueno. Entretanto a Flora se le había ocurrido otra idea: pedir una hipoteca sobre el piso y dar ese dinero a su hija.

—Algo que puedas ir pagando sin demasiado sacrificio.

—Niñas, no creáis que estoy mal, porque tampoco es eso. Creo... me parece que me he angustiado más de la cuenta. Hasta Carmen me ha ofrecido sus ahorros.

Recapitulaban. Ir al Registro de la Propiedad, pedir la tasación, pedir la hipoteca...

—Y de tu casa no sales.

—Y pasado mañana vienes a almorzar.

Estaban volviendo al principio. Como un círculo, la tarde se cerraba; hora de despedirse. Afuera habían caído las sombras y el viento racheado

seguía arremolinándose en una dirección o en la contraria. El viento, que sopla cuando quiere y no se sabe adónde va.

III

Ángela abrió la puerta de su piso y al punto la envolvía la dulzura del ambiente. La casa estaba tibia, casi de más por contraste con el frío de la calle. Encendió, sin necesidad, las luces del salón y el cuarto de estar que se había ido convirtiendo en biblioteca. Miraba sus libros, atesorados a través de los años, amados, releídos. Los muebles, la mayoría ingleses, que había comprado despacio, dando muchas vueltas, repensando, contando cada céntimo, en anticuarios y subastas. Algunas cosas de su abuela, gusto por lo francés, como los sillones y la consola del salón. Las viejas alfombras persas bastante gastadas, con sus tonos rosas y azules desvaídos, irrepetibles. Sus cosas. Modestas, nada magnífico, nada malo, llamativo ni feo. Su casa: no se iba a deshacer de ella... si lo podía evitar. Hablaría con Juan Rivera, buscarían el modo. La apoyaban las amigas y Carmen. Y, si lo supieran, Clara Martín, la secretaria, y Walter Valdés, el jefe de estudios de la Escuela; gente leal. Aquellas eran su vida y sus costumbres. Respiró hondo. No te preocupes, se dijo, ya verás como no tienes que dejarla. ¿Y si Luisa, de verdad, la encontraba a faltar? No tienes que sentir remordimientos si no haces lo que Luisa quiere, se dijo. No es razonable. Pero como me pide ayuda, haré lo que pueda.

No llamó a su hija aquella noche. Hubiera debido quedarse despierta hasta muy tarde y estaba cansada. Llamaría cuando tuviera todos los datos.

El viernes salió más temprano que de costumbre, ya vestida para el almuerzo de Flora. Pensó en los dos pisos idénticos, tercero y cuarto, de la calle de Velázquez; parecía mentira lo distintos que resultaban, hasta de tamaño. Flora tenía cortinas de seda de color crudo, muebles franceses, tapicerías pálidas, cantidad de cuadros. Cosas preciosas y de valor, pensaba Ángela, impecablemente tenidas. La casa de Hilda estaba puesta con muebles muy grandes, sofás de cuero o terciopelo en oscuros colores, pardos o café, caobas pesadas; la casa que fue de Héctor, su padre, con los macizos aparadores isabelinos que ella no necesitó cambiar. En cuanto a Felipe, su marido, el tiempo que había durado, había sido un auténtico ejemplar de la especie hombre-objeto: nunca tomó ninguna determinación.

Hilda, de verdadero nombre Brunhilda, no había nacido de un matrimonio legal. Una secretaria de la casa discográfica propiedad de Héctor quedó embarazada. Pidió ayuda a su jefe: permiso y dinero para

irse a Inglaterra y abortar. A él no le gustó aquello; ofreció ocuparse de todos los gastos y ser padrino del chico. Fue una niña y Héctor cumplió sus promesas, mandando dinero todos los meses y visitando a la cría de vez en cuando. Cuando tenía tres años, la madre encontró otro novio, dispuesto a casarse pero no a hacerse cargo de una niña ajena. Héctor se había encariñado con ella, la adoptó y pasó a vivir en su casa. Nunca le dio explicaciones, no le dijo que fuera su padre ni que había por ahí un padre biológico totalmente ignorante de su existencia. Hilda y él se pertenecían, vivían felices. Hasta que apareció Felipe Buendía, de profesión su físico, aspiraciones a ser artista, y diez años más joven que ella, que la fascinó por completo; se empeñó en casarse con él. Héctor, furiosamente opuesto a la boda, hizo lo posible por evitarla. Razonamientos, enfados... todo era inútil.

—¿No te das cuenta de que sólo quiere casarse contigo por tu dinero? —No bien hubo dicho aquello, se arrepentía; estaba siendo cruel. Pero Hilda sonrió:

—Por TU dinero, papá. Quiere casarse conmigo por tu dinero. Y yo porque él me encanta: estamos en paz. ¿Ves como nadie lo tiene todo?

Después, él le dejó su casa puesta, se mudó al segundo izquierda, por ser los pisos del otro lado algo más pequeños. El de Hilda siempre desordenado, claro que había que contar con los cuatro chicos dejándolo todo por medio, las tapicerías se veían gastadas y pasadas de moda. Hacía veinte años de aquel matrimonio que había durado ocho en los que tuvo cuatro hijos; Felipe, viendo que era imposible cumplir sus ideales, básicamente tener a Héctor de representante de su "arte", como cantante o actor, disponer de mucho dinero y salir en las "revistas del corazón", pidió el divorcio, se casó con una norteamericana y no supieron más de él.

Hilda, criada sin madre, no había aprendido, como Flora, delicadezas de adorno ni más cocina que la corriente, pero era muy acogedora y le encantaba recibir a las amigas en su casa. Lo mejor era el gran Steinway de cola del salón, aunque ella apenas tocaba; eran Cristal y alguna vez Paloma quienes las regalaban con un poco de Bach o de Chopin. Héctor tocaba realmente bien; algunas tardes se quedaba un rato en la reunión y cuando pedían que tocara para ellas, lo hacía con gusto. Después se retiraba enseguida al piso de al lado, con cierta timidez, casi con vergüenza de haber compartido el tiempo con "la gente joven", como decía, y hasta de haberlo disfrutado.

Ángela había salido temprano del trabajo pero se demoró yendo a comprar unos palitos de naranja cubiertos de chocolate que a Flora le gustaban con el café. Con esto llegó diez minutos tarde y cuando le abrió la puerta Daisy, la filipina que llevaba años en la casa, le dijo que todos los invitados ya estaban en el salón. Acudía a saludarla Bernardo, tan vestido a la antigua con su traje de chaleco, peinado el pelo escaso y rociado con

agua de colonia, como de costumbre. Tenía en la mano una copa de Jerez y parecía más animado. Habló un momento con él hasta que a su lado oyó una exclamación:

—¡Tía Lala! ¿Eres tú de verdad?

Se volvió y, al ver al chico, abrió inmediatamente los brazos. "¡Dios mío! Martin, mi niño que no lo he visto desde antes de Navidad. No esperaba encontrarte aquí, ¿cómo estás?"

Se dieron un gran abrazo. Martin Bourne, veintitantos años, rubio de claros ojos, alto, vestido con camisa amarilla, corbata de lana a cuadros y chaqueta de tweed castaño y verdoso, sonreía disculpándose.

—Tía Lala, perdona. Me acuerdo siempre de ti y quería ir a verte pero hemos andado muy liados y...

—Claro, hijo mío, no te preocupes. ¿Y cómo está tu padre? —Se volvió a Flora y Bernardo. "Martin es como mi hijo pequeño, lo quiero muchísimo".

—Mi padre está aquí —dijo el chico—, ahora lo verás.

El padre de Martin, Arthur Bourne, había estado junto al ventanal que daba a Poniente hablando con una señora guapa de unos treinta y tantos años y con Constanza, bastante más joven. En aquel momento Arthur se daba cuenta de la llegada de Ángela, venía a saludarla, efusivo. También la abrazaba.

—¡Qué inesperada alegría encontrarte aquí! Te llamé en Navidad pero no estabas.

Ángela contestó, todavía apretando una mano entre las suyas.

—Lo sé, querido. Me fui a Cádiz a pasar las fiestas en familia. Te puse una tarjeta a mi vuelta, ¿no la has recibido?

—He estado yendo y viniendo, bastante desorden de vida; ya te contaré.

Intervenía Flora sonriente, un poco extrañada.

—Así que os conocíais —dijo—. Resulta una vulgaridad decirlo pero el mundo es muy pequeño.

Constanza, la sobrina, se había acercado también.

—¿Cómo estás Ángela? ¿Qué te apetece beber?

—Muy bien, me alegro de verte. Algo como Jerez o manzanilla, si eres tan amable.

Arthur dijo a Flora: "Ángela era la mejor amiga de Emily, mi mujer. Nos veíamos mucho en Inglaterra."

—Fuimos íntimas desde los diez años.

—Mi madre era la madrina de Luisa —explicó Martin—. Y tía Lala me llamaba su niño pequeño porque Luisa es mayor que yo.

—Pero tú conociste a Emilia, Flora. ¿No te acuerdas? Estuviste en el bautizo de Luisa.

La amiga de Constanza se había quedado aparte, sin mezclarse en el

grupo. Flora se dio cuenta, fue hacia ella, la cogió del brazo.

—Ven, quiero que conozcas a mi amiga —dijo. Y a Ángela: "Te voy a presentar a... —Se cortó, se le había olvidado—. Perdona, creo que no oí bien tu nombre.

—Misi Montenegro —dijo, un poco seca.

—Encantada. He oído hablar de ti a Flora.

—¿Sí? —Sonrió pero había una tirantez—. Hasta hoy no la había conocido. Soy amiga de su sobrina.

—Eso me dijo y que le habías encontrado su casa.

Después de estas frases, siguió hablando con los otros. Pensaba: una chica distinguida y guapa pero no simpática. Casi parecía decir: "cómo que Flora te habló de mí, si no me conocía siquiera". Cierto que había olvidado su nombre aunque si la hubiera tratado un poco sabría que solía olvidarlos. Pediría valoración en otra parte. Había personas raras; quizá Misi Montenegro fuera una de ellas. Notaba haberle caído mal, cualquiera sabía por qué. Se cogió del brazo de Arthur: "Cuéntame todas las noticias. ¿Cómo está la casa de Chelsea? ¿Y los rosales que plantamos, los *'masquerade'*?".

—¡Imagínate, recordar ese nombre! Pero es porque te empeñaste en comprarlos. Me los regalaste, además. Pues están magníficos; tienes que venir a verlos. De mayo a noviembre cubren todo el muro Oeste de la casa, con sus flores amarillas y rojas.

—Eran en recuerdo de Emilia.

—Lo sé, banderitas españolas. Uno de tus maravillosos detalles. ¿Y qué es de Luisa?

—Ah, *'très peu* bandera española, me temo. Hecha una completa yanki, para bien y para mal.

Arthur levantaba una ceja, habló en broma. "Oh, no me lo digas, ¿para bien?". Reían, los dos.

—Bueno, en parte. Tiene ventajas el modo de vida americano. Ya sabes, *'décontracté'*. De todos modos, ahora van a vivir en Inglaterra, los han destinado allí. Están buscando casa... ahora que lo pienso, quizá tu agencia pueda ayudar.

Arthur dijo que por supuesto, lo que necesitaran. Él mismo estaba estos días repartido entre Londres y Madrid pero daría el encargo.

La filipina iba de uno en otro con diferentes aperitivos, ahora una fuente tapada con diminutas croquetas calientes; repartía pequeñas servilletas de hilo bordeadas de encaje. Constanza venía con una copa para Ángela, la conversación se hacía general. Poco después pasaban a la mesa.

Flora, la perfecta dueña de casa. El mantel de tan almidonado parecía papel, un centro bajo de narcisos amarillos exactos todos, preciosa vajilla estilo Compañía de Indias en tonos amarillo, turquesa y azul. Ángela dominó su impulso de dar la vuelta al plato para leer la marca; Flora tenía

tantas vajillas, aquélla no se la conocía.

Arthur estaría contento de ver que Constanza tenía parientes distinguidos, era hombre muy refinado. Desde su lado de la mesa le sonrió; estaba a la derecha de Flora y ella a la derecha de Bernardo, que tenía a Misi a su izquierda. Al mirar a Arthur y sonreírle, sintió un dardo diminuto clavarse en ella a la altura de la mejilla. Décimas de segundo; miró y vio a Misi apartar la vista con aire indiferente. A aquella chica, ¿qué le pasaba?

Crema de champiñones servida con pequeños hojaldres de queso calientes. Arthur dijo que, aunque en la mesa no se debiera hablar de la comida, tenía que decir que aquella crema era una obra de arte. A lo que Flora agradecía sonriendo. Sí, era una receta muy buena.

Después solomillo con nabos en salsa, ensalada y un Saint Honoré absolutamente delicioso.

Cuando terminaban llegó Hilda, le presentaban a los demás. A Constanza le dio un abrazo cariñoso.

—Me encanta verte, preciosa. Supongo que tu tía os ha dado un almuerzo de los suyos, fantástico.

—Realmente fuera de serie, —asintió Arthur con una sonrisa.

Hilda dijo que por suerte las amigas de Flora no eran competitivas. "¿Verdad, Ángela?"

—No podríamos nunca compararnos con ella. Pero Arthur cocina divinamente, así que su elogio es el de más valor.

Llegaban el café y los chocolates. Se sentaban. Ángela vio que Constanza se colocaba al lado de su tío. Le gustó. Una niña joven ocupándose de los mayores era raro y bonito de ver. Hilda dijo a Misi que tenían que ayudar a Ángela en la tasación de su piso.

—Ah, desde luego. Yo, personalmente, ahora estoy bastante ocupada pero en la oficina se encargarán de eso. —Sacó de su bolso un pequeño bloc, apuntó el número de la agencia, se lo pasó a Ángela que lo tomó dando las gracias.

Media hora más tarde Misi se levantó, la primera, para marcharse. Arthur la acompañaba.

—Te llamaré y nos veremos un rato, —dijo a Ángela.

—Cuando quieras. Siempre me alegro de veros a ti y a mi niño.

Misi, disgustada. En el ascensor preguntó a Arthur por qué no había dicho nada de su boda.

—¿Por qué iba a hablar de eso? Era el día de conocer a los parientes de Constanza; ella y Martín eran protagonistas. ¿Qué interés tiene para ellos que tú y yo, dos personas a las que apenas conocen, vayan a casarse? O pensabas invitarlos a todos.

—No quiero invitar a ninguno de ellos. No sé, creía que daríamos nuestra noticia. Ellos ni siquiera son novios, por lo menos eso dice Constanza.

—No éramos protagonistas —repitió algo extrañado—. Y yo desde luego voy a invitar a Ángela. No la veo mucho pero es mi amiga y la quiero. Es una gran mujer, realmente estupenda. ¿Quieres andar o tomar un taxi?

Cerraba con esto la conversación. Y Misi quería discutir, aclarar cosas, preguntar por Ángela. Son tan distintos los ingleses, pensó. Ellos no discuten.

En casa de Flora seguía la tertulia. Martin se tenía que ir; Constanza no tenía prisa, los viernes por la tarde no necesitaba llegar a su oficina a hora exacta. Flora, apenas salió Martin, se volvió a su sobrina, encantada. "Niña, me gusta muchísimo tu novio. Es un sol de chico".

—Ya lo creo —asintió Ángela—. Es adorable, inteligente, educadísimo, bueno, bueno y...

—Vale, vale —dijo Hilda riendo—. Ángela, respira. Ya vemos que te ha gustado a ti también.

—Ah, es que tú no lo sabes. —Le explicó: era el hijo de Emilia, la habían oído hablar de ella y lo extraordinario que era Arthur...

—Desde luego es el mejor novio que has tenido, —declaró Flora con más contundencia que conocimiento de causa porque de los dos anteriores a uno no lo vio nunca y al otro sólo el día que se casó con Macarena, la hermana de Constanza—. A éste te conviene cuidarlo mucho, no termines con él.

—Bueno, ya veremos; sólo estamos empezando a salir, —Constanza se extrañaba por la comparación.

Intervino Bernardo con énfasis.

—Para cualquier muchacho será un honor casarse con mi sobrina, porque ella vale mucho, pero mucho mucho. Se casará con quien quiera, acuérdate de lo que digo. —Y las tres señoras lo miraron como si acabaran de darse cuenta de que aún estaba ahí, en el salón.

—Vaya, tío, me vas a poner colorada —dijo ella riendo y apoyó una mano sobre la de Bernardo, blanca, blanda, con venas azules y fría—. Te agradezco el piropo aunque te has pasado siete calles.

—No, no, queridita. Es la pura verdad. Y tu amiga también está bien, muy distinguida.

—Bueno, Misi sí que vale. Es estupenda y tan completa, lo tiene todo.

—El que está estupendo es Arthur, un cañón. A esa chica yo la he encontrado mona pero nada simpática. —Hilda no tenía complejos a la hora de opinar—. Más bien seca y cortante.

Lo mismo pensaba Ángela, pero calló. Flora dijo: "¿Tú encuentras? Yo no lo he notado".

—La verdad —dijo Constanza—, a mí misma me ha parecido un poco rara hoy. Muy callada, no era ella misma. Quizá tenía dolor de cabeza, a veces le dan migrañas, muy fuertes. Pero es un encanto.

Se quedaba pensando, ¿qué le pasaría? Estuvo decepcionante, con lo que le hubiera gustado lucir a su amiga tal y como ella era.

Bernardo miraba su reloj. "¿Qué hora es? Tengo que irme".

—¿Vas a salir? Hace un viento desagradable.

—Ya te dije que tengo hora en el notario.

—Pero qué necesidad hay, precisamente hoy...

—Ya lo hemos hablado, no es menester que te pongas a discutir ahora.

Constanza se ofrecía a acompañarlo, no al notario, desde luego, pero hasta dejarlo en un taxi.

—No, no. De ningún modo. —Se despedía, ceremonioso, una por una. Se marchaba. Lo oyeron pedir a Daisy su bastón.

Flora se mostraba algo preocupada. No salía nunca aunque uno le insistiera y justo hoy esa idea absurda del notario. "Dice que tiene que hacer testamento".

—¿No tenía uno hecho antes?

—¡Yo qué sé! Pensaba que sí pero estaré equivocada, si dice que tiene que hacerlo hoy...

—Pero tía, tiene razón. Todo el mundo debería hacer testamento, ahorra problemas y gastos.

—Me fastidia. Es como si estuviera pensando que se va a morir. Está en plan pesimista.

Eso las otras lo habían pensado, incluso se lo habían hecho notar a Flora, aunque justamente hoy parecía más contento. Hilda dijo que hacer testamento no tenía nada que ver con morirse. Además era mejor no llevarle la contraria.

—De todos modos no tiene más que un sobrino, ¿verdad?

—Tiene varios. Hijos de primos hermanos pero Víctor, el que conocéis, es nuestro preferido. Es un muchacho encantador.

—Más encantador que muchacho; debe de tener los cuarenta, —dijo Hilda riendo.

—Algo así. Lo queremos mucho.

—Creo que yo no lo conozco —dijo Constanza.

—¿No? Es tan guapo. Desde hace... por lo menos un año... no: más de un año, ha venido poquísimo, un par de veces creo. Por eso no habrás coincidido con él. Antes solía venir dos o tres días por semana pero no sé qué le pasa; debe de estar muy ocupado.

Poco después Constanza se despedía, iba caminando hacia el trabajo, cerca de la Plaza de la Independencia. Daría una vuelta por si había algo. Allí estaba su compañera de despacho, Miriam, que había tenido la misma idea.

—Te ha llamado Misi. Dos veces —dijo—. La verdad, no sé por qué demontres no te compras un móvil.

—No me sobra dinero.

—Por favor. El pobre que pide limosna en la puerta de mi parroquia tiene uno. Y todas las rumanas que piden por la calle de Serrano, también. Y faldas de volantes, además. Y un diente de oro.

—Qué quieres, los volantes no son mi estilo. Ahora, el diente de oro... a lo mejor. En serio, he tenido gastos. Y a los mendigos se los dan sus amos, los jefes mafiosos.

¿Qué querría Misi? Marcó su número de teléfono y ella respondió al instante, preguntándole dónde estaba.

—Mi oficina. ¿Pasa algo?

—No. Para comentar. Tus tíos encantadores.

—Sí. Son lo más cariñoso que hay.

—Y la casa, muy buena; tiene cosas magníficas. La comida exquisita.

—Misi, ¿pasa algo?

Hubo del otro lado un silencio que le pareció ominoso. Esperó. Nada. "Por favor, dime qué pasa".

—Me he peleado con Arthur.

—¿Peleado? ¿Una discusión? Todo el mundo discute. No querrás decir que habéis roto, ¿verdad?

—Pues... la cosa es que no lo sé. No estoy segura.

Llamó a Martin, le dejó recado en su contestador: no cenaba con él, hablarían más tarde. Martin tenía un ático en el mismo edificio donde ella había comprado un tercer piso el año antes. Arthur, que vivía normalmente en Inglaterra, pasaba alguna temporada con su hijo. En Noviembre conoció a Misi en casa de Constanza; en Enero eran novios.

Había quedado con Misi en un restaurante pequeño de la calle de Hermosilla; tenía una carta de pocos platos bien preparados, sencillos. Lo llevaban dos íntimas amigas de las cuales una cocinaba y la otra hacía de directora y jefe de camareros. Era simpática, de pocos años, alta, buenas facciones, aire enérgico.

—Está muy bien el morcillo de ternera —dijo después de sentarlas y que hubieron hablado unos minutos sobre el tiempo y la clientela—, con patatas paja o arroz. ¿Algo más? ¿No? Ensalada, sí. ¿El tinto de la casa? Es un Ribera del Duero joven y muy rico.

Trajo primero el vino y unos tacos de queso manchego.

—A ver, no me he enterado de nada. ¿Cómo vas a terminar con Arthur? —preguntó Constanza—. No digas tonterías.

Misi probaba el queso, tomaba un sorbo de vino, pensativa.

—¿Me lo vas a contar o no?

Al final, como quien abre un grifo, hablaba, hablaba. Constanza no podía creer lo que estaba oyendo.

—Oye, frena. Para. ¿Que está interesado en Ángela? ¿Que Ángela está intentando...? Misi, tienes un ataque de algo. No, no estás en tus cabales.

—¡Dios mío! Cómo es posible que yo haya sido la única en ver sus

manejos.

—¡Si no hay nada que ver, no seas idiota! Ángela es una vieja amiga, claro que la quiere. ¿Y qué? Eso no tiene nada que ver contigo. Martin también la adora, todos la quieren, todo el que la conoce.

Misi seguía. Esta vez la dejó hablar hasta que se secó el chorro. Cuando se paró para coger aliento, Constanza dijo: "Has terminado, ¿verdad? No has dicho más que estupideces. Ni siquiera has pensado en serio un segundo. No razonas. No voy a discutir todas esas tonterías. Estás nerviosa, has tenido un ataque de celos, vulgar. Come, se te está enfriando la salsa. ¿Sabes qué? Me has dado un susto. Se acabó. ¿Tienes un papel? Este mismo me sirve".

—Para qué.

—Para hacer la lista de invitados. Adelantamos la boda. Te voy a ayudar en todo lo que pueda. Pero no quiero oír más imbecilidades. Y otra cosa.

—¿Qué cosa?

—La primera vez que vuelvas a ver a Ángela, tienes que ser super amable con ella. Se lo debes. Por haber sido tan tonta. Venga, no hay nada más estimulante que hacer una buena lista.

IV

Como de costumbre, Juan Rivera estaba dispuesto a solucionar cualquier problema de Ángela. Fue a tomar café a su casa y explicó: el piso había sido inscrito a nombre del matrimonio. La niña no podía exigirle que vendiera su vivienda. Si quería ayudar al matrimonio joven, adelante; él gestionaría una hipoteca. Mañana a las nueve llegaría un aparejador cualificado para hacer una tasación. Su consejo, que no vendiera; los pisos iban a subir.

—¡Qué demonios, Ángela, es tu casa! Has vivido aquí treinta y tantos años. No consentiré que salgas de ella más que si te vas a otra mejor.

—No hay muchas probabilidades de eso, ¿no crees? —Ángela sonrió. Qué buen amigo era, tan leal. Con una situación difícil que ella era una de las pocas personas en conocer. Desde hacía quince años su mujer estaba internada en un hospital con esquizofrenia; pasado un tiempo, sabiendo que no tenía arreglo, conoció a otra chica y vivía con ella. Pero se empeñaba en mantenerlo secreto; no quería de ninguna manera que lo supieran sus padres y aquella doble vida de disimulos lo amargaba.

Cuando se marchó se dio cuenta del peso que había llevado encima desde la carta de Luisa. Ahora, gracias a él podía descansar

Con todos los datos, Ángela esperó hasta tarde para llamar por teléfono. Buscó el número con alguna aprensión y el propósito firme de no discutir con su hija. A veces Luisa la ponía nerviosa.

Tiempo atrás lo había hablado con las amigas: “No lo entiendo. La persona que más quiero en el mundo y casi no puedo hablar con ella sin acabar peleando”.

—Es maleducada —dijo Flora—. Desde que se fue se olvidó de la educación que le habías dado.

—Tiene que ser algo más que eso, tiene que ser culpa mía. Algo en mí que no está bien.

—No seas tonta —dijo Hilda—. Eres un pedazo de pan. La genética es muy importante y ella tendrá algo de su abuela paterna.

—Pienso en la paciencia que tiene Paloma con su hermana, por ejemplo, con qué cariño la trata y en cambio yo, con mi propia hija...

Cristal intervino. ¿Pensaba acaso que, si tuviera una hija enferma, se pondría mucho más nerviosa con ella? Pues sí, dijo Ángela. Algo por ese

estilo.

—Estás muy equivocada, serías una madre maravillosa.

—Es una madre maravillosa, —dijo Paloma.

—No lo soy. Me irrito continuamente.

Uno se irritaba con los hijos cuando no respondían a lo que se esperaba de ellos, dijo Cristal.

—La incapacidad, la lesión cerebral... todos esos problemas sacan lo mejor de nosotros mismos. Nos volcamos con esas personas y lo hacemos con amor, con alegría.

—Absolutamente cierto —dijo Paloma—. Lo que nos enfada es la discapacidad moral; ésa no podemos soportarla ni en hijos ni en padres... ni políticos ni periodistas.

—Sí. Tienes mucha razón.

—Por eso me enfurezco con mi madre. Porque es cruel con Carolina y con las empleadas, porque se finge enferma...

—Ya ves —dijo Ángela— y sin embargo la quieres y la cuidas.

—¿La quiero? —rió, risa amarga—. La cuido, la tengo en mi casa. Y la odio.

—Pero qué dices. —Flora estaba escandalizada—. No puede ser, no digas eso que no lo sientes.

—Sí puede ser. No le deseo mal, por descontado. Siempre haré todo lo que pueda por ella. Pero quisiera no tener que verla ni oírla ni saber que existe. Me sulfura, me pone mala. Algunas mañanas salgo temprano para ir a misa y si he tenido unas palabras con ella, no soy capaz ni de acercarme a comulgar. Llevo toda la vida sufriendo por eso terribles remordimientos, un verdadero infierno...

Qué mala suerte, pensaba Flora. Tiene que ser espantoso, lo peor del mundo... yo quería tanto a mi madre... no puedo imaginar... Mi madre era para mí toda la dulzura; cuando tu madre se muere ya nada es lo mismo, nunca. Es la persona que siempre va a mirar las cosas desde tu lado, que va a ser capaz de ponerse de tu parte... aunque no tengas razón. Pero, claro, ¿y si no lo es?

Cristal se hizo oír sobre las demás. Con firmeza.

—No, no, no. Eso está mal planteado...

—Ya lo sé —interrumpió Paloma—. Qué más quisiera yo...

—No me has entendido. Lo que no sé es por qué no nos has contado antes todo esto.

—Nunca lo he hablado con nadie, en mi vida, hasta ahora. No sé qué me ha dado, al ver a Ángela con ese disgusto...

—Los sentimientos que no se pueden dominar no dependen de nosotros, por lo tanto no son buenos ni malos. Son lo que son.

—Pero hasta ese punto... no hay que dejarse llevar —era Flora, con preocupación.

—Que no —insistió Cristal—. Odiar, amar: no podemos hacer nada. Te enamoras de un chico a los diez y ocho años y a los cincuenta. sigues enamorada de él. Darías ¡cualquier cosa! por arrancártelo del corazón. Y no puedes nada.

—Digo yo que si el primer Mandamiento es "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón", querrá decir que puedes usar tu voluntad para querer a alguien. Y, además, "amarás a tu prójimo como a tí mismo". Odiar es un pecado y grande.

—Bueno, Flora, pero yo veo que no mandamos sobre los afectos, sí sobre los comportamientos. El bien o el mal están en las acciones o palabras que son resultado de tus sentimientos, porque en ésas sí mandas.

—No sé. Pero yo me encuentro muy mal. —Era Paloma.

— Te sientes mal porque en el fondo sabes que tienes que perdonar. Y, cuando llegamos a poder perdonar, estamos mandando en nuestros sentimientos. Con la ayuda de Dios, por supuesto.

—Creo que decimos la palabra "odiar" sin saber bien lo que es —dijo Ángela—. Tú no le harías daño, no te alegrarías si algo le fuera mal, no le desearías nada malo.

—No, claro. Eso sí que no.

—Pues se acabó, no tienes que sentirte mal. Fuera. Respira hondo, sonríe, no sufras: no la odias. Te es desagradable su manera de ser, tienes malos recuerdos de ella, trata mal a tu hermana a la que quieres mucho. No pasa nada.

Cayó un silencio. Después lo quebró, siguió hablando, despacio.

—La verdad, pienso que Paloma confunde una irritación muy explicable con palabras como odiar o aborrecer. Y lo primero que ha dicho después, si no recuerdo mal, ha sido "no le deseo mal, por descontado" y "siempre voy a hacer lo que pueda por ella". Creo que puedes rezar para que Dios te dé paciencia, que buena falta te hace, y dormir tranquila.

—Gracias, muchas gracias. —Paloma levantó la cabeza, le sonreía.

Ángela se estaba acordando de aquella tarde. Luisa, pensó, no tenía discapacidad moral. ¿O sí? Su egoísmo era notable. Tampoco tenía respeto y consideración hacia los demás, que eran sentimientos de un orden moral. Con mano insegura marcó el número.

Cuando le explicó los pasos que había dado y lo que pensaba hacer, Luisa no lo entendía.

—¿De qué me estás hablando? La abuela me dijo que el piso lo habían comprado ellos y por lo tanto era mío.

Pausa. Sí, dijo Ángela, era cierto que lo habían comprado los abuelos pero ellos ya estaban casados y su padre lo inscribió a nombre de los dos. "La mitad es mía legalmente".

—¿Quieres decir que mi padre "te regaló" a ti esa mitad?

—Luisa, si Papá hubiera pensado que no iba a vivir, me lo habría

“regalado”, como dices tú, entero. ¿Qué clase de matrimonio crees que era el nuestro, por favor?

—No sé. No pensé que fuera muy bueno, realmente.

—¿No PENSASTE? ¿Cuándo te he dicho yo o te he dado a entender nada parecido? ¿Cuándo te he hablado de tu padre y de mi vida con él que no haya sido para decir cosas buenas y lamentar su falta?

Se contuvo, ya necesitaba enfadarse y decir a Luisa “¡todo esto me parece intolerable!” Calló. Luisa dijo:

—No, nada. Nunca has dicho nada realmente.

—Desde luego que no. —No debería sentirse ofendida pero lo estaba.

—Sólo por otros comentarios que había oído...

—¿Qué comentarios, de quién?

—Oh, mamá, qué importa de quién. Comentarios, cosas que se oyen. En el sentido de que tu... matrimonio no hubiera durado mucho que érais demasiado diferentes.

—Nadie te ha podido decir eso, Luisa. Nadie.

—Oh, bueno, qué más da. Pero es la primera vez en mi vida que te pido ayuda y mira el resultado.

—Quiero ayudarte, eso por supuesto. Otra cosa es que me quede en la calle.

—¿En la calle? Te he ofrecido que vengas a vivir con nosotros.

Insistía, discutía argumentando y Ángela se estaba sintiendo cada vez peor.

—Hija, ¿de verdad no entiendes que quiera tener mi casa sin depender de vosotros?

—No lo entiendo. Juan tenía razón, dijo que jamás lo harías. Tenía razón, que no te lo pidiera, que no...

Rompió a llorar; Ángela podía oír los sollozos.

—Pero no llores. ¿Qué te pasa, hija? Escucha...

En medio de los lloros le llegaban palabras entrecortadas, repetidas: *‘I can’t cope. I can’t cope...’*

—¿Te pasa algo? Por favor, Luisa, dime qué es. Óyeme, te he dicho que voy a hipotecar el piso, te mandaré el dinero. Lo haré muy rápidamente, ¿me oyes?

—Ssssiii.

Pensó, Dios mío, que no sea algo grave de salud, que no sea un cáncer, que no sea un divorcio.

—Luisa, ¿qué ocurre?

—Estoy esperando otro niño.

—¿Otro niño? ¿Estás segura?

—Claro... que estoy segura... no soy una idiota. No me encuentro bien, no puedo con todo... una mudanza... tendremos que ir no sé a qué barrio... creía que tú... al fin y al cabo eres mi madre. No quiero hablar ahora, voy

a colgar.

—Luisa —dijo con fuerza—, no cuelgues. Pásame a Juan. Ahora.

Habló con su yerno. No, a Luisa no le pasaba nada, un poco de debilidad, algunos mareos. Este niño inesperado pero no indeseado. Sí, estaban contentos, los chicos también. Cierto que las casas en Londres eran tan caras y habían pensado en una ayuda. Pero estaba bien, se arreglarían. Era problema suyo alojar a su familia, no el de Ángela. Al parecer, tenían vista una casa que les gustaba mucho pero habría otras.

—Juan, mándame un e-mail con los datos de esa casa, las cuentas claras. He hecho tasar el piso, voy a darle el importe a Luisa.

—Oye, pero si al final no es de ella el piso...

—Eso da igual. Si lo puedo hacer, lo haré. Pero no es razonable pedirme que yo cambie totalmente mi vida, cuando, además, ni siquiera sabemos cuántos años vais a estar en Londres.

—Yo se lo dije, Ángela. Esto era su idea, no la mía.

—Bien. Mándame eso. Y enhorabuena, un niño siempre es una alegría. ¿Puedo hablar con Luisa ahora?

Silencio. Después: "No... en este momento prefiere no hablar. Ya te llamará ella. Gracias por tu ayuda".

Encima de todo, ahora se sentía culpable. Luisa llorando, sin querer hablar. La abuela enredando, qué mujer. Implacable, siempre la había odiado. Bueno, se dijo, tú tampoco te ahogas de amor por ella.

Disgustada se fue a la cama. Otro niño. Ni siquiera le habían dicho para qué fecha, aunque por los síntomas seguramente no habría sobrepasado once o doce semanas. Se llevaría mucha diferencia de edad con los anteriores; iba a ser complicado para Luisa. Pensó ir a Londres para ayudar con la mudanza, podría volver otra vez cuando naciera el niño; Londres estaba ahí al lado.

Precisamente a Londres se iba Arthur; la llamó por teléfono al día siguiente. ¿Podría hacer algo por Luisa?

—Nos vamos pasado mañana Misi y yo. Sabes, terminó el alquiler de la casa de Belgravia y vamos a arreglarla.

—Qué bien, Arthur. Muchas gracias pero creo que mi yerno ya tiene visto algo que les gusta. Están en tratos.

—Me alegro mucho. ¿En qué parte de Londres?

—Clapham, me parece. Me dicen que hay buenos colegios y que eso era un problema.

—Los colegios en Inglaterra siempre son problema. Y casas hay muchas, todas caras desde luego. También quiero que seas una de las primeras personas en saber que Misi y yo nos vamos a casar.

—¡Enhorabuena! No lo esperaba, no sabía... Me alegro muchísimo.

—Será el ocho de mayo a las doce del mediodía.

—¿Ya, tan pronto? Vaya, tendréis un millón de cosas que hacer.

—Hemos adelantado un poco la boda. Ángela, no soy joven. Ya conocerás a Misi; es... realmente especial.

—Estoy segura de eso, si tú la has elegido. Os deseo toda la felicidad del mundo.

Al final, dijo Arthur, iba a ser en Madrid. "Las chicas", refiriéndose a Constanza y Misi, se estaban ocupando de todo. Habían encontrado una oscura Iglesia en la parte antigua de la ciudad donde se iba a celebrar la ceremonia.

—Dicen que es muy bonita, en una pequeña plaza detrás del Palacio Real.

—Sí, ya sé cuál es, creo. Me extraña que lo hayan conseguido. Suele ser imposible si no se reserva con mucho tiempo.

—Pero es un lunes. Por supuesto contamos contigo, ya te llegará una tarjeta. Va a ser muy poca gente, unas cuarenta personas para almorzar en casa de Misi. Informalmente, de pie. Ella no quería un hotel ni club ni nada así.

—Lo comprendo.

Al parecer, primero pensaron casarse en Junio pero el hermano de Misi podía venir en Mayo y después no hasta Septiembre. Iba a ser el padrino. Misi se había quedado sin padre con cuatro o cinco años; después su madre se volvió a casar. No tuvo una infancia feliz, se casó a los diez y ocho y su matrimonio resultó muy mal. Después el marido se había matado en un accidente de carretera y... bueno, de aquello hacía ya bastante tiempo.

—Perdona esta conversación tan larga por el teléfono. Quería contarte algo de su vida, temo haberte aburrido.

—Pero al contrario, me encanta. Así la conozco un poco más. ¿Cuánto tiempo estaréis en Londres?

—Esta vez una semana, diez días. Te llamaré cuando volvamos.

—No dejes de hacerlo. Un abrazo muy fuerte y felicidades otra vez.

Pues esto es lo que hay, pensó. Por una parte, Arthur parecía muy contento. Se preguntó cuáles serían los sentimientos de Martin; él adoraba a Emilia. Seguramente se alegraría por su padre. A mí, se dijo, me gustaría alguien más... no sé, más cálida, con más encanto. Constanza dijo que en aquel almuerzo su amiga tenía un mal día y no parecía la de siempre. Dios quiera que le vaya bien; Arthur lo merece.

Sonó el teléfono. Era Flora; curiosamente le venía a hablar de Misi.

—Me llamó ayer. Estuvo muy simpática.

—Ah, vaya. Me alegro.

Pues sí. Primero se disculpó por haber tardado en darle las gracias, no se había encontrado muy bien. Temía, al parecer, haber resultado poco expresiva en la casa; estaba con una jaqueca terrible.

—Claro, le contesté que no lo habíamos notado.

—Tú no pero nosotras sí. Incluso Constanza.

—Estuvo encantadora. Alabó la casa, los cuadros, la comida, las flores... se había fijado en todo. Muy simpática. Y entiende de cuadros y cosas.

—No sabes lo que me alegro, ya que se va a casar con Arthur.

—¿Eso crees?

—¿No te lo dijo?

No se lo había dicho. Flora enseguida se alegraba, hacían muy buena pareja. ¡Misi se vestía divinamente, era tan elegante! Muy propio de Flora, pensó Ángela. Y, bueno, cada cual daba importancia a lo que le gustaba. Pero no era lo único, Flora, siemprebuena, pensaba en los demás. Qué suerte para la sobrina. Su mejor amiga, la suegra. ¡Maravilloso! Cómo lo iban a pasar las dos.

—Pues sí, desde luego. —Pensó, si llega a casarse con Martin.

Aún faltaba una cosa: "El té de mañana, te dije que no sabía si podría arreglar..."

—No pasa nada. Nos reunimos aquí.

—Ya está solucionado. Así que hasta mañana.

La solución de Constanza, a quien Flora había llamado con agobio.

—¿Tienes una asistenta de confianza?

—Absoluta. La mujer del portero. ¿Por qué?

—¿Crees que podría venir a servirme el té el miércoles? ¿Tiene buen aspecto?

—No, fatal. Debe de pesar como doscientos kilos y se viste casi siempre de color de rosa. Pero ¿qué es lo que pasa?

Daisy, que llevaba cinco años con ellos, se había ido a su país. No para siempre, no; su madre estaba enferma, necesitaba una operación, cuidados, dinero. El viaje era tan caro; como mínimo tendría que estar fuera dos meses.

—Viene una asistenta pero no te imaginas el aspecto que tiene. Imposible. Sólo friega, hace los cristales y cosas así. No le dejaría mi porcelana fina ni puede servir a una mesa.

Pensaba en su conversación con Daisy, le daba vueltas. "Le he tenido que pagar tres meses adelantados".

—¿A la asistenta de pinta imposible?

—No, por Dios. A la filipina.

"Necesito dinero, viaje muy caro, siñora, operación tengo que pagar, allí no es como aquí, siñora. Todo muy caro".

Para el miércoles, Constanza tenía la mejor idea. "Tía, yo voy y sirvo el té. Recojo después y lavo las tazas a mano".

—No, no. Eso no es posible.

—Claro que sí, es lo menos que puedo hacer. Lo haría en la casa de mis padres. Y no te preocupes, que no pienso quedarme en el salón. Le haré compañía al tío; ya que me hizo aprender a jugar al gin rummy, jugaremos. Vosotras podéis cotillear a vuestro antojo.

Flora se rió. “Hija, no sé si…”

Le preocupaba el novio. ¿Qué iba a decir si lo dejaba toda la tarde? Pues no diría nada porque no era asunto suyo. Y:

—No somos novios. Estamos empezando a salir.

—Hijita, me gusta mucho ese chico. No lo dejes escapar.

—A mí también me gusta, tía. Es adorable. Pero ¿sabes qué? no sé si estoy enamorada. Ya he tenido novio dos veces y a la tercera quiero ir bien segura. Bueno, a qué hora se reúne el Comité.

—De cinco, a cinco y media. Yo pondré la mesa.

—No hace falta. A las cuatro y media estoy ahí.

Estuvo. Abrió la puerta, colgó abrigos, hizo el té y café para Hilda que lo prefería, pasó platos fríos o calientes, llevó una bandeja al despacho para el tío Bernardo, jugó con él a las cartas, perdió… Todo perfecto.

—Esta niña realmente es un sol, —dijo Ángela.

—Bernardo la adora. Es muy cariñosa con él, muy atenta.

—El otro día me contó que habían pasado la tarde discutiendo de Trollope —dijo Cristal—. Las crónicas de Barchester; estaba encantado.

—Y agotado, ¿no? —dijo Hilda—. Ten cuidado, Flora. Creo que Bernardo se pasa en su entusiasmo con ella.

—¿Qué te preocupa? —preguntó riendo— ¿Que me pida el divorcio y se case con la sobrina? Nunca lo haría, es un caballero cristiano, completamente a la antigua.

—Hilda —era Cristal—, no querrás decir que desconfías de esa niña, espero.

—No desconfío de ella, qué va. Desconfío de los hombres y… no sé, los mayores son imprevisibles. Se vuelven maniáticos.

Las otras opinaban que era una suerte una niña joven tan cariñosa con sus tíos. Había muy pocas como ella. A lo que Hilda, viéndolas a todas de acuerdo, callaba.

Lo cierto era que Constanza los quería de verdad; habían sido muy buenos con ella y estaba acostumbrada a poco o ningún apoyo en su casa. Bernardo era, en efecto, viejo y aburrido. Ni en sus mejores tiempos hubiera conseguido nota en un examen de atractivo. De cero a diez, uno coma cinco; ese punto y medio por ir siempre impecable y el buen olor a jabón Pears y agua de colonia de Álvarez Gómez que llevaba consigo. ¿Y qué? No se quería a las personas por ser jóvenes y divertidas, ni siquiera por su *sex appeal*, lo que Rosa, la cocinera de Sevilla, llamaba “silsi pil” como si fuera un guiso. Viendo al anciano tío, latoso y pomposo, sentía algo blando dentro de ella. “Me da como penita”, definía. Una ternura. El año anterior, cuando compró su piso, le habían regalado unos muebles del salón de su madre; “el estrado de mi suegra”, según dijo la tía Flora. Bernardo había adorado a su madre; con ella ni siquiera lo unía un parentesco real y se desprendió de los muebles. Tenía mérito. La tía era

mucho más animada, sociable, convencional, pero tan, tan buena. Las amigas también eran todas muy simpáticas.

Se quedó hasta el final. "¿Qué tal la reunión del club?" Preguntó cuando se despedían. Como siempre muy bien.

—Si fuera de naturaleza envidiosa me daríais mucha envidia. ¡Cómo lo pasáis! Bueno, señoras, espero tener el placer de servirlas otro día. —Lo decía afectando un tonillo profesional; a lo que Hilda y Flora se reían.

—¿No vas a salir con Martin?. —Era Ángela.

—No lo sé. Ahora llamaré.

—Dale un abrazo de mi parte.

—Se lo daré con mucho gusto —sonrió—. Bueno, hasta otro día.

Había estado temiendo la siguiente frase de Ángela, estilo "espero que todo vaya bien entre vosotros". Agradeció que no la dijera.

Quería a Martin, le gustaba; no estaba segura de si era el hombre de su vida y odiaba que trataran de convencerla o presionarla. Había tenido dos novios, los dos acabaron mal. El primero, después de varios años, la había dejado por su hermana. Macarena se lo quitó por el procedimiento de acostarse con él y quedarse embarazada, o eso dijo al menos. Unos meses después nació una niña, justo en el límite en que ella no pudo saber si había dicho la verdad o no. Nadie tuvo interés en aclararle nada, nadie en la familia la apoyó; sólo Rosa, la muchacha que trabajaba en casa de sus padres desde hacía veinte años, y después Bernardo y Flora, se habían puesto abiertamente de su lado. Así de extraña era la vida. La segunda vez, aún más extraña. Conoció a un chico, bastante mayor que ella, en el Ave viniendo a Madrid desde Sevilla. Se marchaba de su casa por el disgusto con la boda de su hermana. Quizá a causa del trauma o porque lo encontró terriblemente atractivo, se entusiasmó con él. Le dijo que estaba casado pero podía anular su matrimonio. Resultó ser el novio de Misi, que entonces sólo era "la señora de la Agencia" que le buscaba el piso; para cuando descubrieron aquel enredo, después de varios meses porque él era un artista de la doble vida, eran íntimas amigas. Aquello no logró estropear su amistad. Ahora Misi se iba a casar con el padre de Martin y Martin y ella estaban saliendo.

Constanza trabajó mucho con los preparativos de la boda de Misi. Juntas acordaron los detalles, hablaron con el párroco, eligieron la música, buscaron las flores. Se entrevistaron con banqueteras, eligieron el menú para el almuerzo. Repasaron las listas de invitados, tachando, inmisericordes, toda persona no absolutamente necesaria.

Misi esperaba la llegada de su hermano que venía de Nueva York y pasaría un mes en España. Su padrastro no podría venir; se había caído de un tractor —era concesionario de maquinaria agrícola—, se había roto una cadera. Aunque su madre le había dicho "yo espero poder ir pero no sé, tengo que encontrar a alguien de confianza que lo cuide esos días", Misi

sabía que no vendría a su boda. Sin el marido no iba a ninguna parte.

También el vestido de novia les había dado que pensar a las dos. Era una ceremonia íntima, segunda para ella, tercera para el novio. Quería algo sencillo, por supuesto corto.

—Todo eso está muy bien pero tienes que ir despampanante.

—Tampoco tanto, la despampanancia no es lo mío. No sé. El blanco me va muy bien, pero no quiero.

No que significara gran cosa hoy, todo el mundo se casaba de blanco cuando en realidad...

—Misi, todos los colores te van bien. Elige lo que más te guste o pregúntale a Arthur.

—Ni hablar. Quiero que sea una sorpresa.

—Ellos no se fijan mucho en la ropa. A ver: rosa es ilusión, azul fidelidad, verde esperanza, amarillo...

—Amarillo jamás. El amarillo trae mala suerte.

Eso, dijo Constanza, era para los toreros. Esperaba que Misi no estuviera pensando en cuernos, no era el momento para nada. Se reían. Y salían a otra peregrinación de modistas y encargos.

V

El viernes después de almorzar Paloma estaba descansando un rato en una butaca, antes de salir. Carolina andaba por la sala haciendo preguntas.

—¿Estás bien, quieres que te traiga algo?

—Sí, preciosa, estoy bien. No, no necesito nada, muchas gracias.

—¿Te vas a ir a la calle? Puedo ir contigo si tú quieres.

—No, tengo que hacer una visita y tengo que ir sola. ¿No quieres salir un poco con Dolores?

—No, quiero estar aquí en mi casa.

—No es tu casa, —intervino Virginia, desabrida.

—Sí es mi casa, ¿verdad, Paloma? Soy tu hermana.

—Claro que es tu casa. Eres mi única hermana y, fíjate, no quiero tener otra. Estoy muy contenta contigo.

—Te voy a traer un vaso de agua, verás cómo no derramo ni una gota.

Cuando salió Carolina, se volvió a su madre: "¿No la puedes dejar tranquila ni un puñetero minuto?"

—Es que no es su casa. Me molesta que lo diga.

—¿No has pensado que este piso me lo compró mi padre? —Años atrás, cuando sacó su oposición a inspectora de Hacienda, su padre le había regalado el piso. Vivió allí sola hasta que, al morir los abuelos de su hermana se la dejaron y se la llevó con ella. Al enterarse, su madre se enfureció y se mudó allí también—, ¿y que Carolina tiene el mismo derecho que yo a estar aquí?

—Hubo un acuerdo. Sus abuelos le dejarían a ella todo el dinero que les permitía la ley y en su nombre renunciaron...

—No estoy hablando de dinero sino de obligación moral. Pero qué te pasa, por Dios. Ella no resultó de un ligue de mi padre, sino de su primer matrimonio. Te casaste con un viudo, ¿no te acuerdas? Si tanto te molesta, ¿por qué no te vas? Tú tienes piso propio y te puedes valer perfectamente.

—¿Serías capaz de echar a tu madre por esa...?

—Cuidado con lo que dices. "Ésa" es mi hermana y la quiero y la pienso cuidar mientras viva. Nadie te va a echar pero haz el favor de dejarla en paz.

Virginia cerró los ojos con cara de sufrimiento. Paloma apartó la vista por vergüenza ajena. "Me estoy mareando —murmuró la madre—, me

encuentro muy mal".

—Respira hondo y se te pasará. ¿Quieres que llame a Dolores?

—No. —Dio unas cuantas boqueadas nada convincentes.

En éstas se oía un ruido de cristales en el office.

—¿Qué ha hecho ésa ahora? —gritó Virginia olvidada de su mareo, incorporándose con brusquedad.

—Probablemente romper un vaso. Voy a ver.

Carolina lloraba asustada. Había intentado recoger los cristales, se había hecho un diminuto corte en un dedo.

—No pasa nada. Ven a mi cuarto, te lavaré la mano y pondré una tirita.

Poco más tarde Paloma callejeaba en su golf rojo cereza para salir a la Carretera de la Coruña desde donde tomaría hacia Majadahonda. En el asiento de atrás llevaba dos bandejas de pasteles variados muy pequeños y dos termos llenos de chocolate caliente hecho en casa. Iba cantando en voz baja a la par del disco que había puesto en el equipo de música del coche. Como en Hacienda sólo tenía trabajo de mañana, empleaba las tardes en cantidad de cosas diversas: piano, yoga, bridge, idiomas, Arte... Algún tiempo atrás había empezado otra de sus actividades: entró a formar parte de un coro que llevaba poco tiempo funcionando. Casi todos eran principiantes y, con un director joven también, lleno de entusiasmo y optimista. "Todo el mundo puede cantar, os lo aseguro. Sólo se trata de encontrar su voz y aprender a usarla". Algunos, la mayoría, no sabían música, se guiaban por el oído aunque el director los obligara a aprender la partitura. En unos meses habían hecho mucho adelanto. Era apasionante. Y ahora empezaban a ensayar una pieza fuerte, un pequeño trozo de La Pasión según San Mateo, de Bach. Lo que estaba escuchando era una buena versión; lo más hermoso que había oído en su vida. Daba ganas de llorar, reír, cantar, emocionarse... amar... ganas de todo, una exaltación. Se pasó el revés de la mano por los ojos. "No sé bastante alemán, debería estudiar más, es una lengua preciosa pero tan difícil". ¿Y qué si era difícil? Tenía tiempo para todo, era cuestión de no desperdiciar un segundo. Escuchó con atención, intentando entender cada palabra. ¡Ah!, por poco se le pasaba la salida, hizo un viraje rápido y un auto la adelantó pitando con furia.

Pinos, tierras secas, pedregosas. Algún matorral. Arquitectura deslavazada; casas esparcidas sin orden, feas. Así eres, Madrid, y a pesar de todo te quiero. ¿Se acabaría yendo Ángela a vivir a Inglaterra?. Esperaba que no, sería un disparate. Madrid, pensaba Paloma, era tan viva, tan palpitante como un gran corazón. A veces la gente hablaba como si hubiera sido un capricho de Felipe II aquello de traer la capital a Madrid. A esta ciudad sin río, capital artificial. Y no. Se empeñaba en callar a quien lo dijera, lo había repetido tantas veces que ya sonaba como una lección:

"Alfonso VI que reconquistó la ciudad en el siglo noveno ya vivió en

Madrid. Enrique III vivió prácticamente siempre aquí. Y Juan II y Enrique IV que le dió el carácter de Corte de Castilla. También los Reyes Católicos y Cisneros y al final Carlos V. Venía de los Países Bajos con fiebres cuartanas, normal, con la humedad que hay por allí. El aire de las montañas era tan puro y agua de sus fuentes tan limpia que lo restablecieron por completo. Él tuvo el deseo —por la buena salud de que aquí se disfrutaba— de traer la Capital y así se lo pidió a su hijo, dándole la corona real al escudo del madroño y la osa."

Volvió a centrarse en la música, tarareaba. Ya llegaba a la Residencia.

El Centro moderno, bien construido, hasta con cierto lujo en los materiales, pertenecía a la Comunidad. Aparcó el auto, cogió dos paquetes y se dirigió hacia la portería. A pesar de lo nuevo del edificio, bien costeado, con suelos de mármol blanco ligeramente veteado de gris, grandes ventanales, excesivamente para la zona, cristales climatizados, jardín con plantas resistentes, acebos, macizos de romero y lavanda, bien tenido pero mal diseñado, a pesar de que la Comunidad había hecho las cosas a lo grande al llegar le asaltaba un desagradable olor. A orina; muchos se hacían sus necesidades encima y aquello no había manera de espantarlo. Por encima de la lejía y los desinfectantes, planeaba implacable. A comida con ajo y, sobre todo, el nauseabundo olor de la tristeza y la desesperanza. Parecía como si las palabras de Dante en las puertas del infierno estuvieran también grabadas en la entrada del Centro. *Lasciate ogni speranza*... Y contra aquellas palabras estaba su labor; en el infierno, sí. En la vida, no.

—Buenas tardes, Gómez.

—Buenas, señorita. Usted siempre puntual. Van a bajarlos dentro de dos minutos.

—¿Me ayuda, por favor? Tengo más cosas en el coche.

Gómez, todos lo llamaban así, ni siquiera sabía su nombre de pila, siempre le echaba una mano. Otras personas se habían quejado de él; Paloma lo encontraba bastante amable. "Espere, le dijo. Tengo algo para usted".

Sacó un cigarro del bolso, envuelto en su envase metálico, se lo alargó.

—Ayer tuve una comida de trabajo y me lo dieron.

—¿Le dieron un puro a usted? —preguntó extrañado.

—Pues lo pedí. Les daban un puro a mis compañeros pero yo hago el mismo trabajo que ellos; así que, ¿por qué no?

—No tiene que darme nada. A usted la atiendo con gusto.

Pensó: es tu trabajo. Dijo: "ya lo sé, Gómez, muchas gracias".

Colocaron las cosas en una mesa de la sala y Gómez se volvió a su puesto. Llegaban.

En silla de ruedas, en camilla, más o menos vestidos; a algunos por la rigidez de sus miembros ni los podían vestir, los traían tapados con una

frazada. Casi todos eran jóvenes, entre veinticinco y cincuenta años. Cada uno de ellos una ruina. Los colocaban en círculo, Paloma se sentaba en una silla. Antes los había abrazado uno por uno, les preguntaba. "¿Qué tal esa muela, vino el dentista? ¿Cómo vamos, Juan? Hoy tienes muy buena cara. Qué blusa tan bonita, Valeria". Valeria, una chica excesivamente delgada, guapa de cara, bien peinado el pelo rubio, sonreía contenta; le gustaba arreglarse bien. Había tenido dos tiendas de modas hasta que le sobrevino la terrible enfermedad, así, sin avisar. A sus treinta y cuatro años. Estaba casada y su marido nunca venía a verla. Por lo menos no se había divorciado, como la mujer de Enrique. Éste era a quien Paloma venía a ver en un principio, el único que conocía. Su mujer había pedido el divorcio apenas le diagnosticaron la enfermedad, lo había borrado por completo de su vida. Incluso, aun siendo muy rica, no quiso pagarle un centro privado. No que los privados estuvieran mejor que los de la Comunidad pero quienes podían pagárselo lo preferían. Y Ricardo, el mayor del grupo. Su mujer venía una vez por semana: pasaba la visita lamentándose y criticando a sus suegros, muertos ya los dos. Porque la enfermedad, le habían dicho, era hereditaria. Los suegros habían sido primos hermanos lo que multiplicó los riesgos, no sólo para Ricardo sino también para sus cuatro hijos. La mujer malvivía alimentándose de rencor a los suegros y temor por sus descendientes. Tal vez sin proponérselo, hasta sin darse cuenta, echaba toda esa carga sobre el marido.

—No tienen perdón de Dios —había dicho a Paloma una tarde en que coincidieron—. Me tenían que haber avisado.

—Pero quizá ellos no lo supieran.

—¡Y se les murió un hermano con treinta y siete años!

—Entonces se sabía muy poco de esta enfermedad, incluso hoy en día no lo saben todo.

—No tienen perdón de Dios —repetía tozuda, su cara pintada de amargura y arrugas feas.

Paloma se esforzó para no darle un bufido. "Todo tiene perdón de Dios —dijo con voz en la que forzaba la suavidad—, por suerte para nosotros. Porque todos hacemos cosas mal".

Un rato siempre se pasaba en las preguntas, quejas y contestaciones. Semana tras semana repetían las mismas cosas; necesitaban que alguien los escuchara.

—... dos boutiques, me iba estupendamente. Yo misma diseñaba los modelos, tenía tres costureras... —Probablemente embellecía los recuerdos, los mejoraba—. Mi marido me adoraba en aquella época.

—Yo había terminado la carrera, iba a hacer una oposición...

—Jefa de Personal en la empresa (se podían oír las mayúsculas)... sé mucho de la vida... Recursos humanos...

—Tenía una moto. Una moto japonesa.

—... la perfumería en Villalba... yo lo hacía todo; llevaba la tienda. Mis padres me la iban a dejar a mí...

—... novia para casarme... no la he vuelto a ver. Mi madre tuvo que volver a trabajar, no se qué pasará con la tienda.

—Pero tienes hermanos, ¿no?

—Ellos estudian carrera y...

Las quejas. Mi novia no ha vuelto por aquí. Mi madre apenas viene. Mi marido me ha dejado. Mi mujer pidió el divorcio. Tenía amigos, ni se acuerdan de mí. Mi novia sale ahora con mi hermano, todo va a quedar en la familia. Mi mujer nunca trae a los críos, no quiere que me vean así pero entonces yo no puedo verlos a ellos.

Las otras quejas. Ha salido una medicina que cura esto pero es muy cara. La Seguridad Social no la da. No, están experimentando, todavía no están seguros. Si está experimentada, es el interferón. Te estás confundiendo con el cáncer. Es que para esto nadie da dinero, todo se va en el cáncer y el sida. Los del sida tienen la culpa ellos pero es más lucido para los políticos que...

—Un momento —dijo Paloma—, hay cientos de miles de niños infectados. Además, no se trata de quién tiene o no culpa. Es una enfermedad terrible que ataca a muchos miles de personas.

—De todos modos ahora hay una medicina que es muy cara. La Seguridad Social no nos la da.

—Ni la Comunidad tampoco.

—Pero tenemos derecho. Yo siempre pagaba a Hacienda cuando trabajaba.

—Y yo. No eres el único.

—Esos de Hacienda son una cueva de ladrones.

Paloma miró a Enrique; él sabía que ella era inspectora de Hacienda. Esperaba su mirada y acaso una sonrisa cómplice pero nada hubo. Hoy estaba mal, apenas hablaba. En realidad, llevaba semanas sombrío, desinteresado. Antes solía decirle "¿te acuerdas cuando veraneábamos en La Granja? ¿De la panda, de Fulanito, de Mengana, del año que fuimos de excursión a...?"

Tiempos felices. Tener trece años, quince, diez y siete, pasar dos meses de verano en La Granja, año tras año, los mismos amigos, la pandilla... Paloma lo recordaba todo; Enrique ahora no quería.

Tenía que volver el pensamiento, toda la energía de su mente y el calor de su corazón a aquellos individuos, cada cual con su desgracia personal. Compadecerse. Eran seres tan dolientes que a veces sentía deseos de arrodillarse delante de ellos. Cómo pedirles que aceptaran la voluntad de Dios. Cómo decirles que el dolor, la enfermedad, podrían convertirse en oro puro con la alquimia de la fe. ¿Y los que no tenían fe? Siempre podrían responder: hablar es muy fácil. Tú ves los toros desde la barrera. No

vengas con sermones. No tienes idea de lo que es esto... Era muy difícil, pero sólo aceptándolo se podía encontrar la paz y hasta la felicidad. Solía intentarlo hablando unos minutos con cada uno durante la merienda.

—Yo creo que en esta vida todo es cuestión de aguantar. Ganarle tiempo al tiempo. Porque todos los días salen cosas nuevas, se está investigando contínuamente, y las medicinas que experimentan ya se verá si sirven o no. Y las que son demasiado caras después se abaratan y la Seguridad Social las acaba dando. Lo hemos visto con muchas medicinas. Lo que nunca podemos perder es la esperanza, las ganas de vivir y de luchar. Porque el ser humano tiene muchos más recursos, mucha más fuerza de lo que nos imaginamos.

—Eso es lo que nos dicen los médicos.

—Porque es la pura verdad, ellos lo saben muy bien.

—Sí, eso dicen, pero...

Cambió la conversación.

—No sé si alguna vez os he contado que canto en un coro. Todavía lo hago bastante mal. ¿Por qué no cantamos algo nosotros y nos animamos?

Cosme, un chico guapo, moreno de pelo rizado y ojos de color café, se animaba enseguida. “A mí me gusta cantar”. Tenía veintisiete años.

Cantaban, más o menos de acuerdo, proponían canciones; los que aún podían mantenían el ritmo con palmadas. Al final casi todos reían.

Hora de merendar. Paloma tenía buen cuidado de no mirar su reloj mientras estaba con ellos; a una de las empleadas le daba el encargo de avisar cuando fuera el momento. Venían dos o tres más, de ayudantes; a algunos había que sujetarles la taza para beber, darles en la boca los pasteles; ella siempre encargaba tamaños muy pequeños. La merienda les encantaba. Como tardaban bastante, Paloma iba acercando su silla de uno a otro, hablaba un ratito con cada cual privadamente. Algunos esperaban ese momento, la acogían muy bien, otros se cerraban por completo a este tipo de intercambio, a cualquier muestra de afecto personal. También era comprensible.

La rutina de los viernes seguía. Terminada la merienda había que inventar algo más.

—Hoy os he traído dos cosas.

Se agitaban, ¿qué era, qué había traído? Paloma sonrió. “Dos películas para que las veáis juntos. Son muy buenas, os van a encantar. Y dos libros de chistes de Quino, es un dibujante argentino muy divertido y os los podéis pasar unos a otros”.

—Cuatro cosas.

—Bueno, si lo ves así. Cuatro cosas.

Preguntaban. Ninguno quería ver las películas sin saber el argumento. ¿Era miedo, falta de fuerzas para afrontar algo imprevisto?

Muy bien. Una se llamaba Secretos de Familia. Había este señor muy

orgulloso, con muy mal genio; no aguantaba a nadie. Un día muere su madre, ya anciana. Resulta que ha dejado una carta donde dice que él tiene un hermano, se llama Fulano de Tal y vive en tal ciudad. Aunque su padre no quiso nunca reconocerlo, ella le pide que lo busque y se den una oportunidad recíproca porque es lo justo entre hermanos. Así que coge su auto, hace un viaje larguísimo cruzando la mitad de los Estados Unidos y encuentra por fin a su hermano que es Jefe de Policía. Pero entonces ocurre...

—No os la puedo destripar pero os aseguro que es divertida. Así que si os parece vamos a votar si la dejo o no. Muy bien: una, dos y tres: ¿quién está por el sí? A ver, voy a contar... Por mayoría. La dejo.

Ahora, la segunda.

—Ésta siempre la estaba buscando y no la encontraba. Pero el otro día la pusieron en la tele y la grabé. Creo que ha quedado un par de anuncios pero no importa. Para mí es la película más bonita que he visto en mi vida. Con John Wayne. Tiene fotografía preciosa, acción, muchísima gracia, amor y hasta una fantástica pelea a puñetazos. Es un irlandés que nació en una pequeña granja en un pueblo de Irlanda. Pero tuvo que emigrar de pequeño a los Estados Unidos con sus padres, como tantos irlandeses. Ha trabajado muchos años allí, creo que en una fábrica de automóviles en Detroit, y vuelve a su pueblo natal con un buen dinerito. Quiere volver a comprar la casita de campo de sus padres y, si viene al caso, encontrar una buena novia de su tierra y casarse. Claro, la gente de allí se ha quedado muy antigua y tiene unas costumbres que él no puede entender. Acaba encontrando su casa y una novia muy guapa pero... No digo más, la tenéis que ver. Es una maravilla. ¿Votamos?"

Todo el que medio podía levantaba una mano. Con mucho interés. Gran cosa, el cine. Durante noventa o cien minutos uno podía vivir otra existencia, mimetizarse con el protagonista, olvidarse de sí.

Ahora quedaba charlar un poco, proponer algo que les hiciera esperar la semana siguiente con alguna ilusión.

—El próximo viernes os contaré una historia muy curiosa y os traeré las fotos, que las veáis.

—¿De qué será la historia?

—Es de una oca, un perro y...

—Yo tenía un perro —dijo uno de ellos.

Miró. Ricardo.

—¿Sí, Ricardo? ¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Lobo. —La miraba, esperando su comentario.

—Vaya. Qué nombre tan original. —Sonrió.

El sonreía también. "Sí, sí. Era un labrador. Rubio con la tripa blanca, se murió".

—Eso es lo peor de los perros, que duran pocos años. ¿Querías algo...

Cosme?

Era el último que había llegado y sí, parecía querer algo. Titubeaba. Paloma retiró un poco la silla de ruedas, se acercó a él. El chico hablaba en voz baja.

—¿Qué te ocurre?

—¿Paloma, tú mandas mucho aquí?

—Hijo, yo no mando nada. Pero dime qué te pasa.

Estaba muy rojo, no se atrevía a hablar.

—Dime lo que sea, no te preocupes.

—Me da vergüenza.

—No te dé vergüenza, hombre. Yo soy muy mayor. No me asusto ya por nada. Además, somos amigos, ¿o no?

—Son... las chicas.

—¿Las chicas? ¿Qué chicas?

—Las que nos lavan y eso... —le costaba—. Se ríen de mí.

—Vaya. Serán idiotas.

—No. Me tocan mis... Me tocan.

—Ya. ¿Para lavarte?

—No. Para reírse. Me tocan a ver si... a ver...

—A ver si reaccionas.

—Eso es. A mí me parece mal. Me pongo furioso y...

—No hace falta que sigas. Está muy mal. Fatal. Mira, hablaré con el director y si no se arregla... ¿Puedes llamar por teléfono?

—Creo que me dejarían, si lo sabe el director.

—Te voy a dar el número de mi móvil. No me llames más que si se repite eso o algo de ese estilo feo. Si no, no. ¿Entendido? —Casi no podía contener la ira que la sofocaba. Gentuza.

—Entendido. Muchas gracias, Paloma.

Se hacía tarde. Paloma acortaba las despedidas, recogía sus termos, iba a pedir a Gómez que la recibiera el director un minuto.

Enseguida la pasaron; otras veces había entrado a decirle alguna cosa. Era un hombre agradable que procuraba hacer su trabajo de la mejor forma posible.

—Gracias por recibirme, director.

—Siempre eres bienvenida, Paloma. Haces aquí una labor estupenda y llevas viniendo tres años sin faltar un solo viernes.

—Falto en verano —dijo sonriendo. Calló que eran ya cuatro años.

—Es lo menos. Vienen voluntarios pero la mayoría no aguanta más de un par de meses. Dime qué querías.

Mientras cantaban había pensado pedirle a José, el director del coro donde ella cantaba, que viniera a hacer cantar a los enfermos.

—No tenemos presupuesto para eso.

—Le pediría que nos hiciera un precio y yo lo pagaría. Al menos un par

de veces al mes, si te parece.

—¿Les has dicho algo?

—De ninguna manera. Antes tenía que contar contigo. Y con José.

—Muy bien, muy bien. ¿Tienes hijos, Paloma?

—Soy soltera.

—Eso no parece ser un problema hoy día.

—No debo de ser de hoy. Creo que un niño necesita padre y madre. Bastante gente desnortada hay ya en el mundo para que fabriquemos más. ¿Por qué?

—Serías una madre maravillosa, siempre pensando en los demás.

Paloma sonrió pero negaba. También, dijo, podía resultar una arpía de vez en cuando. Segunda cosa. Dando un vistazo al jardín lo había visto un poco triste: "Sobre todo delante de tu casa".

—Presupuesto —dijo, sucinto.

—Un amigo mío tiene un vivero, ¿qué tal si le pido unos cuantos rosales y los plantáis allí? El jardinero lo podría hacer, ¿no?

—Desde luego. Pero ¿por qué quieres plantar rosales aquí?

—Esto lo veo un poco malasombra, le falta alegría. Hay rosas preciosas, como *Peace o Queen Elisabeth* que en un año pueden llegar hasta vuestras ventanas en el primer piso, trepadoras. Os alegraría la vista a ti y a tu mujer.

Había oído que la mujer del director estaba desesperada de vivir allí.

—A ella quizá no pero a mí desde luego. Muy agradecido, es un detalle. En casa de mis padres teníamos un jardincito cuando yo era pequeño.

—¿Ah, sí? Qué agradable.

—Sí, una casa muy malilla, en Aluche. Pero simpática. Ahora todo aquello son bloques. Mi madre siempre tenía rosas, decía que las rosas en Madrid se dan muy bien. Qué tiempos. —Se calló, recordando.

Ahora venía la parte mala, no la podía evitar. Sin cargar las tintas pero con firmeza le contó la conversación con Cosme. El director se levantó de su sillón, paseaba por el despacho como una fiera en una jaula. "Guarras", dijo.

—Quizá... estoy pensando en alto, quizá tu mujer podría hablar con las empleadas, ponerlas firmes y explicarles el respeto con que deben tratar a los enfermos. Lo digo por que este tipo de cosas entre mujeres puede ser menos violento.

—Mira, Paloma, mi mujer odia todo esto, odia a los enfermos, odia... no, eso es demasiado, odia la enfermedad y lo feo de la vida. ¡No entiende que yo soy médico! Este puesto es bueno para mí, aquí puedo hacer cosas. No lo voy a dejar, así que probablemente ella me va a dejar a mí.

—Lo siento, comprendo que es duro todo esto. Pero no llegará a tanto.

—Sí llegará. Tengo dos niñas y ningún maldito juez se las va a quitar a la madre aunque yo las educaría mucho mejor. ¡Así que mi vida no vale

una mierda! Bueno, perdona. Perdona este desahogo. Tú tienes la culpa por ser tan buena.

—¿Entonces, me pongo arpía un rato?

El médico se rió.

—No creo que pudieras. Ves lo que pasa: la Comunidad gasta millones en estos centros, la seguridad social también. Los médicos hacemos lo que podemos y más... lo mismo que las ATS. Y está este otro elemento humano, que lo necesitamos, y no hay quien lo eduque. ¿Por qué? Porque son gente sin vocación, sin principios en muchos casos, sin el orgullo de un trabajo bien hecho y a conciencia, porque parece que no les han enseñado nada en la Escuela, ni un mínimo de moral ni de respeto al prójimo...

—Ni a leer ni a escribir ni a pensar —dijo Paloma sonriendo—. Bueno, siento haberte dado el disgusto pero te lo tenía que decir.

—Por supuesto; es mi responsabilidad. Gracias, Paloma. Siempre que quieras algo estoy a tu disposición. Ni hables con Gómez, tú vienes y llamas a mi puerta.

Paloma salió sonriendo, hizo un gesto amable a Gómez y a dos o tres personas que había en el vestíbulo. Mantuvo la sonrisa clavada fija hasta que estuvo fuera. Aquella tarde le parecía llevar a sus espaldas todo el dolor del mundo.

Dentro del coche dio un respiro hondo, soltó todo el aire muy despacio. Encendió el motor, metió la marcha atrás. Al conectar el motor se había puesto en funcionamiento el equipo de música.

Sonaba el final de la primera parte, la coral. Sabía lo que decían, lo había leído en el libro en tres idiomas que venía con los discos, lo había escuchado varias veces.

“Cargó con todos nuestros males, hasta que llegó su hora de ser inmolado por nosotros, y llevar la carga pesada de todos nuestros pecados, por su propia voluntad, y llevándola sobre su misma Cruz”.

Quién eres tú, se dijo, para pensar que llevas a cuestas el dolor del mundo. Quién te has creído que eres tú, Paloma. Sólo un pobre ser a quien vivir le cuesta demasiado trabajo.

VI

Ángela estaba esperando el aviso de marchar a Londres para ayudar a Luisa en la mudanza. El dinero les había llegado. Todo se hizo, gracias a Juan Rivera, con la mayor rapidez; tres veces la llamó Juan, su yerno, pero de Luisa, directamente, noticia ninguna. Había reservado en su agencia de viajes billetes para dos fechas distintas, era más barato hacerlo con tiempo, pero llegaba el momento en que debería pagar. No sabía qué hacer. Con alguna aprensión se decidió a llamar a su hija, para lo que tenía que esperar hasta bastante tarde. Estaba nerviosa, acababa de empezar una novela de Jane Gardam, escritora que le gustaba mucho; esta noche ni conseguía concentrarse en el libro.

Sólo podía pensar en Luisa, aquel cambio de carácter. Cómo era posible, de golpe se había convertido en otra persona sin tener ya nada en común con ella, sin entenderse en ningún idioma, como si procedieran de distantes universos. Cierto que ella, Ángela, se disgustó mucho cuando Luisa no quiso retrasar su boda; su madre tan grave en aquellos días, la desolación de su padre... intentó hacérselo entender todo. No entendió, posiblemente ni escuchó; no había comunicación entre las dos al parecer. Cuando nació Neniña, le había preguntado:

—¿Por qué no me dijiste eso antes?

—¡No viniste! Si hubieras venido te lo habría dicho. Pero no; tu madre era más importante que tu hija.

—Luisa, no seas ridícula. Por el amor de Dios, he vivido pendiente de ti y de tus necesidades desde antes que nacieras.

—¿Me lo estás echando en cara?

No podía ser. El habla se distorsionaba, no llamaban con las mismas palabras a las mismas cosas. ¿Cuándo y cómo, y por qué, había ocurrido aquello?

—Hija mía, no te estoy echando nada en cara. Hice lo que era mi obligación. Pero ¿podía yo cambiar la fecha de la muerte de mi madre? Si me lo hubieras dicho, habría comprendido que tú tampoco podías cambiar la de tu boda. Tal como lo hiciste pensé, y tus tíos pensaron, que sencillamente no te importaba la gravedad de tu abuela.

—Vosotros siempre pensáis de mí lo peor.

(Señor... dame paciencia).

—No, querida. Sólo que se entiende uno mejor explicando las cosas.

—Ya sabes que odio el teléfono. Quiero ver la cara de las personas cuando hablo.

Sea como fuere, tenía que llamarla. No podía irse sin dejar las cosas organizadas en la escuela o en casa; no le gustaba improvisar.

—Oh, no tienes que venir para nada —dijo Luisa cuando al final conectó con ella—. Está todo bajo control.

—Pero yo le dije a Juan que iría para ayudarte. Contaba con ello, de verdad. Hasta tengo reserva de billetes.

—Si no hace ninguna falta, está todo organizado; estorbarías más que otra cosa. El transportista lo embala todo, después coloca los muebles en su sitio, cuelga la ropa en los armarios. Juan ha ido dos veces a Londres, tenemos planos, todo. Este tipo de mudanza cuesta mucho dinero pero hemos pensado que es mejor.

—Por lo menos, mándame a los pequeños y yo te los llevaré cuando tengas la casa ordenada.

—No. Los pequeños quedan con Susan y ella me los trae a Londres después. Está muy contenta con esta oportunidad de conocer Inglaterra. Puedes venir más adelante.

Susan era amiga íntima de Luisa, una chica simpática, ordinaria y cursi, extraña combinación. Ángela había coincidido con ella un día de Acción de Gracias.

—Muy bien, estupendo. Si quieres que vaya, me dices la fecha pero avísame con dos semanas como mínimo.

—Ok, hablaremos. Llamaré desde Londres y te daré mi número de teléfono. Bye mamá.

—Adiós, hija. Suerte con tu mudanza.

Colgó, cerró los ojos con cansancio. No pienses que ha dicho que estorbarías, no lo pienses, no pienses nada, deja tu mente en blanco. En blanco. Estás pensando lo ordinaria que es Susan, no lo pienses, no pienses en sus chistes siempre de doble sentido. Es su amiga y es muy simpática. Se ríe todo el tiempo. Estás pensando que se ríe y se da palmadas en el muslo. No lo pienses. Apaga la luz. Reza. Duerme.

Al día siguiente dijo a Carmen: “Pasado mañana toca aquí la merienda del miércoles. No sé si pedir las cosas a la pastelería”.

—¿Qué le pasa, está mala o algo? Tiene ojeras; ¿no ha dormido bien?

Estaba bien, dijo a Carmen; no debía preocuparse. No había dormido mucho pero no le pasaba nada.

—¿A la pastelería por qué? Siempre lo hacemos nosotras. Había pensado nuestro pastel de chocolate y cerezas, hace mucho que no lo ponemos.

—Es verdad. Y les encanta.

—Tengo masa de las pastas de almendra congelada, que me sobró, y

hago emparedados de dos clases, vegetales para la señorita Paloma y...

—Ahora ya come de todo.

—No me diga. Bueno pues de jamón y... de nuestra crema de sardina; también les gusta esa receta. Cuatro cosas y listo, aunque la señorita Flora ponga más.

—La última vez fueron cuatro cosas. Se ha ido Daisy a Filipinas... Dice que si tú sabrías de alguien para su casa.

Carmen era reacia a recomendar a nadie, decía que la gente estaba muy mal. Preguntaba luego cuándo se iba ella a Londres. Pues no se iba porque, al parecer, no hacía falta.

—Pero usted estaba en ir.

Sí, era muy cierto, sólo que Luisa prefería arreglárselas sola. Así que ella iría más adelante... si la llamaban.

Carmen masculló "sólo servimos para dar dinero, eso es lo que les interesa de nosotros... mis sobrinos igualito". Y se fué por el pasillo rumiando agravios, ajenos en el fondo.

Misi y Constanza almorzaban juntas para ultimar detalles de la boda; faltaba un mes. Misi había estado en Londres con Arthur mientras en Madrid su amiga quedó al cargo de los preparativos.

—Tengo aquí la lista definitiva. —dijo, sacándola mientras esperaban su plato combinado—. He añadido un par de personas porque los hijos de Arthur no vienen.

—Qué me dices. Francamente, se podían tomar la molestia.

—Creo que Arthur no esperaba que vinieran y yo no los echaré de menos.

Había pensado en ellos con aprensión; tres adultos, el mayor con unos meses más que ella, hijos de una esposa de Arthur, viva. No muy agradable.

—Eso querría yo pero no, en absoluto, —había contestado Arthur cuando le preguntó si sus hijos mayores eran del estilo de Martin—. Y añadió: "desgraciadamente, no se parecen lo más mínimo".

No era como para esperar gran cosa de ellos.

—Mira la lista, hay tres personas más.

—A ver, Elisa Vélez. ¿Quién es?

—Es mi oculista y también amiga. Una chica que está muy bien, buena profesional, muy simpática. Inteligente. Desde hace poco tiempo tiene un novio y va a traerlo. Así que son dos.

—La cosa es que me suena su nombre de algo. ¿Y quién es Margarita Alcalde?

—Ese es otro tema, muy distinto. No me apetecía invitarla, no es amiga. Ni siquiera me gusta. Es una cliente, en realidad la mejor que he tenido nunca. Está forrada de millones y su gran afición es comprar casas, arreglarlas y alquilarlas, o arreglar y revender.

—Pero qué necesidad tenías de invitarla.

—Se enteró no sé cómo y me ha llamado diciendo que no ha recibido la invitación. Y que no se puede creer que no la invite. Me quedé cortada, no me lo esperaba. Oye, es que eso no se hace. Bueno, le dije que era una boda muy íntima pero si quería venir...

—¿Tú crees que vendrá? Con esa aclaración.

—Ya lo creo que sí; hasta me ha mandado un regalo. Por lo menos es una sola, está divorciada.

Al día siguiente llegaba su hermano Cristóbal de Nueva York. "Ya verás, es el chico más adorable que has visto en tu vida. Y es bastante guapo. Me gustaría que vinieras al aeropuerto".

Si tuvieran seguridad de que el avión llegaba puntual, dijo Constanza, iría. Pero si el vuelo traía retraso llegaría tardísimo a la oficina.

—Últimamente, con unas cosas y otras, no he pasado allí tantas horas como acostumbro; no quiero que me vaya a decir algo mi jefa; es implacable.

—¿No te puedes venir a almorzar? Vienen Arthur y Martin.

—Tengo mucho que hacer, de verdad. En cuanto acabe tomo un taxi y voy a tu casa.

Poco después de las cinco y media llegaba a la calle de Fernando el Santo. Martin ya se había ido, Arthur y Misi hablaban en el sofá, el hermano, al parecer, estaba en su habitación deshaciendo el equipaje.

—Ahora mismo voy a buscarlo, —dijo Misi.

No la paró, había venido a conocerlo y la conversación entre los novios parecía estar en un punto de intimidad que era demasiado para sentirse a gusto de tercero. Entró Misi y detrás Cristóbal. Constanza pensó: "¡Ooooooohhh!". Y luego "Dios mío, esto qué es, ¿un dios griego?" Por último: "que no se me note que he quedado fulminada". Era como una maravillosa estatua clásica, más delgado y, por supuesto, vestido. Tenía el pelo oscuro, un poco rizoso, los ojos muy azules pero no el azul lavado de Martin, pensó con ingratitud, sino color fuerte de zafiro. La nariz, la boca, los huesos... Misi había dicho "es bastante guapo". ¿Por qué? ¿Falsa modestia de hermana o estaba tonta? Quizá su familia no lo encontrara tan esplendoroso, o no eran tan aficionados a la escultura clásica como ella; por su parte él parecía totalmente inconsciente del efecto que causaba. La abrazó, amable. Misi, dijo, le había hablado de ella, sabía que eran como hermanas. A lo que casi dijo: "pues como hermana tuya no me cuentes". Por suerte había quedado instantáneamente muda. Sólo sonreía, cara de borracha o de idiota.

Al cabo de un par de minutos, Cristóbal se levantó diciendo que iba a terminar de ordenar, "no quiero que Lupe me regañe". Lupe era la muchacha valiosa y taciturna que Misi había traído de Cáceres años atrás; odiaba muchas cosas en la vida: los gatos, los claveles, el olor del vinagre,

los extranjeros, el polvo y, por encima de todo, el desorden. Era belicosa y maniática; Misi le tenía mucho cariño. Constanza se puso de pie maquinalmente.

—¿No... no quieres que te ayude? Así terminas antes.

Si le extrañaba no lo demostró. "Muchas gracias, vamos".

Fue, sin importarle lo que pudieran pensar los otros dos, tal vez que era incorrecto ir al dormitorio de un chico al que acababa de conocer para ayudarle a guardar su ropa.

—Quizá te parece un poco latoso que venga a tu habitación.

—Ah, te comprendo perfectamente. Yo también me encontraba incómodo con esos dos cuando se fue Martin. Están tan embebidos en ellos mismos, uno se siente de más.

—Me alegro de que lo entiendas. —O sea, pensó, no se da cuenta de la impresión que causa a primera vista. Increíble. Tampoco se ha fijado en mí y eso que me he molestado en arreglarme.

Poco después, cuando estaban terminando de guardar las cosas en el armario, dijo algo que quizá explicara lo anterior.

—Y parece que tú te vas a casar con Martin.

Constanza reaccionó como si le hubiera picado una avispa. "¿Yo? ¡De ninguna manera!" Demasiado impulso, parecía hasta furiosa.

—Perdona, yo creí... Misi me dijo que sois novios y os vais a casar.

Le había dado tiempo a rehacerse. Sonrió.

—*Wishful thinking.* Siempre le estoy pidiendo a tu hermana que no diga eso, que no lo dé por hecho porque no... no es así. Me pone un poco nerviosa.

—Seguro que lo dice con la mejor intención.

—¡Absolutamente! Sin ninguna duda. Y me gusta Martin, no creas que no, es un amigo querido. De hecho, nos vemos mucho. Ahora, de ahí a... Puede que al final me acabe convenciendo, pero por el momento eso está totalmente fuera de mis planes.

Sentándose en el borde de la cama, se inclinó para recoger un par de calcetines doblados que habían caído al suelo.

—Creo que esto es lo último —dijo alargándoselo—, ¿qué quieres hacer? ¿Quieres ir a algún sitio, que te acompañe a ver algo?

Se sentó a su lado en la cama. "Mi hermana dice que eres muy lista. Yo sé que las dos sois íntimas amigas. Dime, en confianza, ¿este asunto de Arthur te parece sensato?"

Pensó, un instante.

—No sé si soy lista, sé que he hecho muchas tonterías en mi vida. Puedes tener la seguridad de que quiero a Misi más que a mi propia hermana. Ahora, sensato, ¿qué quiere decir sensato? ¿Cómo es el amor sensato y quién quiere uno? Enamorarse es perder la cabeza, no razonar.

—De acuerdo. La pregunta estaba mal. Enamorarse no tiene que ser

sensato; casarse debería serlo. Misi ha sufrido, sabes, ha tenido malas experiencias.

—Por lo que yo conozco a Arthur, me parece un hombre de los que no abundan. Mira, lo tiene todo, moral, espiritual, físicamente, ¿qué más se puede pedir?

—Le lleva veinte años, eso me preocupa. Mi hermana es todavía joven, puede tener hijos, le queda mucha vida. Y la edad no perdona. Se va a encontrar amarrada a un anciano.

—Una señora mayor, que vive en la misma casa que Martin y yo y es una sabia de la vida, me dijo que no me decidiera a casarme hasta no encontrar a un hombre que me hiciera pensar: "o me caso con éste, o vivir no merecerá la pena".

—Me gusta esa idea.

—Pues Misi piensa que si no se casa con Arthur prefiere morirse.

La miró, gran sonrisa. ¿Estaba segura de eso, lo había preguntado y Misi había respondido así?

—Con las mismas palabras. Mira, Cristóbal, la cosa saldrá bien o mal, eso no se sabe nunca, pero los dos tienen claro que es lo que quieren, exactamente.

Cristóbal, encantado de haber hablado con ella. "Ha sido un poco caradura de mi parte, apenas nos conocemos. Pero me quedo mucho más tranquilo y te lo agradezco un montón".

Se levantó para volver al salón pero Constanza no quería irse todavía. ¿Cómo preguntar lo que quería saber, disimulando?

—Creo que Misi me contó que tienes novia. Era absoluta mentira; Misi, aparte de decirle que adoraba a su único hermano (medio-hermano, en realidad) no le había hablado más de él.

—Acabo de salir de una relación hace tres semanas. —Hablaba con toda sencillez, sacudió la cabeza—. Estas cosas son duras pero hay que pasarlas y ya está. —La miró, sonriente—. Así que espero conocer a alguien ssstupendo en la boda de mi hermana que me ayude a superar la situación.

—Ah, no, de ninguna manera. Yo espero que no.

Asombro casi azul marino pintado en sus ojos. Claramente no entendía. "Pero ¿por qué no?"

—Porque si conoces a alguien no me harás caso a mí. Y el padrino tiene que atender a la mejor amiga de la novia, es obligatorio. —Reía pero ahí estaba, quedaba dicho: no se arrepentía.

Tarde clara; una lluvia ligera de abril había lavado el cielo. Lucía el sol, entre las nubes rebrillaba más. La primavera adelantaba, a su paso alegre; había empezado a florecer en los árboles de la calle, en los balcones y terrazas. El aire traía otra suavidad, memoria de alegrías y nostalgias, la señal de continuidad en las estaciones.

El pastel de chocolate con cerezas fue declarado insuperable. A pesar de eso, en el comedor de Ángela faltaba la animación de costumbre. Ninguna parecía muy contenta. Ella misma, entristecida con Luisa, se lo había contado a las demás que compartían su disgusto. Hilda venia preocupada. Su hija Leonor (o Eleonora, como la llamaba Héctor) estaba saliendo con un chico que no les gustaba.

—Aún no tiene veinte años, no sabe nada de la vida pero es una niña que no hace más que su santa voluntad.

—Como todas, —suspiró Ángela.

—Sobre todo —recomendó Cristal—, no te opongas. No digas nada negativo de él, no le des importancia, como si no pasara nada.

—Si puedes —opinó Flora—, mételo en casa lo más posible, que lo vea contigo, su abuelo, sus hermanos, que lo contraste con vosotros. Pero como le pongas la proa estás perdida.

Flora tenía razón, dijeron las otras. La oposición era fatal.

—Pero no sé si mi padre lo soportará, tiene cero tolerancia con la gente joven. Y Gloria dice que es un hortera.

—Gloria puede decirlo pero tú y tu padre no. Es diferente. En realidad, ¿qué es lo que no te gusta?

—Pelos tiesos con fijador, todo para arriba. Un pendiente en la oreja. Mal educado. No sabe saludar, o no quiere, no da las gracias ni te mira de frente. Como que se ríe cuando no viene a cuento, no sé, es borde. A la niña no le vemos el pelo. Supongo que va a clase pero tampoco estoy segura. Y ha cambiado.

—Siempre ha sido más rebelde que la pequeña, ¿no?

Y sí, pero no tan desafiante y desinteresada de la familia como ahora. Flora proponía que le dieran una fiesta a la niña. Pensaba que muchas cosas se arreglaban con una fiesta. Ella ayudaría con parte de la intendencia, haciendo canapés, tartaletas y cosas así.

—¿Ahora que estás sin Daisy? Muchas gracias, pero no creo que sea el mejor momento para ti.

—No me parece mala idea lo de la fiesta —dijo Ángela—. Tú, como si no estuvieras disgustada. Todas te ayudaremos, ¿verdad, Paloma?

Paloma apenas había dicho palabra; algo le pasaba pero no parecía querer contarlo. Se esforzó por participar:

—Sí, claro. Contáis conmigo para lo que sea. —Pensó, no debería haber ido a la merienda, no estaba de humor. Dijo: “el hijo de una compañera hace de *disc jockey,* creo que es estupendo y todas sus fiestas resultan de muchísimo éxito”.

Hilda reflexionaba, quizá lo que decían fuera buena cosa. El mes próximo Leonor cumpliría veinte años. Era una ocasión. Si la niña quería, claro. Flora dijo que subiría a su casa para hablar de los preparativos; Leonor solía ser cariñosa con ella y, no siendo de la familia, le haría más

caso.

Sonó el timbre de la puerta. Se miraron: ¿quién podía ser?

—¿Esperas a alguien?

—No. Se habrán equivocado de piso.

Oían a Carmen hablar, escuchaban. “No, no, entra, no te vayas”. Apareció Martin, un poco azarado. “Perdona, tía Lala, no sabía que tuvieras hoy a tus amigas”. Saludaba; a Paloma no la conocía.

—Carmen, ¿quieres traernos una taza y un poco más de agua para el té, por favor?

—No voy a quedarme. Sólo he entrado a saludar.

—No te vas sin tomar una tacita de té, mi niño. Y pastel de chocolate.

—Está buenísimo, —dijo Cristal—. No te lo puedes perder.

Martin se sentó, a mal tiempo buena cara. Sonreía: “siento mucho haberos interrumpido”.

—¿Dónde has dejado a mi sobrina? —Preguntó Flora.

—Ah, está super ocupada con las cosas de Misi. Las dos andan todo el día juntas, modistas, camareros, invitaciones, qué sé yo.

—Así que os tienen un poco abandonados a los dos hombres.

—Pues sí, más bien.

—La verdad, que han organizado una boda en dos meses, eso no lo hace nadie. No me extraña que anden de cabeza.

—Y las chicas, habiendo casamiento de por medio, no pueden pensar en otra cosa.

—He recibido una invitación —dijo Flora, contenta—. Iré, desde luego. Espero convencer a Bernardo.

—¿Qué tal está?, —preguntó Cristal.

—No muy bien, por lo menos de ánimo. Deprimido, tristón y pesimista. Ayer volví a llamar al médico de cabecera. Dice que son manías suyas, que está aburrido y eso lo deprime. Además Constanza también viene menos ahora y la echa de menos.

—Ya somos dos —dijo Martín, pero sonreía—. Trata de convencerlo para que venga.

Ángela se extrañaba. Dijo que era preocupante, una persona que había sido tan sociable y ahora la gente le aburría y le cansaba. ¿Por qué no cambiaban de médico?

—Ése debería estar jubilado, Flora. Es muy viejo.

—¡Jesús bendito, cambiar de médico! Como si Bernardo fuera a consentirlo. Jamás en la vida.

—Pero si no lo convences, tú vendrás de todos modos —dijo Martin. Le gustaba Flora, sobre todo por ser la tía de Constanza.

—Ah, sí. Desde luego ¿Tú eres el padrino?

—No, Cristóbal, el hermano de Misi. Y la madrina mi tía Beatrice, es hermana mayor de mi padre. Tu pastel de chocolate es una maravilla, tía

Lala.

Estaba decepcionado. No pensaba que Ángela tuviera gente, había acudido a su casa en busca de algo indefinido, sin saber muy bien el qué. Consuelo, apoyo, consejo; Constanza estaba rara. Enfebrecida, disipada, no parecía ella misma. ¿Fuera de sí? Fuera de su relación con él, en cualquier caso. Todo era preparativos de boda, conversaciones con Misi interminables, recados con Cristóbal. ¿Por qué tenía que ir con él a todos lados? Se preguntó si estaría celoso y... creía que sí. No podía hablar de aquello con su padre ni Misi; a Constanza era imposible tenerla un rato a solas, su atención entera. No sabía qué hacer ni qué pensar. Hasta que conoció a Constanza el año anterior no se había enamorado en serio; entonces ella tenía un novio cursi a quien él llamaba el "falso Adonis". Entre peleas y salidas simpáticas, invitaciones recíprocas, malentendidos, piques y risas, se habían hecho íntimos. Al final, había conseguido una especie de entendimiento, (que él había visto como pre-noviazgo), después de que Misi y su padre se hicieran novios.

Las dos parejas, ideal situación. Y ahora una, la suya, con indicios de quebrarse. Un par de semanas atrás lo creía todo perfecto; Misi bromeaba con Constanza, la llamaba "mi nuera"... aunque, en verdad, ella siempre protestaba ante eso. No enfadada, sonriendo, aclaraba estar sólo empezando, a prueba. Nada decidido por completo. Pero salían y Martin no sabía hoy por hoy qué iba a pasar, ni siquiera qué estaba pasando, si estaba pasando algo o eran figuraciones. Siempre había pensado que los celos eran una pasión malvada, destructiva. ¿Ahora, qué?

Ahora la primavera parecía haber llegado para nada y él se sentía como quien anda por el canalón de la lluvia en un tejado, pie delante, pie detrás, sin mirar alrededor, trabajosamente, en una noche oscura con viento.

VII

El padre de Cristal había muerto algún tiempo después de que Juan Antonio, su marido, se fuera de la casa. Vivían entonces en el extremo norte de la calle Claudio Coello; las ventanas daban sobre el jardín del Museo Lázaro Galdeano. Su padre compró un piso a pocos metros de ella, en López de Hoyos, "maestro de Cervantes", como le gustaba recordar. Segoviano, de familia que fue ilustre varios siglos atrás, ya muy empobrecida a principios del XX, había estudiado en la Universidad con becas y después sacó una oposición a cátedra en el Instituto de su ciudad; enseñaba Lengua y Literatura Españolas. A él le debía Cristal su gusto por las letras. Se casó con la hermana de su íntimo amigo, cuya familia, al contrario de la suya, había ido en dirección ascendente desde mil ochocientos, año en que un trasabuelo leñador montó un aserradero, ahora convertido en sólido negocio de maderas. El suegro acogió con gusto a este muchacho culto y pobre, del que dijo: "Un chaval muy majo, antes de hablarle a la Lucía estaba harto de merendar en mi casa". Le ofreció, tal vez impuso, un trabajo en la empresa familiar, en las mismas condiciones que a su propio hijo.

Cristal nació en Segovia después de la guerra civil, cuando España entera estaba lamiéndose las heridas. Fue hija única y su madre muchas veces le decía lo difícil que le había sido quedarse embarazada; le costó cinco o seis años. Como dijo Cristal a las amigas: "pero nunca me contó lo bien que lo habían pasado intentándolo todo el tiempo". Oyendo esto Hilda se rió ruidosamente y Flora dijo con suave compostura: "Cristal, cómo se te ocurre pensar esas cosas de tus padres", a lo que ya tuvieron que reirse todas. Sea como fuere, llegó Cristal y se crió en su ciudad, rodeada de cuidados y mimos, quizá algo sofocada por ellos. Nunca se rebeló, convencida de que sus padres la querían y deseaban lo mejor para ella. A punto de cumplir diez y ocho años fue a estudiar a Madrid, en la facultad de Filosofía y Letras. Una amiga segoviana le presentó a Manuel, que había terminado Derecho el último año que estuvo la Facultad de Derecho en San Bernardo y preparaba oposiciones a la administración del Estado. Registros, Inspección del Timbre... la que primero convocaran la firmaba.

—Fue verlo y pensar que me enamoraba de él, —había dicho a las

amigas años más tarde. Y Ángela había asentido seria, reminiscente:

—Te comprendo muy bien, Cristal. A mí me pasó lo mismo.

Prácticamente a las dos semanas de conocerse eran novios. Desde el primer momento habían hablado de boda, hasta paseaban por las calles oteando en los balcones carteles de pisos por alquilar, aun sabiendo que tendrían años de espera. Manuel, tercer hijo de una viuda de origen modesto, el único de los hermanos que había estudiado en la Universidad, orgullo de la familia, estaba emocionado, encontraba a Cristal guapa y muy fina, y por otra parte con bastante preocupación por lo que su madre, y los padres de ella, pudieran decir.

Llegó el mes de Julio y él alquiló una habitación en La Granja, donde Cristal veraneaba con sus padres. “Allí estudiaré todo el día, sin pasar calor, y al caer la tarde podremos salir un rato. No puedo estar el verano entero sin verte.”

—Ah, yo tampoco. Desde luego que no. —Siempre decía menos de lo que pensaba, aquella cortedad. Se asustaba del tumulto, la fuerza de sus sentimientos.

Los padres de Cristal vieron a un desconocido, sin referencia de amigos comunes, con años de opositar por delante, que, pensaron, venía a cerciorarse de la posición de los padres de su novia. Creían que Cristal le habría hablado de ellos, cuando en verdad no había dicho ni una palabra, ni siquiera mirando pisos se le escapó: “mejor miramos donde diga Se Vende, porque mi padre me comprará la casa.” Nada; su vida con Manuel sólo de ellos dos.

Por otra parte, de forma también incomprensible, a la madre de Manuel que respondía (o a veces no porque era un poco sorda) al improbable nombre de Felicidad, tampoco le gustaba el noviazgo. Tenía que confesar que Cristal daba buena impresión, no tenía nada contra ella, de verdad. Todo lo contrario: era bastante mona... monilla, aunque no alta, nada de particular; un poco delgada de más, desde luego, habría que ver si estaba sana, pero más bien agradable. Se veía muy educada, eso sí, y estudiaba carrera. PERO. Demasiado joven y Manuel también demasiado joven. Les quedaban años por delante para pensar siquiera en casarse (aunque sabía que de eso hablaban todo el tiempo); era mucho mejor no comprometerse. Dentro de dos o tres años se podría hablar. Ahora, no. “Tienes que escucharme, hijo mío, dos años se pasan volando. Entonces verás si estás seguro. ¿Quién va a tener más interés en tu vida que tu propia madre?” Manuel tenía fé en su madre, admiraba su fortaleza para sacarlos adelante, sola. Ahora la mantenían los hijos, era lo justo, y él no había empezado a colaborar. “No te puedes cargar con una familia hasta que hayan pasado muchos años”.

Los novios pasaron temporadas mejores y peores; Cristal no dudó en ningún momento. Fue él quien no pudo soportar la tensión; al llegar el

segundo verano le dijo a Cristal que los padres de los dos se oponían y tenían razón: era mejor dejarlo. Sólo así. Ella no pudo discutir. Como si hubiera estado en un horrendo terremoto y se encontrara sola en el total silencio de después, el horizonte entero una gran polvareda hasta el infinito.

Estuvo casi dos años sin querer salir, pasando en casa las tardes enteras leyendo o escribiendo; sus padres llegaron a desesperar de que se recuperase de su tristeza. En estas apareció Juan Antonio Domínguez, a quien conocían y al que precisamente deberían haber evitado, la animaron a casarse. Se casó. Desde el primer momento comprendió que había sido una debilidad y una equivocación, tuvo un hijo y dos hijas muy seguidos, eso la obligó a soportarlo. Era igual que cuando de pequeña, en Segovia, jugaba en la plaza con otros niños y echaban a suertes con una piedrecita escondida en la mano: "al que le toque la china, se queda". Le había tocado la china, lo sabía, estaba "quedada", mala suerte. Cuando lo pensaba ahora, mirando hacia atrás, le parecía imposible haber aguantado todos aquellos años sin que nadie se diera cuenta de tanto sufrimiento.

La excepción era su padre, él sí se daba cuenta. En sus últimos años iba con frecuencia a Madrid y a diario visitaba a su hija. Hablaban los dos más largamente de lo que nunca habían hecho antes. Aunque era hombre capaz de sentir fuertes emociones, había sido muy medido, quizá trabado, en su conversación. Ahora reconocía preocuparse por el matrimonio de Cristal.

—Tuviste, jrrmm, un pretendiente cuando eras muy joven, —dijo una tarde mientras tomaban el té frente al ventanal del salón—. No sé, quizá hubiera resultado...

—Aquello se acabó y, de todos modos, a vosotros no os gustaba.

—Cierto, cierto. No nos gustaba nada para ti. Pero los padres pueden equivocarse.

Cristal miraba los árboles del museo bajo el sol de la tarde. Los cristales estaban abiertos, en la habitación entraba el perfume dulzón de las acacias. Aspiró con delicia y sonrió:

—Todos podemos equivocarnos, papá, padres o hijos. Y por mí no padezcas. Tengo un marido mujeriego, violento y que bebe pero...

—Y le está yendo muy mal en sus negocios, no sé si estás enterada.

—No lo sabía y no me extraña. No tiene criterio ni discernimiento. Pero yo aprendí de tí. Una vez me dijiste que para ser felices en esta vida debíamos poner justa medida a nuestros deseos, ¿te acuerdas?

—Vagamente, pero sí, siempre lo he pensado y te lo habré dicho, seguro. Ajustar nuestros deseos a la medida de nuestras posibilidades es cosa muy sabia para no sentirse infeliz. ¿Cómo es aquello...? "Señor, no soy ambicioso, modero mis deseos... como niño en los brazos de su madre".

—Por eso, lo he intentado así que puedes estar tranquilo; me conformo

con lo que la vida me da y no soy desgraciada.

El padre quería saber si necesitaba dinero. Y no, gracias.

—Cuando yo, jrrmm, falte, lo mío será para ti. Sí, tendrás una posición muy desahogada. Tu madre está conforme, ella tiene mucho más que yo, como seguramente sabes. Si necesitas algo no dudes en decírmelo. No te he dado más dinero antes por... por tu marido, para que todo no se fuera al hoyo.

Después de la muerte de su padre, Cristal vendió los dos pisos y se mudó a una casa mejor en la calle Padilla, un poco más arriba de Velázquez. Tenía un buen salón y un comedor a la fachada, que sólo se usaban en ocasiones especiales. La parte de atrás, donde donde estaba siempre desde que se habían marchado las niñas, daba sobre un patio de manzana, vagamente ajardinado, con grandes árboles, una escultura de piedra y un pequeño estanque, uno de los pocos que iban quedando y habían sido tan típicos del barrio de Salamanca. En aquel lado del piso tenía su cuarto de estar, estudio y dormitorio; todas las primaveras esperaba la llegada de las golondrinas. Los primeros vuelos de los pájaros, ligeros, altos, entrecruzándose, que hasta parecían ociosos, como sin necesidad de ir a parte ninguna. Y las veía llegar con aquella mezcla de alegría y nostalgia que componía la masa de la vida. La suya no había sido fácil: soledad interior, ausencia de aquél a quien a su pesar seguía queriendo, un pésimo matrimonio en la columna del debe y en la otra sus hijos y nietos, las amigas, los libros, los poemas que escribía, música, paisajes, felicidades suyas. Combinaciones, contradicciones. ¿O concordancias? En la casa de sus padres, al hacer las confituras de fruta se les solía añadir dos o tres almendras amargas, porque lo amargo realza el corazón de lo dulce.

Aquel año eran poco más de las siete cuando la despertaron los pájaros. No bajaba la persiana del dormitorio; le gustaba ver las primeras luces de la mañana o, en la oscuridad de las noches, al fondo del jardín las luces amarillentas de las ventanas encendidas. También solía dejar una rendija abierta salvo en tiempo de extremado frío. Escuchó el pío-piar de las golondrinas llamándose, dando aviso gozoso: véis, aquí el jardín que os dije, con su agua. O era el jardín que sus madres les habían contado. ¿Venían las mismas del año anterior o las hijas de aquéllas? Colocó a su espalda dos almohadones, se quedaba mirándolas. Revolaban, giraban yendo y viniendo, rápidas rasantes, azuleaban tantas alas en el cielo casi azul, aún muy pálido como medio teñido de luz indecisa del amanecer.

De repente pensó: ¿y mi tristeza? Eh, no la encontraba. Por primera vez en muchos años aquella constatación de la primavera sólo le daba ganas de sonreír. ¿Podía ser? O iba a sentir ahora nostalgia de su nostalgia, añoranza poética de aquel ingrediente que realzaba el sabor de su vida. ¿No había dicho Aristóteles que toda persona excepcional tenía que ser

melancólica?

Un par de meses atrás, había salido una mañana a pasear con su perrita. Tula, un pequeño pinscher que le hacía gran compañía. Decidió ir al Retiro a ver los castaños de Indias; debían de empezar a volverse dorados. Tomó Castelló, cruzó la calle de Alcalá para entrar en el parque por la Puerta de Madrid. Paseó por aquellos senderos con nombres de los países hispanoamericanos y de repente, a lo lejos... Manuel. Su corazón lo había visto antes aún que ella, ya golpeaba desordenado cuando se dijo: es realmente él. Primer impulso angustiado: ¿la reconocería? No se habían visto en todos aquellos largos años pero él estaba igual. Bueno, más gordo, bastante más gordo pero igual. Y enseguida las cosas-tontas sin importancia. ¿Cómo iba peinada? ¿Por qué llevaba hoy su chaqueta más vieja? Manuel se acercaba, caminaba despacio. Sólo miraba al suelo; en la mano llevaba un periódico doblado y aquello le hizo sentir de repente una ternura casi insoportable. Pobrecillo, ¿acaso leía el periódico en el parque, no estaba cómodo, acogido, en su casa? Fue menos de un segundo y después la inquietud: ¿me va a mirar? Sucedió: levantó la vista y... vió la llamarada de súbita alegría que se encendió en sus ojos, más brillante que la luz del otoño madrileño. "Cristal". Sintió su emoción, casi tocándola con la mano.

—Manuel.

Desde el confín de sus vidas habían venido; eran las caravanas de Borodine cantando por largos desiertos en las estepas del Asia Central para coincidir allí aquella mañana. Con sed y con cansancio, cada uno llevando su canción.

Llegó hasta ella, los brazos extendidos, la abrazaba mucho.

—¿De verdad eres tú? ¿No estoy soñando? Cristal.

Se apartaban un poco, se miraban más, volvían a abrazarse. Oh, Dios. Era un incendio en el bosque. Alto pinar, piñas saltando por el aire estalladas, miles de chispas llevando fuego a todas partes.

—Después de tanto tiempo. ¿Qué haces en Madrid?

—Me jubilé, he vuelto. Vivo cerca de aquí; pero dime, ¿cómo estás? ¿Cómo estás?

—Bien, bien. Qué alegría verte, qué alegría tan grande.

—Tanto tiempo...

Se repetían, apenas podían hilvanar una conversación, tardaban en hablar seguido. Manuel, riendo como en su juventud, para aliviar: "¿y ese perro tan ridículo?"

—Chsss, calla, puede oírte. Se cree que es un pastor alemán. Te presento a Tula, mi compañera de paseos.

—Hola, tía Tula, tanto gusto. Ahora en serio, es monísima.

—Ya lo sé.

Se miraban, sonreían. La sonrisa de siempre, que llegaba a los ojos, su

figura... ah, si pudiera bebérselo todo, recargar sus baterías para ¿otros cuarenta años? Dios mío, ya no tenía delante de ella cuarenta años más. Ya no había tiempo.

—¿Tienes tiempo? —Como si la hubiera oído pensar—. Cristal, ¿nos sentamos en algún lado, buscamos un sitio para tomar un café? No te vayas.

—Mejor un banco por aquí. Donde veamos los árboles, para que nos recuerden... No he sabido nada de tu vida.

—Yo supe que te separaste. —¿Lo decía con cierta satisfacción?

Tenían algún amigo común, de aquellas épocas; algunas veces había llegado un comentario.

—Hace años de eso. ¿Cómo has estado tú?

—Sigo casado porque ya, total... Más bien resignado. Tengo cuatro hijos.

—Yo tres. Y cinco nietos.

—Nietos también. Ellos han sido la única alegría de mi vida. Todo lo demás... cenizas

—No digas eso. ¿Te parece aquel banco? No hay nadie por aquí.

Se sentaron. Tula a sus pies, apoyada en las patitas delanteras, seria mirando al frente, diminuto guardián. Quietecita, como si supiera. Quizá sabía; el amor daba inteligencia a su instinto.

Decían alguna frase, tentativamente. Rodeando. Evitando la entrada en un terreno demasiado emotivo, donde no sabían si deseaban estar en realidad. Volaban imágenes y recuerdos como nubes de primavera al soplo blando del aire. Callaban. Manuel buscó su mano y la retenía. Cristal se dijo: dos mitades que no se habían juntado por error pero eran pertenecientes, la unión que tenía que haber sido; sólo recapitulaba lo que siempre supo.

Después de un silencio atemporal, como quien despierta y no sabe si ha dormido minutos o desde ayer, Manuel dijo: "¿Por qué te casaste con ése?" Lo había conocido, sólo apenas, años atrás.

—No lo sé.

Como siempre, la distancia entre lo que sentía y lo que podía decir. Acaso, pensó, esa es mi razón para escribir poemas, sentimientos que no puedo pronunciar con voz.

—Siempre pensando en ti, todos esos años. No he vivido.

Pensó, estás exagerando, no te quejes, no te ha ido tan mal. Sigues casado. Hoy nadie aguanta una diaria desgracia. Él hablaba:

—Tú eres más fuerte que yo. Eres la mujer más maravillosa... Tú eres mi amor. Dime si has sido feliz. —Casi parecía desear que no.

—No y sí. He vivido. No sin pena ni gloria, con pena y con gloria.

—Eres única, Cristal, no hay nadie como tú, mi único amor.

En aquel momento ella formaba una idea en lo absurdo de su mente: he

perdido toda tu vida, quisiera Dios que por lo menos nos enterraran juntos para pasar toda mi muerte contigo. Lo deseó con ferocidad de ansia, justicia poética. ¿Cómo eran aquellos versos que había leído en Ezra Pound?

"I desired my dust to be mingled with yours
for ever and for ever and for ever".

No podía ser; la vida era como había sido. Qué imperdonable haberse separado, criaturas de un destino roto.

Manuel hablaba de otros tiempos. El pasado era lo que nadie nunca les podría quitar; les pertenecía. Sí, se dijo Cristal, porque no tenemos futuro. Apenas hablaba; Manuel le había cogido una mano, la apretaba en la suya. Momento inmenso. ¿Renacer? Revivir. Si, revivir. Oírlo hablar del amor invencido, invencible.

Un niño pequeño se acercó a ellos, ojos oscuros, flequillo, bonita infancia. La Tula sólo olía, delicadamente. El niño, modoso, preguntaba la hora. Cosa muy antigua, parecía estar continuando el sueño; ¿quién preguntaba la hora hoy en día? Y tan educadito, como si fuera antes. Al mirar el reloj vieron que había volado la mañana; si no se daban prisa llegarían tarde a comer. Con todo, Manuel la acompañaba hasta Padilla. "Adiós, amor".

—Adiós. —Sólo después se dio cuenta de que no se habían pedido los números de teléfono. Coherencia; en aquel entonces nadie tenía un móvil.

Pasó el resto del día sonriendo para sí, ni siquiera necesitó comer. Estaba sola, no tenía que dar cuenta a nadie. Por la tarde escribió un largo poema, cosas que habían hablado y pensado. "He vivido para pagar mi error", había dicho él. Versos casi de un respiro, prácticamente sin corregir nada. Los releyó cuatro o cinco veces, cambió un par de palabras. Decía lo que quería decir, sonaba como debía sonar, no sobraba nada. Generalmente escribía, releía, pensaba, dejaba descansar, modificaba. Hoy, *ex abundantia cordis,* a la primera.

Los días siguientes, mientras andaba en sus quehaceres como de costumbre, no dejaba de recordar las frases, trozos de la conversación. "Eres única", "eres maravillosa", "tienes esa fuente de alegría dentro de ti, un manantial"...

—Pero tú eres muy alegre. Nos reíamos tanto, siempre fuiste...

—Era. Contigo. Tú eras mi alegría; siempre he sido triste después.

No podía menos de pensar que exageraba. Nadie pasa cuarenta años siempre triste. Y más: "Separarnos fue un pecado. Creo que Dios nos había destinado el uno para el otro. Fallamos miserablemente. Qué gran equivocación".

—Lo más terrible —había dicho Cristal— es que yo lo veía clarísimo. Lo sabía.

—Yo lo sabía también, en el fondo. Y lo sigo sabiendo. Pero me faltaron

las fuerzas. Todo el mundo estaba en contra.

—Todo el mundo no, Manuel. Tres personas.

—Pero las más importantes.

—Las más importantes éramos tú y yo.

Curiosamente, no se habían preguntado por sus vidas. Ninguno sabía mucho de los hijos del otro, esos hijos que ahora eran lo más importante para los dos. Cristal se daba cuenta de que no tenía interés en saber de su mujer, tonta lista guapa fea pacífica nerviosa dominante dulce... curiosidad cero. La conversación había transcurrido por una vía única: el camino más corto entre sus corazones. Recuperaban un espacio sólo de ellos dos; lo demás en aquel momento era inexistente. Cuando se volvieran a ir cada cual por su lado, recogerían su diario vivir.

VIII

Más tarde, repensando, le venía algo a la memoria. Muchos años atrás en una comida, Luis Ortiz, un compañero, sin duda el comentarista del grupo, le había dicho: “sabes que cené con tu ex y su mujer”.

—¿Está bien?

—Está bien pero ¡la mujer es tan antipática! Nada que ver contigo.

—Ojalá sea muy feliz. —Lo decía de verdad, desde el corazón, hasta había rezado para que lo fuera. Oír hablar de esta mujer no le importó entonces, seguía sin importarle.

En uno de sus cuadernos escribió todo lo que recordaba de aquella mañana, casi como un perro entierra un hueso en lugar seguro porque volverá a buscarlo. Después dedicó tiempo a hacerse razonar, obligada. Vamos a ver, qué es lo que esperas ahora. Nada, porque no puedes esperar nada. Sé sensata, no pienses en él. No querrías nada que hiciese daño a nadie, ¿verdad? Ni querrías nada que te apartara de Dios... No, de ningún modo. Pues entonces. Cierra esa ventana. Pero él es infeliz, se siente muy desgraciado... por lo menos, eso dice. Tú tienes suerte, lo has pasado mal pero nunca has sido desgraciada: has vivido. La vida es un regalo tan grande. Siempre has sido capaz de sentirte bien, en medio de todo, siempre has dado gracias a Dios por su misericordia. Ahora, en esta situación, no puedes hacer nada. Ya has tenido la alegría de escucharlo decir que te ha querido siempre. ¿Qué más puedes querer?

Quiero que me lo vuelva a decir, todos los días.

Cuando sonaba el teléfono, el primer impulso era pensar “es él”, aun sabiendo que no era. Pasó despacio el tiempo y se fue serenando porque, quieras que no, el corazón siempre encuentra un acomodo, se adapta a cualquier clase de existencia. Estaba ya tranquila y, unos días después, exactamente once después de haberse encontrado, se volvieron a cruzar por la calle. Subía ella la de Juan Bravo, hacia Príncipe de Vergara a toda prisa para hacer unos encargos y justamente en la esquina. La abrazó, la mantenía apretada contra él.

Estás loca, se dijo, abrazada con él en medio de la calle, cualquiera del barrio podría verte. Pero no se soltó cuando él la tomó del brazo. En realidad, cualquier amigo de su juventud la hubiera abrazado o llevado del brazo; no pasaba nada. Fueron a un café por allí cerca, se sentaron en una

mesa apartada; había poca gente.

—¿Qué quieres tomar, un vino? Tú eras muy del Rioja.

—Es temprano para mí, prefiero café. —Si le entraba en el cuerpo un milígramo de alcohol era capaz de decir algo de lo que luego podría arrepentirse.

Cuando se fue el camarero Manuel preguntó: "No me dijiste el otro día por qué te habías separado."

—Fueron muchas las cosas, pero al final... Mi hija Mila, María Fuencisla, tenía... iba a cumplir catorce años. Su padre tomó la costumbre de llevársela muchas tardes a tomar una copa con él; es muy guapa y le gustaba presumir de hija y también, supongo, para ponerla de su parte porque discutíamos mucho. No lo podía prohibir y sólo le hice prometer que la niña no probaría el alcohol. Sabía que él tenía una amiga bastante fija, aunque no la única, pero lo que jamás pensé, que llevaría a mi hija con ella.

—No me digas que hizo eso.

—Sí. La niña no dijo nada, en verdad no le dio importancia, pero una amiga mía los vió en un bar y me llamó. Así que cuando volvió aquella noche, y había bebido mucho, le dije: "Hasta aquí. Si lo vuelves a hacer te denunciaré." Se puso frenético, empezó a gritar echándome la culpa de todo lo que le salía mal... yo estaba acostumbrada. Pero mi hijo lo oyó y vino en pijama a protestar de que me tratara así. Entonces le pegó, brutal. Para no alargarme: llamé a la policía; cuando llegaron él se había ido y yo le ponía paños de agua fría al chico. Aquella noche fui a la Comisaría a poner una denuncia, llamé a un cerrajero, cambié las cerraduras, recogí todo lo que había de él en la casa y lo metí en maletas y en bolsas. A la mañana siguiente llamé al abogado, hablé con los tres hijos que estuvieron conformes en todo.

Se quedaba pensando: la piedra había caído al agua, las ondas concéntricas duraron pocos segundos, el agua se cerró encima y nadie lo echó de menos. Ocho años después José Antonio murió de septicemia; tuvo que insistir para que los chicos fueran al hospital a verlo y todos juntos acudieron al funeral organizado por su hermano mayor; los padres habían muerto antes.

—Qué duro para ti —decía Manuel—, has sufrido mucho. Pero eres tan fuerte... eres espléndida. No he podido pensar en otra cosa todos estos días, sólo en ti. Lo he revivido todo.

—Yo también. Entonces por qué no me llamas y nos podemos ver un rato de vez en cuando.

—¿No lo entiendes? Tú eres mi amor, eres todo para mí. No puedo estar contigo sólo un rato de vez en cuando. Lo quiero todo de ti, Cristal, ¿comprendes lo que quiere decir TODO?

—No sé si lo comprendo, querido, a nuestra edad...

—¿Nuestra edad? Podríamos perfectamente irnos juntos, hasta tener un hijo...

—Yo desde luego que no —dijo Cristal tranquilamente—, voy a cumplir sesenta y cuatro años. —Pensó: Y tú, igual de poco, si no menos. Eso es hacerse demasiadas ilusiones.

—Estás igual que siempre, idéntica.

—No, no lo estoy. Tengo la edad que tengo, nadie me la puede quitar.

Manuel discutía, no cejaba, diciendo que la quería demasiado para conformarse con poco.

—Para mí eres una tentación muy fuerte, más aún que antes, cuando éramos jóvenes.

—¿No te parece bueno vernos de vez en cuando, darnos un poco de alegría, recordar nuestra juventud? Las cosas sólo nuestras, que nunca compartimos con nadie.

—¿Qué soluciona eso, Cristal?

—Podemos ser maravillosos amigos.

Casi rugió: "¡Horror!" No, reina mía, vida mía, NO podemos ser amigos. Te quiero con desesperación. No puedo ser tu amigo, perdóname pero no puedo".

—Está bien, está bien. Lo que tú digas. Yo, cuando te veo, siento una alegría muy grande, no una desesperación espantosa.

Intentó razonar, era difícil. Daban vueltas a los mismos argumentos, cada cual diciendo lo suyo.

—Si te sigo viendo, acabaré haciendo un disparate, tirándolo todo por alto. Haremos daño a muchas personas que no tienen culpa de nada. ¿Qué pensarían mis hijos si a estas alturas yo dejara a su madre?

—Eh, yo no quiero que dejes a tu mujer; a mí no me ha hecho ningún daño y además no me importa nada, me tiene absolutamente sin cuidado.

—Porque sabes que a quien quiero es a ti y sólo a ti.

Se paró a pensar en estas palabras. Concedía: "Puede que tengas algo de razón. Pero tampoco me importaba cuando pensaba que la querías, deseaba que fueras feliz, rezaba por eso. Tus hijos sí me importan aunque no los conozco y, desde luego, me importan los míos. Escucha: ahora que nos hemos vuelto a encontrar, podemos darnos un poco de alegría, un poco de amor... "

—¿Un POCO de amor? Cristal, santo cielo.

—Es mejor que nada. He aprendido a conformarme con lo que la vida me regala, por eso he sido feliz. Agradeciendo al Señor hasta las más pequeñas cosas. No lo estropees, por favor.

Ahora la desconcertaba contradiciéndose a sí mismo.

—Vámonos juntos, escápate conmigo, vamos donde nadie pueda encontrarnos. —Habló en voz baja, urgentemente.

—Manuel, eso haría daño a los chicos, a más gente y no es lo que yo

quiero. Lo que yo digo, recuperar un poco de la alegría de nuestra juventud, no haría daño a nadie.

—Mi amor, mi amor, ¿qué podemos hacer?

En aquel momento entraba en el bar un señor mayor, hizo a Manuel un gesto de saludo, se acercaba.

Manuel los presentó, desenfadado. Su amigo Fulano de Tal —Cristal no se enteró del nombre— y esta amiga de mi juventud. Todos sonrieron, sonrisas mecánicas de labios afuera. Manuel añadió: "Hacía cuarenta años que no nos veíamos y acabamos de encontrarnos por la calle. ¿No te quieres sentar?"

El otro retiraba una silla, se sentaba. Cristal le habló amable: "¿No es asombroso que nos hayamos reconocido?" La única respuesta venía de Manuel:

—Estás igual que siempre, no has cambiado en nada.

—Espero que cuando estaba en la Universidad tendría mejor cara que ahora.

El amigo de Manuel no desagradable, tampoco educado. Sólo a él le dirigía la palabra, empezaba una conversación sobre alguien a quien obviamente ella no conocía, ni pensaba en incluirla. Debía de tener muy poco mundo. Cristal esperó un par de minutos, después miró su reloj.

—Creo que voy a tener que irme. Me ha dado mucha alegría verte, Manuel.

Se había levantado. "Te acompaño a la puerta".

—No, quédate. Adiós.

Sonriente se iba. Pero él salía detrás, hasta afuera de la puerta, la abrazaba. "Adiós, amor mío, mi princesa".

Así que eso era lo que había. Tenía que no seguir dando vueltas a todo aquello, era lo razonable; sólo que el corazón a veces puede más que uno. Jamás había pensado ni pensaría escaparse con él (¿adónde?), ni en irse a la cama con él; no. No lo habían hecho de novios, prácticamente casi nadie de su grupo lo hacía en aquella época... entre todas las amigas y primas sólo supieron de una. Y no, pensaba Cristal que hubiera entonces más moral, más religión; había más o menos las mismas. Lo que no había eran anticonceptivos a granel; eso hoy había cambiado las costumbres.

En los meses siguientes se cruzaron unas cuantas veces por la calle. Una de ellas iba con Ángela cuando él se paró a saludarlas; a Cristal le dió dos besos como a cualquier amiga; hablaron momentos cortos. El tiempo, la falta de lluvia, palabras sin relevancia.

—¿Quién era? —Preguntó Ángela.

—Un amigo de la Universidad.

—Te miraba mucho, ¿no? Parece agradable. Debe de haber estado bien de joven.

—Sí, a mí me parecía estupendo. Y encantador.

—Cristal, te ha mirado... Te ha mirado como se mira.

Se negaba a entender, no sabía qué quería decir eso.

—Ya sabes, de esa manera especial. Tú le gustas.

—Está casado, Ángela. Si quieres saber la verdad, fue el amor de mi vida.

—Ya me parecía... ¿el que nos contaste?

—El que os conté. Después de un millón de años nos hemos vuelto a ver. Ahora vive en Madrid, en este barrio. Pero las cosas son como son, no como uno querría.

—Hmmm, sí. Algunas personas tienen una segunda oportunidad, quién sabe... A veces, la vida te acaba dando la razón, pero en tu caso no parece...

—Es tarde para eso, de todos modos. La vida te da la razón cuando ya no sabes qué hacer con ella. Cuando no te sirve para nada. Tú por lo menos eres viuda, tienes una segunda oportunidad.

Ángela reía, movía la cabeza. "Yo sí que no la quiero para nada. Nunca he mirado a otro hombre".

—En realidad, tampoco yo.

Otra vez iba con Flora y él con un amigo. Caminaban despacio mirando escaparates, como le gustaba hacer a Flora; sólo se dijeron adiós al pasar. Ella también preguntó quién era.

—Un compañero de la época de la Universidad.

—Iba muy mal vestido, ¿no te parece? Los zapatos sin limpiar, la chaqueta arrugada, una corbata horrorosa. Y está gordo fondón. Supongo que antes no sería así; ¿por qué los hombres se abandonan?

Tuvo que reírse.

—Flora, típico de ti. Yo la verdad no me he fijado en todo eso. —Pensó: Bernardo es blando y gordo, ¿no lo ve? Claro que él va siempre impecable, como si acabara de salir de una caja envuelta en papel de regalo.

—Parece mucho mayor que tú.

—Es un poco mayor, no mucho.

—No sé por qué ellos no se cuidan mientras que nosotras nos esforzamos tanto, —insistía, hasta parecía que eso la ofendiera un poco.

—Pero no lo hacemos por ellos sino por nosotras mismas.

Increíble, todos aquellos años sin verse y ahora se encontraban con alguna frecuencia. Por otra parte lógico: se había venido a vivir cerca y, al estar jubilado, paseaba por las calles.

Pasó algún tiempo y en Enero se encontraron en una librería de la calle Génova, como quien dice los dos al otro lado del río. Ahí sí hablaron, se felicitaron el año, dieron sus opiniones sobre algunos libros... Y otra vez: " tú eres mi amor, mi princesa, mi mujer querida..." Casi preferiría no encontrarlo, cuando no lo veía tenía más paz. Y no. Si le hubieran dicho está en ese bar, en aquella tienda, se habría sentido empujada a entrar.

¿Había en aquello sentimientos mezclados, algo de vanidad? O sólo nostalgia de su juventud... Vivir era difícil. ¿A los demás les costaba tanto trabajo como a ella? "Tú, se dijo, naciste diferente. Siempre lo has sentido así, ¿verdad?" Quizá todo el mundo lo pensara de sí mismo, por lo que todo ser humano tiene de único. ¿Y cómo era uno realmente, como se veía a sí mismo, como lo veían los demás? O acaso como te ve tu amor, la persona que te ama, con sus mismos ojos... Así tenía que ser; aquí en este mundo no sabía uno cómo lo veía Dios. "Pero sí sabes que Él nos ama de veras". —se dijo— "Tenlo siempre presente".

En esto llegaba el mes de Abril, trayendo alguna pobrecita escasa lluvia con los vientos del Oeste. Cristal andaba haciendo algún encargo por su barrio, se le ocurrió dar una vuelta por una galería de Subastas en la calle de Alcalá. Quería un regalo de boda para la hija de uno de sus primos, esperaba encontrar algo diferente y con más gracia de lo que había visto en las tiendas.

Nada más entrar vio a Manuel con una pareja, delante de un cuadro. No supo si él la había visto; se fue por el lado opuesto de la sala. Miraba una de esas vírgenes que tienen sólo cabeza, escote y manos sobre un bastidor de madera, imágenes para vestirlas, le hacían mucha gracia. Lo sintió acercarse a su espalda, oyó la bella voz: "mi princesa".

—¿Cómo estás?

—Tengo que hablar contigo.

—Claro, lo que quieras. Dime

—No ahora. Podemos quedar en la Rosaleda... pasado mañana. Si te viene bien.

La Rosaleda... Uno de sus reinos entonces, cuando ellos fueron reyes.

—Sí. ¿Te acuerdas de nuestros pinos?

Altísimos, añosos, oscuros troncos torcidos. Desgarrados. Trágicos árboles pareciendo humanos que se estrechaban con muchos brazos en la desesperación de los vientos de la meseta, castigadores. A dos de éstos, ramas entrelazadas polvorientas, ellos los habían nombrado "los amantes". Pensó: me acuerdo de todo, Manuel. Dijo:

—Sí. No sé...

—Por favor, ven. Cristal, por favor.

—Iré. No sé si estarán; creo que se han caído algunos.

—Yo fui no hace mucho; me parece que están. Pero sabes el sitio. ¿Pasado mañana? ¿A las doce?

Volvía con sus amigos. Cristal, haciendo como si se interesara en otras tallas, dio una ojeada, izquierda, derecha. Las personas que pasaban, ¿oirían los golpes de su corazón?

Quería irse y no. Adónde ir con esta esperanza. Lo sabía, oscuramente sabía que eso iba a pasar, tenía que ser. Era. Dentro de, miró el reloj, cuarenta y siete horas. Espero un rato, perdió tiempo, miró; ya no estaban.

Aún seguía, como si fuera una obligación, viendo cuadros mesitas candelabros objetos cosas. ¿Cuál era el cuadro qué...? Se acercó... psé, no estaba mal, un paisaje un poco blando, sin mayor interés. Pero justo enfrente vio uno que le pareció precioso, mucho más interesante. Se quedaba mirando. Buscó el nombre del pintor: Rogelio Díaz. Ah, sí: Flora tenía uno en el despacho; lo había comprado Bernardo unos años atrás. Éste, un campo de viñedos altos, en entramado, un sendero, muy al fondo montañas con nieve. Por el caminito, una figura de mujer vestida de gris, pequeña. Sólo mancha si uno se acercaba mucho, mujer-mujer esencial a la justa distancia. Luces y sombras de las viñas. La mujer, no se sabía si iba o venía. Pero Era. Bellamente todo, ahondando distancias.

Miriam Paz, una de las encargadas, pasaba. La conocía de tiempo atrás; se saludaron. "Qué bonito cuadro, ¿verdad?".

—Sí, me gusta mucho. Pero ¿está en estos precios Rogelio Díaz? 1

—Y éste no sale caro: subirá. Es precioso: si tuviera dinero, pujaba yo misma. Pero todo el día aquí viendo cosas ideales... no puedo comprarlas todas.

Se reían; Miriam era una chica muy simpática y guapa, morena, con grandes ojos de color café.

—¿Han dejado... tiene ya alguna puja? —quería saber Cristal.

—Me parece que todavía no; hoy es sólo el segundo día de la exposición. Te puedo mirar en cuánto se han vendido otros y ves si te conviene. Si te gusta, deja una puja; éste no ha hecho más que subir en los últimos años. Es muy sugerente, ¿no? Un gran pintor y un hombre tan enamorado: siempre pinta a su mujer.

—Qué suerte, saberse tan querida. Estará encantada.

—Creo que murió en un accidente, hace como veinte años. —Siguió: salían pocos cuadros suyos; casi todos se vendían en América, sobre todo en los Estados Unidos y en Venezuela; los países más ricos. Él vivía en uno de esos países suramericanos; una hija suya sí vivía en Madrid.

Miriam era además, —pensó Cristal— una profesional excelente; sabía mucho de lo suyo. La acompañó a la recepción, le aconsejó hasta dónde, en su opinión, debería llegar.

Cristal se marchó de la Sala, contenta. Un hombre enamorado siempre de una única mujer: quería ese cuadro, luces y sombras, alegría y tristeza, contrastes que entendía aquel pintor con alma. Por eso la Mujer era el amor de su vida. ¿Cómo era aquello...?

"Eterno amante soy de eterna amada", divino Quevedo, el más grande de España. Recordó a Ángela: "Polémicos españoles: no hay en nuestra generación quien no haya tomado partido entre Quevedo y Góngora, entre Lope de Vega y Tirso".

—Ahora, se han acabado esas batallas —había dicho Hilda. A la gente joven no les interesan esas discusiones de cultura.

Paloma: lo que importaba hoy eran los deportes, sobre todo el fútbol, y ahí la gente era más partidista que los antiguos y las peleas eran terribles. Y Cristal que la polémica era madre de todas las cosas, desde luego del conocimiento.

Al día siguiente salió hacia la Rosaleda con la Tula. No era la fecha acordada, iba para prepararse el corazón despacio. Los castaños ya sin oros, ahora con impaciencia por florecer. Grandes candelabros levantaban hacia el cielo todoazul sus corimbos blancos, con rosa tenue, como velas de cera. Este amor perdido, re-encontrado. Amor nuevo, amor antiguo, un mismo abrazo. Un instante pensó: ¿y si me dice algo malo... que está enfermo... que se cambia de ciudad, que...? Tonterías. Iba a decirle: "tú tenías razón".

La perrita mucho se cansaba porque caminaban con rapidez, paseo dilatado; al final tuvo que llevarla en brazos durante un buen trecho. "Hoy te llevo, Tula, pero mañana, no. Mañana tu ama tiene que venir sola, mañana será, un día importante, ¿sabes? La Tula le lamía el cuello, agradeciendo. Como si le dijera: "Tú te mereces todo el amor".

Los pinos ahí estaban, dramáticos, remecidos de viento, abrazados también. Los amantes. Más viejos pero unidos como siempre.

Al día siguiente estaba allí a la hora justa; Manuel había llegado.

Tú tenías razón —dijo—. Quiero verte, estar contigo, oír tu preciosa voz, aunque sólo sea eso. Cuando tú digas, donde quieras, cuando tú puedas...

Entonces oyó música. Cantó el viento, cantaron las copas de los árboles, las ramas de los rosales amarradas a sus arcos de hierro.

Y la Tierra mira primero al Oriente, por ver salir el Sol. Pero ¿no es al Poniente cuando él despliega los brillos más dulces, los rosados, los violetas, en el largamente atardecer?

IX

Aparte de la casa en las afueras de Cambridge, Arthur tenía dos propiedades en Londres. El piso donde habían vivido sus padres en Belgravia, que estuvo muchos años alquilado y acababa de recuperar, y una pequeña casa en Chelsea, su domicilio hasta entonces. Allí se había metido provisionalmente una vieja (no muy) amiga suya, Antonia Knowles, a quien Martin detestaba por el empeño evidente en casarse con su padre. Según Martin, la Knowles habría matado a dos maridos, al primero con pistola y al segundo con tristeza. Cierto que lo de la pistola había dado lugar a una encuesta: el dictamen fue accidente. Involuntario. De todos modos era mujer siniestra y dominadora. A primeros de Enero Arthur le avisó que se casaba y que, por favor, le dejara la vivienda vacía a la mayor rapidez que fuera posible. Ahora habían por fin conseguido librarse de su sombría presencia y querían arreglar la casa, pintarla y, acaso, alquilarla.

—Gracias a Dios no sabe de que te quedó libre el piso —dijo Martin con fervor—. Conviene meter a los obreros también rápidamente en Chelsea, antes de que se entere por alguien, y que tu Agencia empiece a buscar clientes.

—A no ser que tú estés interesado. Si quieres usarla con Constanza, puedes hacerlo. No sé cuáles son tus planes.

Martin no tenía ninguna seguridad. El final lógico de su relación, vista desde su lado, era seguir hasta casarse con ella. Pero...

—Creo que Constanza no tiene aún la cosa clara —dijo pesaroso—. Va a ser mejor que la alquiles.

—Si puedes tomarte tres o cuatro días, ¿qué tal que nos vayamos los dos y emprendemos la reforma? Esa casa es para ti. Podemos pedir el permiso y ampliar con el loft; ahí sale prácticamente una planta más.

—Me gusta la casa, es muy simpática. Pero qué pasa con mis hermanos.

—No. Me han costado mucho dinero desde que May se los llevó. No les voy a dar nada más, no es como si hubieran sido capaces de hacer algo útil con sus vidas. Y su madre tiene dinero, sólo que es egoísta.

Martin estaba equivocado. Constanza tenía la cosa clara, clarísima. Él le gustaba, lo quería, era su amigo pero Cristóbal producía en ella sentimientos absolutamente distintos, fuerza que arrasaba, amor del que

nunca se había imaginado ser capaz. Hasta se lo repetía a sí misma aún incrédula. Estoy enamorada. Enamorada. Enamorada. Esto sí es.

No sabía si iba a resultar. Quería hablar con Misi y no se atrevía; aparentemente ella no se daba cuenta de nada.

—Tu hermano es estupendo.

—¿Verdad que sí? Yo sabía que te iba a gustar.

Ni el aire de una sospecha, viéndolos a todas horas juntos. Estaba tan abstraída con su boda. O no le cabía pensar que ella dejara a Martin. A él también tenía que hablarle, le costaba.

Aprovechando el fin de semana iban a ir tres días a Cáceres para ver a sus padres. Fue Cristóbal quien dijo: "Constanza viene también".

—No, yo no. Qué pinto en casa de tus padres.

—Sí, —dijo Misi—. Claro que vienes. Los otros dos se van a Londres; tú no te quedas aquí sola.

Decidieron que irían a la casa de Misi en el campo a dormir, durante el día estarían en la ciudad. Fue. Esperaba caer bien a los padres, sería un adelanto.

Eran unos señores moderadamente amables, sin extremos. Sin mayor interés. Más bien callados, casi taciturnos. El padre apenas podía andar con muletas, esforzándose mucho, pero no parecía de mal humor como había anticipado Misi. Quizá por la presencia de Cristóbal, el favorito de los dos. La madre debía de haber sido guapa, los mismos ojos azul oscuro de su hijo, pero iba descuidada, arrugas, pelo sin brillo, ropa indiferente y muy vieja. Preguntó a Cristóbal por la novia americana.

—Eso se terminó, hemos roto.

¿Sí? —preguntó Misi—. No me lo habías dicho.

—Bueno, es muy reciente.

La madre reflexionaba: se volverían a arreglar, ya habían terminado antes y luego...

—No, no. Absolutamente definitivo.

—Yo prefiero una española, —dijo el padre—. Y si es extremeña, mucho mejor.

A lo que la madre, complaciente, empezó un recuento de niñas locales, las hijas de parientes y conocidos. Una era guapa, otra bien educada, aquella tenía dinero. Se demoraba con la lista.

—A ver si lo dejáis que respire —dijo Misi—. No necesita ayuda para encontrar novia.

Constanza por supuesto callaba. Dentro de todo, era mejor una madre con ganas de ver a su hijo casado que una de las otras.

Hicieron un poco de turismo por Cáceres; la ciudad era en verdad una alhaja. Cáceres romana, medieval, gótica, el precioso color de las piedras. La blandura del aire por el favor del río cercano... había estado allí antes pero no fue igual. Ahora, con Misi, la veía con mirada más clara,

profundamente.

—Si alguna vez tuviera dinero, me compraría una casa aquí.

El instinto profesional de Misi enseguida despertaba. “Hay verdaderas maravillas”.

—Ya. Pero nunca voy a tener dinero. Cada vez menos.

Al caer la tarde volvían al campo. Dehesa con fuertes encinas muy paseable, buena de andar. En torno a la casa un jardín bien dibujado, grupos de árboles y arriates de flores, rústicas pero entonadas de color. Vivía allí un matrimonio de guardas. El marido, Rafael, un hombre de magnífico aspecto, alto, claros ojos, buenos huesos. A lo que su mujer, menuda y renegrida, más tenía cara de bicho, así como un hurón, que de persona. Se llamaba Flora. “Como mi tía”, dijo Constanza. Cristóbal se rió. “Ésta se debería llamar Fauna”. Se ahogaban de risa los dos y protestaba Misi.

—No os riáis, que no tiene ninguna gracia. Es una falta de caridad.

El jardín bastante descuidado; ella tenía que hablar mucho rato con el jardinero, consultando listas de un vivero cercano. A la vuelta de su viaje de novios quería venir unos días con Arthur, dijo, y todo tenía que estar lo mejor posible. Dejaba sus instrucciones escritas con letra clara; aquella era gente honrada y leal pero floja, nada eficiente.

Delante de la casa había una explanada con dos macizos grandes rectangulares plantados de rosales. Una tapia antigua de ladrillo de bello color corría a lo largo del jardín, en ella se apoyaban a trechos lirios, lavandas y romero. En la parte que daba a la entrada posterior, cerca de la cocina y las dependencias, había frutales, algunos ya en flor. Al caer la noche se sentaban afuera con unas copas. Apagaban las luces para ver salir las estrellas, pocas al principio; después espesaban más. Cielos oscuros, profundos: iba apareciendo un salpicado de luminarias. Subía el olor de freesias y aligustres. De algún lado llegaba un perfume intenso de alhelíes.

—Mmmm —dijo Constanza rompiendo un silencio—. No he visto alhelíes pero cómo huelen.

—Están ahí detrás —dijo Misi, tan relajada que ni siquiera señalaba—. Huelen más por la noche.

—Calla. Escuchad. —Empezaban los chirridos y cri-crís de grillos y bichitos sin nombre. Un cuclillo cantaba a lo lejos, esperaba contestación, se repetía; no debía de saber más canción que aquella. Bicho para todo flojo, ni siquiera hacía su nido; el cuclillo dejaba sus huevos en los nidos de los otros pájaros.

Se alzaba una brisa primaveral, rozaba las copas de las encinas con un lamento suave, como gimiendo por un amor. En el firmamento, en lejanos espacios, seguían apareciendo más puntos de luces, las ruedas de la inmensa maquinaria del tiempo.

—Esto es un sueño, —murmuraba Constanza como si en verdad soñara.

—Y eso que no te gusta el campo. —Misi, irónica.

—¿No te gusta el campo? No me lo creo.

—Claro que me gusta. Una vez le dije a tu hermana que no quería comer en el suelo con hormigas y otros seres arrastrándose por ahí.

Por cualquier cosa se reían, tiempo desmesurado de alegre. Misi miraba su reloj.

—Me voy para adentro. Es la hora en que suele llamar Arthur.

Cristóbal después de la boda tenía que volver enseguida a Nueva York.

—¿Por qué no te vienes? Pide un año sabático en tu trabajo. Después de dos años si quieres volvemos a Madrid.

—No sé qué haría yo allí; necesito trabajar.

—Alquilas tu piso, con eso pagas tu hipoteca y te vienes.

—Ojalá pudiera pero ¿qué dirían todos? Piénsalo.

—¿Eso es lo que te para? Les decimos que vamos a casarnos.

—Joé, cómo que les decimos. O es una declaración, oficial.

—Lo más parecido.

—¿Lo más parecido? Cristóbal, no sé si te entiendo.

Él protestaba; no sabía cómo era una declaración oficial; ¿debería arrodillarse? De verdad, nunca había hecho ninguna. “Esto es lo mejor que vas a tener”. Constanza con aquello, nerviosa. Por qué le hablaba como si tradujera del inglés. Cristóbal se reía; llevaba allá, dijo, tres años. “Aparte de que esos tíos están haciendo el mejor cine, la mejor literatura, el mejor teatro del mundo, esas pequeñeces culturales. No exageres”.

—No exagero, me ligo a un extremeño y resulta que piensa en inglés.

—Nunca infravalores a un extremeño, llevamos sangre de descubridores, de conquistadores...

—Tú, de conquistadores desde luego. Ya lo había notado. —Pensó: ojalá nunca recuerdes que el primer paso lo dí yo.

Se acercó más a ella, le tomó una mano entre las suyas. Rogaba: “Ahora que nos hemos encontrado, ¿vas a consentir...?” Calló, escuchando atentamente. Constanza iba a hablar, él la detuvo con un gesto. “Calla”. Apretaba su muñeca. De pronto dijo:

—¿Estás bien? Tienes el pulso disparado.

—¡Bobo, idiota! ¿No ves que es la emoción?

Crujía la puerta del zaguán, portón grande. Con urgencia él susurró. “¿Entonces, te vienes? Dime que sí, dime...”

Unos pasos, en seguida Misi estaría con ellos. Contestó rápida:

—Si. Lo arreglaré como sea y me iré. Quizá tenga que tardar algo.

—Allí me tendrás esperándote. Quiero que estés bien segura.

Ya se acercaba la hermana; no pudo contestar. Pero nunca en su vida había estado tan segura de nada.

La última noche en el campo decidió hablar con Misi. Recordaba...

El año anterior habían ido a pasar el día en Segovia las dos con Arthur

y Martin, precioso día de nevada grande. Martín y ella se reían con el "romance" surgido entre los otros dos, empalagoso; aquéllos habían sido buenos tiempos, los dos tan amigados sin mezclar lo-que-no-era... Almorzaron en un excelente restaurante, La Matita y, en un momento dado, ella fue desde el comedor en busca de Misi. Había ido al cuarto de baño y se dejó el bolso; Constanza se lo llevaba. Conociéndola, sabía que querría retocarse. Salió del comedor y en el largo vestíbulo miró a los dos lados, indecisa. Acudía amable el dueño. "¿Estás buscando a tu hermana? Ha pasado al servicio, es por ahí..." Las había tomado por hermanas. Y ahora ella iba a decirle que... eso quería ser, completamente. Fue a llamar a la puerta de su cuarto.

—Soy yo. ¿Estás acostada?

—Adelante, puedes entrar.

—Necesito un momento si no te importa.

—No, iba a leer un rato. ¿Ocurre algo?

—Ocurre algo, sí. Tengo que contártelo.

Habló, habló, sobreabundante. Misi quedaba con la boca abierta, redonda como la de un pez en la pecera, sin sacar nada audible. Claramente era algo que jamás había imaginado.

—Si te parece mal, prefiero que me lo digas ahora, —dijo Constanza—. No que vaya a dejar por eso de marcharme, pero quiero saberlo.

Siguió. No sabía lo que pensarían los padres de los dos, pero en eso no había remedio. Lo sentía por Martin; aún no se lo había dicho y, por favor, quería ser ella quien lo dijera, ninguna otra persona. Él debería enterarse por ella.

—¿Me vas a contestar algo o no?

—¿Es...? ¿Por eso ha dejado a su novia americana?

—No. Cuando llegó a Madrid hacia tres semanas que habían roto. De verdad. Él mismo me lo contó la primera vez que nos vimos en tu casa.

—Pero no puede ser. Tú estabas con Martin. ¿Cómo...?

—Misi, escucha. El día que tú conociste a Arthur en casa y luego él te acompañó a la tuya, ese mismo día ya te diste cuenta. ¿Sí o no?

—Sí, desde luego. Bueno, yo lo único que quiero en este momento es que Arthur no se lleve ningún disgusto. No digas nada a nadie todavía.

Constanza aclaró, no pensaba hablar de eso; sólo a Martin y a ella. Tiempo habría después de la boda, con calma. Si acaso.

—No, a Martin mejor después de la boda.

—Me parece poco leal pero lo haré si me lo pides.

—Yo quiero que Cristóbal sea feliz, por supuesto. Quiero que tú seas feliz; eres mi mejor amiga. Claro que os deseo lo mejor, pero déjame que también lo sienta por Martin.

Todo, se dijo Constanza, correcto y normal. Tampoco podía esperar que Misi se arrancara bailando sevillanas. El enamoramiento de los demás

siempre era difícil de entender. No se podía pedir peras al olmo. O sí, se podía pedir sólo que no las daba.

Y, de vuelta a Madrid, lo primero coger el toro por los cuernos; plantear su problema en el trabajo. Arancha, su jefa, era alta, flaca, aséptica, con un pelo tan rubio que se veía transparente, incoloro, peinado liso con flequillo y diadema; recordaba una muñeca de plástico. Muy trabajadora, de hecho llevaba el peso entero del negocio, jamás hablaba de nada que no fuera estricto asunto de la oficina. Constanza la apreciaba pero entrar allí, con un asunto totalmente personal, era duro. La gente decía de ella que era una "mujer sin vida privada" o "mujer-máquina-computadora".

Preguntó a Miriam, su compañera de despacho: "¿Tú crees que Arancha me daría un año sabático?"

La otra se echó a reír.

—¿Estás de coña? No te daría ni un mes de vacaciones. No lo dirás en serio. Y para qué lo quieres.

—Me apetece cambiar de aires, cambiar de vida, irme fuera.

—¿Sin sueldo? ¿Con la hipoteca del piso? Tú estás soñando.

De todos modos, entró a hablar con Arancha. Tenía que hacerlo, temblando y todo. Arancha escuchó, contestó seria:

—Eres consciente de que llevas aquí un año.

Pleiteó. Había pensado que podían contar los años que trabajó en Sevilla, siendo la misma empresa. La jefa negaba:

—Eres la persona más útil en esta oficina. Esto entre tú y yo, sin que salga de estas cuatro paredes. Pero aunque no lo fueras, tampoco estaría justificado. Me hablas de un motivo personal, importante para ti. ¿Qué te hace pensar que tus asuntos personales son problemas de esta empresa?

—Por favor, escúchame. Tú has sido una jefa excelente. Yo adoro a Carlos que es como un ángel de la guarda para mí; cuando vine aquí también por un problema personal, creí que nunca me acostumbraría a otro jefe. Pero tú has sido maravillosa conmigo, tanto como Carlos. Por eso me he atrevido a plantearte esto.

—Siéntate, Constanza, no estés ahí de pie. Supongo que el motivo personal tan importante es un chico.

—No, yo...

—Esta gestión absurda sólo puede responder a eso.

Arancha recapitulaba. Se vino porque su hermana se casaba con su novio. Carlos, su jefe de Sevilla, en efecto un ángel del cielo, la mandó a Madrid; nunca había dejado de estar al corriente de su vida. El año pasado tenía otro novio; Carlos y ella pensaban que lo había conocido en mal momento y no duraría, como así fue. Ahora estaba hablando de un tercero.

Constanza, estupefacta. ¡Sabía todo de su vida, estaba al corriente! Dos veces había dicho "Carlos y yo pensamos". Rápidamente discurrió. Cómo

que es una máquina. Cómo que no tiene ningún tipo de vida personal. Cómo que... Así que Carlos y yo. En la oficina de Sevilla se sabía que Carlos tenía una amiga. Su mujer había perdido la cabeza, llevaba años recluída en un sanatorio. Pero a la amiga nadie la conocía, nadie sabía de ella ni el nombre. Sonrió más.

—También entre estas cuatro paredes te preguntaría una cosa, ya que me voy a ir del despacho, pero no me atrevo. —Estaba pensando si se pondría una peluca negra; aquel pelo casi transparente tan llamativo.

Semisonreía, ni siquiera preguntaba qué cosa. Sólo: "¿Te vas a ir, de verdad?"

—Me voy a ir, Arancha. Y créeme que lo siento. Pero esto pienso que no me va a pasar más que una vez en mi vida. Alquilaré mi piso o lo venderé, trabajaré en lo que sea. Estoy decidida.

—Yo también lo siento. Quédate hasta fin de mayo, te daré dos meses porque el año pasado no has tomado vacaciones. De verdad que no puedo hacer más. Una última cosa dentro...

—¿... de estas cuatro paredes?

—Sí. Te comprendo y, si lo tienes tan claro, haces bien en arriesgarlo todo.

Al volver a su despacho, Miriam le preguntó qué le había dicho.

—No hay nada que hacer.

—Ya te lo decía yo. Ésa es una bolsa de cubitos de hielo. Qué puedes esperar de una mujer que nunca ha tenido a nadie.

—Miriam, nunca lo sabe uno todo de las personas.

—De Arancha sí. No es una persona, es un robot. Y de esta oficina lo que yo no sepa es que no existe.

Constanza sonrió. "Desde luego", dijo.

Mientras Constanza libraba esta batalla personal, las amigas estaban preocupadas por Flora. La muchacha filipina había telefoneado, iba a necesitar más tiempo. Su madre estaba muy enferma, tenía que cuidarla. Flora había corrido la voz por distintos lados para que le proporcionaran una chica interna. Bernardo, cada día más delicado, requería mayor atención, se negaba a quedarse solo en la casa; ella se desesperaba. Un día subió Gregorio el portero: Abajo había una mujer buscando colocación. No, él no la conocía pero era de buena presencia y decía tener informes. Hasta uno del cura de su pueblo, en la provincia de Guadalajara.

Flora recibió a esta María José, leyó las dos cartas y la contrató en el acto.

—Señora, quiero un mes a prueba, no me comprometo a más.

Dos meses más era lo que había dicho Daisy, de modo que a Flora le pareció un gran alivio; cubría por lo menos la mitad del tiempo. Después ya verían. Hilda bajó a hablar con ella.

—¿Cómo es, qué pinta tiene, qué edad?

—Es... una cosa así como nosotras.

—De nuestra edad, quieres decir.

—Sí, más o menos. Cincuenta y algo, sesenta como mucho. Con un traje de chaqueta gris oscuro muy normal, blusa blanca bien planchada, zapatos tipo salón muy limpios... Una señora de aspecto como nosotras.

—¿Y no te parece muy raro? Una mujer de buen aspecto y de Guadalajara, qué hace buscando trabajo en Madrid por las porterías del barrio. ¿No desconfías?

—No. Llevaba una cruz al cuello y hablaba bien. Respetuosa además, educada. Hablaba muy bien.

—Pero no sabemos nada de ella y Gregorio tampoco.

—He leído las cartas y la ponen de maravilla. Oye, el mismo cura del pueblo la recomienda.

Pero, como comentaron después las amigas, unas cartas las escribía cualquiera. Era total locura meter a una desconocida en la casa, con Bernardo ya actualmente incapaz de protegerla. Encima, una casa llena de objetos de valor. ¿Cómo podían no preocuparse?

Cuando se reunieron a merendar la semana siguiente Flora hablaba y no paraba, encantada con su muchacha nueva. Era educadísima, muy agradable. Muy atenta.

—Me ha pedido permiso para salir un rato por las mañanas.

—¿Todas las mañanas?

—Sí, todas y...

—¿Qué demonios tiene que hacer en la calle todas las mañanas? —Interrumpía Hilda con brusquedad.

—Ir a misa —contestó Flora, con aire de pequeño triunfo—. Dice que es su costumbre. Se había enterado de las horas en los Carmelitas de Ayala y los Jesuítas.

Seguía. María José planchaba divinamente. Era tan ordenada, muy cuidadosa con todo. Una perfección.

—¿Guisa? —Preguntaba Ángela.

Y, bueno, solamente comida española muy básica. Era más bien una doncella fina de las de antiguamente. A su madre también le hubiera gustado. No que fuera muy rápida, iba despacio pero lo dejaba todo impecable. Le había pedido más horas a la asistenta y era de ver cómo la dirigía María José, una maravilla. Ella, Flora, no tenía que ocuparse absolutamente de nada. Nunca había estado tan cómoda con nadie, de verdad.

—Flora —dijo Hilda—, lleva tus joyas al banco.

—Si es buenísima mujer. Y la semana que viene tenemos la boda de Misi.

—Pues dámelas a mí, yo te las guardaré en nuestra caja fuerte. Cuando quieras algo no tienes más que subir a mi casa.

—Yo creo que todas nos quedaríamos más tranquilas —asintió Cristal.

Flora rió. “Hijas, parece que me tomáis por tonta de remate, menos mal que no soy susceptible. Como si yo no fuera capaz de conocer a la gente”.

Las cuatro estaban de acuerdo: Flora era incapaz de conocer a la gente por la sencilla razón de que nunca pensaba mal de nadie. Era tan siemprebuena. Allí podía pasar cualquier desastre.

X

El día de la boda de Misi amaneció claro y fresco, con nubes que hacía correr un vientecito alegre de la Sierra y ramalazos brillantes de sol.

Ángela y Flora llegaron juntas, entraban enseguida en la Iglesia; Bernardo no había querido ir. Constanza fue a sentarse con ellas en el banco, a pesar de los gestos que le hacía Martin para que se fuera a la primera fila. Se sentía incómoda de no haber hablado con él pero lo había prometido a Misi y, aunque no entendía la necesidad de aquel secreto, tuvo que callar. Flora en voz baja le advirtió que su novio le estaba haciendo señas; debería irse con él.

—Estoy muy bien con vosotras —contestó en susurros. Añadió: "Y no somos novios".

—Nos está haciendo señas a las tres, —dijo Ángela. Entonces se movieron juntas hacia adelante hasta la segunda fila.

Cristóbal, de padrino, y Arthur estaban de pie a un lado del altar, los dos con chaqué de chaleco gris perla. Constanza se preguntaba, ¿dónde había visto la fotografía de un vaso etrusco, con unos músicos...? A ésos se parecía Cristóbal. Amor mío, se dijo. Y pensar que nunca se había creído capaz de enamorarse así. En toda la Iglesia no veía a nadie más que a él. Y aún no era el físico lo que la había enamorado, era... no sabía, algo indefinible. Juntó las manos, cerró los ojos, rezó: "Dios mío, perdona que esté tan distraída. Haz que Misi y Arthur sean felices, que Martin no lo pase mal cuando le diga... y que Cristóbal me quiera; porque, si no, no voy a tener ni ganas de vivir".

Sonó una música en el órgano y paró el murmullo de los invitados. Entraba la novia, vestida de color rosa, casi coral. Bella. Toda la ceremonia fue transcurriendo como previsto y cuando el párroco les preguntó si se comprometían a criar cristianamente a los hijos que Dios les mandara, la tía Flora se secó delicadamente una lágrima con su fino pañuelo de hilo, quién sabe si de emoción, de nostalgia o de duda razonable.

De vuelta en la casa, toda llena de idénticos grandes ramos de rosas, Constanza no conocía a la mayor parte de los invitados, pero se presentaba y saludaba a todos porque Misi le había pedido que se ocupara de ellos y también de los camareros que servían. Reconoció a uno de los invitados; estaba con una chica rubia con ojos un poco redondos azul fuerte y vestido

del mismo color. “Creo que te he visto en mi casa. ¿No eres sobrino de doña Teresa, mi vecina?”. Lo era. “Tu tía es un crack; la quiero un montón.” Y: “Sí, todo el que la conoce la quiere. Te voy a presentar a mi novia, Elisa Vélez”.

—Yo te conozco —dijo la chica, con un acento muy señalado—. Nos presentó en Sevilla Queti Arroyo. ¿No era amiga tuya?

—Ah, sí, íntima. Ya decía yo que me sonaba tu cara. Eres de Granada (el acento la había ayudado a recordar), lo mismo que Queti, ¿verdad? Y dime, has sabido algo de ella. Yo hace mil años que no...

Estuvieron un rato hablando; esta Elisa muy simpática resultaba ser la oculista de Misi. Poco después la vio hablando animada con Ángela, siempre acompañada por el sobrino de doña Teresa. Misi con sus gasas del exacto color de las flores en los vasos altos, era una alegría de ver. La madrina, hermana de Arthur, una de esas inglesas muy altas y flacas, grandes dientes. Llevaba el pelo corto de un rubio opaco muy planchado, una hopalanda gris perla informe, hacía pensar en aquellas películas sobre novelas de Agatha Christie, localizadas en los años veinte y parecía convenientemente excéntrica. Se lo bebía todo con absoluta imparcialidad, estaba animadísima. A todo el mundo le caía bien. Martin, serio, atendía a los invitados amablemente, un par de veces se acercó a ella. Al final le preguntó si acaso lo estaba evitando.

—Por Dios, ¿no has oído a Misi pedirme que me ocupe de todo, de la gente, de los camareros? Anda y da conversación a tía Flora y a Ángela que no conocen a casi nadie. Antes estaban con la oculista y su novio, pero ahora...

La gente se mezclaba, se separaba para hablar con otra gente, algunos se habían sentado, otros iban de grupo en grupo, más sociables. Cuando se encontraban Cristóbal y Constanza sólo se sonreían, había quedado en marcharse la última para poder estar un rato a solas y él les ayudaría a hacer orden. Tía Flora comentaba que todo estaba muy bueno y bien servido, un éxito de boda. “Y pensar que la habéis organizado las dos solas y en tan poco tiempo. Los jóvenes sois tan listos.

Pasaron las horas y los novios se despidieron, después de cambiarse de ropa en el cuarto de Misi. Ella, ahora vestida con un traje de chaqueta blanco, abrazaba a dos o tres personas; se iban deprisa. Después fueron marchando los que quedaban. Martin se acercó a Constanza.

—¿Qué vas a hacer ahora, nos vamos también?

—Yo no me puedo ir. Le he prometido a Misi que me quedaría hasta que todo estuviera recogido. Tengo que ordenar las cosas con Lupe, pagar a los camareros, ventilar por el olor a tabaco... en fin. Acabaré tarde y me iré a dormir porque estaré agotada. Todo ha resultado muy bien, ¿verdad? Y se veían tan contentos. ¿Tú estás bien, o un poco nostálgico?

—Regular. Sentimientos muy encontrados. Creo que voy a llevar a tía

Lala a su casa y me quedaré un rato con ella.

Era la mejor solución, pensó Constanza. Con Ángela podía hablar de su madre aquella noche y de todo lo que necesitara desahogarse. Sentía fallarle, le dolía, pero era como si Cristóbal le hubiera dicho al oído las palabras del salmista: "ponme como sello sobre tu corazón". Y su corazón quedaba sellado; no se podía hacer nada.

El miércoles las amigas se reunieron en Embassy a la hora de costumbre. Flora había estado a punto de no ir. Llamó a Víctor, el sobrino de Bernardo, a ver si podía visitar a su tío aquella tarde.

—No está muy bien, sabes. Últimamente no lo has visto, hace mucho que no vienes por casa; cuando lo veas lo vas a encontrar muy cambiado.

—Tengo una vida cada vez más complicada, tía Flora. Pero la semana próxima intentaré escaparme un ratito. ¿Así que no está bien?

—No es que tenga ninguna enfermedad pero no puedes figurarte el bajón que ha dado en estos meses, sobre todo de ánimo. Y no quiere quedarse solo en casa. Claro yo no puedo estar encerrada todo el día.

—Vaya, eso es una lata, tía Flora. Pero esta semana la tengo ocupadísima. Dale un abrazo de mi parte y dile que intentaré pasarme por ahí la próxima.

Colgó, un poco extrañada; qué raro estaba Víctor, con lo que se querían. Antes iba al menos dos o tres veces por semana, llamaba contínuamente. En cambio ahora... Hacía más de un año que no había aparecido por la calle de Velázquez, salvo una vez, creía. No sabía qué hacer. Bernardo no quería quedarse solo con María José, decía que era una perfecta desconocida. Decidió intentarlo con Constanza. Justamente, respondió, iba a llamar ella. Sabiendo cuánto le gustaba el té de los miércoles con sus amigas, había pensado ir a pasar la tarde con el tío.

—No te he llamado antes porque ayer estuve hasta las tres de la madrugada en el piso de Misi, dejándolo todo acabado con su muchacha que es maniática del orden. Y hoy tenía mucho trabajo en la oficina. Pero mañana antes de las cinco estaré en tu casa, no te preocupes por nada.

—Hija, Dios te lo pague. Eres un verdadero encanto. ¿Seguro que no te importa?

—Seguro, puedes estar tranquila.

Suspiró con alivio. ¿Qué distracción agradable tenía una, a su edad, si no podía salir ni siquiera los miércoles con las amigas?

A las cinco menos diez llegó Constanza con un gran manojo de rosas.

—Me dijo Misi que me llevara todas las flores y las sobras de la comida que quisiera. Así que llené el taxi y no sé ni dónde poner tantas rosas. ¿Viste que conseguimos con las flores el mismísimo color del vestido de la novia?

—Deme, señorita, no se vaya a pinchar —era María José—. Son preciosas.

Joé, pensó Constanza, de dónde habría salido aquel ejemplar. Nadie la llamaba señorita ni recordaba que se lo hubieran llamado nunca. María José buscó floreros y entre las dos arreglaron las rosas. Constanza llevó uno a la biblioteca, lo colocó frente a la butaca donde se sentaba Bernardo.

—Bueno, tío, aquí estoy para contarte el festejo de ayer con todo lujo de detalles.

—Querida sobrina, eres el consuelo de mi vejez.

—¿Qué vejez? ¡Si estás estupendo! Sentí que no vinieras, de verdad. Te hubiera gustado la madrina, era tan típica señora inglesa antigua, ya sabes.

—Hmmm. Cuanto más elegante más jrrmm, excéntrica. —Tosió.

—¿Tienes un poco de fatiga? Toma, bebe un poquito, mejor no hables ahora. Verás, era como un personaje de Agatha Christie, o de...

Así mismo estaban en Embassy, contando la boda, las que habían asistido a las otras tres. La Iglesia, las flores, los invitados. Tenían que describir los vestidos, lo que le divertía más a Paloma.

—La novia iba sencilla y muy guapa, ¿verdad, Ángela? —dijo Flora.

Ángela concordaba: estupenda. Constanza también, seda color turquesa con abrigo de lana tono sobre tono, collar de turquesas. Un modelo muy bueno, seguramente.

—Ella me dijo que se lo había regalado Misi —aclaró Flora—. Nunca presume de nada.

—Me parece muy generoso por parte de Misi, aunque suena raro eso de regalar vestidos.

—A mí me chocó un poco —asintió Flora—. Se lo hubiera regalado yo, de haberlo pensado, siendo alguien de su familia. La verdad es que no lo pensé. Esa niña es muy lista, prefirió comprarse un buen piso y ahora yo sé que anda escasa de dinero pero a veces es difícil ofrecerle cosas. Además no suele aceptarlas.

—De todos modos Misi la considera de su familia; va a ser su nuera, —dijo Paloma.

En eso Ángela no estaba muy de acuerdo. No veía nada claro que Constanza se fuera a casar con Martin. Las otras se extrañaban. ¿Cómo qué no? Si era cosa segura. Hasta lo había llevado a que lo conocieran sus tíos.

—Pero tú misma dijiste que Bernardo se había empeñado en que se lo presentara. Yo no lo veo porque no me parece que esté enamorada. Fijaos: anteayer era un día muy especial para él. Delicado. De una parte alegre porque su padre se veía muy feliz pero por otro lado triste. Quieras que no, se acordaba de su madre. Lo mismo que yo. Estaba realmente nostálgico y emocionado: toda la enfermedad de Emilia fue terrible. Era joven, no quería morir y luchó mucho; fué durísimo para todos y más para Martin. Después de la boda él nos llevó a Flora y a mí en su auto, la dejamos primero a ella y se vino a casa conmigo hasta bien entrada la noche. ¿No era lo normal que hubiera estado con su novia precisamente en esa fecha

señalada?

—Pero Constanza me dijo esta tarde que se había quedado hasta las tantas recogiendo, tuvo que dejarlo todo limpio contado y ordenado. Estaba agotada. Yo no encuentro...

—Tiene razón Ángela —dijo Cristal—. Debería haber estado con él, no dejarlo solo para contar copas. Eso lo pudo haber hecho al día siguiente.

—Exacto. Además... no sé. No lo mira como se mira. Con simpatía sí, con cariño, pero no con amor. Veréis como el tiempo me da la razón, no que desee tenerla, desde luego.

Siguieron hablando de la boda, la madrina bastante pintoresca, los otros invitados. Había una señora que llamaba la atención, iba muy exagerada. Y arregladísima, de ésas que se han rellenado los morritos, inflados, quitado arrugas, estirado la cara por todos lados hasta que casi no pueden ni reírse. En fin, dijo Flora, que con azúcar estaban peor. Llevaba un collar de brillantes de tamaño como cerezas, pendientes a juego, ¡a las doce del día!

—Era tan cursi. De verdad, despegaba. El vestido debía de ser de las Molinero, precioso pero como para un baile por la noche. Llevaba plumas en la cabeza, el pelo teñido de cobrizo. Yo creo que plumas o terciopelo después de Semana Santa, no. Por lo menos antes no se llevaba.

—Quería aparentar treinta —dijo Ángela—. Estuvo hablando conmigo, hablaba con todo el mundo. Dijo que estaba divorciada y le encantaban las fiestas porque siempre esperaba encontrar en una al hombre de su vida.

Hilda observó que para eso era mejor, efectivamente, aparentar treinta años. Si se podía. "¿Por qué te lo contaba a ti, esperaba que tuvieras alguno por ahí, escondido?"

—Hablaba sin parar —dijo Flora—. Lleva años divorciada, tuvo un matrimonio horrible. El marido la trataba fatal, uno de esos miserables que andan por ahí. Dijo que se había casado con ella sólo por su dinero.

Pero, intervino Hilda, no era razón para maltratar a nadie. Cada cual podía tener sus motivos para casarse; si la maltrataba era eso, un desgraciado hijo de...

—Era una lata —siguió Ángela—. Me contó horrores de su marido. Yo, la verdad, estaba incómoda; la encontré indiscreta y pesadísima. Por favor, qué me importaba a mí todo aquello. No es conversación para una boda.

—Todo el mundo no tiene conversación de salón —dijo Flora meneando la cabeza—. La gente ahora es muy mal educada.

—Pobrecilla —intervino Paloma—, a lo mejor necesitaba desahogarse.

Flora reflexionó: en realidad no era antipática. Pero rara. Repartía tarjetas de visita que nadie le había pedido. "Me dijo que la llamara algún día. Margarita Alcalde, así se llama, y me di...".

—¿Cómo has dicho que se llama? —Paloma interrumpió con brusquedad.

Las amigas la miraban asombradas; Paloma nunca era violenta pero había habido violencia en su voz, apenas contenida. Flora contestó, titubeando un poco, en voz más baja: "Margarita Alcalde, eso decía su tarjeta".

Paloma calló, apretó los labios. Después movió la cabeza como si negara y finalmente bebió té. Las amigas no se atrevían a seguir hablando. Flora hizo un comentario sobre los pasteles de limón, eran tan buenos. Los que ella hacía estaban bien pero como aquéllos, no. A lo que seguía otro silencio. Después dijo Hilda:

—Paloma. Paloma, dinos qué estás pensando. Qué pasa.

—Dejadla en paz, —pidió Cristal.

Pero ella contestó, la voz un poco ahogada.

—Resulta que yo conozco al marido de esa tía, la Alcalde. De hecho, fuimos medio novios él y yo un par de años, hace mil.

—No sabía que hubieras tenido novio —dijo Hilda.

—Aquel chico de La Granja. —Dijo Cristal. Porque ellas se conocían desde hacía muchos años, cuando Paloma de niña veraneaba allí.

—Sí, tú lo conociste, al menos de vista. Los padres de él y los míos estaban contentos y yo... supongo que me parecía el chico más guapo del mundo, era realmente guapo, ¿sabéis? Entonces conoció a esta chica, que se empeñó en cazarlo... y lo consiguió. Después de unos años saliendo, como cuatro o cinco, se casaron.

—Vaya, qué mala suerte.

—Eso me pareció, al principio. Lloré como dos días pero, ya me conocéis: no soy de quedarme en casa llorando. Y no me hubiera casado con él, sólo salíamos porque en la pandilla todos tenían su ligue, era la época. No era el amor de mi vida ni nada parecido, la verdad, ni lo pensé entonces siquiera. Tendría yo diez y siete o diez y ocho años. Ni le tengo manía por eso a Margarita Alcalde. Sólo quiero decir que era mayorcita y lo conocía bien, así que no la engañó. Y él tenía sus defectos, no muy inteligente, blando, de poco carácter... se conformaba con cualquier cosa, la prueba... Tenía, como tenemos todos, las virtudes de sus defectos y viceversa: era bondadoso, conciliador, siempre queriendo dar gusto a todo el mundo... desde luego el polo opuesto al miserable que maltrata a una mujer. Me da rabia que ella vaya por cócteles y festejos contando esa película.

Lo demás, prefería callarlo. Cómo el mismo día que supieron la enfermedad del pobre Enrique ella había planteado la separación y enseguida después el divorcio, y gracias a que sus padres se hicieron cargo de él, ya mayores y con poco dinero, estuvo medianamente cuidado. A la muerte de su madre consiguieron meterlo en un centro de la Comunidad, donde ahora a verlo sólo iba ella, Paloma, y se estaba muriendo lleno de tristeza, desengañado de la vida, sin querer ver a nadie. Todo aquel dolor...

—Pues qué tía tan imbécil, —era Hilda.

Paloma no tenía más ganas de hablar y las otras, dándose cuenta, la dejaban tranquila, volvían a los relatos de la boda. Hasta que sonó el teléfono de Hilda, dándoles un sobresalto. Rebuscó frenética en su bolso, demasiado lleno.

—¿No lo has apagado? —dijo Flora—. Yo lo apago siempre cuando entro en un sitio.

—Yo no. ¡Maldita sea! ¿Por qué es siempre lo último que encuentro? —Fue sacando del bolso un monedero y una cartera, gafas de sol, agenda, un pañuelo arrugado, dos bolígrafos...— Mierdassss. Ah, aquí estás. ¿Sí, quién eres?

Cara muy seria. "Sí. Sí, muy bien, habéis hecho muy bien. Entendido... sí. ¿Cuánto tiempo? ¿Han llamado a...? Vamos para allá ahora mismo". Colgó.

—¿Ha pasado algo?

—Chicas, vámonos. Era mi padre, ahora os digo. Hay que pagar. —Estaba descompuesta.

Paloma se levantó, fue rápida a buscar al camarero. "Aquella mesa, de prisa, por favor, es una emergencia." Hilda dijo que la llamada era para Flora; había olvidado decir dónde merendaban. Bernardo se había encontrado mal y Constanza estaba preocupada. "Ha intentado tu móvil varias veces y, claro, lo tienes apagado. Pobrecilla. Se le ha ocurrido mandar a María José arriba a pedir a mi padre mi número y nos ha llamado él enseguida. Mientras, ellas han avisado a una ambulancia". Salieron con precipitación; en la esquina de la Castellana había un taxi.

—Vosotras rápido en ése —dijo Cristal—. Paloma y yo os seguiremos; aquí pasan todo el rato.

Se metieron las tres. "A Velázquez. Suba por don Ramón de la Cruz, tome a la izquierda, es al lado". El conductor al oír la dirección protestó, que eso era demasiado cerca, vaya pérdida de tiempo. Hilda se puso brava.

—Voy a apuntar el número y a denunciarlo. Se está muriendo el marido de esta señora y usted ahí...

—¿Se está muriendo, has dicho que se está muriendo...? —Flora con un gemido interrumpió—. ¡Ay, Dios mío!

—Cálmate, Flora, estará al llegar la ambulancia. Y usted no puede decir que está demasiado cerca, esto es un servicio público, no tiene ningún derecho... —había sacado un cuadernito del bolso, apuntaba.

—Bueno, déjelo ya —dijo el taxista con malos modos—, no es para tanto.

—Lo dejaré cuando a mí me parezca conveniente, ¿qué se ha imaginado usted? Y cállese.

Estaba pagando el susto con el taxista que ahora iba lo más aprisa posible. Ángela sintió un poco de apuro. "Nos hemos puesto un poco

nerviosas con el aviso, —dijo—. Conviene que nos tranquilicemos.”

—Voy a dar una queja. Los taxistas en Madrid son muy educados y simpáticos en general; por eso hay que quejarse cuando uno encuentra un malasombra.

Llegaban delante de la casa y oyeron la sirena de Samur, el alarido que siempre producía temor. Los dos taxis y la ambulancia paraban al mismo tiempo, bruscamente. Gregorio se adelantaba, les abría la puerta; por su cara vieron que sabía. En los dos ascensores subieron todos a la vez, los paramédicos y ellas. María José esperaba en el descansillo, avisada por el portero.

Como Constanza contó más tarde, Bernardo se había sentido repentinamente mal. Se levantó de la butaca. Dos pasos solamente. Se derrumbó y apenas pudo sostenerlo, hasta que trabajosamente consiguió sentarlo en una silla.

Detrás de la silla la encontraron, sujetando al tío por los hombros con las dos manos, para evitar que se cayera hacia adelante. La cara chorreando lágrimas rozaba suavemente la cabeza de él. Sollozaba sin poderse parar.

En medio de la confusión los paramédicos sólo pudieron constatar que estaba muerto. Había debido de ser en cosa de pocos minutos y no había nada que hacer. Quién sabe si lo pensaban de verdad o si lo decían por costumbre, aseguraron a Flora que no había sufrido. Ni se había dado cuenta.

Constanza se calló, pero no lo creía. Los minutos, aunque quizá pocos, fueron terribles. Nunca podría olvidarlos.

XI

Eran las ocho de la mañana cuando sonó el teléfono en casa de Constanza que salió del cuarto de baño envuelta en un albornoz. Al descolgar oyó la voz de su madre hablando con alguien, nerviosa. Dios mío, pensó, doña Juanita a estas horas, lo que me faltaba.

—Mamá. Quieres hablar conmigo o con otra persona.

—Ah, hola. Explícame qué ha pasado con Bernardo.

—¿No os ha llegado el telegrama? El tío se murió ayer por la tarde, fue muy rápido. —Pensó: fue espantosamente largo.

Doña Juanita protestaba, a ella la tenía que haber llamado. Constanza, intentando no enfadarse, explicó: tía Flora le había dado una lista de más de veinte personas para avisar; había mandado a todas telegrama con el mismo texto. Qué quería que hiciera. Pues a ella tenía que haberla llamado, que para eso era SU MADRE. De sí misma siempre parecía hablar con mayúsculas, además, alterada, había levantado la voz. Constanza suspiró. Después de la noche entera velando estaba rendida, lo que menos podía soportar era que le gritaran. “Por favor, estoy cansadísima y tengo mucho que hacer. Dime qué quieres”. Pues iban a salir los cuatro para Madrid en el AVE, ellos, su hermana y el marido. Como todo el mundo le había dicho que tenía un piso tan bueno, iban a ir a alojarse en su casa.

—¿Los cuatro? Ni pensarlo. Sólo tengo una cama grande y un saco de dormir. Podéis venir papá y tú; os dejaré mi cuarto.

—Pero puedes comprar un par de colchones, aunque sea se ponen en el suelo. Si vas enseguida, en el momento que abran...

Señor, pensó, cuando llevo algún tiempo sin hablar con ella se me olvida cómo es. Explicó: esta mañana tenía que ir a trabajar sin falta; ayer no estuvo en su oficina por la tarde para acompañar al tío. No se había acostado siquiera. No tenía tiempo de ir de compras ni pensaba comprar colchones en ningún caso. Doña Juanita seguía discutiendo. Los chicos no podían pagar un hotel, estaban mal de dinero. Justamente Jose se había quedado sin trabajo.

—¿Otra vez? —No pudo menos de preguntar Constanza.

—¿Es que se lo vas a echar en cara?

—¿Yo? A mí qué me importa. Si no tienen dinero para venir, que no vengan.

—Qué poco comprensiva eres con tu hermana, cuando con un poquito de buena voluntad por tu parte se arreglaría todo... Ya ves, ella a ti no te guarda ningún rencor.

—¿No me guarda rencor por haberse acostado con mi novio? Qué guai.

—Y —siguió la madre haciendo como si no hubiera oído esta frase— ella era la ahijada de Bernardo al fin y al cabo.

—Entonces, si su presencia aquí es indispensable, págales tú el hotel.

Eso no entraba en los planes de doña Juanita; Macarena le estaba pidiendo dinero contínuamente. Y doña Juanita era muy mirada con el dinero.

—No, no lo veo buen arreglo. Bueno, iremos al hotel tu padre y yo y que ellos se queden en tu casa.

—No. A mi casa no vienen. Os invito a vosotros dos, punto pelota.

—Hija, cada día estás más ordinaria.

No, pensó, cada día estoy menos, será por el roce con Misi y con la tía... Pero si su madre pretendía que dejara su habitación y su cama a su antiguo novio y a Macarena que se lo quitó, se rifaba una buena sorpresa y todas las papeletas era doña Juanita quien las tenía. Le iba a tocar. Repitió: había dicho que no y eso era todo.

—Pero, bueno, ¿por qué? ¿Qué más te da?

—Por varias razones pero sólo te diré dos. Primero, porque es obsceno que me lo pidas y, segundo, porque no me da la realísima gana.

Cortó la retahíla de protestas y corrió a vestirse. Hoy no podía llegar tarde al trabajo de ninguna manera. “No sé lo que prefiero, dijo a su otra yo, si no hablo con mi madre me da remordimiento y si hablo me da taquicardia. ¿Cómo lo ves?”. Su otra yo debía de estar aún medio dormida, ni contestaba.

Fue a buscar un traje de pantalón gris oscuro en el armario, comería un sandwich en cualquier lado y por la tarde iría a casa de tía Flora.

Cuando llegó al piso de la calle Velázquez, vió que estaban las amigas, vestidas de negro, y otras muchas visitas. En el despacho habían colocado al tío Bernardo y reconoció, entre las coronas que habían empezado a llegar, las flores que ella colocó allí la víspera. Era extraña la vida. Mismas rosas, un día adornando una boda y al siguiente acompañando a un difunto. Preguntó qué podía hacer y le dieron unos encargos para el teléfono; fue al office para llamar desde allí. Poco después entró tía Flora a buscarla, había estado descansando un par de horas después de almorzar.

—Hijita, cuánto te agradezco todo lo que estás haciendo.

—Ojalá pudiera hacer más, tía. Cuenta conmigo para lo que quieras.

—Me ha llamado tu madre esta mañana.

Constanza esperó. Siguió tía Flora: “está muy disgustada contigo”.

—Ya. Siempre está disgustada conmigo.

—Piensa que deberías alojar en tu casa a tu hermana y a su marido.

Dice que la has llamado obscena.

—No es verdad. Dije que me parecía obsceno que me lo pidiera. Lo siento mucho, tía, pero lo veo así.

—Yo también, hija. Es lo que quería decirte: has hecho muy bien. A tu tío le hubiera gustado esa reacción.

Constanza sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. Cogió una servilleta de papel, para secarlos. Tía Flora la abrazaba, luego le dio una palmadita cariñosa en el brazo. "No podemos soltar los grifos, querida. Ahora, no. Y esta vez le he dicho a tu madre exactamente lo que pienso de este asunto desgraciado, así que ahora ya lo sabe".

En el salón Flora hablaba con unos y otros; pálida, agradecía las palabras de condolencia. Con los ojos hinchados, vestida de negro que la hacía parecer más delgada aún, tremendamente digna y triste. Ángela decía que tenían que dar gracias a Dios de que Bernardo hubiera muerto en su casa; a Flora no le hubiera gustado velarlo en el tanatorio. "¿Por qué lo llamarán así?, preguntó Paloma. Tanatorio debería ser el sitio donde te matan, no donde te llevan cuando ya estás muerto". Hilda dijo que sí, como sanatorio, paritorio...

—Escritorio, locutorio.

—¿Colutorio?. En los duelos siempre saltaba alguien con un chiste tonto, como si hubiera motivo para reírse; debían de ser los nervios.

Se sucedían las visitas, salían unos y entraban otros, las amigas colaboraban dando conversación a los que tenían menos confianza. Avisaba Paloma: "huyamos que viene Tina". Inútil, las encontraba. Qué extraña fatal atracción tenía el grupo para aquella pesada. "Flora es tan buena que tiene amigas insoportables", había dicho Cristal. Se pegaba a ellas, hablaba tonterías como si estuvieran en un cóctel, conversaba demasiado alto.

Pasaba Constanza viniendo de algún recado; se la presentaban: "Constanza, ¿conoces a la amiga de Flora, Cristina Baranda?". Aprovechaban para irse, no sin antes oírla decir, condescendiente: "puedes llamarme Tina".

—Ahora le toca a ella —dijo Paloma sin remordimiento—. Es de la casa.

Entraba más gente, un desfile. A María José, vestida de negro y muy bien peinada con moño, unas señoras la confundían con alguien de la familia, le daban dos besos antes de que pudiera reaccionar. "No señora", la oyeron decir. "Soy la doncella de la señora".

—¿Quién era esa tía pesadísima y por qué me la habéis soltado a mí? —dijo Constanza volviendo, se había deshecho rápidamente de Tina.

—Monina, hay que compartir, —dijo Paloma—. ¿No te enseñaron eso de pequeña?

Constanza sin querer tenía que reírse. Paloma seguía: "Pero a ella le

debéis que yo esté en el grupo de amigas, ¿sabes? Conocí a Ángela en Hacienda y ella me invitó con tu tía y con Hilda, para que hiciera de cuarta en la partida de bridge. Porque antes jugaban con Tina y ya no la podían soportar".

—¿Es verdad eso? —preguntaba Constanza. Le respondía Hilda:

—Qué va a ser. Ángela la invitó porque le caía muy bien y después salió lo del juego. Poco más tarde Paloma se empeñó en que conociéramos a Cristal. Yo no quería, me daba pereza, y tu tía dijo que sí. ¡Casi no puedo creer la cantidad de años que han pasado desde entonces!

Constanza asentía, ahora seria: "No sé, ¿qué os parece si le digo a la tía que puedo venirme a dormir a esta casa? Por si se siente sola". Les parecía bien. Entonces, a menos que sus padres se alojaran en la suya, se venía.

Los padres llegaron al poco con el matrimonio joven; aunque Flora y doña Juanita habían discutido por la mañana, se abrazaron afectuosas. En cambio a Constanza la saludó su madre con la boca apretada, le acercó la mejilla sin darle siquiera un beso. Macarena la abrazó contenta, como si no hubiera pasado nada. Como si NUNCA hubiera pasado nada. Estaba guapa pero gorda, la hija tenía seis meses, ya debería haber adelgazado. Dijo que estaban en un hotel los cuatro, cerca de Velázquez; habían dejado las maletas allí.

—Me gustaría que nos viniéramos a Madrid. Esto tiene más movida que Sevilla, más animación. Seguro que a Jose le iba mejor en un trabajo. ¿Qué tal te va por aquí?

—Bien —dijo Constanza—. Bien.

Se diría que habían hablado con frecuencia cuando hacía más de un año que no cruzaban ni una sola palabra. A Macarena, una vez se había salido con la suya, todo le daba lo mismo, se olvidaba de los problemas, o destrozos, que hubiera podido causar.

Su padre, Joaquín Morales, con la pinta estirada de militar que no se le arrugaba aunque saliera en albornoz de la ducha. Todo tieso, la apartaba hacia un lado del salón. "Cómo estás, hija".

—Bien. Cansada. Ha sido una noche muy larga... y me angustió mucho verlo morir así. Yo estaba sola con él, ¿sabes?, sosteniéndolo, sin saber cómo aliviarlo. —Se detuvo un momento, rememorando. Quizá en su padre pudiera encontrar algunas palabras de consuelo.

—Sí, Flora se lo dijo a tu madre. Dice que te has portado como la mejor de las hijas, todo han sido elogios para ti.

—Ella ha sido tan buena conmigo... los dos, en realidad.

—Y dime, hija mía, ¿por qué con tu propia madre no puedes ser un poco más cariñosa?

Constanza sintió algo endurecerse en su interior como si tuviera una barra de acero en el pecho, una sensación muy irritante.

—Sí. ¿Por qué será? Mira qué raro, ¿no? Cuando me llevo divinamente

con todo el mundo.

—Déjate de ironías, sabes que lo que digo es verdad. ¿No se te ocurrió una palabra mejor que "obscena?".

—No la he llamado obscena, papá. Eso es mentira.

—Ella no ha dicho...

—Se lo ha dicho a la tía y estoy segura de que te lo ha dicho a ti también. Siempre hace un drama de todo. Dije que me parecía obsceno, con O, que me pidiera eso. Qué quieres, me lo parece. Es mi casa, mi cama. Ella es mi hermana que se tiró a mi novio y no les presto mi cama para que se revuelquen en ella.

—Estás diciendo groserías, hija.

—Puede ser porque las groserías desahogan. Estoy diciendo la pura verdad. Entiéndeme: ojalá les vaya todo estupendamente, sólo que no quiero tener nada que ver con ellos. Ni verlos ni saber nada; para mí, como si no existieran.

—Pero es que estamos a dos horas y media de AVE. Nos has apartado a todos de tu vida. No puedes prescindir de tu familia de ese modo.

—Papá, es que TÚ estás a las mismas dos horas y media de AVE. Yo fui quien se tuvo que marchar; eso lo sabes muy bien. Cambié de vida, estaba sola, todo era nuevo para mí, todo difícil. Y no se os ha ocurrido pasar en Madrid un fin de semana, venir a verme y conocer mi casa, saber cómo me estaba yendo. ¿En más de un año? Por favor.

Ángela se acercaba a ellos. "Van a decir una Misa ahora", advirtió en voz baja. Se fueron hacia el despacho. La gente de la funeraria había puesto algo que esparcía un perfume dulzón, tal vez había demasiadas flores allí dentro; Flora sintió una vaga náusea. El terrible disgusto, la noche sin dormir, una cantidad excesiva de café, tanta gente entrando y saliendo... todo aquello la hacía sentirse algo mareada. Pidió que abrieran las ventanas, un poco.

Pensó: vamos a escuchar las palabras de consuelo de la Iglesia; a Bernardo le hubieran gustado, él era un cristiano convencido. "La vida no acaba, se transforma". Sí, él fue un cristiano de verdad. Se sentía débil. Suspiró: ya no era tan joven. Y viuda. ¡Era una viuda! Qué palabra tan fea... y hacía que una se sintiera envejecida, de ayer a hoy.

Empezaba la Misa, Víctor se había colocado a su derecha, a la izquierda la mujer de su primo: Juanita. Muy cerca de ella, las cuatro amigas, en sillas llevadas desde el comedor. Otras personas se acomodaban en las butacas, se quedaban de pie en el hueco de la ancha puerta de cristales. Cómo no iba a estar Tina Baranda en el mejor sillón, delantito de todo el mundo.

—Primerísima fila, —susurró Paloma al oído de Hilda que asentía:

—Por muy delante que se coloque, siempre estará sentada encima de su propio culo. —Las cosas de Hilda.

Ángela había llevado con ella a Carmen, que ayudara. “Si puedes habla con esta María José a ver qué impresión te da a ti”, le había dicho. “Estamos un poco preocupadas porque no la conoce nadie”.

Así que en la cocina estaban las dos, amigables, Carmen y María José, colocando tazas y vasos en bandejas; después de la Misa iban a servir té coca-colas y zumos, con unas galletas que pegarían igual con las tres cosas. María José miró el reloj de la cocina. “Oye, ¿te importa si te dejo sola un rato?”

—No, pero dónde vas.

—Me gustaría acercarme al despacho y oír Misa, que esta mañana no he podido ir con todo el jaleo.

—Pero si hoy es jueves.

—Es que tengo costumbre de ir todos los días.

—Claro, vete, cuando vuelvas ponemos el agua para el té.

—La puedo dejar puesta ahora.

—No, hay que hacerlo en el momento en que rompe a hervir el agua.

Eso no lo sabía, dijo María José quitándose el delantal, se marchaba. Carmen meneó la cabeza, dudosa. Sí que era rara. Desde luego no había servido nunca y menos en una casa del estilo de aquélla. A lo mejor con gente del pueblo, paletos ricos. Mira que no saber cómo se hacía el té. Y mucho sí señora, no señora, soy la doncella de la señora... Como si fuera una artista, representando. No parecía de verdad. Fue sin remordimientos a mirar en el armario de la habitación de servicio. Muy poca ropa pero buena. Siguió pensando: costumbre de trabajar no tiene, no le cunde, todo lo hace despacio pero es muy cuidadosa. Es fina de habla, parece que tiene educación. No me extraña que estén preocupadas las amigas de la señorita Flora, aunque da la impresión de ser muy buena gente... o muy mala, si todo eso de ir a misa es un engaño. ¿Habrá estado en la cárcel por algo y se ha colocado para no volver a su pueblo?

En esto llegaba Martin; lo saludaba con dos besos.

—No sabía que conocieras a la señorita Flora. Ah, la viste el otro día en la casa.

—Sí, pero la conocía de antes. Hace poco estuve comiendo aquí, soy muy amigo de su sobrina Constanza.

—Ya. Una niña muy rica. Una así me gustaría para ti.

—A mí también —contestó en tono de broma—. Y pensó: “no sabes tú hasta qué punto”.

Pasaba al salón; en aquel momento salían del despacho terminada la misa. Constanza los había llamado a él y a Cristóbal la noche anterior. Los dos respondieron exactamente lo mismo. “¿Cómo estás tú? ¿Puedo hacer algo, quieres que vaya?”. Les había dado la misma contestación. “Esta noche no, mañana por la tarde, si tienes un rato y te quieres pasar a dar el pésame a tía Flora...”

Ahora lo veía, iba hacia él; estuvieron un momento abrazados. "Pobrecita, te ha tocado lo peor".

—Ya lo sé. Por lo menos la tía se lo ha ahorrado.

Martin saludaba a los que conocía, se retiraba hacia el ventanal del salón con ella. Dios mío, pensaba Constanza, aún no le he dicho nada. Tengo que empezar a insinuar algo.

—Regular, —contestó a la pregunta "cómo te encuentras"—. Tengo una racha bastante mala.

—Pero lo de tu tío ha sido ayer, antes estabas encantada con todo el jaleo de la boda.

—La boda, sí. Pero casi todo lo demás me tiene harta.

—Bueno, esperemos que esto pasará. Dentro de unos días volverás a ser tú misma, haremos muchos planes, ya verás.

Avanzaba Macarena con su mejor cara de guapa —qué bien la conocía su hermana—, se acababa de dar brillo en los labios. Sonreía mucho, hacía que le presentara a Martin, parpadeaba dejando ver sus ojos azules, inclinaba la cabeza llena de rizos rubios. ¿Siempre había resultado tan obvia, toda-la-vida? ¿Tan... barata? No se acordaba pero posiblemente sí. Por si fuera poco llegaba Cristóbal; a Constanza le parecía que se le aflojaban las rodillas, se adelantaba con un temblorcito, lo abrazaba también, en apariencia lo mismo que al otro. Sólo que a su oído había murmurado "amor". Y no, más que un dios griego parecía uno de aquellos mosaicos bizantinos, grandes ojos alargados, nariz tan recta, rizos oscuros. Se reunían con Macarena y Martin junto al ventanal. Trabajito tenía ahora su hermana intentando coquetear con los dos a la vez. Que, a decir verdad, no le hacían ni caso; cada uno había tomado un brazo de Constanza como si entre los dos quisieran protegerla de todo el mundo; Macarena vanamente se prodigaba tanto.

Cuando se despedían le preguntó: "¿Cuál de esos dos es tu novio?".

—Ninguno. —No podía decir la verdad.

—O sea, que te molan los dos. Pues ya podrías prestarme uno a mí, con el moreno me conformo.

—No me digas, creía que estabas casada.

—Joé, tía, que estoy de broma.

—Ojalá pudiera creerte, Macarena. Pero te conozco demasiado.

Al volverse vio la cara de su padre, se dio cuenta de que había oído este intercambio. Dijo:

—No te preocupes tanto por todo, papá, afloja un poco y mañana venid los cuatro a almorzar a mi casa. Restos de la boda de Misi.

Muchas personas habían pasado por el piso de la calle de Velázquez, muchas más fueron al cementerio el día siguiente. Todo el mundo, dijo Flora, se estaba portando tan bien con ella, era un gran consuelo. Por descontado la palma se la llevaban la sobrina y las cuatro amigas, no la

habían dejado sola ni un minuto. Las que trabajaban dejaron de trabajar jueves y viernes; a partir del lunes dos irían por la mañana, una por la tarde, Cristal a casi todas horas podía. Flora emocionada daba las gracias pero, dijo, Paloma no debía hacerlo siendo funcionaria.

—En más de doce años no he pedido un solo día para asuntos propios. Tengo derecho, aunque no me gusta porque luego la gente se queja de los funcionarios. Pero ahora voy a tomarme todos los que quiera.

—Tienes a tu madre y tu hermana. Además, Hilda sube y baja pero tú vienes de más lejos.

—Lo que sí puede ocurrir, que mi madre asesine a mi hermana pero hay dos mujeres en casa cuidando de ellas.

A lo mejor podría traerse a Carolina, sugirió Flora. Quizá le gustaría ir de visita con su hermana.

—No te preocupes, estaba hablando en broma. Y la gente que no conoce la bloquea por completo, se pone mucho peor.

Constanza preguntó qué le gustaba a su hermana, interesándose. Tenía buen corazón, pensó Paloma; le contestaba: "Le gusta mucho ir de tiendas. Sus abuelos le tenían prohibido tocar el dinero, por miedo de que se lo quitaran. Así que le doy por ejemplo diez euros dentro de su carterita, la mando con la muchacha a comprar algo fácil, el pan o unas naranjas. Sale y vuelve muy orgullosa de haber pagado ella. Esas pequeñeces la hacen feliz; es fácil, en realidad".

Después del entierro el notario, hijo de un amigo de Bernardo, subió a la casa. Tenía, dijo, copias simples del testamento de Bernardo y esta misma tarde podría traer una y leérsela aunque después habría que probarlo. Así les explicaría cualquier cosa que no entendieran. "¿Tengo que llamar a alguien de la familia para que esté presente?", preguntaba Flora. Y no, no hacía falta, a menos que ella tuviera algún interés.

A la hora del almuerzo llamó Constanza. Sus padres comían en su casa y luego pensaban ir pero ella prefería saber si a Flora le venía bien o estaba cansada de visitas. Paloma contestó de su parte, podían venir pero no se iba a recibir a nadie más de fuera.

Se presentaron los dos matrimonios después del almuerzo y enseguida llegó Víctor con su madre, señora anciana de pelo blanco y cutis muy moreno, cejas negras teñidas. Las amigas intercambiaron miradas; hacía más de un año que Víctor no aparecía por allí —se dijeron sin necesidad de hablar— y ahora todos los días. Qué rico perfume era el olor del dinero. Ángela fue a avisar en la cocina que ya no se recibiría más que al notario y a Constanza cuando llegase. A cualquier otra persona deberían decirle que la señora estaba descansando.

En el salón se formó una tertulia desganada; casi hablaban solamente Juanita y la madre de Víctor cruzándose entre las dos una perceptible rivalidad: las dos querían ser protagonistas de la tarde. El notario se

demoraba, visiblemente todos sentían la tensión de la espera.

Al final llegó el hombre, de unos cuarenta y tantos años muy vestido de luto, más de una hora tarde. Saludó a todos serio, profesional, dándose importancia. ¿Pasaban al despacho? ¿Quería Flora que alguien asistiera? Ahí no vaciló. Paloma, dijo, Víctor y Joaquín, el padre de Constanza.

—¿Yo? —Preguntó extrañado.

—No hay más que un hombre de mi lado así que me ha parecido razonable. —Y explicó al notario el parentesco, que era primo segundo por parte de madre.

El notario dijo que sí, era muy razonable. Salieron; los otros quedaban allí, un poco sin saber de qué hablar. Cristal y Ángela iniciaban un elogio del difunto, tan caballero y amable, había sido un señor a quien todos apreciaban, no había más que ver la cantidad de gente que había acudido al cementerio; conversación muy estirada a ver si cundía más. Después alababan a Constanza que se había portado maravillosamente con él. Quería mucho a su tío que la adoraba; en realidad, le había alegrado el último año de su vida. Juanita intervino, el tío prefería a Macarena porque era su ahijada; siempre se lo había dicho desde pequeña.

—¿Verdad, Macarena?

La chica se encogió de hombros: “Yo no me acuerdo de eso, mamá”.

—En realidad —dijo la madre de Víctor sin venir a cuento—, nosotros somos los únicos parientes. Quiero decir mis hijos. Pero su preferido ha sido siempre Víctor.

—Claro —dijo Hilda—, todas conocemos a Víctor. Aunque últimamente no venía por aquí tanto como antes.

—Y lógicamente le ha dejado su dinero a él, era dinero que venía de familia. El padre de Bernardo era tío de mi marido, en paz descanse.

Hilda dijo que la rica había sido la madre de Bernardo, o así lo había oído ella siempre, no el padre. A lo que la otra, tirante, replicaba que eso no tenía nada que ver; seguía siendo dinero de “nuestra familia”.

—Ya veremos —dijo Hilda—. Nunca se sabe lo que puede pasar.

Doña Juanita: “mi hija era su única ahijada”. Insistente.

—Pero a Víctor se lo dijo. Hace dos años le dijo que todo iba a ser para él. —Se alteraba, como si se lo estuvieran discutiendo, repetía con irritación.

—Lo que haya hecho Bernardo estará bien hecho —intervino Ángela con voz tranquila—. Era muy bueno y generoso.

Qué incómoda conversación, pensaba Cristal. Intentaba recordar qué noticias había por el mundo últimamente, para introducir un tema más general, no podía. Llevaba tres días sin leer los periódicos ni encender el televisor. Caía más silencio. Aquello se les estaba haciendo larguísimo a todos pero, mirando el reloj, había pasado sólo media hora. Macarena hablaba en voz baja con su marido, lo cual no ayudaba a mejorar el

ambiente. Se oía confusa discusión en la habitación de al lado. A la puerta asomaba Paloma: "¿Ha llegado Constanza?", preguntó.

Ángela contestó que todavía no había venido, ¿pasaba algo?

Salió Víctor del despacho, sonrisa helada, cara lívida.

—Ya lo creo que pasa. Mi tío le ha dejado todo su dinero a esa niña, mosquita muerta, que no tiene ningún parentesco. Nuestro dinero, en realidad, el de nuestra familia. Madre, vámonos ahora mismo.

—Pero Víctor, espera, eso no puede ser. Eso es el típico capricho de un viejo que chochea. Seguro que podemos hacer algo.

—Te he dicho que nos vamos. Dice el notario que el testamento es inamovible, está perfectamente en regla. Es una injusticia y una locura, cuando siempre me había asegurado que era yo... pero eso es lo que hay. Adiós a todos. Madre, ¿traías abrigo?

—Pero hijo, cómo nos vamos a ir así, me quiero despedir de Flora.

—Déjala; ella está tan disgustada como yo, prácticamente la deja en la calle. ¡El muy...!

—No puede ser —interrumpieron a la vez las tres amigas. Hilda añadió: "Víctor, explícanos..."

—Que os lo explique el notario, para eso le pagan, y es probablemente otro de los culpables. Nosotros nos vamos.

Salieron hechos dos furias. Sonó un fuerte golpe de la puerta del piso.

—¿Os acordáis de lo que dije el día que la niña nos sirvió el té?, —preguntó Hilda.

Ángela levantó las cejas, señalando que estaban la madre y la hermana de Constanza.

—Claro, Hilda —dijo pausada—. Los señores son muy imprevisibles. El telegrama mudo seguía repitiendo "ve con cuidado". Curiosamente Juanita estaba más alterada aún que ellas.

—¿Hemos oído bien? ¿Que deja en la calle a nuestra prima y no hay nada para Macarena por culpa de Constanza? ¿Eso es lo que ha dicho el sobrino?

—Calma —intervino Cristal—, todavía no sabemos los detalles. Hay que esperar...

—Víctor estaba fuera de sí, —dijo Hilda.

—Y ninguna de nosotras piensa que Constanza tenga ninguna culpa —intervino Ángela, apaciguadora—. Todas la conocemos y la apreciamos, es una monada de niña.

—Ah, pero no la conocéis como yo. Es típico suyo, siempre quiere ser la favorita de todo el mundo. Con mi madre lo hizo y con mi suegra. Mi suegra vivía y moría por ella.

—Pero mamá, ella era quien la cuidaba —dijo Macarena—. Tú tienes la culpa de eso, ni la mirabas siquiera cuando estaba en la casa. Si te hubieras portado mejor con la abuela...

—No tenía más que una joya buena —siguió Juanita, dispuesta a oír sólo lo que quisiera oír—. Soberbia: su pulsera de pedida. Tenía dos nueras y tres nietas; pues se la dejó a Constanza, lo escribió en un papel. ¿Y qué me dices de tus muebles, niña? —Se volvía a las otras—: ¡Los muebles que iban a ser para Macarena, se los quitó!

—Eso sí es verdad, —dijo ella—. Me sentó fatal pero a lo mejor ahora me los devuelve.

—¡Qué te va a devolver! Siempre igual, sabe meterse a la gente en el bolsillo sobre todo a los viejos y a los chochos.

Las amigas se miraban espantadas. Aquello parecía increíble, no podían estarlo oyendo. Dijo Ángela:

—Lo que pasa es que es muy cariñosa con las personas mayores y eso no es frecuente hoy en día... todo el mundo va tan deprisa que no...

—¡Os digo que no la conocéis! Es de cuidado, si lo sabré yo.

Hilda de repente se hartó. Estaban todas muy cansadas. Quizá Constanza hubiera hecho algo, no lo sabían pero que la propia madre... Habló alto y despacio como si estuviera en clase de declamación:

—No puedo recordar a mi madre —dijo—. A veces eso me ha dado pena. Pero si por un solo momento pienso que pudiera hablar de mí como tú estás hablando de tu hija, tengo que dar gracias a Dios de no haberla conocido.

Unos segundos quedaron mudos por aquella declaración. Luego José Luis dijo a su suegra:

—¡Toma pildorazo!. —Se rió fuerte, como si fuera algo muy gracioso. Macarena le contestó con malos modos:

—Cállate Jose, no seas idiota.

Sonó el timbre, se oyó la puerta y la voz de Constanza saludando a María José. Ángela se levantó rápida y salió a recibirla. Sin explicarle nada la hizo pasar al despacho por la otra puerta, que daba al vestíbulo. Constanza entró extrañada, saludó, hola a todos.

—Ángela me ha dicho que entre aquí, no sé si se ha equivocado, —dijo. Y pensó, qué demonios ocurre, por qué me miran todos con esas caras.

—Siéntate, Constanza —dijo su padre—. El notario quiere explicarte el testamento de Bernardo.

—¿A mí? ¿Por qué? Tía, ¿estás bien?

—Sí, estoy bien. Siéntate por favor y escucha atenta.

El notario le explicaba: Todo lo que venía de la madre de Bernardo, el grueso de su fortuna, pisos, valores, inversiones hechas con aquel dinero, todo era para Constanza.

—Pero eso no puede ser, —dijo ella temblando—. Para empezar, yo no lo quiero... no quiero nada, tía Flora. Puedo renunciar, ¿verdad?

La tía parecía algo mareada. Negó con la cabeza, cerró los ojos.

—No lo consentiré —dijo—. Era la voluntad de tu tío y nosotras dos

debemos cumplirla.

—Si renuncias al testamento, tenemos que volver al anterior —dijo el notario—, Flora recibía algo más, ahora es estrictamente el usufructo de la tercera parte, pero es Víctor quien se queda con el grueso de la fortuna.

—No voy a permitir que renuncie. Bernardo tuvo mucho empeño en hacer un testamento nuevo.

—Tía Flora, por favor, escúchame. Vamos a buscar un arreglo. Yo no necesito dinero y honradamente creo que todo debe ser tuyo.

—Es mucho dinero —dijo el padre—. No puedes renunciar tan a la ligera. También debes pensar en tí misma, aunque me gusta tu forma de reaccionar.

—Vamos a ver —dijo Constanza—. Dios mío, tengo que pensar, tengo que pensar... Espera: ¿y si la tía me compra el usufructo de mi parte y así puede disfrutarlo ella todo mientras viva? Digo "compra" entre comillas, se tasa por un mínimo...

—Habría que estudiarlo. Podría ser, pero es complicado. Si lo "compra" y el día de mañana te lo deja a tí en herencia, que sería razonable, estaríamos pagando los derechos dos veces. Habría que estudiar bien el modo.

—¿Pero podría ser? Pues lo estudiáis. Paloma, tú que dices. Yo pienso que si lo ponemos lo más barato posible y la tía me va pagando con lo que le sobre al final de cada año...

—No tienes que hacerlo, —dijo Paloma. Miró al notario.

—No, no tienes obligación de hacer nada —dijo él—. El testamento está perfectamente hecho, tu tío en uso de sus facultades. Y tu tía no se queda en la calle ni mucho menos. Pero desde luego no podrá vivir lo mismo sin tu consentimiento. Por lo pronto, este piso era de su suegra.

—Tía, por favor. Por favor por favor vamos a buscar un arreglo tú y yo. O si quieres me adoptas, o algo. ¿Por qué no me adoptas? Y entonces todo es de las dos... Tenéis que pensar, todos. No quiero que esto quede así.

—Tú necesitarás un buen abogado —dijo su padre.

Flora vacilaba; entre todos trataban de convencerla. Constanza dijo que, con que le pagaran la hipoteca de su piso, no necesitaba nada más. Si no se arreglaban, ella se marchaba a Nueva York sin firmar nada y ahí quedaba todo. Los demás protestaron, eso era un disparate, no podía ser. Pues iba a ser, así que más les valía espabilar.

—Estoy hablando en serio, me voy a ir a Nueva York de modo que ya podéis daros prisa. A mí me rasca un pie eso del dinero, no me importa

El notario preguntó a cuánto ascendía la hipoteca.

—Si no suben los tipos, como mil doscientos al mes. Eso era a diez años y ya ha pasado uno.

El hombre sonreía: a su tía le sobraba mucho más que eso. El resto eran detalles. Paloma iba a buscar el abogado de Constanza, el notario el de

Flora. Constanza no quería. No, dijo, ni hablar. Un único abogado; las dos tenían el mismo interés en que todo se hiciera de la mejor manera posible para ambas. Flora casi desfalleciendo por tantas emociones se abrazaba a Constanza, que le dijo:

—¿Te acuerdas de aquella vez que el tío dijo que estábais *in loco parentis* y yo te dije que yo estaba en lugar de vuestra hija?. —La miró y añadió: "No podemos soltar los grifos, tía, ahora no".

El notario se despedía. Dijo a Joaquín: "lo felicito por la forma en que ha educado a su hija". A lo que él respondía serio: "No: eso le nace a ella de dentro, no es aprendido".

Flora se retiraba un rato a descansar, agotada. Los otros tres pasaban al salón.

Al ver a Constanza, su madre se encaró con ella, aún furiosa:

—¿No te da vergüenza? —dijo, casi gritó—. ¿Ya has conseguido...?

Entonces ocurrió algo extraordinario. Acaso por primera vez en su vida, su marido se volvió a ella, le habló autoritario, con tono duro.

—Haznos el gran favor de callarte, Juanita. —Dijo, en voz alta fría y cortante como navaja—. No dices más que estupideces. Ya nos tienes a todos bastante hartos. No quiero oírte una sola palabra más, hasta nueva orden.

Para Constanza aquello, y la cara de auténtico pavor que puso su madre, fue casi más asombroso que el asunto de su herencia.

XII

En Junio se reunieron las amigas en casa de Cristal. En vez de sentarse en el salón lo hacían en el cuarto de estar frente al jardín del patio de manzana. Cristal había juntado los dormitorios de sus dos hijas después que ellas se casaron, quedaba una habitación grande, luminosa. Allí tenía sus libros, el escritorio y una gran mesa camilla alrededor de la cual se formaba una tertulia muy acogedora. Desde las ventanas la tarde se veía azul y verde, dentro de un rato vendrían a recogerse los pájaros, escucharían su concierto vespertino. Al llegar, todas exclamaban por la mayor novedad: Cristal había comprado un cuadro en una subasta. Un cuadro grande del pintor Rogelio Díaz, representando un bosque de la Cordillera de los Andes, nevado: "Es precioso, Cristal. Maravilloso." "Tú tienes uno también, muy bonito", dijo a Flora. "Sí, Bernardo, en paz descanse, lo compró. Qué suerte que tú te hayas quedado con éste". "Sí, y suerte para nosotras; nos vamos a querer reunir siempre aquí... " Concordaban, todas. Ángela decidió: ella iba a estar una temporada fuera, así que hoy se sentaba enfrente del cuadro. Cristal sonreía, como quien tiene un secreto.

Estaban de despedida. Ángela se iba a Londres, pasaría fuera un mes. Flora había recibido noticias de Constanza desde Nueva York. Todas atendían con interés; desde la muerte de Bernardo, Constanza era la gran favorita del grupo. Estaba muy bien y contenta, en Octubre iba a venir a Madrid, esperaba ver a las cinco amigas. Ya diría la fecha exacta para que ninguna fallara. Ahora se había inscrito en la Universidad para unos cursos.

Hilda, encantada porque su hija Leonor parecía haberse desilusionado de aquel novio al que detestaba toda la familia. En otoño se iba a Alemania por un año con una beca Erasmus; no había protestado cuando le aconsejaron que la pidiera y quedó encantada de haberla conseguido. "Está mucho más fácil de carácter que antes. Y ha sido Gloria quien le ha abierto los ojos", dijo.

Flora, mejor. Se acostumbraba a su viudedad y, gracias a Constanza, podía llevar la misma clase de vida que antes. Lo único pesado, aquella perla de empleada, María José Ruíz, aquel ser maravilloso y extraño, se había despedido al día siguiente de cumplir un mes en la casa. Flora se

llevó un disgusto; Daisy no había vuelto a llamar y no tenía forma de localizarla.

—Pero ¿por qué quiere irse, María José? Yo estoy encantada con usted y creía que se encontraba a gusto aquí.

—Muy a gusto, sí señora. Pero ya me voy para mi pueblo.

—Si es por sueldo, yo...

—No señora. No es por dinero, usted me paga muy bien.

—¿Entonces es por el trabajo? Podemos tomar otra asistenta.

Tampoco era por el trabajo. Y como Flora protestaba insistiendo en que debía darle una razón, acabó explicándose aunque no de muy buena gana.

Había vivido siempre con su madre, siendo la única soltera entre varios hermanos casados. Poco más de un año atrás su madre se puso muy enferma, con una de esas cosas malas.

El médico no le dió ninguna esperanza. La enfermedad iba a ser corta y María José le pedía a Dios que no fuera muy penosa. Si muriera antes de que la "cosa mala" (como tantas otras personas, tenía fuerte rechazo a la palabra "cáncer") le invadiera los pulmones, no sufriría tanto porque lo que eran dolores se podían aplacar con las medicinas. El doctor le había dicho que hoy día había alivio para todo pero ella no se lo creyó. Así que se lo pidió a Dios, conforme su idea; en apoyo de esta petición, le ofreció un sacrificio.

—Hice una promesa, señora. Quizá que usted misma, alguna vez...

—Sí, —dijo Flora vagamente, recordando—. Una vez, de joven me pasé un año entero sin probar el chocolate.

—Yo nunca he sido de ésas de "ahora no como dulce" porque me parece una tontería, con el perdón de usted, señora. Busqué algo positivo para los demás. Hay que hacer cosas positivas.

Flora a esto había sonreído. "Ahora que lo dice, María José, creo que tiene usted mucha razón".

—Sí, señora. Así que prometí servir en una casa un mes, ¿sabe? el Evangelio nos dice que debemos servir a los demás. Así que me pareció que servir era eso, servir. Meterme de sirvienta. Eso era positivo y estaba en el Evangelio, que lo del chocolate, con el perdón de usted, no lo pone.

—No existía —dijo Flora ya con ganas de reírse abiertamente—. Bueno, existía en América y faltaban casi mil quinientos años para que la descubriéramos. Pero lo repito, tiene usted toda la razón.

—El párroco me dijo que muy bien pero que me viniera a Madrid, porque en el pueblo iban a pensar que me había vuelto loca.

—María José, en mi vida he oído nada semejante —dijo Flora. Pensó, claro que te tendrían por loca y quizá lo estés porque eso no parece muy normal.

—Pero ya tengo que irme porque la he cumplido y además mis cosas andarán manga por hombro.

—¿No me puede dar por lo menos una o dos semanas más? A ver si encuentro a alguien de confianza, porque hay que ver cómo está ahora la gente y lo pesado que es bregar con las muchachas.

—Dígamelo usted a mí, señora, que me he dejado a dos allí en mi casa... y eso que las tengo de tiempo, pero de todos modos... Me dan temblores cuando pienso en lo que me voy a encontrar.

Pero dijo que se quedaría unos días más porque, en verdad, no había sido mucho el sacrificio. Había aprendido cosas, recetas, cómo se hacía el té, a poner una mesa elegante. Habían tenido preparativos de boda, una muerte con Misa en la casa... Todos habían sido muy educados con ella. En fin, es lo que prometió y ya estaba. Pero ocho o diez días, sí. No, no tenía que darle las gracias, lo hacía con gusto. Encima de que se había quedado viuda... que lo de las viudas también venía en el Evangelio.

Era raro que Flora tomara así por largo la palabra en sus reuniones, en general escuchaba a las otras. Pero cuando tenía algo que contar lo refería con mucha gracia, contrahaciendo los acentos y las voces, exacta en las palabras; se quedaba con la audiencia. Eso, dijo Cristal, era un verdadero don de los andaluces; lástima que Flora no se prodigara más.

De todos modos Hilda insistía en que pasara revista a sus armarios y especialmente a las joyas.

—Hilda, qué tema has cogido con las joyas —dijo Ángela—. Y ni siquiera te gustan.

—A mí no pero a Flora sí.

Flora pedía que dieran voces para encontrar a alguien, aunque reconoció que al no estar Bernardo, el problema del servicio le importaba mucho menos. A lo que todas dedujeron que se estaba recuperando muy bien. Incluso había comentado: era increíble el trabajo que daba un hombre en una casa.

Cristal intervenía poco en la conversación, se ocupaba de servir el té a las otras; no tenía ayuda más que por las mañanas. Callaba y daba vueltas a un asunto que sabía iba a acabar contando a las amigas: sus encuentros imprevistos con Manuel. Le era muy difícil hablar de aquello.

Pero guardaba estos encuentros en su corazón y no sabía bien a qué atenerse. Quería consultarlo, compartirlo con las amigas y no podía decidirse a hablarles de eso. No encontraba el momento, la manera ni la ocasión. Tampoco lo diría aquella tarde; aún no podía. Sencillamente, se ocupaba de la merienda, seguía sin mucho empeño la conversación de las otras cuatro.

Así que Ángela se iba a Londres. Los últimos días habían visto bastante a Martin, supieron que lo suyo con Constanza había terminado; él andaba sombrío, tristón. Ángela lo convenció de que se encargara del Centro en su ausencia; cuando él tomara la responsabilidad se podría ir más tranquila. “Aunque la gente que tengo allí es buena, ya verás”. También sería

distracción para él y un dinero que siempre venía bien.

De todos modos tomó el avión con sentimientos encontrados, le costaba dejar su casa y a Carmen que la fue a despedir animosa aunque descontenta.

—Le pondré un Emilio todos los días y si ve que tiene tiempo podemos "chatear" un rato por la noche.

—No quiero privarte de tu reunión de amigos, —dijo Ángela sonriendo. Carmen tenía una afición en su vida, por encima de todo: la Internet.

Unos años atrás le había contado que su abuela nunca aprendió a escribir.

—Siempre estuvo avergonzada por eso, señora... me lo decía mi madre cuando yo no quería estudiar. Y ahora yo me siento como debía de sentirse ella, porque en estos tiempos el que no entiende el ordenador es como el que no sabía escribir antes.

Ángela estuvo de acuerdo; enseguida decidió solucionarlo. Carmen era inteligente y su vida muy limitada; así podría ensanchar sus horizontes, con la única barrera del lenguaje único. Pero el español y el inglés eran los más hablados, así que no le iba a faltar distracción.

Le organizó unas clases particulares en la Escuela de Idiomas, con Walter Valdés, el Jefe de Estudios que se brindó, encantado, a dárselas. Más tarde se iba a dar cuenta de que, aparte de aprender a toda velocidad a usar el ordenador, también aprendió bastante inglés. Entonces le habilitó el cuarto de Luisa como despacho para su ordenador. Llegó a ser ella a veces quien le solucionaba a Ángela algún problema informático. Todas las noches se comunicaba con "amigos" en todo el mundo.

—Y si no está a gusto con la niña, se vuelve corriendo, no tenga usted complejos de ese estilo. No me gusta que se vaya un mes entero.

Tampoco las amigas estaban muy satisfechas.

—Veremos a ver cómo lo pasa. Luisa es tan complicada.

—¿Complicada? Yo creo que lo suyo es muy sencillo. Es mal educada y egoísta.

—A Bernardo nunca le gustó el marido de Ángela, —confió Flora a las otras—. Solía decir que le parecía un cantamañanas.

—Pero ella lo adoraba, ¿no? —preguntó Paloma—. Siempre habla muy bien de él.

—Sí. —Flora era la que conocía a Ángela desde pequeñas, por el parentesco—. Ella desde luego lo quería muchísimo pero es tan buena... tan leal.

—¿Quieres decir que habla así de él porque es buena y leal, no porque se lo mereciera?

—A Bernardo no le gustaba —repitió Flora—. Y él conocía bien a las personas, no se le escapaba nada. Decía que era un cantamañanas.

Como más tarde se dijeron las otras tres, Flora sí que era buena y leal.

No le habían oído una sola palabra de censura, o de pesar, porque Bernardo hubiera dejado casi todo su dinero a Constanza. ¡Su marido la había prácticamente desheredado! Y ella siempre hablaba de él con cariño y con respeto. Toda su vida se había referido a él del mismo modo y, curiosamente, aquella deferencia que en vida no le aportaba nada, al revés, lo hacía aparecer como blando, poco de tener en cuenta como si necesitara la protección de Flora, ahora que había muerto lo realzaba a los ojos de los demás, le añadía importancia en los recuerdos.

—Si llega a heredar el sobrino, estaba lista —dijo Hilda.

—Yo lo creo también.

Por suerte, Constanza era única, un verdadero tesoro y todo se había podido arreglar de manera conveniente para las dos.

—Mira por dónde, Dios te ha mandado una hija a estas alturas, —dijo Paloma a Flora cuando estuvo bien adelantado el papeleo.

—La mejor de las hijas, —asintió Flora con fervor.

—¡Joder! —dijo Hilda sin contenerse—. ¡Y tanto! Ya criada, con su carrera y su buen novio, hasta rica. ¡Menudo chollo de hija!

—Pero lo más bonito es que la hija ha elegido a la madre. —Fue el diagnóstico de Cristal, cuando acabaron de reírse de la salida de Hilda.

XIII

Esta última conversación repasaba Ángela en su memoria mientras el avión ya corría sobre la pista para despegar; iba a echar de menos a las amigas, a Carmen y también su casa.

Cuando aterrizaron en Heathrow no había nadie esperándola; con su equipaje en un carrito anduvo despacio de un lado a otro de la sala entre la gente que se desparramaba hacia afuera, sin apartarse nunca mucho de la puerta por la que había salido. No sabía qué hacer; Luisa le había dado el número de su teléfono móvil pero salía una voz diciendo que estaba apagado o sin cobertura. Después de veinte minutos de espera decidió sentarse en el café situado un poco la izquierda de las puertas para vigilar la entrada. Pidió un café con leche y esperó, algo decepcionada. Había consultado con Luisa la lista de vuelos para elegir la hora que más le conviniera a ella; la verdad, se podía haber esmerado en llegar a tiempo. Pensó: no debo enfadarme, sobre todo tengo que tener calma, tomar las cosas como vienen; ella está muy ocupada. Pero aquella temporada en Londres empezaba sin ninguna ilusión. El café, como de costumbre en Inglaterra, malo. Pocas rosas veía en su horizonte. Después de otros treinta y cinco minutos allí sentada vió llegar a Luisa, un niño de cada mano. Guapa, bien de tipo, delgada para su situación pero desastrada, mal vestida, sin peinar. Se levantó, empujando el carro fue a su encuentro.

—Ah, estás aquí. ¿Has esperado mucho?

—Un poco —abrazó a su hija y a los pequeños—. ¿A ver, que os mire bien? Cuánto habéis crecido.

—Mi padre dice que estoy bajo —anunció José.

—¿Eso dice? —Rió—. Yo no te encuentro bajo pero hace tiempo que no os veía. —Ni sabía siquiera que le hubieran puesto gafitas.

—La próxima vez será mejor que nos encontremos en Victoria —dijo Luisa— venir aquí es una lata. A Manolito no lo veías desde que tenía dos meses.

—Es verdad. ¿Dónde tienes el coche?. —No te enfades, se dijo, no te disgustes. Lo ha dicho como si... ¿La próxima vez en Victoria? Vamos, no te enfades—. ¿Me das la mano?, —preguntó al pequeño.

Movió la cabeza negando. De todas maneras tenía que empujar su carrito, era igual. Luisa miró.

—¿Por qué traes tan poco equipaje, no ibas a quedarte un mes?

Seguramente alguna vez le había dicho: es de pésima educación llevar mucho equipaje a una casa ajena, muy desconsiderado. Sólo contestó, "espero que sea suficiente".

Luisa se encogió de hombros. Llegaron al auto y Ángela colocó su maleta y la bolsa de mano en el maletero. ¡Qué complicado era todo hoy en día! Había que sentar a los niños en sus asientos especiales, forcejear para amarrarlos. Manolito no quería que lo ataran, protestaba y Luisa le gritó, amenazadora.

(Válgame Dios. No te disgustes.)

La casa estaba bien. Prácticamente idéntica a la mayoría de las casas en Londres, más grandes o más pequeñas, como hechas con los mismos planos. O, muy probablemente, sin planos. Un pequeño jardín de entrada con la verja baja tapada por una espléndida clemátide montana cuajada de flores color de rosa. Adentro de la verja tres escalones subían a la entrada principal y, a la izquierda, ocho o diez para bajar al semisótano. En planta de calle salón, comedor, dormitorio principal con su cuarto de baño, un diminuto aseo de invitados. Una puerta a la izquierda del vestíbulo daba sobre la escalera que bajaba al "basement". El comedor tenía puerta de cristales a un jardín de atrás inesperadamente amplio y soleado de buen dibujo, aunque en total desorden y abandono. Del vestíbulo partía la escalera de madera para el piso de arriba donde había tres dormitorios, un distribuidor convertido en cuarto de estudio y un cuarto de baño grande con, otra cosa típica, el retrete aparte.

—¿Qué te parece? —preguntó Luisa, mientras le enseñaba las habitaciones.

—Me gusta mucho —dijo, sin mencionar que era innecesario pintar cada habitación de un color diferente. Rosa fuerte el de Neniña, amarillo para los dos pequeños y azulón el de Johnny—. Y es estupendo que sólo sean tres pisos; generalmente estas casas tienen cuatro.

—Sí, creo que nos decidimos porque era la única. Tiene un loft, si nos hace falta siempre podemos ampliar con un cuarto piso.

Ángela miró desde la ventana al jardín. "Este jardín está muy bien y era aún mayor; fíjate, vuestra habitación y el cuarto de baño los han construído después, comiéndose un trozo".

—Pero el jardín es bastante para nosotros.

—Ah, sí. Muy suficiente. Y te puede quedar ideal.

—Bueno, vamos para abajo.

Abajo estaba la cocina, comunicada con un office donde había una mesa larga y ocho sillas de plástico, cuarto de plancha y el llamado "cuarto de abuela". Era una habitación de regular tamaño con cama de matrimonio, dos armarios de IKEA y cuarto de ducha, como recalcó Luisa, *"en suite"*.

—Está muy bien, ¿verdad?

—Muy bien —respondió Ángela. En realidad no estaba mal aunque era inevitablemente oscuro con una ventana dando al patinillo de la escalera y frío porque tenía el suelo de cerámica—. ¿Tienes un montaplatos al comedor?

—Sí, sí. Te voy a enseñar dónde está, en la cocina. Aunque el comedor no lo usamos, comemos aquí porque da menos trabajo.

—Ya. Pero igual es cómodo para subir bebidas al salón... O el té.

A la casa se le podía sacar partido pero la habían amueblado sin un mínimo de buen gusto. Si Luisa le hiciera caso por una vez, podrían mejorarla bastante, la base era buena. Ya se vería. Preguntaba dónde estaban los otros.

—Ahora vendrán. Han salido a buscar el almuerzo porque a mí hoy no me iba a dar tiempo de nada; no sé si pizzas o comida china. ¿Te gusta?

—Hija, me gusta casi todo. ¿Bajamos mis cosas o esperamos a que las baje Juan? ¿No quieres que nos sentemos arriba?

En el salón, los dos pequeños tirados en el suelo delante de la televisión. Las voces chillonas de los dibujos animados sonaban demasiado alto.

—Queridos, bajad eso un poco, os vais a quedar sordos.

Ya se debían de haber quedado, porque ni siquiera volvieron la cabeza. Luisa gritó: "¿No habéis oído, niños? ¡Bajar esa tele!"

El más chico que tenía el mando rezongó y bajó el volumen un poco. ¿Todo iba a ser a gritos?, pensó Ángela. Qué horror. Y: no te disgustes. Miró con detenimiento el salón. Dos enormes sofás y dos butacas tapizados de una especie de brocado de algodón azul tinta clara, tirando a gris en algunos sitios, descolorido, los muelles hundidos, los almohadones arrugados como faltos de relleno: los conocía desde hacía tiempo. Una mesa baja, dos o tres mesas más, cinco sillas de asiento tapizado de color avellana. Alfombra también de color castaño, no igual. Cuatro o cinco grabados coloreados con pájaros, puestos sin ninguna gracia como si hubieran aprovechado clavos ya existentes, una estantería pintada de azul, visillos blancos sin cortinas. "¿Todo esto lo habéis traído de Tejas?"

—Texas. Claro, son nuestros muebles.

—Ya, pero... ¿os compensaba trasladarlo? El transporte ha debido de costar...

—Un huevo. Pero la compañía nos paga el transporte y no nos pagaría los nuevos sofás, ¿comprendes?

—Claro. Pues hija, tu casa me parece estupenda.

—Pero los muebles te parecen una mierda.

—No, no. Comprendo que si te pagan el traslado lo aproveches todo.

—Es muy distinta de la tuya con tus muebles antiguos, tus cuadros y tus alfombras persas.

Casi se le escapó un suspiro. “Sí, es muy distinta. Pero esta es tu casa, no la mía”.

—Exactamente. A nosotros nos parece que está bien así.

—No me cabe de eso la menor duda, hija mía. —La ironía en Luisa se desperdiciaba por completo. Sonrió satisfecha como quien se ha apuntado un buen tanto.

Llegaban. Juan efusivo, cariñoso: un abrazo y ¡bienvenida a casa! Traían comida india que olía fuerte a través de los envases de papel de estaño, aun antes de destaparlos. Enseguida estaban en su habitación la maleta y un pequeño ramo de flores que su yerno le había traído.

—¡Muchísimas gracias! Qué detalle, Juan. Aquí arreglan las flores con una gracia que no he visto en ninguna parte.

—Me alegro de que te gusten —dijo él—. Hay que comer deprisa antes de que esto se enfríe.

—Voy a lavarme las manos y os ayudo.

Neniña, grandona para sus diez y seis años, rubia con pecas, más bien mona. Bastilla, pero era una edad mala, ya se afinaría. Johnny, grande también, pelo rubio y pecas. Ninguno de los dos había venido a darle un beso ni a saludar siquiera. La miraron como si fuera transparente, y a través de su persona viesen la pared, y fueron a disponer los platos. Si a sus padres les pareció algo fuera de lo normal no lo demostraban. El más simpático, reflexionó en el cuarto de baño, era José. Y más parecido a ellas. Tenía el pelo castaño muy claro, ojos garzos como ella misma, la nariz de Luisa también parecida a la suya, recta, pequeña. Luisa era una mezcla de su padre, muy moreno, y de ella misma, muy rubia. Era castaña con ojos claros pero pardos. Tenía buen aire o lo tendría si se molestara en arreglarse siquiera algo. Sí, quizá José estuviera un poco bajo. Y flaquito pero guapo indiscutiblemente. El pequeño otra vez del modelo de los mayores, más cuadrado, más rubio. Sin querer se acordaba del Manolito de los libros de Mafalda. En conjunto, guapos chicos, decidió. Ahora la educación... la no-educación que les estaban dando era un dolor. Luisa había querido prescindir del ambiente en que se había criado, sus costumbres... Una lástima. Y en los Estados Unidos había gente muy culta, educada, con excelente gusto... por el amor de Dios, eran el primer país del mundo culturalmente también. ¿Por qué renunciar a lo bueno que uno había recibido? A cambio de nada. ¿Había en Luisa algún rencor, rechazo, o espíritu de revancha contra ella por quién sabría qué? (No te disgustes). Cerró con cuidado la puerta de su habitación; el olor a comida india lo ocupaba todo.

Juan había traído una botella de vino para “celebrar que has venido a vernos”.

—Vaya, qué buena idea. Muchas gracias.

—¿Hasta cuándo se queda?, —preguntó Neniña.

Un silencio. Por lo visto otra de las peculiaridades del hogar de los Castelo: nadie se molestaba en contestar a las preguntas de los demás. La comida picante pero buena. El vino, un Rioja español para Ángela desconocido, muy aceptable. Terminaron sacando cartones de diferentes helados del congelador en los que cada cual metía su propia cuchara cuando quería más, menos los dos pequeños que pasaban sus boles de plástico a Luisa, que se los rellenara. Parecían tener una portentosa capacidad para comer helados.

Cuando estaban en el postre Ángela se volvió a su nieta mayor: "querida, antes has preguntado hasta cuándo iba a quedarme". La niña se encogió de hombros. "¿Tienes algún problema con mi pregunta?".

—Yo no, hija mía. Tú tienes un problema. Primero, es muy incorrecto preguntar algo sobre una persona cuando está ahí delante. Podías haberme preguntado a mí. Segundo, a alguien que acaba de llegar hace una hora no se le pregunta cuándo se va, como si ya estuvieras harta de verla en tu casa. Las dos cosas son de muy mala educación.

—*She`s absolutely right*, —dijo Juan comiendo helado de fresa con toda tranquilidad.

—Tú ves las cosas a tu manera y nosotros las vemos de nuestra manera, —dijo Neniña con mal gesto, desoyendo lo que acababa de decir su padre.

Ángela pensó, esa frase es de Luisa, me parece oírla en persona. Los padres no se dan cuenta: los niños todo lo aprenden por mimetismo. Se sintió vieja de repente, cansada y vieja. Pero no iba a ceder. Sonrió.

—Eso es una tontería. No pertenecemos a dos mundos distintos, pertenecemos a la misma cultura, hablamos las mismas lenguas, leemos los mismos libros. Rezamos al mismo Dios. Lo que es correcto para mí y para ti no tiene que ser diferente, tiene que ser igual.

—Esta es una conversación de personas mayores —dijo Luisa, desabrida—. Los niños no la entienden.

—Sí la entienden. Son niños, no tontos. Muy bien, ahora voy a deshacer mi maleta, quizá alguno de vosotros quiera ayudarme, a ver si encontramos algún regalito de Madrid.

José se levantaba enseguida y después Manolito, imitándolo. Neniña recogía la mesa y Johnny pretendía no hacer nada hasta que su padre le dio una orden; entonces empezó a ayudar. Después de comer Juan se llevó a los tres mayores al cine; el pequeño se quedaba con ellas. Ángela habría preferido caminar un poco, la comida india era pesada. Pero Luisa no tenía ganas de andar, aunque le hubiera hecho bien.

Más tarde, mientras cenaban —pizza congelada— Ángela propuso un plan para el día siguiente. Podía ir con los chicos a misa en el Brompton Oratory y después a visitar el Museo de Ciencias, justo al lado del Oratorio. Luego los llevaría a comer, quizá allí mismo en la cafetería del museo y si hacia bueno, darían un paseo por el parque antes de tomar el metro y

volver a casa. “Así tú puedes descansar y estar con tu marido tranquilamente”. Aún tenía en los oídos la voz exasperada de Luisa rabiando con los niños. Pero ella dijo que no.

—¿Por qué no? Lo hago encantada, de verdad.

—Porque seguramente ellos no quieren ir. Y porque nosotros tenemos nuestras costumbres. Nos levantamos tarde, damos una vuelta, comemos en un Burger, alquilamos unas películas y volvemos a casa. Lo que hacemos siempre.

Casi se le escapaba la pregunta “¿vais a misa?”. Calló. No delante de los chicos, pero lo haría en otro momento.

—Ah, no sabía eso. Bueno, otro día podemos ir a un museo. Por ejemplo un sábado.

Silencio. Los chicos mordían sus trozos de pizza, ni siquiera la miraban. Empezaba a pensarse inexistente cuando José levantó la cabeza.

—¿Cómo es el museo de ciencias?

Gracias a Dios, por lo menos uno. Se apresuraba a contestar: “Es precioso, José, super interesante. Hay toda clase de animales.”

—¿Como en el Zoo?

—No. Están disecados pero hay bichos prehistóricos, dinosaurios y cosas así. Y piedras, todos los minerales. También hay unos teléfonos donde puedes oír las voces de las ballenas y los delfines... Hasta hay un sitio donde te metes, le das a un botón y reproduce un terremoto, el que tú elijas. Es apasionante.

—¿El terremoto de San Francisco?, —preguntó Juan, el padre, súbitamente interesándose.

—Pues... ahora mismo no recuerdo pero seguro que sí porque fue muy importante. Hay muchísimas cosas, un día no basta para verlo todo.

—¿Un día me vas a llevar?, —dijo José.

—Claro. Un día que papá y mamá nos den permiso.

—¿Mandan ellos en ti?

—No. En mí no manda nadie. Pero mandan en vosotros.

Johnny hizo un gesto de burla, miró a su hermana que se rió.

—¿De qué te ríes? —preguntó su padre con brusquedad.

—De nada.

—Mejor para ti.

En cuanto pudo despedirse, se fue a su habitación.

XIV

El domingo por la mañana Ángela se levantó a las nueve. Arregló su ahabitación y fue a poner la mesa para los desayunos. Inútilmente buscó el café y acabó preparándose una taza de té y una tostada. Miró el reloj. ¿Qué significaría "levantarse tarde"?. Eran casi las diez. Si se marchaba sin ver a Luisa quizá se molestara. Por otra parte no sabía exactamente cuánto iba a tardar desde allí hasta el Oratorio. Estaba dando vueltas al asunto cuando llegaron los dos pequeños en pijama.

—Buenos días, queridos.

No contestaban. Buscaban los cereales, vertían leche en los cuencos, trepaban a sus sillas.

—Niños, os he dicho buenos días.

—Ah, *hi*, —era José.

El pequeño, nada. Luisa debía de haberlos oído levantarse, bajaba también, sin vestir.

—Buenos días, Luisa. ¿Has descansado bien? —Inútil preguntar. Luisa decía a la vez: "has madrugado".

—No creas, me levanté hace poco. No sé si habré colocado bien las cosas, no encontré el café.

—Pero si está aquí.

Soluble en polvo. Vaya. Nota mental: mañana comprar café y mantequilla normal no esta mezcla fácil-de-untar. Dios mío, tendría que protestar de todo. Era imposible. (No te disgustes: ésta es su vida).

¿Su vida tenía que ser mala educación, malos alimentos, gritos, niños que no saludan ni te miran, videos alquilados, grasientas hamburguesas y una estantería en el salón donde no había un solo libro que uno quisiera leer? Pero por qué, santo cielo.

—¿Tienes una llave de sobra?

—¿Para qué?

—Luisa, ¿para qué va a ser? Para abrir la puerta si no estáis aquí cuando yo vuelva.

—No entiendo por qué no vienes con nosotros.

—Querida, lo hablamos anoche. Quiero ir a misa a Brompton. Después daré un paseo por el centro, comeré en un pub y me volveré tranquilamente.

—Okay, si estás más contenta así. Nuestro plan no te parece bastante bueno.

—Me parece estupendo si es lo que os gusta. Pero ni siquiera sé si incluye ir a misa.

—Casi siempre vamos. Mientras los pequeños ven una película por la tarde.

—No los dejarás solos en la casa.

—No necesito que me digas eso. Nos turnamos, se queda uno de los mayores. Bueno, la llave que tengo a mano es la de la cocina. Tienes que entrar por la escalera de fuera.

¿En qué momento y por qué había discurrido que se quedara a vivir con ellos? Gracias a Dios conservaba su piso y su trabajo, si así era como iban a tratarla. Y pensar que había llegado a dudar. Sonrió: un esfuerzo más. "Muy bien, dámela. Me voy a ir porque no sé cuánto tardaré. Nos vemos luego".

Había un buen paseo hasta la estación. El cielo estaba nublado, por el momento no llovía. En casi todas las pequeñas tapias de entrada había clemátides, campanillas azules, madreselvas. Rosales con capullos a punto de abrir. La calle con hileras de ciruelos en flor de color rosa pálido, a veces interrumpidos por la flor más pequeña y rosa violento de los manzanos silvestres. Calles muy lindas de andar. Iba pensando en las mejoras que se podrían hacer en el jardín de Luisa. Le gustaría trabajar la tierra, cavar, plantar, podar, cosas que alivian las preocupaciones y alegran el ánimo. Dan un cansancio bueno que luego sólo pide butaca y taza de té, esa satisfacción.

Cuando Emilia y Arthur se casaron las convidaban a ella y a Luisa todos los veranos a su casa de Cambridge, pasaban muchas horas ocupándose del jardín. Hasta que Luisa se marchó a los Estados Unidos; entonces iba sola. El año siguiente a la muerte de Emilia, pasó allí tres meses acompañando a Arthur y Martin desolados; fue cuando plantó los rosales de flor roja y amarilla en recuerdo de su amiga querida.

Llegó al Oratorio con tiempo de sobra, callejeó un rato por allí, recordando. Unas voces se entremezclaron a sus recuerdos, voces que la llamaban desde un coche aparcado en la plaza de detrás de la Iglesia, bajo los grandes plátanos.

—Vaya, qué coincidencia. Qué tal estáis. —Eran Arthur y Misi.

—Bien, muy bien. No nos habías dicho que estabas aquí.

—Llegué ayer. Pensaba llamaros esta noche o mañana...

—¿Nos vemos a la salida?, —preguntó Misi.

—Sí, desde luego.

Misi muy amable, ningún parecido con el día que la conoció.

—¿Tienes algún plan para comer?

—Nada especial. Había pensado museo y sandwich.

—No, no. Te vienes con nosotros.

—Muchas gracias, pero no quisiera...

—¿No quisieras comer con nosotros?, —preguntó Arthur, sonriendo—. Ángela, qué impropio de ti.

Sonrió a su vez. “Muy bien, entonces comemos juntos”.

Misi le contó: Los hijos de Arthur iban a almorzar en su casa, aún no se conocían. Parecía estar bastante nerviosa.

—Qué bien que vengas con nosotros —dijo—. Así no me enfrento sola a esos tres. Tú me darás un poco de apoyo.

—¿Y qué hay de mí?, —preguntó Arthur en broma—. ¿No te doy apoyo?

—Claro que sí pero es diferente. Tú ya los conoces.

—Ángela también los conoce.

—No creas que los recuerdo con mucha claridad. Los he visto poco y cuando eran muy jóvenes.

—Unos adolescentes terribles, —aclaró el padre—. Seguramente los peor educados que he conocido nunca.

—No hablemos de adolescentes mal educados; apenas llevo en Londres veinticuatro horas y ya los he sufrido. Los hijos de Luisa ni siquiera me dirigen la palabra.

—Espero que los de Arthur hayan madurado bien —dijo Misi con cierta ansiedad—. Peter no se queda, pero Edwina y Alfred van a estar con nosotros un par de días.

Arthur opinaba, quizá fuera buena cosa. En más de veinte años nunca habían querido dormir en su casa. Ángela, por el recuerdo que tenía de los chicos, no estaba muy segura.

—¿Tienes ayuda doméstica, Misi? Porque creo recordar que eran bastante... bohemios.

—Sí, tengo a Lupe que lleva años conmigo. La he convencido de que se venga; claro que no entiende ni palabra de inglés.

—No eran bohemios —aclaró Arthur a quien, decididamente, no cegaba la pasión por sus hijos mayores—. No bohemios sino espantosamente desordenados.

Misi se estremeció. “El desorden es lo que más odia Lupe en el mundo. Menos mal que vas a venir, Ángela. Así me echas una mano. Te lo agradezco de verdad”.

Subían juntos la ancha escalera. Ángela entró contenta en la Iglesia. Misi estaba muy guapa y super amable. Se alegraba por Arthur; ojalá fuera muy feliz. Después pensó con cierto remordimiento, la alegría repentina era también por haber hablado con amigos, gente más semejante a ella. Suspiró. Qué tensa, qué extraña estaba Luisa y qué poco agradable su hogar. Lástima de criatura.

Cuando salieron el aire fresco del océano había apartado buena

cantidad de nubes, aún empujaba alegremente a las que quedaban como si quisiera echarlas a todas. Había claros de cielo bastante azulado, para ser Londres. Arthur dijo que tenían tiempo, podían dar una vuelta en coche por el Parque. Así que fueron; conducía despacio. Allá dentro era una gloria; se olvidaba uno de lo verde que podía llegar a ser la hierba hasta que volvía a Inglaterra. Los anchos bordes junto a las tapias estaban llenos de flores: al fondo grandes manchas de altos delgados cosmos se alternaban con hebes y phlox. Delante saxifragas delicadas, campanillas de Holanda, prímulas, cinerarias y clavellinas hacían grupos de preciosos colores. Recreo para la vista, sosegaban. Misi dijo que ahora se sentía más tranquila; era una delicia aquel parque.

La casa, en uno de los grandes inmuebles de la zona, ocupaba el lado izquierdo de la segunda planta. Techos altos, magníficas puertas, suelos bien conservados de roble. Habían hecho una buena rehabilitación; el piso quedaba espléndido. Un apartamento para el matrimonio, un par de dormitorios de invitados, tres salones, comedor grande.

—Las casas de esta época son realmente soberbias —dijo Ángela.

—Como verás, nos falta mucho, sólo tenemos en uso un salón. Estos muebles son los de la casa de Chelsea, aquí quedan pequeños. Misi y yo nos divertimos yendo a las subastas pero vamos despacio.

—No tenéis prisa. Los dormitorios están perfectos y lo demás francamente bien para el poco tiempo que lleváis.

Mientras tomaban unas copas de jerez llegaron los hijos de Arthur. ¡Peter, el mayor, tenía el pelo blanco! Ángela calculó, sólo cuarenta años y parecía mayor que su padre. Edwina, a quien vagamente recordaba como una chica mona, también avejentada. Arrugas, cutis quemado por el sol y el aire, desaliño... casi se podría decir que iba sucia. Alfred, de edad indefinible, desastrado, ropa descolorida, mal (si acaso) lavada, por supuesto sin planchar, se adivinaba, echándole voluntad, de buenas facciones debajo de una barba de indeciso color, medio rala. Tenía treinta y siete años, pensó Ángela; ¿qué habían hecho aquellas tres criaturas, qué clase de vida llevaban?

Su padre les preguntó si se acordaban de Ángela. Los chicos negaron con la cabeza. Edwina alargaba la mano. “Creo que sí, tenías una hija”.

—Eso es —sonrió—, Luisa. Ahora vive aquí, está esperando su quinto hijo.

—¡Uggh! Qué horrible, —fue el amable comentario.

Arthur los presentaba a Misi que ponía su mejor sonrisa valientemente. Peter había reconocido a Ángela, ¿por qué lo había negado? Ahora decía, como para cortar la presentación de Misi. “La amiga de tu segunda mujer. ¿Es también amiga de la tercera?” Y murmuraba algo en el sentido de “siempre has sabido navegar bien”. Como con desafío presumiendo: “¡Eh! Éste soy yo, listo, solerte”. Los otros soltaban risitas afectadas; realmente

no se divertían, ni siquiera a costa de los mayores.

Ángela se dio cuenta de que Misi no había entendido la impertinencia; su inglés, por suerte, no era tan bueno. Dijo con una sonrisa, en voz muy suave: "Perdona, querido, no te oí bien, ¿qué decías?". Al punto lo vió achicarse, no era —se dijo— tan valiente después de todo; uno de ésos que sólo se atreven en emboscada, nunca en campo abierto.

Se sentaban. La conversación difícil; los chicos tendían a hablarse entre ellos. Misi preguntó por Martin.

—Está más animado pero aún un poco triste. Me está ayudando mucho en el Centro de Idiomas. De hecho, ahora hace de director.

—Me alegro mucho —dijo Arthur—. Por él y por ti.

—Ha sido una lástima que acabara con Constanza. Es una chica estupenda. Cómo se ha portado con Flora, es increíble.

Contó someramente el asunto de la herencia, que había cedido todo lo que pudo a su tía Flora. No lo sabían.

—¿Ella no os ha dicho nada?

—Sólo me dijo que su tío le dejó dinero.

—¡Una fortuna! Es impresionante, hacer una cosa así y ni siquiera contarlo.

—Y eso que yo soy su mejor amiga.

—Su mejor amiga y futura cuñada, —dijo Arthur.

—¿Cómo dices? ¿Futura cuñada?

Pero ¿Flora no lo sabía? Era noticia de última hora, desde luego. Se iba a casar con Cristóbal en el otoño. Volverían a Madrid entonces.

—¡Qué me estáis contando! Pues yo creo que Martin tampoco lo sabe.

Pasaban al comedor. Mesa grande y sillas desparejadas, aún no habían comprado las definitivas.

—Es muy difícil encontrar sillas antiguas bonitas y sólidas; las hemos buscado en bastantes sitios —dijo Arthur—. Queríamos diez y seis y ahora nos conformaríamos con doce. —Al momento los hijos comentaron que estaban bien así. Edwina: eso de las sillas iguales era muy "bourgeois".

Ángela pensó: "éstos están llevando cuenta del dinero que gasta su padre. Milagro será que se vayan de aquí sin sacarle todo lo que puedan, seguro que a eso han venido".

Misi había hecho paella y Arthur una de sus famosas ensaladas. También se divertían cocinando; las dudas que había tenido Ángela de aquella unión se evaporaban. Daba gusto verlos juntos. A quien no se veía contenta era Lupe, la muchacha. Servía a la mesa con mal gesto. Ojalá aguante, pensó Ángela. Esta es mucha casa para Misi, para cualquiera en realidad.

Acabando de comer Misi fue a enseñarles sus habitaciones. Agarraron dos sucias mochilas, ni siquiera llevaban un bolso decente, la seguían. Peter quedándose, carraspeó, dijo a su padre si podía hacerle "un pequeño

préstamo", a lo que Arthur respondió que no.

—Pero tienes dinero. Has gastado montones en esta casa y estás comprando muebles. Podrías muy bien.

—Nada que hacer. Tienes cuarenta años, por amor de Dios.

—Entonces, quizá será mejor que me quede a vivir aquí también con vosotros. De mi madre no espero nada; tiene un nuevo "amigo" veinte años más joven que ella. Es un tipo...

—Ahórrame esos detalles, ¿quieres?

—Sólo que parece una especialidad de mis padres juntarse con parejas con veinte años menos, es mala suerte para nosotros.

—Escucha, Peter. Tienes edad de ganarte la vida. Yo renuncié a todo lo que tenía en el acuerdo con tu madre. Empecé de cero salvo por este piso que entonces era de mis padres. De cero y además pagué por vosotros todos los años buenas cantidades hasta que cumplísteis veintiuno. Eso lo sabes perfectamente. Me comprometí también a pagaros la Universidad: ninguno de vosotros ha querido ir.

—¿Por qué no vendes la casa de Chelsea y nos ayudas? Los otros dos están tan secos como yo.

—Lo siento, hijo. Voy a cumplir sesenta años y sigo trabajando. Habéis tenido todas las oportunidades y las habéis desperdiciado. Si no queréis trabajar es vuestro problema. No me siento responsable de vosotros en absoluto.

Peter seguía tozudo, pedigüeño. Siempre era uno responsable de los hijos, sobre todo si tenía dinero y los hijos pasaban malas épocas. Y a Martin le había regalado el piso de Madrid.

—El piso de Madrid era de su madre.

—¿Y qué va a pasar con las casas de aquí?

—Nada "va a pasar". Quizá no has caído en la cuenta de que me he casado.

—Oh, pero con una mujer rica. Tía Beatrice dijo...

—Eso es una impertinencia.

—... dijo que ella tenía una bonita casa en Madrid, y además casas de campo, propiedades y...

—Esta conversación está definitivamente terminada.

Ángela, muy incómoda durante este intercambio padre-hijo, se dedicó a mirar los volúmenes de la estantería lacada en color crema como las paredes que ocupaba un lado entero del salón. Ahora, al oír que la conversación estaba terminada, intervenía: "Arthur, ¿me puedes prestar algún libro? En casa de Luisa no encuentro nada que tenga interés para mí".

Por supuesto, podía tomar los que quisiera. Misi le buscaría una bolsa para llevárselos a casa. Peter salió de la habitación, iba a tantear si la madrastra aflojaba algún dinero.

—Ángela —dijo Arthur—, por favor no le digas a Martín...

—Por Dios, ¿cómo puedes pensar...?

—No, no. No hablo de Peter, eso ya lo sé. No le digas nada a Martin de la boda de Constanza.

—Ah, muy bien. Lo que vosotros queráis.

—Esperamos para decírselo a que esté un poco mejor de ánimo. Pienso que se recuperará, aunque estaba enamorado de ella, creo.

—De aquí hasta el otoño pueden pasar muchas cosas.

—Sobre todo, va a pasar tiempo.

Volvía Misi, seria. Ángela aprovechó para despedirse.

—Muchísimas gracias, me ha encantado estar con vosotros. ¿Cuál es la estación más cerca, Sloane Square?

Arthur dijo que tenían que verse más; ella les dio el número de Luisa y el de su propio móvil. Misi: "te acompaño hasta la estación. Un pequeño paseo me hará bien, ¿te parece, Arthur?".

—Querida mía, me parece bien lo que tú quieras.

—Así te quedas a solas con los hijos para hablar de vuestras cosas. Lupe no va a salir esta tarde, te lo digo por si quieres pedirle una taza de té o algo.

—Muy bien, mi amor.

Salieron. Anduvieron calladas unos minutos, hundida cada cual en sus pensamientos.

—Ángela, ¿tú sabías que eran así de horribles?

—Eran muy jóvenes cuando los ví por última vez y, bueno, qué quieres que te diga...

—No lo entiendo. Que pueda haber tanta diferencia entre ellos y Martin es como... como si fueran de otra familia, otro mundo, no sé.

—Misi, es la diferencia que había entre May y Emilia. Emilia era una maravilla. Adoraba a Arthur, adoraba a Martín; su "mothering" con él era admirable. No sabes... —iba a decir "cuánto la echo de menos", se contuvo —. No sabes cómo era, qué persona tan estupenda.

En cambio, dijo, May siempre fue una loca, bohemia, extraña, metida en grupos raros, sectas y sabe Dios. Ninfómana además. Egoísta; sólo pensaba en ella. Lo extraordinario fue que Arthur se casara con May y encima en una absurda capilla de una "religión" desconocida, un desastre. Claro que estaba embarazada y él, a sus diez y nueve años, pensó que tenía que actuar como un perfecto "gentleman".

—Lo que nunca entendí, que no intervinieran los padres con su autoridad.

—Yo creo que aquí no es como en España, aquí los padres no pintan nada.

—En España tampoco tanto, ahora que lo pienso. Sabes, a Luis, mi marido, no lo dejaban casarse conmigo. Y al final tuvieron que ceder.

—Yo no sabía que May fuera tan espantosa, —dijo Misi, volviendo a su tema— ¿Te parece normal que Arthur jamás me haya dicho nada de ella?

—Normalísimo; no tenía nada bueno que decir. Pero si quieres saber más, pregúntale. Aunque yo, en tu lugar, no me interesaría por ella.

—Fíjate, pensé que aquel matrimonio tan raro fue bueno en un sentido; a mí me permitía casarme en la Iglesia. No sé qué hubiera hecho...

—Y a Emilia antes. Mira, entiendo que no tenga muchas ganas de hablar de May; cuando lo dejó, Peter tenía cuatro años y Alfred meses. La niña está en medio. El juez le entregó los niños a ella que muchas veces a su padre ni siquiera le dejaba verlos. Arthur siempre se portó bien con ella y siguió dándole dinero; ha sido una lucha durante años; todo por culpa de esa chiflada. Ninguno de los chicos fue a la Universidad, ninguno trabaja. Nada. Le han costado muchos disgustos y dinero al pobre.

—¿Te puedes creer que me ha pedido quinientas libras?

—¿Peter? No se las habrás dado

—Ni siquiera las tenía en casa. Le he dado doscientas, espero que a Arthur le parezca bien.

Angela calló, pensando. Le desagradaba hablar de la conversación oída a su pesar. Siguieron su camino. Después dijo: “Misi, si aceptas un consejo...”

—Sí, desde luego que sí, lo necesito, estoy abrumada.

—Muy bien. No les des dinero. No les des nada de nada; les das un dedo, se tomarán la mano, el brazo y lo que puedan. No digo que sean malos son... absurdos. Y aprovechados desde luego. No tienen ningún tipo de moral, ninguno. —Vaciló un instante y añadió: “Haz de esto el uso que quieras pero Peter ha dicho que sus hermanos pensaban quedarse a vivir con vosotros”.

Misi se paró en seco, brusca. La miró con incredulidad.

—No puede ser. Dijeron unos días; yo pensé que serían dos o tres. Has debido de oír mal. No, no puede ser.

—Oír mal, no. Puedo no haberlo interpretado bien. Exactamente dijo: “quizá será mejor que yo me quede también a vivir con vosotros”. Eso fue, *verbatim.* Ahora tú interprétalo como te parezca. Pero dijo eso, exactamente así.

—No, no. Es imposible —repitió—. Él se habrá expresado mal. Hablaba en inglés, claro.

—Me da igual que hablen inglés, es lo único que hablan de todos modos.

—Pero fíjate: ni siquiera han traído ropa. La mochila...

Ángela pensó: para la ropa que usan, con la mochila aguantan varios años. Dijo:

—Honradamente, deseo estar equivocada. Pero Misi, es mejor que tengas cuidado, no seas ingenua. No cedas en nada porque, como empieces

a ceder, no verás el final de este asunto. Y otro consejo: habla con tu marido.

—Creo que me voy a volver ahora. Tengo un poco de frío.

—Muy bien. Muchas gracias otra vez. Llámame algún día.

—Sí, sí, te llamaré. Adiós. —Se fue con prisa. Ángela, dándole vueltas en la cabeza a las cosas del día, caminó hacia la estación del metro.

XV

Aquel miércoles le tocaba a Hilda organizar el té. A la hora del almuerzo llamó a Flora. “Quería hablarte de una cosa esta tarde antes de que lleguen las otras”.

—¿Pasa algo? ¿Leonor...?

—No, no pasa nada. Es sólo una idea que... ¿puedes subir un poco antes, como a las cuatro y media?

A y veinte estaba Flora delante de su espejo. Suspirando: el negro no le iba. La hacía demasiado pálida, demasiado flaca. De jovencilla le encantaba vestirse de negro; su madre no la quería dejar. “No te favorece, tesoro. Quiero verte con colores que te vayan bien, azul, rosa, el beige que siempre es tan elegante. Tiempo tendrás de vestirse de negro cuando seas vieja”. Flora adoraba a su madre, aún la echaba de menos y llevaba trece años enterrada. Sólo una vez tuvieron un desacuerdo, cuando se casó con Bernardo. Mamá “no lo veía”. Era mucho mayor que ella y con aquella madre tan severa, tan rígida, viviendo en el piso de debajo; la iba a tener que soportar todos los días a todas horas. Pero Flora lo vio claro y mamá acabó cediendo. “Lo que tú quieras, tesoro. Yo lo que deseo es que seas muy feliz”. Se casó y, a pesar de todo, no se arrepentía. Pero ahora se veía mayor, bueno, mayor realmente no era, lo parecía vestida de negro por el luto. Se deprimía viéndose lúgubre y tampoco era cosa de maquillarse exagerada, no iba con su estilo. Como Paloma; a ella sí le sentaba bien. Y era más joven, claro. Se puso una blusa blanca debajo de la chaqueta negra, se aliviaba. ¿Qué querría decirle Hilda? Esperaba que no tuviera ningún problema; quería a Hilda. Quería a las cuatro amigas, la verdad. Y a Constanza; esa niña era un ángel. Ahora le escribía: en Octubre se iba a casar con Cristóbal. Ya le diría la fecha exacta pero por encima de todo quería que en la boda estuviera su tía Flora. Es más, le gustaría que hubiera sido la madrina, no se había atrevido a decirlo por Misi que lo esperaba con toda la ilusión. Pero ¿querría ser su testigo de boda? Habían decidido: sólo uno por lado.

Lo que por encima de todo quería... ¿entonces, más que sus padres? Sintió una bocanada de cariño y orgullo inocente. Le encantaba ser la preferida de Constanza... Pero ¿qué querría Hilda?

Hablarle de Paloma. Bueno, no exactamente. La cosa era así: “Tengo un

amigo, más bien amigo de mi padre, pero es joven. Es un tenor, bueno como tenor y como persona. Hace dos años se quedó viudo. Tiene hijos, niño y niña, muy salados. Viene bastante por aquí, anda solo como alma en pena. Me acordé de Paloma, que es estupenda y le encanta la música".

—Pero sólo canta en plan aficionado, nada profesional. Así que ¿por qué...?

—¿No lo entiendes? Está soltera, no tiene novio y es muy buena. Imagínate, qué madre para esos dos críos.

—Hilda, no te metas a casamentera, nunca funciona.

—¿Por qué no? Le hablé de ella y se quedó encandilado. No hace más que decirme que se la presente, ¿cómo lo ves?

—Difícil. No creo que le interese. Fíjate en nuestro grupo: todas somos mujeres solas.

—Tú llevas sola poco más de un mes, no tengas cara. Y cuando vivía Bernardo éramos igual de amigas. Paloma es joven, bastante guapa.

—No sé, hija. No lo sé.

—Pero tú me apoyarás.

—Bueno, creo que no. Es que no lo veo, de verdad.

Pensó, igual que su madre; lo de Bernardo y ella no lo veía. ¿Me parezco a mi madre? Era más lista que yo, más animada, más guapa. Pero "no vió". Y no me fue mal, a pesar. ¿A pesar de qué? Es la segunda vez que me digo eso esta tarde. Era no haber tenido hijos. Secretamente siempre había imaginado que era por el pobre Bernardo, en paz descanse. Y ahora estaba Constanza, de su propia familia, como hija suya.

Todo esto lo repensaba mientras Hilda había pasado un momento a la cocina para dar un vistazo. Llegaban juntas las otras dos. Paloma, traje turquesa con blusa negra. El negro le iba bien. Cristal de verde seco, favorecida, últimamente estaba estupenda, brillo verde en los ojos. Volvía Hilda de la cocina. Lo primero, noticias de Ángela. Flora la había llamado por teléfono el día antes. ¿Y? Y regular. No se quejaba, no. Tampoco sonaba muy animada.

—Dice que la tengamos al corriente y que si no contesta enseguida a vuestros correos es por el jaleo de aquella casa. Ha estado comiendo con Misi y Arthur y los encuentra muy bien, muy unidos; eso le ha dado mucha alegría.

Entraban a saludar Leonor y Gloria, guapas chicas. Habían sacado la belleza del padre y los ojos claros no se sabía de quién. Ángela había preguntado una vez. Hilda: del lado canario; esa era la familia de Héctor. La niña mayor era tímida, quizá por eso siempre tenía un aire desafiante, le costaba esfuerzo hablar con naturalidad. Gloria se mostraba más abierta, relajada; las dos se llevaban muy bien.

Paloma muy callada; Hilda le preguntó si pasaba algo. Estaba dando vueltas a la entrevista con el director del centro de enfermos de La

Comunidad de Madrid. Aunque Enrique había dicho que prefería no verla siguió tres semanas más. Quizá eso fuera una mala racha de Enrique, se le pasaría. En lugar de pasarse, fue a peor; ahora se enfadaba de verla allí. Así que habló con el director, le pidió que le cambiara su día de visita y la pusiera con otro grupo. El director mucho se extrañaba; ¿no era Enrique precisamente a quien conocía?

—Es justo por él. No quiere que vuelva, me lo dijo hace unas semanas y he intentado no hacer caso pero le disgusta verme.

—No lo entiendo. Eres la única persona que lo visita.

—Quizá es algo así: le recuerdo una época muy feliz de su vida y no lo soporta, por la diferencia. Fuimos muy amigos en aquellos años, no sé si te lo dije alguna vez; nos teníamos gran cariño.

—No lo sabía. Y te ha pedido que no vengas. ¿Crees que sigue... que te sigue queriendo o algo así? Porque estuvo casado varios años, tengo entendido.

—No, seguro que no. Aquello fue y dejó de ser. Para él y para mí; sólo quedó amistad, compañerismo. Y sí, estuvo casado pero ella lo dejó por la enfermedad.

Había tratado de explicarle: enfermo o sano él era él, la misma persona de siempre. Le tenía el mismo cariño en silla de ruedas que corriendo por el campo. ¿Acaso no podía entenderlo? Y no. No lo entendía.

—Entonces —dijo al director—, puedo venir otro día si te parece.

El médico reflexionó unos instantes. “No creo que eso sea muy oportuno, se enterarían él y otros del grupo, se sentirían mal, habría que dar explicaciones”.

Resumió: llevaba yendo varios años, todos sentirían perderla, a pesar de eso era mejor que no siguiera. Diría cualquier cosa: el trabajo. Le habían cambiado el horario. Dejando una puerta abierta; tal vez más adelante volviera al turno de mañana. En eso habían quedado.

Paloma agitada por encontrados sentimientos. Nostalgia, pena de saber lo mal que Enrique estaba física y moralmente. Y, sí, alivio. Prueba muy dura, la de aquellas tardes de viernes. Durísima. Y enseguida pena de sentir alivio; no volver a ver a ninguno de aquellos seres sufrientes era lo más fácil.

—Perdona, Hilda, estaba distraída. ¿Qué decías?

—Justamente eso, en qué pensabas que estabas tan callada.

—A ver. Pensé en Ángela en Londres. Después, que tus hijas están cada día más guapas. Y luego, que ahora me quedan las tardes de viernes libres y tendré que hacer algo.

—¿Te parece poco lo que haces en tu casa? —Preguntó Cristal, sabiendo que quería decir “algo por los demás”, porque Paloma tenía varias otras actividades.

—Pero me sobra ese tiempo.

—Jesús —era Flora—, vergüenza me da pensar en todo el que me sobra a mí y ni siquiera me doy cuenta.

Hilda no iba a desperdiciar aquella entrada. Tenía, dijo, este amigo, Germán Herreros, tan encantador. Persona buenísima que estaba muy triste, a punto de entrar en una depresión. Había enviudado dos años atrás, se sentía terriblemente sólo, precisaba ayuda. También apoyo moral para educar a sus hijos.

—Había pensado, Paloma, que como te gusta la música y te gusta ayudar a la gente, quizá podrías dedicarle alguna tarde; los viernes, por ejemplo, podías salir a tomar algo con él. Animarlo, en fin, ya sabes. Sería una obra de caridad.

Cristal sonrió ante la presentación. Qué astucia tan propia de Hilda, planteárselo así a Paloma. Miró a Flora que le alzó las cejas como diciendo "yo no tengo la culpa". Pero Paloma no iba a picar, no picaría. Se conocían todas demasiado.

Paloma dijo:

—Ah, desde luego, Hilda, si crees que yo puedo servirle de algo. Por supuesto colaboro contigo en esa buena obra. Pasado mañana mismo si a él le conviene.

Flora y Cristal ya ni se miraron, cada una estupefacta en su sillón.

—Pero oye, —dijo al fin Cristal débilmente—, cómo vas a salir con alguien a quien no conoces ni de vista. Y ¿qué vas a hacer si se enamora de ti, por ejemplo?

—No se va a enamorar de mí, —dijo Paloma riendo— Lo que os pasa es que sois unas románticas. Las tres, románticas sin remedio. Sólo Ángela y yo somos realistas.

—Yo debería serlo por obligación —dijo Hilda riendo—, con este nombre, pero creo que no lo soy en realidad. Flora desde luego es romántica.

—¿En el sentido de que me gustan las historias de amor? ¿Eso es romanticismo? Yo el romanticismo lo veía como más terrible, ya sabéis, desesperación, Espronceda y cosas así, como aprendimos en el colegio.

—Pero Cristal no es romántica. Es demasiado intelectual.

—¿Cristal no es romántica? Tú no la conoces como yo; la peor de las tres.

—No. Es poeta pero no romántica.

—¿Queréis dejar de definirme, chicas? O más bien de intentarlo. Yo iba a decir que el fin de semana me voy a Segovia, hace un tiempo estupendo. Estáis invitadas, si os apetece.

Por supuesto, querían ir. Y ayudar. "Dinos qué llevamos cada una, Cristal, para que no tengas tú que hacerlo todo".

Entonces, muy bien. Nadie tenía que llevar nada, el asunto estaba controlado. Ella se iría el viernes enseguida de almorzar y las demás a la

vez o cuando quisieran.

—El sábado tengo un invitado para el almuerzo.

—Y vendrá tu madre seguramente.

—A mi madre le he dicho que coma con nosotras el domingo. Así no me coincide con el otro invitado.

—Cristal, ¿quién es?

Callaba. Estaba cavilando. Cómo decirlo: lo había pensado mucho antes y seguro dio con la manera adecuada; ahora se le había ido de la cabeza.

—Sí, quién es. ¿Lo conocemos?

Respiró fuerte. "No lo conocéis. Os lo voy a decir pero es absolutamente secreto, sólo para nosotras cuatro".

—¿Y Ángela?

—Ángela también, —recordó que lo había visto yendo con ella y su reflexión, "tú le gustas"—. Ángela lo conoce, nos encontramos un día con él por la calle. Veréis... Os he hablado de él. Os conté que había tenido este novio, terminamos y cada uno por su lado se casó.

—¿Es él? —Paloma preguntó rápida—. ¿El de siempre?

—El mismo de siempre.

—¡No me lo digas!, —exclamaba Flora emocionada—. Eso sí que es romántico.

—Dejadme que os lo cuente sin interrumpir, porque me cuesta mucho hablar de él. Es el de siempre...

—Nunca has podido olvidar a ese majadero —dijo Paloma—. Ay, perdona, he interrumpido otra vez.

—No he podido olvidarlo, eso lo sabéis. Hace como... un par de meses estaba dando un paseo a la Tula por el Retiro y lo vi. Andaba solo... —Miró a las amigas a su alrededor; ahora callaban—. Me dijo algunas cosas...

Así contó toda la historia, terminando con su cita en la Rosaleda en el mes de Abril.

—Desde entonces nos vemos una vez o dos por semana... paseamos, vamos a alguna cafetería; por el momento aquí no ha venido. No pido más. Los primeros días estuve realmente exaltada... me parecía que iba a volver a vivir. Pero no. Y siempre, toda mi vida, he intentado conformarme con lo que tenía y lo he conseguido bastante. He sido mucho más feliz que desgraciada.

—Me alegro, me alegro muchísimo —dijo Hilda—. Dije que no eras romántica, lo retiro. No conozco a nadie cuarenta años y más enamorada del mismo hombre sin verlo siquiera ni hablar jamás con él. ¡Joé, niñas, es para el Guinness!

Se reían con el entusiasmo de Hilda.

—Creo que así no hago mal a nadie —dijo Cristal. Y no es realmente estar enamorada, ya no. Es... volver un poco a épocas más... placenteras.

—Claro que no haces daño a nadie —Hilda, muy positiva—. Al fin y al cabo tú estabas antes. Que no te casaras con él sólo fue un accidente. Bueno, ¿y...?

—¿Y qué?

—Ya sabes, y...

—Todo no es irse a la cama —intervino Paloma—; supongo, Hilda, que es en lo que estás pensando. Ni siquiera es lo más importante.

—Es para lo que sirven los hombres, porque lo que es para otra cosa... dejadme que me ría.

No por primera vez, Cristal pensó que como veía Hilda a los hombres era como ellos veían a las mujeres. Así, se había casado con un guapo inútil que iba por su dinero. Le divertía aquella actitud por inusual, un poco mundo al revés.

—Eh, ya os he contado lo que quería contar, vamos a dejarlo así.

Pero Paloma se preocupaba. "Pero, Cristal, ¿lo sabe tu madre?"

—No lo sabe, ni mis hijos tampoco. Absolutamente nadie más que vosotras; vosotras, creo yo, me comprendéis. Por eso le he cambiado el día a mi madre, fue ella la que estuvo siempre en contra de Manuel; mi padre se hubiera acabado convenciendo pero...

No podían hablar de otra cosa. Y querían saber más.

—Cuéntanos cómo es. ¿Es guapo?

—Pero si lo vais a conocer enseguida. No sé si es guapo —alzó un poco los hombros—; a mí me parece bien.

Más cosas. ¿Alto, bajo, moreno, color de ojos? ¿Serio, simpático, deportista...? ¿Qué le gustaba, el arte, los libros, el campo...? Pues, respondía, ni alto ni bajo más bien alto, no mucho. Pelo castaño claro. "Más o menos mi color, ya sabéis, el típico que de niño fue rubio y luego se oscurece. El pelo un poco rizado. Y sus ojos... color de ojo. Pardo, más bien claro que oscuro. Deportivo, no. Leer, dar paseos... más bien eso".

—Me gusta el pelo rizado en los hombres. Las mujeres no pero un hombre con un poco de rizo... es "sexy", —dijo Hilda.

—Jesús —era Cristal—, ¿qué tiene eso de sexy?

—Los rizos en el cogote me encantan y encima de la oreja... Mmm.

—En el cogote, nada después de los cuarenta —sentenció Flora—, hace como desaliñado. Ahora, encima de la oreja, sí.

—Dan ganas de mordisquear esa oreja. —Hilda se reía.

Seguro, se dijo Cristal, ni siquiera lo pensaba, aunque seguía: Pero ¿Cristal se lo había planteado a él? ¿De verdad? ¿Lo habían hablado después de la primera conversación, más veces?. Continuaba, insistente. Flora protestó; Hilda parecía una obsesa de esos temas, y también Paloma: que dejara a Cristal en paz de una vez. Cristal no se enfadaba:

—Sí, Hilda, podemos hablar de todo. En cierto modo, creo que es más el recuerdo de mi juventud, mis emociones de entonces, nuestra limpieza

de espíritu lo que echo de menos y quisiera recobrar. Es... un sentimiento extraño.

Paloma decía que muy bien; por lo menos ella la entendía.

—Lo que pasa es que sois unas beatas, —hablaba Hilda— Muy buenas y muy santas, pero beatas.

Flora protestaba, que beatas y santas eran cosas opuestas.

—Quiero decir que todo lo enfocáis desde el punto de vista de la religión. Y estáis llenas de prejuicios.

—Hilda, el que tiene una religión, la que sea, claro que enfoca las cosas desde ese punto de vista. Todo el mundo, ya sea católico o budista o yo qué sé.

—Estáis llenas de prejuicios —repitió—. Unos por religión y otros por una educación exagerada de antigua, pasada de moda, basada en clases sociales, que no tiene nada que ver con el mundo de hoy. A ver cuándo os ponéis al día.

—Pues sí que está el día como para que se nos antoje, —dijo Cristal riendo, con buen humor.

—Mira —dijo Flora razonablemente—, tú tienes tus ideas y siempre las hemos respetado aunque no estemos de acuerdo; te queremos igual. Yo respetaré a Cristal tanto si sale con ese señor como si no lo hace y la querré igual; es cosa suya. Pero tú no respetas las nuestras, las llamas prejuicios. Como diría Bernardo, en paz descanse, eso es insensato.

Cristal se quedaba pensativa, ahora seria. “No sé por qué los prejuicios tienen tan mala prensa. Se dice como insulto. Y algunos no están nada mal”.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? —Hilda indignada levantaba la voz—. ¡Son horribles, repugnantes!

Cristal no estaba conforme. Su padre solía decir que prejuicio era sólo juicio previo: no tenían necesidad de aprenderlo todo porque había cosas que ya sabían. Hilda reclamaba un ejemplo. Pues sabían que Mozart y Bach eran grandes músicos. Antes de haberlos escuchado, lo sabían desde siempre. La cultura, en cierta forma, era un gran juicio previo. Uno llegaba a la vida con cosas aprendidas por muchas generaciones. Toda persona no tenía que empezar de cero en todo: así se adelantaba.

Flora tenía otro ejemplo. ¿No era un prejuicio que a Hilda no le gustara aquel novio que tuvo Leonor? No le gustaban su ropa, los pendientes, el peinado, su forma de no saludar... Nada de eso era malo en sí. Hilda aplicaba las reglas de una costumbre, quizá “pasada de moda”, quizá “basada en clases sociales”. Eso era un pre-juicio.

—Era mi instinto maternal.

—Pero el instinto también se alimenta de información recibida de antemano. Bueno, ya está bien de ese tema. Sólo os voy a decir otra cosa, que no tiene mucho que ver con esto y además creo que la sabéis; es algo

que yo siempre pienso. La felicidad sabe convivir con la tristeza, con la nostalgia, con la falta de cosas que uno desearía tener. Sabe convivir y hasta dar flores.

Paloma suspiró, hondo suspiro. “Muchas veces me digo que Cristal está desperdiciada con nosotras”.

Pensó: Dios quiera que no esté también desperdiciada con ese Manuel. Para empezar, no debería salir con él. Flora nunca veía el mal mientras Ángela seguro iba a opinar que no era bueno. Ella estaba viuda pero él, al parecer, casado. Ninguna de las dos se iba a atrever a decírselo, por no herir aquel corazón que, por otra parte, desde hacía cuarenta años no era suyo: se lo había entregado a Manuel. Y dentro de sí sentía hacia él una especie de rabia sin nombre, indeterminada y fuerte, perturbadora.

XVI

Misi llamó a Ángela por teléfono una tarde. “Hace dos semanas que no hemos sabido nada de ti. ¿Qué tal te va?”

—Vaya. ¿Y vosotros, todo bien?

Una pequeña pausa. “También vaya”.

—Ah, sí que lo siento. ¿Siguen ahí?

—Sí. Me gustaría charlar contigo. ¿Por qué no almorzamos mañana? ¿Te viene bien?

—Bien, no tengo otro plan. No he llamado porque no he ido por el centro, apenas he podido salir de casa. Con tantas cosas que hacer... y los niños...

—Imagino que habrás estado muy ocupada. ¿Qué sabes de Madrid?

Al final quedaron a las doce del día siguiente en un restaurante en Beauchamp Place.

Durante aquellos quince días, Ángela había tenido varias veces el impulso de dejar la casa de su hija, volverse a la suya aún teniendo que pagar otro billete. Aunque, entre la hipoteca del piso y la venta de algunos valores para ayudar a Luisa, estaba un poco asustada. Todo era tan trabajoso en aquella familia. Para mirar su correo tenía que pelear el ordenador con sus nietos, no se lo dejaban de buena gana.

—Johnny, por favor, he subido dos veces a pedirte que me dejes ver mi correo. Ésta es la tercera.

Murmuró algo —estos niños solían murmurar— en el sentido de que ella tenía todo el día para ver su correo. No iba a entrar en discusión sobre eso, explicando lo que había hecho a lo largo del día: coser la ropa de ellos, planchar, ir al supermercado, quitar el polvo... Sólo le volvió a pedir que hiciera el favor de dejarla.

—Estoy ocupado, no he terminado con esto.

—Estás jugando. Levántate y déjame el sitio. Acabo en seguida.

Siguió, sin hacer el menor caso; ni contestaba. Era como enfrentarse a una piedra y por tercera vez. Esperó todavía un buen rato, al final se inclinó, pulsó la tecla de apagar. Johnny lanzó un rugido, empezó a dar voces, parecía con un ataque. En aquel momento su padre estaba llegando, un poco antes de la hora acostumbrada; subía las escaleras para cambiarse de ropa y oyó el griterío. Entró. Antes de enterarse de lo que pasaba o

pedir explicación dio una bofetada al chico. Ángela se quedó helada. ¿Cómo se podía educar a unos niños así? Tomó la determinación: se iba. Al final, después de más gritos entre los dos, más los de Luisa que también había subido, Johnny se marchó a su habitación y Ángela habló tranquila, con una calma sólo hacia afuera:

—No sé qué estáis enseñando a estos niños, desde luego nada bueno. He decidido que debo volverme a Madrid.

—Vamos, —dijo su yerno— no puede ser tan grave la cosa.

—No, pero de verdad, Juan. Será mejor para todos.

Juan entonces sugirió que se sentaran en la sala y hablaran los tres de todo esto. Por Dios, pensó ella, a ver si la escuchaban. Mientras su yerno iba a cambiarse, vió la expresión de Luisa; la miraba sin ningún asomo de simpatía, contraria.

—Podrías no ser tan estricta con los chicos.

—¿Estricta? No me dan los buenos días por la mañana, no se despiden por la noche. De hecho, sólo los dos pequeños me dirigen la palabra... y me ha costado casi dos semanas.

Lo había conseguido con mucha paciencia y horas de contar cuentos. Agotó todos los conocidos, se inventó algunos; ahora estaban en historias de la Biblia: Adán y Eva, Sansón y los filisteos, David y Goliat... Les encantaban. El asunto de la manzana de Eva les había dado bastante para discutir. José decía que las manzanas eran buenas para la salud; a él le hacían comer manzanas.

—Entonces, ¿por qué crees que Dios se enfadó con ellos? A ver, sería por algo.

Cavilaban, hasta que Manuel encontraba, triunfante: “Yo sé, Lala. Es que se la comería sin pelar, seguramente”. Eran muy monos, la verdad. Si los criaran bien...

Luisa continuaba, buenos días, buenas noches no era importante, sólo que Ángela no transigía en nada.

—Tú ves normal que tenga que subir tres veces a pedirle cinco minutos para ver mi correo y no me conteste siquiera, ¿es eso?

Seguía molesta, le decía con sequedad: “Puedes mirarlo ahora, si quieres”.

—No. Ya que tu marido ha dicho que hablemos, ahora vamos a hablar. Y antes de que él vuelva, contéstame a una pregunta: ¿En qué momento y por qué razón se te ocurrió que viniera a vivir con vosotros de forma permanente? ¿Cómo llegaste a pensar semejante cosa?

Dudó, un momento.

—No sé —dijo luego—, me pareció que sería una buena idea.

—Te pareció buena idea. ¿Por qué? He venido por un mes y claramente no te gusta que esté aquí.

—Hemos pasado algunos buenos ratos —dijo sin mucha convicción—,

por ejemplo cuando arreglamos el jardín.

Le había costado que le hiciera caso. “Mira tiene muchas posibilidades. Si le dices al jardinero, el día que venga, que haga ahí una buena cava profunda, iremos a un vivero y compraremos unas plantas. Aquí podemos poner rosales y ahí, junto a esos arbustos que están un poco desangelados, plantaremos unas clemátides que trepen por ellos y les den alegría. Delante de los rosales, rododendros... de esos amarillos con el corazón un poco rosa. ¿Cómo lo ves?”.

Luisa hasta se había reído. “Como están desangelados vamos a “angelarlos” un poco”. Dedicaron a ello dos mañanas y estaban contentas con el resultado.

—Sí, eso estuvo bien y se va a poner precioso ese rincón. Pero Luisa, no has contestado a mi pregunta.

—Eran tres preguntas. Y, bueno, estaba muy angustiada. Pensé que no había dinero y la única forma de tener una casa decente era ésa, la que te dije. No sabía... Creía que el piso era mío, me lo había dicho la abuela...

Ángela suspiró, había llegado a imaginar que su hija quería tenerla cerca. Por lo menos al final terminó diciendo la verdad.

—Y como había mandado el dinero pensaste que estabas... obligada a darme algo a cambio, como si entre nosotras hiciera falta eso. Una invitación a tu casa.

—Algo así, sí. A ti te gusta Londres.

Más me gustaría que me tuvieras un poco de cariño y tus hijos al menos un mínimo de respeto, pensó. Ya venía Juan.

—Vamos abajo. Abriremos una botella de vino y hablaremos de todo esto.

Él era más amable. En el salón echaba a los chicos.

—Pero nosotros queremos ver televisión.

—Fuera. Out.

—Tenéis otra tele en la cocina, —dijo Luisa, conciliadora.

Arrastraban los pies, de malagana salían. Juan abría el vino, puso un platito con frutos secos.

—Okay —dijo—. Vemos que no estás contenta aquí y yo, por mi parte, querría arreglar eso.

—Criticas todo lo que hacemos —empezó Luisa—. Todo te parece mal, la comida, la decoración de la casa, los niños, todo. Hasta el café que tomamos no es bastante bueno para ti, has tenido que comprar el tuyo. No me sirvas vino, *darling*. No me conviene.

—Dos dedos de tinto no te harán ningún daño —dijo Ángela—. Había conseguido no abrir la boca en la “decoración de la casa” (¿qué decoración?).

Mientras, Juan decía que eso no era justo. Ángela no estaba acostumbrada al café soluble y no le gustaba. Normal. Él mismo prefería el

otro.

—Pero lo tomas y ya está —dijo Luisa.

Ángela no estaba dispuesta a que la conversación quedara a nivel café soluble y margarina. Atacó por el lado más importante. Los niños. Ellos no necesitaban gritos sino serena firmeza. No televisión sino conversación con los mayores, hablar. Libros; leer. Pensar. Y, desde luego, modales. Para empezar, respeto. A sus padres, abuelos, profesores. A las reglas, a las leyes. Tenían que aceptar la autoridad. Necesitaban que les enseñaran a ser amables con los demás y entre ellos mismos. Tenían que comportarse, sentarse bien, comer bien, saludar, responder y no interrumpir. Educación. Modales. *Manners.*

Juan meneaba la cabeza, bebía su vino a sorbos, por lo menos escuchaba con atención. Bueno, sí, dijo, pero los tiempos cambiaban, el estilo de vida también. A él personalmente los modales no le parecían tan importantes. La honradez y los buenos sentimientos, sí.

—Pero si quieres que te diga lo que yo pienso, todas esas otras cosas son muy superficiales, son pura hipocresía. Lo importante es la moral.

Luisa inmediatamente concordaba.

—Claro, nosotros nos preocupamos de la moral de nuestros hijos, que no mientan ni roben ni hagan daño a los animales...

—... que no copien en los exámenes, que no acusen...

—Bien, yo estoy de acuerdo con esas cosas, aunque la lista es muy incompleta. Para empezar, es una lista de "no". Más necesaria es la lista de "sí", lo que sí deben hacer.

—Hey —dijo Juan—. Ése es un buen punto, no lo había pensado.

—Piénsalo. La primera obligación, intentar ser feliz; la segunda, que es la misma, hacer felices a los demás. ¿Cómo? Queriendo a los demás, respetándolos, tratándolos como querrías que te trataran a ti. Cuidando a los demás, Juan. Eso es moral cristiana, ¿verdad? Pues exactamente igual es la educación. Ni hipócrita ni superficial, de ninguna manera. Fijaos: la persona grosera es egoísta. La que te empuja en vez de dejarte pasar, lleva la radio del coche aullando sin importarle si molesta, come de manera que te da asco, se sirve el último trozo de pastel con prisa, antes de que alguien lo pida, se sienta en la mejor butaca sin pensar en cederla a alguien mayor o más débil. La mala educación es puro egoísmo. Y así está el mundo. Al que necesita algo nadie lo escucha, los políticos abusan de su poder, los ricos se aprovechan de los pobres...

Juan la interrumpió:

—Toma un poco más de vino —dijo riendo—. Apuesto a que se te ha secado la garganta.

—Creo que exageras un montón —dijo Luisa, mal gesto en la boca

—Me quedo corta. Y no lo estáis haciendo bien; además, a ellos tampoco los tratáis como se merecen.

—Yo sabía que iban a salir las hamburguesas.

—Calla, Luisa, no interrumpas a tu madre.

—No les enseñáis a respetar a los demás ni los respetáis.

—Ángela, no sé qué quieres decir con eso.

—Quiero decir que también tú a ellos los tienes que tratar con educación. Sin gritos, desde luego sin golpes, sin agresividad, sin sarcasmo...

De detrás de la butaca salió una voz fina, asomaron unas gafitas redondas. "Lala, y diles que tampoco tiren cosas."

Ángela se levantó precipitada, tomó a José de la mano, lo sacaba del salón antes de que reaccionasen los padres. Dócil, el niño iba. "Ven, querido. Pero ¿cuándo has entrado? Esta es una conversación para mayores."

—Pero ellos se pegan, Lala.

—¿Se pegan? Vamos, debes de estar equivocado.

—Yo los he visto y Manolito también. Se tiran cosas, zapatos y cosas.

—Bueno, tú no te preocupes por ellos. Tienen genio pero se quieren y os quieren mucho a vosotros, ¿sabes?, eso es lo más importante. Y cuando te digan que salgas, no debes volver a entrar, eso no está bien.

El niño remoloneaba, no se quería marchar.

—Pero me gustan las conversaciones de mayores; Manolito es aburrido.

Cuando logró tranquilizarlo volvió al salón; el matrimonio ahora hablaba de otra cosa, un plan no sabía de qué. Decidió no volver a la conversación anterior; por lo menos había dicho lo principal de tantas cosas como querría decirles. Si al menos sirviera para algo...

Habían tenido tres o cuatro días claritos, de casisol, bastante. El tiempo volvió a cambiar; el cielo se cargó, oscuro, vino mucha lluvia. Ángela salió para su cita con Misi, gabardina, paraguas y zapatos bajos. Lo que debería hacer, pensó, pasar por Harrod´s para comprarse uno de aquellos sombreritos que protegen y permiten que el pelo se mantenga ordenado. Así, se fue más temprano; Luisa no había vuelto de su salida de llevar niños y hacer algo de compra. Pasaba gran parte del día yendo y viniendo; la portuguesa iba tres mañanas por semana. Era trabajadora, callada y limpia, aún así no le daba tiempo a hacer todo. Con eso, Ángela trabajaba demasiado para lo que tenía costumbre y se cansaba, con un cansancio oscuro, parecido a la tristeza. Le vendría bien salir.

Iba pensando: le gustaría ir un día de tiendas con su hija, comprarle algo bonito, se apenaba de verla descuidada. A ver si atinaba con la forma de decírselo, era tan picajosa.

Lo que Misi quería: contarle sus problemas. Los hijastros. No bien estuvieron sentadas y después de pedir al camarero, empezó a hablar de ellos. No podía. Llevaban allí más de dos semanas, no había indicio de que pensaran marcharse. En su angustia imaginaba, inventaba que no se irían

nunca. Jamás. Los tendría allí toda-la-vida.

—Mujer, no exageres. Ten un poco de paciencia.

Paciencia no le quedaba ya ninguna. ¡Eran un desastre! Lo dejaban todo tirado, no hacían sus camas ni ventilaban siquiera las habitaciones. ¡No se bañaban! ¿Conocía Ángela a alguien que no se bañara? Se bebían lo que hubiera en la casa, todo. "Si me descuido, son capaces de beberse el agua de colonia que siempre uso, me traje de España una botella de litro. Todos los días voy a mirarla, te lo aseguro".

—¿Qué dice Arthur de todo esto? —preguntó Ángela.

—¡No he hablado con él! No me atrevo. Al principio me preguntó si me importaba que vinieran y le dije que al revés, estaría encantada. ¿Qué le iba a decir? Son sus hijos. Que se podían quedar todo el tiempo que quisieran, faltaría más, yo feliz de tenerlos. ¡No los conocía! Y no puedo seguir así. No puedo.

—Pero Misi, tienes que decírselo. Es tu marido.

—No sé por cuánto tiempo —dijo sombría—. ¿Sabes lo que pasa? Ha sido un noviazgo muy corto; me doy cuenta de que no lo conozco, no sé cómo va a reaccionar. Y los ingleses son raros, no discuten. Pero así no voy a seguir, esto no puede durar. Soy desgraciada, estoy nerviosa, no soy yo misma.

—Es una situación difícil —concedió Ángela— pero tienes que afrontarla. Mira, ya sé que él no habla mucho...

Misi sonrió: "y de lo poco que habla, la mitad en latín que yo no entiendo, nunca lo estudié. Emily hablaba latín, ¿verdad?".

Ángela meneó la cabeza. No, nadie hablaba en latín clásico, por eso era una lengua muerta. Sabía mucho, sí. Era lo que ella había estudiado. Pero Arthur no la había querido por saber latín ni griego; no se enamora uno de esas cosas. Ella, Misi, no tenía la menor necesidad de saber latín. Lo que tenía que hacer, salir con Arthur, ir a las subastas, dar paseos, visitar anticuarios o exposiciones, buscar tiempo para ellos dos solos, hablando o sin hablar. Estando juntos.

—Además —siguió Misi—, no salen. No hacen nada, más que estar en el salón tirados en los sofás, comiendo y bebiendo en el más espantoso desorden. Y la que tiene que ir al mercado soy yo. Estoy harta de todo eso y muy cansada.

—¿Por qué no va la muchacha?

—Ella me acompaña, no la puedo mandar sola. No sabe una palabra de inglés ni entiende la moneda. Y ésos le dan mucho trabajo. De hecho, se quiere volver a Madrid.

—¡Ay, no! Eso sí que es una mala noticia.

—No creo que llegue a hacerlo porque, aunque es así, medio sombría y con mal genio, me tiene cariño. Fue mi niñera desde que nací hasta que tuve cinco años; entonces se casó.

—Pues parece más joven.

—Es joven. Entró de niñera con diez y siete años, las cosas de aquella época. Se casó con veintitrés, tuvo un hijo, y el marido se mató en un accidente de trabajo. Cuando yo me casé me la quise llevar de guardesa al campo, con el niño, pero Fernando se negó. Le ayudaba con lo poco que podía distraer del dinero que me daba él para la casa. Y al quedarme viuda se vino conmigo. No creo que se vaya pero, cuando me lo dijo, me metí en mi cuarto y lloré como dos horas seguidas. Hasta vomité del disgusto, no te digo más.

Siguió, desahogándose. Además no se encontraba bien, estaba muy floja, se cansaba, la comida le sentaba mal, le daba asco. Vomitaba, en su vida lo había hecho. Todo por los malditos nervios.

—¿Te has hecho tomar la presión arterial últimamente?

—No. Que yo recuerde no me la han tomado nunca, ¿por qué?

—Misi, me has llamado para consultarme, ¿verdad?

La miraba extrañada. Bueno, sí, y también para verla, le apetecía. No debía pensar que solamente... pero no tenía con quien hablar y...

—Entonces vas a hacer caso a lo que te diga, ¿de acuerdo?

—Vale, si lo ves claro. Lo que debo hacer, quiero decir.

—Lo veo bastante claro y espero verlo más claro todavía. Lo primero, vamos a pedir unas cervezas —hizo una seña al camarero—. Relájate. Come despacio; esta ensalada tiene muy buena pinta. No te preocupes por nada. Tú, tranquila.

—No sé lo que me pasa, Ángela, de verdad. He perdido los papeles por completo.

—Bebe tu cerveza, te va a sentar muy bien. Seguramente tienes la tensión baja; iremos a una farmacia después y lo comprobaremos.

—¿Tú crees que este clima...?

Era muy posible que el clima y la altitud, más bien la bajura, la hubieran alterado. Pero todo se iba a solucionar. Prometido. Ella misma, Ángela, se había enfrentado a su hija y su yerno, les había dicho unas cuantas verdades. Igual estaba dispuesta a hacer con los hijastros y lo que fuera menester, hasta con Arthur si Misi quería.

—¿Quieres decir que hablarías con los chicos? Mi inglés no es tan fluido como el tuyo.

—Mi inglés es fluido y mi lengua también. Si quieres que hable con ellos lo haré.

—Arthur te pone por las nubes, te encuentra maravillosa.

—No lo soy. Pero es un viejo amigo; yo también lo quiero mucho. Eso no te importa, ¿verdad?

—No. Al contrario. Confieso: cuando te conocí tuve celos por primera vez en mi vida, pero después ya no.

—Si no habías tenido celos antes, quizá sea porque que no te habías

enamorado. Pero te enamoraste y te casaste, ¿ves qué suerte? Ahora tienes que defender eso por encima de todo, tú puedes sola, de más, pero también cuentas conmigo.

—Arthur tiene razón, eres un crack.

Terminaron el almuerzo; Misi sosegaba. Se volvieron a poner los impermeables. ¿Y ahora? Pues ahora iban a buscar una farmacia y verían la tensión. "No recuerdo si hay alguna aquí pero en South.Kensington hay una muy buena. ¿Caminamos un poco, te apetece?". Caminaban.

Ya en la farmacia, Ángela dijo que necesitaba comprarse algo. Misi, discretamente: "si quieres lo vas comprando mientras este señor me toma la tensión". Muy educada, no quería mirar.

La tensión, francamente baja aunque acababan de comer y beber media pinta de cerveza.

—¿Lo ves? Así estás tú, con ese desánimo. ¿Quieres andar hasta tu casa o tomamos un taxi?

—Por mí, vamos andando. ¿Me vas a acompañar? Me encuentro bien, de verdad. Y tú tienes el metro aquí mismo.

Ángela prefería el paseo, quería acompañarla. En casa de Luisa casi no tenía ocasión de andar y lo echaba de menos. Fueron mirando escaparates, charlando con tranquilidad.. Qué mono el sombrero, decía Misi. Y sí, se lo acababa de comprar. Todo amigablemente. Ángela decía que le encantaba Londres, le gustaría mucho tener allí un apartamento. Misi: estaba carísimo. Pero la agencia de Arthur...

—No, no. Hablaba por hablar. No estoy en condiciones de hacerlo, qué más quisiera.

Una vez en la casa, Ángela quiso subir. Arthur no estaba dijo Misi.

—Mejor.

—¿Cómo mejor?

—Sí, tenemos que hacer algo y mejor solas.

—Oye, te veo muy decidida. No irás ahora a increpar...

—No te preocupes, no voy a decirles nada. Relájate, Misi.

Allí estaban los dos hijastros, con dos amigos más, tirados en las butacas del salón, bebiendo coñac; ninguno se levantó.

—Hola, chicos.

—Hi.

—Se trajeron a esos a comer sin avisar siquiera.—dijo Lupe ceñuda, con mala cara, cuando entraron en la cocina—. Tuve que ponerme a aviar deprisa y corriendo. Yo así no sigo.

—Calma, Lupe. Si vuelve a ocurrir les dices que no hay comida y que se vayan a la calle. ¿De dónde han sacado el coñac?

—Fueron ellos a comprarlo.

—Ah, menos mal.

—Pero me pidieron el dinero. Y se lo tuve que dar, no quería verlos a

los cuatro revolviendo en mi cocina a ver lo que pillaban. Decían que era poco... me parece. Porque no tengo ningún problema con serarza, pero no quiero nada con esos dos.

—Ten un poco de paciencia, Lupe. Ángela, ¿vamos a mi cuarto?.

—Desde luego, quiero que hagas algo. ¿Cuántos años tienes?

—Treinta y nueve. ¿Por qué?

—Enseguida te digo. —Sacó un paquete de la bolsa de la farmacia, se lo dió—. Ahora entra en el cuarto de baño y haces pipí en el vasito. Después metemos la tirita de papel y...

—Ángela, qué me quieres decir, qué es esto.

—"Esto" es una prueba de embarazo. ¿No has pensado qué...?

—¡Dios mío! ¿Tú crees que es... crees que estoy esperando un niño?

—Querida, los síntomas coinciden bastante. Haz la prueba y salimos de dudas. ¿De verdad no lo habías pensado?

—¡No! Ni muchísimo menos. ¿Yo? Oh Dios mío. ¿Qué va a decir Arthur? ¿Tú crees, Ángela, lo crees? ¿A mi edad?

—Mira, métete de una vez en ese pajolero cuarto de baño y llena el pajolero vasito. ¡Y no tiembles tanto, que lo vas a poner todo perdido!

Se tenían que reír. Misi de veras temblaba.

Media hora después, en las butacas de su salita, seguían con la risa floja, la reacción. Misi a la vez que reía lloraba, todo junto; se secaba los ojos. Y para reacción la del papelito: antes del tiempo marcado se había vuelto de un fucsia fuerte que hasta dañaba la vista.

—Vamos a decírselo a Lupe; ahora la necesito más que nunca.

—Menuda Nanny vas a tener, la que te crió a tí. No te levantes, yo voy a la cocina, le digo que venga.

Lupe preguntaba ceñuda qué quería la señora, seguía de mal humor.

—Ahora se lo dirá ella y trátela con cariño, lo necesita. Y ni hablar siquiera de marcharse a Madrid.

—Si no fuera por lo que es, ya me habría ido. Porque con esos dos no quiero nada.

—Vamos, Lupe, todo se va arreglar, puede creerme.

Por el pasillo iba gruñendo sus ideas fijas. Pero cuando Misi le dijo la novedad, se abalanzó sobre ella, le plantó dos besos sonados como explosiones. Lo primero que dijo fue: "ahora es cuando vamos a poner en la calle a los caraduras".

Todavía se estaban riendo cuando Ángela se despedía.

—¿No vas a esperar a ver la cara de Arthur?

—Ni hablar. Se lo tienes que decir a solas. Ya me contarás.

—Oye, hoy has sido para mí más que mi madre.

—Venga, no digas bobadas. Sólo he tenido una intuición y ya está. Lo que no entiendo que no te lo hubieras figurado.

—Nada, ni idea. ¡Me casé con diez y ocho años, estuve doce casada y

nunca ocurrió!

—Flora tiene razón. Dice que cuando no hay hijos siempre se echa la culpa a la mujer y muchas veces no es así.

—Bueno, yo no creo que se puede hablar de culpa.

—Yo tampoco. Y lo mismo dijo tu amiga Constanza.

—¡Constanza! Tengo que llamar a Nueva York, después de hablar con Arthur.

—Muy bien, querida. Millón de enhorabuenas y tenme al corriente. Recuerda que la cerveza suele quitar el mareo. Ah, y las aceitunas. Hablamos.

Más lluvia, ahora con viento. Ángela iba cansada, hacía frío. Se quedó medio dormida en el metro pero llegando tenía un largo trecho hasta la casa. Las luces estaban apagadas, no debían de haber vuelto aún. ¿Qué día era hoy? Algunas tardes tenían clases extra, español, natación... Johnny tocaba el saxofón, ¿o el clarinete? Cuatro niños eran mucho trabajo; no sabía cómo se iba a arreglar Luisa cuando llegara el quinto. Pensó en Misi y su bebé; suerte de tener a Lupe que desde luego ahora no se iba. ¿Qué querría decir "serarza?" Extraña palabra, mencionada dos veces. Misi, mujer delicada, de finos sentimientos. Miró vagamente el jardincito de entrada, habían caído muchas hojas por el viento racheado, tan fuerte. Aún llovía más. Pensó: mañana tendremos que barrer todas estas hojas. Seguía con la llave de la cocina; Luisa se podía haber molestado en buscarle la de la puerta principal, pero...

Bajando la escalera dió un resbalón. Malditas hojas mojadas. Cayó dándose un fuerte golpe, crujió algo, el tobillo y el pie mandaron fuego a llamaradas. Quedó así, atontada por el dolor, unos instantes en el suelo. De repente, una idea por completo innecesaria. "Serarza" igual a "sir Arthur". Sí, muy lista, pero a ver ahora cómo llegas hasta tu cama. Chorreando lluvia, angustiada, sintiendo afiladas navajas de dolor, consiguió alzarse. No podía apoyar el pie derecho, si lo intentaba veía estrellas de colores, literalmente, girando alrededor de su cabeza. Logró abrir la puerta, encender una bombilla; imposible andar. Acabó entrando a gatas, cerró la puerta, largamente trabajó para llegar reptando, arrastrada, a su habitación. Temblaba de dolor y frío, le castañeaban los dientes. No había nadie en la casa; no quería desmayarse. Calma. Despacio, vas bien. Tienes que llegar hasta la cama. Penosamente se izó apoyando codos estómago rodillas. Se quitó el sombrero y el impermeable, los dejó en el suelo. No te apures, van a llegar, no pueden tardar mucho. Inútil pensar en ponerse su bata. Se tapó como pudo con la colcha: aquel cuarto era helado. Oscurecía. Ojalá vieran su luz cuando llegaran y bajara alguien a ver si le pasaba algo. Logró recoger su bolso del suelo, sacó el móvil. Intentó el de Luisa, que lo tenía siempre fuera de uso, sólo lo conectaba cuando ella quería algo. Suspiró. Seguramente harían ruido llegando; entonces bastaría llamar

al teléfono fijo, decir: bajad, estoy aquí y tengo mucho frío.

El tobillo se le hinchaba más por momentos.

XVII

Ángela en una cama de hospital con un sopor de cansancio que intentaba convertir en sueño seguido. En las demás camas de la habitación, otras mujeres. Tres indias, una africana. Alguna roncando ya; otra hablaba a media voz, larga letanía de quejas en un idioma desconocido. Juan casi se había disculpado porque tuviera que compartir estancia con aquéllas. "Tú que eres tan exclusiva... pero otra cosa no era posible". Qué equivocado podía estar.

—Juan, ¿de verdad crees que me importa el color de las personas? No hijo, por ese lado puedes estar bien tranquilo. Sí me preocupa la moqueta sucia del suelo, la limpieza dudosa. Pero estoy muy bien aquí y te agradezco tu gestión.

No sabía qué argumentos habría dado su yerno a la Dirección para que la ingresaran. Fractura no había, le dijeron, pero sí un esguince difícil, casi peor. No podría pisar en al menos tres semanas y le habían enyesado desde el pie hasta la rodilla. Quizá por las circunstancias, tantas escaleras, cuatro niños, la mujer embarazada la habían dejado por veinticuatro horas; después tendrían que buscarse otro arreglo. Ángela quería que le tomaran un billete a Carmen y viniera a buscarla para volverse juntas a Madrid. Juan se quedó con ella, hasta las nueve no lo echaban, y una persona de la administración se iba a ocupar de hacerles saber las opciones que tenían. Como bajaba a telefonear a Luisa, Ángela le entregó su móvil. "Si sales afuera puedes usarlo. Tengo dos llamadas; llama por favor de vuelta y me dices qué querían".

Tardaba en volver pero al fin llegó, aparentemente menos preocupado. Las llamadas eran de Misi; al contarle lo ocurrido le pasó el teléfono a Arthur que quería hablar también. La cosa era así: él sabía de un sanatorio muy bueno y confortable para estos casos. Últimamente iba por allí con frecuencia para visitar a un viejo amigo con algún hueso roto. Arthur se encargaba de telefonear y hacer la gestión, si fuera necesario iría en persona. Era la solución mejor.

—Pero eso me va a costar un dineral, ya sabes lo que pasa cuando conviertes las pesetas, quiero decir los euros, en libras. Es ruinoso.

El yerno apartó aquellos reparos con un gesto de la mano. Nada. Lo realmente super que le daba la Compañía era el seguro médico, de lujo. Y

él la había incluido por el tiempo que pasara con ellos. Siendo su suegra, tenía derecho. Allí estaría bien cuidada, habitación para ella sola, todas las comodidades. Estaba contento, mucho más tranquilo. Horas antes cuando la encontraron había armado una bronca terrible con Luisa. ¿Cómo se entendía que aquel imbécil niño mimado de su madre, de trece años, tuviese la llave de la puerta principal y a su propia madre, señora mayor, invitada, la mandara Luisa por la entrada de servicio? Ángela quería calmarlo —de acuerdo con él en el fondo—, dijo que había sido culpa suya, se olvidó de pedir a Luisa la otra llave. Pero pelearon feo, con gritos y recriminaciones por las dos partes. Después de tanta conversación sobre buenos modales y amabilidad, era descorazonador.

La mañana siguiente empezó muy temprano como suele ocurrir en los hospitales. Termómetro: abrió obediente la boca, con asco. Analgésico que decidió no tomar. Después un zumo de algo sintético inidentificable dulzón. Té negro con leche, lo que detestaba, tostadas con mantequilla y mermelada de naranja. Viendo las pequeñas palanganas que distribuían para abluciones pidió muletas, prefería ir a un cuarto de baño. Duchas no había; le dijeron que al final del pasillo tenía una bañera. Un vistazo, alcanzando a llegar penosamente con las muletas, la dejó en terrible duda. ¿Podía tener aquel color una bañera? Se volvió, después de haberse refrescado. Se metió otra vez en la cama, resignada. Corrió las cortinas. Dejó pasar las horas como orugas peludas estirando, encogiendo, lentamente sin avanzar. Oía conversaciones de cama a cama, llegaban familiares de visita, subieron a otra paciente desde el quirófano, cadera rota; ésta parecía inglesa.

A las doce servían un almuerzo poco inspirado, no malo del todo. No tenía nada para leer, no podía usar el teléfono, hasta sentía claustrofobia; la habitación producía un olor picante como si no hubieran ventilado bien. Poco después, precedida por un chirrido de ruedas en su avance por el pasillo, llegaba finalmente Luisa con su maleta.

—¿Qué tal, te duele el pie?

—Poco. Me molesta el yeso. Siento que hayas tenido que cargar con la maleta.

—He dejado algunas cosas. Un vestido de seda, el abrigo, casi todos tus zapatos.

—Muy bien. ¿Has metido los libros?

Y no. Lo sentía, no había pensado en libros. “En la entrada hay un puesto, si quieres bajo a ver si hay alguna novela. Lo que más tienen son periódicos y revistas”.

—No, muchas gracias, no te preocupes. ¿Cómo están los niños?

—Bien —una pausa—. Te mandan recuerdos.

Posiblemente ni siquiera fuera verdad, no sonaba muy genuino, aunque sí amable. Luisa tenía poca conversación, ¿o era que ellas dos no

encontraban de qué hablar? Preguntó por el jardín.

—Bien. Los rosales tienen muchos capullos nuevos.

De ayer a hoy: los mismos sin duda. Bueno. Se metían en otro silencio como en un túnel. "¿Has hablado con Arthur, sabes algo de ese sitio donde quieren que vaya?".

—Ah sí, claro. Misi me llamó. Es simpática, ¿no crees?

—Sí, es simpática. ¿Qué te dijo?

—Te aprecia mucho. Dijo que ya quisiera tener una madre como tú. No sabía que fuérais tan amigas.

¿Somos tan amigas?, pensó. La he visto cuatro veces y una de ellas el día de su boda. Dijo: "Quiero mucho a Arthur. Lógicamente mi cariño ahora abarca también a Misi".

—No sé si es tan lógico; tú adorabas a la tía Emilia.

—Pero ella está muerta y seguro que se alegra de que Misi haga feliz a Arthur. Pero ¿qué te dijo?

—Está todo arreglado, te esperan allí. Tengo aquí la dirección. —Rebuscó en su bolso de tela vaquera—. Esto está cerca de Hammersmith. Toma el papel. Y Juan llamó a una ambulancia; te recogerán a partir de la una.

¿No podía haber empezado contándole todo eso? Qué pava era, con lo alegre y sociable que había sido Luis. A quién salía la niña, por Dios. No debo impacientarme con ella, no debo. Al menos está aquí.

—Entonces, ayúdame a ponerme mi ropa. Gracias, ¿vendrás conmigo?

No, tenía que recoger a los niños. Además, ¿dónde iba a dejar el auto?

—Claro, claro. Tienes razón.

—Mañana intentaré pasarme. Creo que la línea verde tiene una estación bastante cerca.

—Bueno, sólo si tienes tiempo. Pero si vienes, tráeme los libros que están en mi habitación, se los tengo que devolver a Arthur. Seguro vienen a verme algún día.

—Van a ir esta misma tarde, me dijo Misi. A ver cómo estás instalada.

Se quedó con ella hasta dejarla con su maleta dentro de la ambulancia. Rodaron por las calles de Londres sosegadamente, gracias a Dios sin sirenas. El sitio nuevo estaba bien organizado. La recibían en la puerta con silla de ruedas, la subían en el ascensor. Su habitación limpia y agradable, pintada de color verdeagua, cortinas blancas como la colcha, alta ventana dando sobre un jardín. Una chica de planchado uniforme le deshizo la maleta, colocó en el armario la ropa, dándole la conversación que, se supone, gusta a los pacientes. ¿Qué deseaba hacer ahora? ¿Bajar, tomar una taza de té? Ángela quería ducha y ropa limpia a lo que le ayudaba. El cuarto de ducha pequeño pero moderno. Después se iba a quedar un rato descansando en una buena butaca de la habitación, con la pierna en alto. La chica le entregó un folleto con las "facilidades" del centro y se retiró,

siempre amable. Se entretenía un rato hojeándolo. Había salón donde servían el té, veranda (¿qué sería?), bar, sala de televisión, peluquería, salita de juego, gimnasio. Un sitio de lujo. Dudó de que el seguro de su yerno lo pagara; ahora no se iba a preocupar por eso. Iba a descansar, después hablaría con él. Por la ventana veía las ramas de grandes plátanos al otro lado de la calle moviéndose en el aire flojo, relajaban. Al poco rato dos golpecitos de nudillos en la puerta, entró una señora de mediana edad que se presentó como Mrs. Blackett, gobernanta. Traje de chaqueta azul marino, blusa rosa, collar y pendientes de cuentas rosas opacas, tacones altos, perfectos rizos sujetos con laca. Cursi, le daba una larga bienvenida con selectas palabras y acento afectado. Llevaba un cuadernito, presumía de eficiencia haciendo preguntas, apuntando las contestaciones. Podía pedir hora en la peluquería de un día para otro; se cobraba aparte. También eran extra las bebidas en el bar, no las que servían en el aperitivo o la cena, a menos que prefiriera otras marcas. Había gimnasio pero era el doctor quien daba las normas de lo que se podía hacer allí; el doctor venía todas las tardes. ¿Jugaba al bridge? ¿Quería que le presentara a otras personas? Si. Y no, gracias. Ángela se estaba hartando un poco. Al final le preguntó si no querría bajar ahora, dado que sir Arthur y lady Bourne habían anunciado su visita. Seguramente ella prefería recibirlos en el salón. Pensó: snob. Estuvo tentada de meterse en la cama y decirle que subieran, le daba igual verlos allí o abajo, se contuvo. Pobre Blackett, era su trabajo. Le seguiría el juego. Sí, desde luego bajaría. A esto la otra llamó al timbre y se quedaba esperando con ella.

—Sin duda será usted amiga de lady Bourne —dijo—. He oído que ella es española, imagino que también de la nobleza.

Te vas a enterar, pensó Ángela, a cursi tú no me ganas. “Oh, Mrs. Blackett, estoy segura de que usted quiere halagarme; ¡es muchísimo más joven que yo! Claro, es amiga de hijas y sobrinas de amigas mías. ¿Sabe? Es de una gran familia, desde luego”. Ya se avergonzaba, cómo estaba haciendo semejante tontería, si en realidad no tenía ánimo para bromas. Pero la otra encantada, cada vez más contenta.

—Ella todavía no ha venido por aquí pero a sir Arthur lo conocemos bien. Tiene en la Clínica a un viejo amigo, Mister “Agüire”. Creo que también es medio español. Y mitad inglés, por supuesto. Así que usted es amiga suya, él ha demostrado gran interés en que le diéramos una habitación.

—Ah, sí. Desde hace muchos años. Su anterior mujer, que murió, era mi mejor amiga, desde el internado aquí, en Inglaterra. Y era la madrina de mi hija.

—Oh, ya veo. —Sonrió más.

Llegaba otra muchacha, otro tipo de uniforme, seguramente el uniforme de empujar sillas hasta el salón.

El edificio, una casa victoriana vagamente gótica pero no de las más feas. Tenía un gran salón, comedor, bar, un par de salas más, aparte de un amplio porche-invernadero acristalado sobre el jardín. A ésta habían unido otra casa contigua más pequeña, de mejor gusto, en el estilo Reina Ana, allí había parte de las dependencias. Donde más se notaba esta unión era en las plantas segunda y tercera, de dormitorios; en el pasillo se encontraba uno dos escalones, el desnivel de los suelos. En el segundo piso, dedicado a los pacientes con dificultad de andar, habían colocado una pequeña rampa para sillas de ruedas.

La bajaron al salón y Ángela se izó ella misma en una de las butacas que, en grupos, rodeaban varias mesitas redondas de madera oscura.

Pronto llegó Arthur con Misi, muy elegante con traje de chaqueta color azul turquesa. Traían flores y libros. Acudía Mrs. Blackett a saludar, con amabilidad preguntaba qué variedad de té preferían.

—Tú dices, Ángela, —ofreció Arthur.

—Suelo tomar Earl Gray, pero si Misi prefiere otro, beberé lo que me den siempre que sea sin leche. Muchísimas gracias por las flores, son preciosas.

La gobernanta ofreció dar el ramo a una de las empleadas; que se lo subiría a su habitación. Arthur le había preguntado por su amigo: estaba jugando al bridge.

—Voy a avisarle que estamos aquí, quiero presentártelo, Ángela. Es muy simpático.

Cuando salió Ángela preguntó en voz baja: "¿qué tal todo?" Misi susurraba también: "se van mañana".

—¿Los chicos?

—Sí. Arthur les ha dicho que han sobrepasado su *welcome*. Y les ha dado dinero, en realidad. Era lo que querían. ¡Se enfadaron tanto! Tenías razón tú; pensaban quedarse. Dijeron toda clase de cosas impertinentes y sarcásticas. Arthur impávido. Como se dice en mi tierra, más frío que una llave.

—Lupe estará encantada.

—Absolutamente. Ha dicho que hasta mañana tendrá todos los armarios cerrados con llave, no se fía.

—Está exagerando un montón.

—No creas, no te lo dije ayer (¿fue sólo ayer, Ángela?), pero han desaparecido unos candelabros del comedor.

—Horror. Qué vais a hacer.

No iban a hacer nada. Los chicos juraban que no habían sido y días atrás habían estado los electricistas y el tapicero.

—Esa gente no roba, Misi. Ellos viven de su trabajo.

—Lo sé, lo malo es que también vino Peter un día que no estábamos. Los hermanos dicen que no lo vieron llevarse nada, pero tampoco lo

descartan. Está metido en drogas.

—Oh, Dios, qué mal. ¿Lo sabía Arthur?

—No, pobrecillo, aunque dijo que se lo estaba imaginando desde que lo vio. Mañana cambiaremos las cerraduras, el portero no dejará ya subir a nadie sin consultar y Lupe, por supuesto, jamás les va a abrir la puerta.

—Me da pena todo eso. Y tú, cómo estás.

Estaba muy bien, se había levantado un poquito mareada pero se le pasó enseguida. ¿Arthur estaba contento?, preguntaba Ángela. Sí, y un pelín asustado. En éstas volvía. Ángela le daba la enhorabuena, lo que no había hecho antes por la Blackett.

Cuando Leo terminara el *rubber,* dijo, vendría a reunirse con ellos. Explicaba. Leo era mexicano, su bisabuelo español emigró allá, hizo fortuna. El padre de su amigo ya se educó en Inglaterra, se casó con una inglesa. Sus hijos, Leoncio y Mateo también vinieron a estudiar. Primero en Downside, con los benedictinos, y más tarde en Cambridge. Desde aquella época habían sido amigos, Leo, Matt y él. Leo vivía casi todo el año en Londres, tenía una gran casa en Hampstead. Llevaba bastantes años viudo y hablaba de retirarse, a su vez tenía dos hijos varones para el relevo en los negocios. Se había caído, se rompió el codo y el húmero, malas fracturas que necesitaron operación; llevaba allí más de un mes. Lástima, sobre todo por el golf, era un excelente jugador, magnífico.

—Hablando del Rey de Roma, —dijo Misi.

Avanzaba un hombre de buen porte, pelo gris acero, el brazo derecho doblado por el codo, sujeto en alto con un armazón de tablillas plásticas y vendas. Llevaba camisa de color crudo con una sola manga y una chaqueta de punto azul marino echada por los hombros.

—Te quiero presentar a mi querido amigo Leo Aguirre y esta es mi querida amiga Ángela de Entrena, señora de Arjona.

—Señora viuda de —puntualizó Misi, sonriendo.

—Misi, siento que tu amiga se haya roto —miró— una pierna, pero si no es por eso ¡no vienes a verme! Estás cada día más guapa.

—Claro que iba a venir a verte. He estado muy... complicada. Qué terrible armadura llevas.

—No, no, es muy liviana. Es la segunda; la primera era atroz, parecía que me hubiera caído con una avioneta y llevara aún media pegada al cuerpo.

Un tipo simpático. Sonreía mucho, blancos dientes. Preguntaba a Ángela por su fractura. Y... no era nada serio, sólo que en la casa de su hija había tantas escaleras. Arthur bromeaba con Leo; sólo estaba allí por vago, tenía en su casa a Parker y Mrs Parker, criado y cocinera respectivamente.

—Estoy pensando mandarte a Parker por las mañanas para que te afeite. Pero eres mi amigo y no puedo hacerlo ¡te despellejaría vivo! Aquí todo lo hacen profesionales, te tratan con todo cuidado. Ésta es una vida

regalada.

Ángela sonrió: “Pero la vida siempre es regalada”. Le gustaba Leo que le sonreía a su vez. “Tienes toda la razón”, —dijo, “un regalo de Dios”.

Le traían el té con unas pastas como a los otros

—Oye, belleza, —dijo a la camarera— ¿no hay macarrones de almendra?

—No lo sé, señor.

—Anda a ver, sé buena. Dile al cocinero que son para nosotros.

—¿Lo tienes sobornado? —Preguntó Arthur riendo.

—Digamos que... okay, les doy una propina de vez en cuando. El cocinero es español, del Puerto de Santa María.

Misi miraba a su marido, significativa. Él dijo: “Leo, queremos contarte una cosa. Aún no lo sabe nadie más que Ángela: vamos a tener un bebé”.

—¡Serás sinvergüenza, a nuestra edad! No puedo abrazarte por la armadura ¡Me alegro muchísimo! Oye, eso me rejuvenece, somos del mismo año.

—No, no. Matt y yo somos del mismo año; tú eres del año anterior.

—¿Cómo puedes ser tan desleal, decir eso delante de dos señoras guapas? Te llevo siete meses.

Ahora no quería hablar de otra cosa más que del niño futuro. ¿Cuándo? ¿Preferían niño o niña? ¿Qué nombres habían pensado? ¿Quién iba a ser padrino?

Pues, decía Misi, estaba de cuatro semanas, esta mañana misma habían ido al médico. Por medio de amigos, si no, imposible la cita de un día para el otro. Lo sabían sólo desde ayer. Les daba igual niño o niña. El padrino, quizá Martin pero no era seguro. Y nombres. Si era chico Arthur y si era chica Ángela.

—¿Eh? —dijo ella cogida de improviso—. Pero qué dices.

—Porque tú fuiste la primera en darte cuenta, antes que yo. Has sido tan lista. Estamos los dos de acuerdo, ¿verdad Arthur?

—En Ángela, desde luego, un nombre precioso y lo mismo en inglés que en español. Igual que Martin. Lo de Arthur no lo veo tan claro.

Venía la muchacha trayendo un platito de pastas cubierto con una servilleta. “Dice el cocinero que no se las vean porque no hay más que éstas pero mañana hará más”.

Ah, ahora él quería champagne, tenían que brindar.

—Yo no —dijo Misi—. No me atrevo.

—Yo tampoco quiero champagne a estas horas —protestó Arthur—, no seas excesivo.

—Bueno, en la cena brindaremos Ángela y yo. Acá puedes comer sola o con otras personas, te propongo que compartas mi mesa, somos los únicos españoles.

—No la avasalles. A lo mejor prefiere hacer sus comidas sola.

—No, está bien. Me gustará cenar contigo, será más alegre.

Era verdad. El buen ánimo de Leo, onda expansiva, llegaba a todos lados. Cuando los Bourne se despidieron iban contentos de dejarla en tan buena compañía. Fue una suerte haberlo conocido nada más llegar. Los ingleses, siendo ella extranjera, se comportaban como de costumbre, sin hacerle ningún caso. Saludaban vagamente mirando para otro lado, cruzaban quizá alguna palabra. Ángela y Leo desde el primer instante congeniaron. Empezaron hablando de libros, por tener a mano los que le habían traído; tenían parecidos gustos. Cenaron con champagne, después fueron al bar donde se podía fumar. "¿No te molesta?"

—No, en absoluto. ¿Es rubio?

Afirmaba. "¿Quieres?".

—Bueno. Sólo fumo de vez en cuando, en ocasiones.

—Ésta es una gran ocasión.

Y lo parecía. ¿O era porque había bebido? Se sentía excitada pero no insegura, sopló el humo despacio. Cruzaba una señora en silla de ruedas, cargada de pulseras collares y colgantes, una tal señora Willis; Leo se la presentó.

—Ángela es compatriota, estoy cuidando de ella porque está un poco deprimida.

Procuró hacer una sonrisa doliente, no dijo nada. La otra se alejaba en su silla eléctrica. "¿Por qué le has dicho que estoy deprimida?".

Rió. Porque la Willis había estado empeñada en que se fuera a su mesa; tuvo que decirle que siempre comía solo. Y como ahora la había visto con él...

—Es un poco pesada, pobrecita, una de esas mujeres intensas. Perdona mi mentira.

—No sé si es mentira del todo. Sí estoy algo triste, más bien lo estaba pero tu cena me ha animado. Ahora no sé si no estoy un poquito alegre de más, con tantas pompas...

—¿Es por tu pie?

—No, esto no tiene importancia.

Antes de darse cuenta le estaba hablando de Luisa. Su hija era buena pero se había distanciado de ella. Desde que se fue a estudiar, después se casó... parecía rechazar todo lo que había sido su cultura. Había cambiado tanto, ahora apenas tenían conversación. ¡No leía! No enseñaba modales a sus hijos, su casa era de pésimo gusto.

—Te parecerá estúpido pero las cosas feas me entristecen. Los malos modos me deprimen. La falta de sensibilidad me hiere. ¡La televisión a todas horas me desespera! Supongo que no es su culpa. No me tomes por snob, no lo soy. Perdóname; he hablado demasiado y te he aburrido. Por dentro se regañaba: "cómo puedes ser tan estúpida, este hombre encantador todo sonriendo amable y tú le sueltas ese rollo".

Todo lo contrario, dijo Leo. Le interesaba mucho y lo comprendía perfectamente. Y quién sabe si por delicadeza, que ella no se sintiera mal, empezó a contarle de su familia. El bisabuelo: en broma lo llamaban el gangster. No que hubiera matado a gente, pero la forma en que hizo todo aquel dinero... un poco sospechosa. Su abuelo ya volvió a España convertido en un "buen partido", se casó con una señora de familia distinguida castellano-leonesa. Pero para su familia política fue siempre "el indiano". Su padre se educó en España y en Inglaterra, se casó con una inglesa y vivió en Londres: "el inglés". Matt y él ya se educaron allí; Matt se casó con una inglesa y él con una mexicana que murió más tarde de una extraña infección. Algo que había pescado en un viaje a África; nunca supieron qué exactamente. Era una gran mujer, llena de energía. Hacía de eso doce años.

Llamó al camarero, pidió café para los dos. "No nos quitará el sueño, a estas horas sólo sirven descafeinado. Pero es de máquina y no demasiado malo, aunque el café en Inglaterra, ya sabes. ¿Quieres coñac?".

—No, por Dios. Ya he bebido más de lo que acostumbro. Se sentía fuera de ella misma, como viéndose desde otros sitios. Pero sin ningún cansancio, ligera, agradablemente.

—Entonces, café para los dos y coñac para mí.

Siguieron su conversación; Ángela le habló de su trabajo. "Aunque perdí a mi marido tan pronto, no tuve tiempo nunca de ser desgraciada, había tanto que hacer". Luego, las amigas. Benditas fueran, el apoyo que se daban unas a otras, la compañía. Hablaron de Emilia, muy querida por los dos. Y Leo de sus hijos, Guillermo y Leo, dos muchachos listos y trabajadores. Un orgullo para su padre; hablando de ellos le brillaban más los ojos. Ángela se fijó en su color, de botella de cerveza vista al trasluz. Atractivo, se dijo.

—¿También los hijos han estudiado aquí?

En parte, sólo el colegio. Después en los Estados Unidos, uno en Harvard, el otro en Princeton: "Las universidades allá son mejores. En eso Europa ha bajado mucho, se ha quedado muy atrás".

—Sí, tienes razón. Y en tantas cosas.

Al final se despedían, estaban cerrando el bar. Leo pidió al camarero que llamara a una de las chicas para acompañar a Ángela a la habitación y ayudarle a acostarse.

De estar con Leo sacaba un pedazo de alegría, se lo llevaba para arriba con ella, como un regalo. Antes de apagar su luz, pensó: hacía años que no pasaba un rato tan agradable. Miró el reloj y sonrió. ¡Un rato! Habían estado juntos unas seis horas.

No despertó hasta que entró una camarera con su desayuno. Le había traído huevos y bacon, explicó, porque no había señalado el menú. Mañana le traerían lo que pidiera. ¿Por hoy estaba bien así? Estaba

maravilloso. Buscó el botón que levantaba el respaldo de la cama, tomó su bandeja. Realmente, era un sitio estupendo, debía de costar un dineral. Tenía que hablar con Juan. Acababa su desayuno cuando llegó Luisa.

—Qué lujo —dijo— ¿Y esas flores?

—Las trajo Misi ayer. Ahora me iba a levantar.

—Sólo voy a quedarme diez minutos. Acaba tu té.

—¿No quieres que te pida una taza? Luisa, justamente estaba pensando que esto debe de ser carísimo, tengo que hablar con tu marido.

De parte de él tenía un recado: que no se preocupara. El seguro pagaba la mayor parte y el resto —hizo un gesto con las manos— lo podía descontar de impuestos o algo parecido.

—Juan dice que es lo menos que podemos hacer por ti. Si estás a gusto.

—Desde luego, estoy estupendamente. Ayer me presentó Arthur a un amigo suyo y cenamos juntos. Después estuvimos en el bar charlando, un hombre encantador, educadísimo, muy agradable.

—Ideal para ti. Eso es lo que tú aprecias.

—Es algo que aprecio, efectivamente. Pero no es lo único que soy capaz de apreciar. Aprecio lo que está haciendo Juan por mí en estos momentos. Dime cómo estáis todos.

Se encogió de hombros. “Bien. Como siempre. Johnny quiere venir a verte una de estas mañanas en el metro. Yo no puedo venir todos los días, me corta la mañana demasiado”.

—Luisa, no vengas. De verdad estoy bien, no necesito nada. No quiero que estés perdiendo tiempo con todo lo que tienes que hacer. Siento que haya ocurrido esto y...

—Tú no tienes la culpa. Según Juan la tengo yo por lo de la llave.

—No pienses más en eso; lo dijo porque se puso nervioso. Espero que hayáis hecho las paces.

Luisa, cogiendo su bolso para marcharse, dijo que para qué. Sólo había sido una discusión corriente. ¡Corriente! Cómo serían las no corrientes, mejor no pensar.

Se arregló con cuidado frente al espejo con la rodilla apoyada en una banqueta. Después se puso una blusa de seda blanca, el collar de su madre, perlas no muy grandes pero finas. Se preguntó de pronto: ¿estaré queriendo “gustar?” Y no. Para qué. Nunca había existido en su vida más que Luis, nunca habría nadie más. Pero presentarse bien arreglada era lo amable, correctamente.

Abajo Leo la estaba esperando. Con abierta sonrisa.

—Ya hice mi hora de gimnasia —dijo—. Tenemos todo el día para nosotros.

XVIII

La casa de Cristal en Segovia, una construcción sólida de principios del diez y nueve, ladrillo y piedra, sin énfasis en la fachada a la calle. Dentro del casco antiguo, en la ladera que miraba al noroeste. Había que tomar la calle de San Juan, al pie del Acueducto, y seguir hasta casi el Alcázar, para dar después la vuelta en dirección inversa volviendo sobre los pasos. Esto para subir en coche por la complicación de las direcciones prohibidas, a pie se llegaba más fácilmente, aunque era azaroso el camino por la estrechez de algunas calles en las que, al pasar un auto, uno tenía que aplastarse contra los muros de las casas y encoger hasta el corazón. Detrás de la casa estaba el jardín; la vista sobre la iglesia de los Templarios y el Monasterio del Parral suscitaba todo verdor hasta muy lejos. Este jardín, primero una extensión plana con césped basto y bien cuidado, macizos de rosales rodeados de boj y grupos de hermosos árboles, tenía al fondo un gran estanque rectangular sirviendo para el riego, que era por su pie, y para remojarse en el verano. Una escalerilla de piedra bajaba a un segundo bancal, o parata, más estrecho; ahí Cristal había plantado un jardín muy geométrico para verlo desde arriba. Tenía también algunos frutales.

La casa sencilla, con muebles que en su época fueron de buena factura. El salón con gran chimenea de piedra tenía sofás Chesterfield tapizados de cuero castaño y rojo cereza oscuro, butacas cómodas, pocos adornos. Un buen cuadro holandés con la Adoración de los Magos presidía una de las paredes; en el lado opuesto dos paisajes con río, arboleda y figuras, de principios del diez y nueve. Por lo demás, unos cuantos grabados de tema segoviano, arquitecturas de la región. El comedor, con igual chimenea. La gran mesa rectangular estaba cubierta con faldas de lino estampado de hojas en tonos también castaño y rojo, como una enorme mesa camilla; tenía debajo una tarima de madera de pino con huecos para dos braseros, que en el invierno se agradecían. En las paredes, de un lado un enorme bodegón de caza, venados y perros corriendo en un espeso bosque, y en ángulo una de esas figuras, a tamaño mayor del natural, que mucho pintaron los clásicos y no se sabe por qué la clase acomodada española juzgaba tan apropiadas para comedor: una Salomé rubia rolliza y enjoyada presentando orgullosa, en bandeja redonda de oro (o plata), la cabeza de Juan el Bautista, cuello ensangrentado, cara casiazul. “Ni que fuera un

roastbeef", había dicho Hilda en una ocasión, lo que Flora encontró totalmente inadecuado. Cristal casi se disculpaba "Heredado, siempre ha estado ahí. No lo puedo tirar, es un cuadro muy bueno según me dicen. No lo miréis, es lo que yo hago".

Junto al comedor, una antecocina donde comían cuando estaban pocos; era más abrigado, un distribuidor con salida al jardín y escalera al piso de arriba. Detrás de la cocina había cuartos de servicio, lavado y plancha, despensa... lo propio de la época en que se había construído la casa, sin parsimonia para los metros. Y arriba dormitorios, cuartos de baño y otro despacho con chimenea más moderna, de gris pizarra, que había sido cuarto de clase y así se seguía llamando.

El viernes por la tarde Hilda bajó a recoger a Flora, la iba a llevar en su coche. Un rato antes había estado allí Paloma tomando café con ella, su padre y Germán el tenor. Después Paloma y su "buena acción" se fueron a dar una vuelta, buscarían algún sitio para sentarse a charlar. Cuando Hilda le contaba esto, Flora la interrumpió.

—¿No te da remordimiento haber metido a Paloma en una cita diciéndole que es una obra de misericordia?

Hilda se defendía. ¡Claro que lo era! Ese pobre hombre estaba tristísimo.

—Mira lo deprisa que aceptó. Lo que pasa es que no te lo esperabas, habías pensado... No me puedo creer que vayas a pasar el fin de semana vestida de negro.

—Pero Hilda, aún no hace dos meses.

—Por favor, nadie lleva negro más de un mes. Cámbiate. ¿No tienes nada gris o beige?

—Claro que tengo —dijo Flora medio ofendida—, por supuesto.

Hilda se rió, dándose cuenta de que la había molestado.

—Mira, ya sé que yo me visto de pena y tú de cine. Nunca se me ocurriría darte consejos a ti. Pero, de verdad, nadie lleva negro. Ya no.

—Y me hace malísima cara, —Flora se suavizaba enseguida—. A mi madre no le gustaba verme de negro.

—Pues a nosotras tampoco, lo hemos comentado; sólo que ellas no se atreven a decírtelo. Y el negro es como el chocolate, ¿no lo sabías? Envicia. Empiezas a ir de negro y ya no sabes vestirte de otra cosa.

Perdieron media hora con los cambios. Flora había hecho dos bizcochos, de chocolate y de nueces, especialidades suyas. Hilda los envolvió en papel de estaño mientras Flora se cambiaba. Ella llevaba aperitivos y bombones y Paloma que llegaría el sábado por la mañana había mandado decir que tenía encargada una tarta para el postre. Aún llegaron con tiempo de dar un paseo; Cristal las llevó en coche a las afueras de la ciudad y caminaron un buen rato por el campo. Había grandes sábanas de diminutas florecitas moradas muy pegadas a la hierba,

otras veces extensiones amarillas, retamas y jaramagos. Bordeando un campito sembrado, ribazos de amapolas y acianos azules. Alto volaban las águilas, planeaban en acompasados círculos, bajaban, ascendían disfrutando las corrientes más cálidas del aire; la Tula inventaba conejos para correr más y ser feliz. Exclamaban: qué hermoso estaba todo. Hilda: "hace años que no veía azulinas, mira eso". Cristal dijo, aquello le recordaba a Isabel la Católica. Hilda se extrañó, ¿por qué?

—Era una reina muy segoviana —dijo Flora.

—Yo creí que había nacido en Ávila.

—En Medina del Campo —dijo Cristal—, pero aquí la proclamaron reina, por aclamación popular. Se murió su hermano, la gente se echó a la calle, fue una fiesta espléndida, se conservan todos los detalles.

—¿Y llevaban azulinas?

—No, eso es por el poema de Verdaguer. ¿Nunca habéis leído su Atlántida? Antes me lo sabía yo en catalán.

—¿En catalán?

—Claro. Él lo escribió en catalán. Mi padre solía recitarlo, era un gran admirador de Mosén Cinto. Pero se me han olvidado los versos. Isabel sueña con descubrir el Nuevo Mundo y da sus joyas a Colón. Le dice: "Compra, compra aladas naves; yo me adornaré tan sólo con azulinas del campo". Son unos versos preciosos.

—Fue una mujer impresionante, la reina Isabel.

—Un poco guarrilla, a la hora de cambiarse de ropa, —dijo Hilda riendo. Pero Cristal por ahí no pasaba. "¡De ningún modo, esa historia es falsa!".

Hilda y Flora protestaron: eso lo sabía todo el mundo.

—¡Que no, que ni hablar! Fue la Archiduquesa Isabel de Austria, hija de Felipe III, la que hizo promesa de no cambiarse la camisa cuando el sitio de Ostende. Y como tardaron tres años en tomar la ciudad, la camisa estaba amarilla...

—Puajj, qué asco.

—Sí. Incluso ese color amarillo se llamó en Europa color isabel. ¡Eh!, nuestra vieja dinastía Trastámara se bañaban. ¡Eran españoles! Los extranjeros ya eran otra cosa.

—Mi padre dice que Cristal es sacro-hispánica —dijo Hilda riendo.

—Mujer —intervino Flora—. No digas eso. —Le sonaba feo, algo como sacro-ilíaco.

—Sí, que lo diga. Eso me honra; soy castellana vieja.

De vuelta en la casa sólo necesitaron prender un fósforo en la chimenea del salón, ya preparada, y encender el fuego debajo de dos cacerolas en la hornilla, una con caldo de gallina, la otra una cazuela de rape. Se sentaron en el salón junto a la chimenea esperando la comida; había refrescado. Cansada, la Tula soñaba sueños caninos con pequeños estremecimientos.

Llamaron a Paloma para ver cómo le había ido.

—Bien —dijo—. Estuvimos charlando bastante en un bar y después me trajo a casa. Se ha ido hace un momento.

—¿De tu casa? ¿Ha estado en tu casa?

—Pues sí. Lo veo un poco raro. Me acompañó y quiso subir, se sentó en la sala con nosotras. Y sí que debe de sentirse muy solo porque la conversación en mi casa... ya sabéis. Mañana llegaré temprano, no os vayáis sin mí.

—No, no, te esperamos. Hasta mañana.

Hilda colgó, enfadada. “Qué rabia. Ahora ha estado ahí con la hermana tonta y la madre, que es una arpía, y ya no va a haber arreglo”.

—¿Podríamos saber nosotras de qué estás hablando?, —preguntó Cristal, extrañada.

Cuando Hilda daba sus explicaciones, Cristal meneó la cabeza desaprobadora. “No has debido meter a Paloma en eso. Vaya recomendación para un hombre, que está muy triste. Pues que se compre un mono. A Paloma no le conviene. Yo querría para ella alguien sin problemas, alegre, que la hiciera feliz. Bastantes problemas tiene ella con los suyos propios”.

Cristal no veía a Paloma como la veían las otras, siempre alegre, llena de energía. No. Ella sabía más, más aún de lo que Paloma creía que sabía. Paloma empujaba cada día la roca hasta la cima de la montaña. Cada mañana tenía que volver a empezar. Amanecía asomada a una ventana que no daba a ninguna parte, sólo a un vacío de vértigo. Estaba siempre en lucha desesperada por algo que se le escapaba, que nunca podría tener. Pintada tal vez de más, vestida con extravagancia, demostrando alegría. Y no. Haciendo un millón de cosas diferentes. Y no. Buscando, esperando... ¿Qué era? ¿Un amor no correspondido? ¿Quizá algo que no se confesaba ni aún a ella misma? ¿Algo que ni ella sabía? O, posiblemente incluso, el rostro del mismo Dios... La quería más que a las otras por sus contradicciones interiores.

—¿Y qué hace ése subiendo al piso sin conocerlas, cuando ni siquiera hay un señor-de-la-casa? Es de pésima educación, estaréis de acuerdo.

—Esas cosas están muy antiguas, Flora —dijo Hilda, aún disgustada—. Tus reglas de oro de la etiqueta ya no las sabe nadie.

Cristal pensaba, las sabe Flora, yo, Ángela desde luego, y probablemente ya a estas horas la madre de Paloma le habrá montado un número.

—Bueno, chicas, no vale la pena discutir eso —dijo—. Nuestra cena debe de estar caliente. ¿No os importa comer en el office?”

—Vamos a dejar un par de leños más para cuando volvamos —dijo Flora que era friolera.

—Nada tan acogedor como la chimenea. Yo en casa la enciendo pero la

calefacción es tan horrible de fuerte que no pega mucho.

—Nosotros, quiero decir yo, no la enciendo casi nunca; me da miedo que salten chispas y arda algo.

A la mañana siguiente desayunaban en bata, con pereza propia de vacación, charlando entre tazas y más tazas de café con leche. Llegó Teresa, la cocinera que iba por el día cuando Cristal tenía invitados; Tula avanzó moviendo contenta su muñoncito de rabo diminuto. La saludaron, la conocían desde hacía tiempo, y después de preguntar por la familia, como de precepto, Hilda quiso saber lo que les daría de comer. Pues no se habían encontrado setas buenas como doña Cristal le había pedido: de primero espinacas frescas rehogadas con jamón. De segundo tenían dos corderitos muy nuevos que les iba a asar su cuñado en el horno de leña, porque en estos hornos modernos no era lo mismo.

—¿No se enfriarán?, —quiso saber Flora.

—No, maja. Ayer le llevé la fuente y me la traerá a las dos. Lo tapa con papel de plata y encima lo envuelve en una manta. Llegará a punto; siempre lo hacemos así.

Flora no había pestañeado ante el adjetivo, sabían que Teresa, mayor y aún de muy buen ver envuelta en su gran delantal blanco, no llamaba señora a nadie y doña sólo a Cristal y a su madre. Cocinaba maravillosamente.

Subieron a arreglarse y poco después llegaba Paloma con su tarta de limón para el postre.

—Has madrugado bastante.

—No tanto. La carretera estaba casi sin atasco, he venido todo seguido. Flora, qué bien que te hayas quitado el luto.

—¿Lo ves? —Dijo Hilda.

—No me lo he quitado, voy de gris. Es alivio de luto.

—Ah, vale. Buenos días, Teresa, me alegro de verla. ¿Queda un culín de café?

Se volvieron a sentar mientras Paloma desayunaba, fin de semana sin prisas. Preguntaban por la visita del tenor a su casa; ¿qué había dicho su madre?

—La verdad, nunca acierto con ella. Creí que se pondría furiosa de que un tío desconocido subiera al piso así por las buenas. Y no; estuvo de lo más amable.

—Qué cosa tan rara.

—Sí, me pareció increíble. Lo único desagradable que dijo fue que Carolina no era hija de ella, sólo era medio hermana mía. Sin venir a qué, pobre Carolina. Antes de que empezara a llorar, inmediatamente dije que era mi única hermana y la quería un montón. Aparte de eso, mamá hasta simpática. Le preguntó por sus padres y dijo que sentía mucho que hubieran muerto. ¿Os lo podéis imaginar? Cuando nadie le importa un

comino.

—Pues no lo entiendo.

—No sé —aventuró Hilda—, cuando quiere es simpática. Quizá... Calló, pensativa, sin atreverse a decir su idea. Estaba acertando con el motivo; Virginia deseaba ardientemente ver a Paloma casada. La tarde anterior, al llegar Germán, había tenido una beatífica visión: Paloma casándose con aquel joven y echando inmediatamente de su casa a la hermana tonta. Estaba claro que ningún hombre iba a cargar con la aborrecida Carolina. Ella, por descontado, se quedaba. ¡Era la madre! Virginia, una de esas mujeres que sin haber ejercido el oficio de madre reclaman todos los respetos y prerrogativas del cargo. Además, había preguntado a Germán y él contestó que no tenía padre ni madre, con lo cual por aquel lado no temía competencia.

Salieron al jardín; aún el sol no había calentado la mañana. Las lilas estaban pasadas pero cortaron ramas de celindas, de hojas ásperas verde oscuro y flores blancas tan fragantes que ninguna otra las podía aventajar. Aspiraban con delicia.

—Ah dijo Flora, esto me recuerda siempre los jardines de la Alhambra. ¡Cómo huele!

—Creo que es el olor más fino del mundo —dijo Cristal.

Flora seguía su idea: “Granada y Segovia para mí son ciudades gemelas, no sé por qué. Siempre que estoy en una de ellas me acuerdo de la otra. Hasta los jardines en escalera. Esto es lo más parecido a un Carmen que hay”. Flora era sevillana pero su madre había nacido en Granada y le quedaban allí muchos parientes, que visitaba de vez en cuando.

En el bancal de abajo había alhelíes rosas y violetas, gipsofilas, centaureas, (mira, las azulinas de Isabel la Católica, dijo Flora), flores anticuadas. Cristal cortó racimos largos de una añosa glicinia, que sostenía un pequeño porche de madera, y rosas blancas. Con todo volvieron a la cocina, a arreglar los floreros.

—¿Teresa, estorbamos aquí?”.

—No, maja. Doña Cristal, esta noche pollo a la cazadora, guisantes y ensalada. Queda mucho caldo de ayer, ¿estamos?

—Muy bien. ¿Qué me va a dejar para mañana?

—Mañana vengo, como va a estar doña Lucía... Y no se preocupe; hoy no me iré hasta dejar recogido. Para mañana he pedido una tarta de yema.

—¿Dónde se encargan tartas de yema? —preguntó Flora con curiosidad inocente.

Pero Teresa apretaba la boca con mala cara. No contestaba. Cristal rió: “Teresa, no exagere, no creerá que mis amigas...”

La cosa, que las monjas ya no podían vender dulces, no tenían licencia. Sus cocinas antiguas no reunían las condiciones que hoydía pedía Sanidad. Sólo hacían tartas y alguna otra cosilla de encargo para personas de mucha

confianza y no las vendían; sí, en cambio, aceptaban alguna limosna.

—Sacan más dinero que cuando ellas fijaban el precio, pobrecillas, —dijo Cristal—. Pero pasan necesidad, de todas maneras.

—Comen cualquier cosa —dijo Teresa—, sopas de ajo o lo que sea. Lo peor es el frío.

—Luego pasaremos la bolsa entre nosotras, Teresa —dijo Paloma.

—Gracias, bonita, eso será una obra de caridad.

Cristal había sacado los floreros, tenía su idea hecha ya antes de haber salido al jardín. Flora y ella entraban en actividad, midiendo rabos, cortando, apartaban para éste o aquel vaso. Las otras dos se sentaban a mirar, encendían un cigarrillo declarando que para eso no tenían arte. Pero se prestaban a ir colocando los floreros donde ella dijera; dos de blandas glicinias, centaureas y rosas blancas en el comedor sobre el blanco mantel tieso de almidón, otro mayor de las mismas en la consola, celindas y alhelíes en el salón. La casa vestida de fiesta y llegaba Manuel; oían la llamada en la puerta. A lo que Cristal salía sola: "voy a decirle dónde puede aparcar, ahora vuelvo", dijo.

Las otras quedaban a la expectativa.

—Da un poco de corte, ¿no?, —murmuró Paloma

—¿Por qué? —Era Hilda—. Yo estoy deseando conocerlo.

—Porque es un arreglo raro, no lo podéis negar.

Hilda dijo que lo era bastante pero no en el sentido que ella le daba y Flora, a la vez, que todos los arreglos eran raros para quienes los veían desde afuera. Volvían a callar esperando, sin hallar qué decir. Por fin llegaban, habían tenido que dejar el coche bastante lejos en la otra calle, debajo del jardín. Cristal lo presentó a las tres. Desilusión: un anciano. ¿Qué edad podría tener? No tantos años más que ellas. ¿Cristal lo veía con ojos de veinte años, como había sido antes, les había transmitido aquella impresión? Algo así debía de ser. Bueno, se dijo Paloma, si nos hubiéramos parado a echar cuentas, sabríamos que tendría que andar cerca de los setenta. Parecían más, muchos más. "Pelo castaño"... ni en sus sueños. Blanco y escaso. Rizado, sí. Hilda lo estaba encontrando más o menos de edad como su padre; hasta aparentaba ser más viejo. Flora buscaba atisbos de belleza o atractivo, de momento no encontraba ninguno. Pelo apoyando en el cuello de la chaqueta... por favor. Y... descuidado, eso era. Zapatos sin limpiar, ropa fea... de repente se acordó.

—Cristal, creo que ya lo había visto por la calle una vez que iba contigo, dijo adiós con la mano. —Le sonrió.

El devolvía la sonrisa y sí, sonreía simpático. Dijo: "No lo recuerdo". Con tono amable pero, pensó Flora un poco disgustada, eso no se dice cuando una señora te está diciendo que se acuerda de ti.

—Así que éstas son las famosas amigas de Cristal, —dijo después sin dejar de sonreír.

Faltaba Ángela, dijo Paloma, que estaba en Londres.

—No sé si te acuerdas, un día iba conmigo y nos paramos a hablar en la calle, delante de Sakuskiya. —No bien lo dijo Cristal ya se arrepentía, con razón. Porque de Ángela sí se acordaba.

—Ah, sí. Una muy mona rubia. Sí, la recuerdo muy bien —reconoció, dando con eso la puntilla a la pobre Flora—. Antes solíamos ir allí, a tomar horchata.

Se sentaban en el salón; Cristal y Paloma fueron en busca de los aperitivos. Manuel apenas abría la boca y Flora intentó algo: "Antiguamente había unas tiendas de horchata en la calle Hortaleza". Por suerte él asentía: "Creo que eran dos. Tiendas de valencianos, vendían horchata, alpargatas y persianas de aquellas de junquillos". Hilda quiso saber qué vendían en invierno.

—Eso no lo recuerdo. Quizá cerraban. —Era Flora.

—Seguramente no. Los valencianos son muy buenos comerciantes, venderían alguna otra cosa.

La conversación no daba para más; Flora se agobiaba. Él también debería esforzarse en hablar de algo, no sólo ellas. Hilda cada vez ponía más cara de "pues sí es un arreglo raro, no lo podéis negar", como si de antemano supiera ella que aquello era absurdo. Flora hacía otro intento. ¿Qué tal el camino, había encontrado mucho atasco, vino por el Alto o por el túnel? Cuando volvieron las otras dos con dos bandejas estaba ya cansada, sí que era trabajoso hablar con él. Después hubo un poco más de animación y no era sólo por la manzanilla que Cristal había servido; las cuatro se emplearon a fondo en que la reunión resultara bien. Conseguían borrar la incomodidad del principio, hasta reían. Antipático no era y cuando miraba a Cristal, las otras sentían como un pequeño pellizco por dentro, no envidioso sino de nostalgia por las bellas cosas que no habían tenido o no volverían a tener. Aunque Manuel no había gustado a ninguna, nadie viendo como aquel hombre miraba a Cristal, podía no alegrarse y las flores derramaban perfumes extravagantes que ayudaban a crear una atmósfera de encantamiento. Hoy pasaba algo especial, ninguna entendía qué podía ver en él su amiga, era incomprensible, pero deseaban colaborar para que estuviera contenta.

Ella lo sabía, por descontado. La conexión no había sido perfecta, ni mucho menos pero, conociéndolas, lo esperaba. Y agradecía los esfuerzos tan evidentes.

Así que hablaron de Segovia, sus edificios, el campo, las flores. Cristal dijo que Flora comparaba los jardines con los de la Alhambra, Granada con Segovia. Flora: "En otra cosa también se parecen, Cristal. En creer que Isabel es más de ellos que de otras ciudades".

—Bueno, —dijo Paloma— las dos tienen algo de razón. Aquí se proclamó reina y allí terminó la Reconquista.

—Y allí está enterrada, están los dos en realidad, en la Capilla Real de la Catedral. Y todos los días, menos cuando hay una misa propia de ese día, todas las misas que se dicen allí son por ellos dos.

Manuel dijo que la Alhambra era preciosa. “Pero no creáis que todo el mundo es capaz de apreciarla; una vez fui con alguien que me dijo que no era para tanto”. A esto siguió un espeso silencio.

—A veces —dijo Paloma por decir algo— está demasiado lleno de turistas.

No sabían por qué todos los temas parecían acabarse enseguida. Por unos instantes, nadie hablaba; moría la conversación. Flora hizo otro intento. ¿Les había hablado alguna vez de sus tías María y Adriana?

Al momento, Cristal:

—Las de Granada, ¿no? Ésas del jardín maravilloso en un pueblo...

—Exactamente, en Dúrcal, con una casa antigua, preciosa. Tenían —contaba— un jardinero fantástico, de toda la vida y nunca había salido del pueblo. Las tías con un empeño en que fuera a Granada a ver la Alhambra, siempre le hablaban de los jardines. Y el hombre, que no; le daban miedo los coches.

Hilda y Paloma se reían. “Flora, eso son inventos tuyos, tu lado granadino”.

—Que no, es de verdad.

—Hay gente que tiene miedo de ir en auto —empezó Manuel y Flora se dió prisa en seguir.

—Se llamaba Manuel, como tú. La cosa es que pusieron el tranvía a Granada y ahí el hombre ya no tenía defensa. Le compraron billete, le dieron dinero para que comiera en algún bar, le hicieron un itinerario. Se fue temprano y volvió a primera hora de la tarde. Ellas lo esperaban, encantadas. ¡Un jardinero que no conociera la Alhambra no podía ser!

—¡Qué suspense! —Hilda se reía—. Supongo que en Granada alguien lo contrató de jardinero y las tías se quedaron sin él.

Las dos, emocionadas . “Bueno, Manuel, ¡por fín has conocido la Alhambra! ¿Qué? ¡Cuéntanos qué te ha parecido!

Y Manuel: “¡Pues ná ¿Qué me va a parecer? Es una Lambra como toas las Lambras”.

Acabado el almuerzo, y era insuperable el cordero segoviano, descansaban en el salón un rato tomando café y después un paseo, que la tarde estaba preciosa y el día seguía su caminar tranquilo hacia la noche. Sobre las siete estaban de vuelta; Paloma y Flora preparaban la merienda. Manuel decía que se iba a marchar pronto. ¿Por qué?, preguntó Hilda. Pues, la verdad, ya no veía de noche como antes.

—Pero ahora las tardes son muy largas, dura mucho la luz.

—Sí, quédate un poco más —dijo Cristal—. Flora ha hecho unos bizcochos buenísimos.

—Por Dios, os pasáis el día comiendo, es milagroso que conservéis todas tan buen tipo.

—Yo no —dijo Hilda—, pero en realidad no lo tengo peor que de joven. Siempre fui así.

—Y sólo comemos tanto los fines de semana.

—¿No os reunís los miércoles a merendar?

Reían. Pues los miércoles también. Volvió Paloma: Flora preguntaba si querían el bizcocho de nueces o de chocolate y que eligiera Manuel. Cristal agradecía con una sonrisa el detalle de Flora, la que más se había esforzado a pesar de que no estuvo muy acertado con ella. Pero era típico de él, su despiste. Se demoraban tomando el té y Manuel volvía a mirar su reloj. "Las ocho y diez, me voy a ir yendo." Despedidas: "chicas, lo he pasado muy bien con vosotras, esto tenemos que repetirlo" y salieron los dos hasta el coche. Tardaba Cristal en volver. Natural, quizá querían charlar un rato. Recogieron los restos de la merienda, Hilda y Paloma fumaban.

—¿Se habrán fugado?, —dijo Hilda riendo al cabo de bastante rato.

Y Paloma, ladeando la cabeza: "shhh, ya está aquí; he oído las pisadas".

En esto entraba Cristal al salón y la saludaba Hilda riendo con un "Vaya, creímos que os habíais..." Se cortó; detrás de ella venía Manuel, serio.

—¿Qué pasa, no te arranca el coche?

—No está —dijo Cristal.

¿Cómo que no estaba? ¿Seguro no habían equivocado el sitio? Y no. Habían vuelto para telefonear a la policía. Hablaba Manuel, daba los detalles, volvía fastidiado. "Tengo que ir a denunciarlo en persona a la comisaría. Es increíble". Fueron los dos en el auto de Cristal; las otras se quedaban preocupadas. Paloma quería prestarle su coche, para qué necesitaban tres en la casa. Pero cuando volvieron eran cerca de las diez.

—Ya no se puede ir —dijo Flora—. No te empeñes. Dentro de poco rato será noche cerrada.

Tampoco alcanzaba a llegar al próximo tren. Manuel quería el teléfono de los taxis, tomaría uno y en paz. Las tres pensaban, no queriendo decir, qué iba a pasar con su mujer. ¿Se enteraría, se pondría furiosa, era capaz de montar un escándalo? Feo asunto. Entraron en el salón:

—Qué mala sombra —dijo Cristal—; chicas lo voy a llevar yo a Madrid".

—De ninguna manera, ni hablar. Voy a llamar un taxi.

—Yo lo llevo —dijo Paloma—. Vuelvo mañana por la mañana.

—Que no. No me lleva nadie; sólo quiero el teléfono para llamar un taxi.

—Pero, vamos a ver, ¿por qué no se queda a dormir? —preguntó Hilda —. Llama a su casa y lo dice. Mañana cualquiera de las tres le presta el

coche. ¿Qué problema hay?

Cristal lo miró; él entendía la pregunta muda, en realidad la misma que se estaban haciendo las otras, que, incómodas, apartaban la vista.

—Por mí no tengo problema; en casa no hay nadie en todo el fin de semana.

—Entonces será mejor que te quedes. Vamos a ver cómo. —La cama del cuarto de Paloma estaba hecha y sin usar. Mejor se quedaba él allí y se hacía otra cama en uno de los dormitorios—, ¿No te importa, Paloma?

—Lista para cambiarme. ¿Quién me convida?

—Yo —contestaron las tres.

—Un momento —dijo Cristal—, se viene conmigo. —Miró a Flora.

—No, no —dijo Hilda—. Paloma se viene con una de nosotras.

—Sí —dijo Flora—, se va con Cristal, su cuarto es el más grande, es mejor así. —Había entendido perfectamente: despejar cualquier duda de, por ejemplo, Teresa.

Subieron los tres a hacer los cambios; Hilda miró a Flora.

—Pareces boba, querida.

—Tú te has querido pasar de lista, Hilda. Eso es lo que prefiere Cristal. No te enteras, no sabes de qué va este asunto y no es de acuestes. Es una... nostalgia de su juventud, perdida y contrariada. Ya te lo he dicho, no la entiendes como yo.

—Tú eres la que no se aclara. Un hombre y una mujer que estuvieron enamoradísimos, fueron novios y ¿sólo hay una nostalgia de que entonces eran jóvenes? Para tí el sexo es que no existe. —Iba a decir "y no me extraña", recordando al pobre Bernardo, muy poco atractivo, pero se calló a tiempo.

—Hilda, ¿de verdad crees que si quisiera irse a la cama con él iba a esperar a estar en Segovia y con nosotras? Por favor, querida: vive sola.

En medio de todo, les daba risa; aquello era un verdadero lío. Mientras cenaban, Cristal se acordó de repente. ¡Mañana venía a almorzar su madre!

—Horror, —dijo Manuel y se pasó el índice por la garganta como si fuera un cuchillo—. Con lo poco que me quería. Me iré antes del almuerzo, prometo.

De repente a Paloma le daba lástima: "Vamos tú y yo a comer por ahí y venimos cuando no haya moros en la costa. Nos avisan a mi móvil y ya nos volvemos todos a la vez por la tarde". En eso quedaron. Al día siguiente fueron a Misa en la Catedral, hasta Hilda que no solía ir. Lo que ocurrió: a la misma misa fue la madre de Cristal, cosa rara en ella que prefería su parroquia; a la salida se encontraron. Reconoció a Manuel inmediatamente; miró a su hija, espantados los ojos. "¿Me quieres decir...?"

—Espera un momento, mamá. Ahora hablamos. —Dio sus llaves a Paloma— Marchaos los cuatro en mi coche, yo subiré con mi madre.

—Pero... Paloma estaba indignándose; él debería haber dicho algo, ¿qué menos se podía pedir a un hombre? Como mínimo adelantarse, saludar, por Dios.

—Haz lo que te digo, por favor. No os preocupéis por nada.

Anduvo unos pasos, llevando del brazo a su madre; no quería explicaciones delante del chófer. Ella, fuera de sí. Nunca lo hubiera pensado, cómo era posible, qué demonios estaba pasando. Dios mío, Dios mío, qué disgusto, no se lo podía creer.

—¡Y en misa! ¿Se te ha olvidado que estás casada?

—Cálmate, mamá. A tí se te ha olvidado que estoy viuda. Escucha...

No podía escuchar, estaba fuera de sí.

—¡Y ni siquiera me saluda! No da la cara, te deja a tí que te defiendas sola. ¿ y todo este tiempo has seguido con ése...? No me extraña que tu matrimonio...

—Tranquilízate, déjame hablar. Hacía casi cuarenta años que no sabía nada de él. Un par de meses atrás nos encontramos un día por casualidad y charlamos. Nada más. ¿Por qué no? Por qué no puedo ver a alguien porque en una época lo quise?

—Porque lo sigues queriendo, hija mía; niégalo, si te atreves. ¿O es que yo no te conozco?

—No, mamá. No me conoces. En un momento dado creí que era el hombre de mi vida; claro que yo tenía diez y ocho años y era la primera vez que salía de Segovia. Y, en vez de tener paciencia, ser comprensivos y hablarlo conmigo, armásteis una verdadera tragedia. Más bien la organizarse tú. Papá, como has dicho antes, quizá hubiera sido más suave. Aquello fue brutal, no, no me interrumpas, déjame acabar. Si me hubiérais dado un margen de confianza, una posibilidad de hablarlo, seguramente habríamos salido una temporada y la cosa no hubiera pasado de ahí. Lo convertísteis en una especie de héroe, un mártir, víctima de vuestra injusticia. No entiendo por qué lo odiabas tanto.

—No lo odiábamos; yo nunca he odiado a nadie, a nadie he deseado mal. Es muy cierto que no nos gustaba. Eras demasiado joven y parecías atontada, apenas podías hablar cuando estaba él, no eras tú, no... Él se veía tan seguro, tan a lo que iba... a tu padre y a mí nos dio terror. El primer chico que conocías... era más sensato que esperases, que conocieras a más muchachos. Y tu padre hubiera cedido, no podía negarte nada pero decía, y estaba seguro, decía: ese chico no la merece, no está a su altura... No es para ella.

Un instante pensó, pero si esa incapacidad para expresarse es típica de la persona enamorada... Está en Shakespeare y está en... Y por otro lado, ¿Juan Antonio sí les parecía “a mi altura”?; la vida es extraña y bastante terrible.

—Muy bien. Escúchame tú a mí. Torcísteis mi camino, que era derecho.

¿Tú sabes lo que es echar de menos a la misma persona durante años y años? Día tras día. No te lo puedes ni imaginar. Sé que lo hicísteis por mi bien, porque me queríais, pero fue una terrible equivocación. Absolutamente. Nunca te lo he reprochado ni siquiera te he hablado de eso. Esto, ahora, ya es diferente, sólo lo veo como a mí mejor amiga de la infancia, con quien compartí mis secretos, mis penas y alegrías... mi lucha por ser yo. Sólo que es un hombre y eso hace suponer otro tipo de afecto, hasta a mi propia madre. Ahora, déjame. Se lo qué hago y sé que no hago mal, puedes creerme. Pero la vida me debía algo y tú también me debías algo. Ahora tienes la manera de compensar no diciendo nada y NO PENSANDO nada.

Un silencio. Seguían andando muy despacio. La madre preguntó: "¿Ha dormido en tu casa?"

—Ha dormido en casa porque ayer por la tarde le robaron el coche. Sólo vino a almorzar. Ha dormido solo y yo en mi cuarto, con Paloma. Ahora, cuando vayamos, lo puedes comprobar si desconfías de mí. También, si quieres, manda a alguien a la comisaría, que compruebe la denuncia del robo del coche. Comprende que todo esto me duele más de lo que puedo decir. Y, de pasada, tengo una edad muy buena para hacer lo que yo quiera.

—Hija, yo tengo ochenta y nueve años. A veces ya no sé lo que está bien y lo que está mal, todo ha cambiado tanto desde que era joven. Quizá yo sólo sea una segoviana vieja y sin estudios, en eso nunca me he podido comparar con tu padre ni contigo. Pero te voy a decir dos cosas de las que sí estoy segura: ese hombre no era digno de ti entonces y no es digno de ti ahora. Esa es la primera. Y la segunda: nunca se puede recuperar un sueño. Ahora te llevaré a tu casa pero no me quedo a almorzar. Sólo iré a verte cuando me asegures que él no va a estar allí. Vamos al coche, hija mía, todo esto me ha cansado mucho.

En la puerta de su casa Cristal la abrazó. "Mamá, no te preocupes por nada, de verdad. Cuídate; la semana que viene vendré a pasar unos días contigo". Se quedaba mirando hasta que el coche desapareció por la callejuela estrecha, pensativa. Le había salido fácil decirle a su madre "tú me debías algo". Pero entonces una honradez interior la obligó a reconocer: "No. Quien te dejó no fue ella; no le eches la culpa".

XIX

A media mañana venía Parker, el criado de Leo. Traía su ropa limpia, el correo y una docena de rosas para Ángela que protestaba: era una extravagancia. Aquellas flores duraban mucho, ni sabía qué hacer con tantas rosas. Una vez, bueno. ¿Pero todos los días?

—Leo, por favor, dile que no traiga más flores. La gente se extraña, ¿no te das cuenta? ¿Qué van a pensar?

—Shss. Hay una cosa que no sabes —miró detrás de él por encima del hombro, se acercaba después más a ella, le hablaba en voz baja—. La negrita ha colocado espías en el corredor, a ver si bajo a tu habitación por las noches.

Tenía que reírse. "Bobo, creí que estabas hablando en serio".

—Te pillé, ¿eh?

—Me pillas siempre. No me doy cuenta de cuándo estás de broma.

—Los españoles son tan... trascendentales. ¿Eso es el sentimiento trágico de la vida?

—Claro, y el "¡ay, madre!". ¿Qué te imaginabas? Y me dijiste que tú eres español.

—Lo soy, lo soy. Pero no tengo el acento, el habla esculpida en mármol. Qué más quisiera, es bella.

No que su conversación por lo general tuviera importancia en sí; era el tono, la facilidad. Las horas, los días pasaban tranquilos con agrado, como si estuvieran sentados a las orillas de un manso río. Entonces para Ángela lo que leía, pensaba o recordaba, tenía más valor porque lo hablaba con él. Todo merecía la pena ser contado: el tiempo, las noticias de la televisión, el discurso de Mr Blair, el libro que estaba leyendo, las flores en el jardín. Vida, ideas: todo.

Al principio los jugadores de cartas habían requerido a Leo, que se disculpaba. Un par de tardes jugaron juntos pero preferían retirarse a charlar solos.

Vino Johnny una mañana de sábado a verla, peinado con fijador, se había tomado algún interés en su aspecto.

—Perdona, estoy viendo a mi nieto —dijo a Leo—. Es muy tímido.

Se lo llevó a una mesa aparte, diciéndole que agradecía mucho su visita; pidió para el una coca-cola.

—Pensé que también vendría contigo Neniña.

—Oh, no creo que ella venga a verte.

Se acordó de su abuela Carlota; los días que su madre la dejaba con ella eran días de fiesta. ¡Cómo disfrutaban las dos! Un ramalazo de memoria le trajo imágenes: las dos buscando espárragos silvestres por el campo, batiendo algo en un cuenco en la cocina, las novelas del siglo pasado que leían juntas al caer la tarde... la gran chimenea de piedra del salón... Qué dulzura de tiempos.

Siguió preguntando por los demás, padres, hermanos, la portuguesa. Pero él quería decirle algo.

—Lala, perdón por lo del ordenador aquella tarde. Fui un idiota.

—No te preocupes por eso, hijo mío. Ya pasó. Quizá yo no debí apagar el ordenador.

El chico insistía. Ella tuvo razón en apagarlo. Y no sabía por qué se portaba de aquel modo. No querría, pero se ponía de mal humor y lo hacía notar; después lo lamentaba.

—Es tu edad, una edad difícil. Pero cuando reconoces un problema estás en camino de resolverlo. Empiezas a madurar. Te diré un secreto: yo también me siento de mal humor a veces y también suelo arrepentirme.

—¿Tú también? —La miraba incrédulo.

—Claro. Y hay que decirse: no me voy a dejar llevar, no me enfadaré. Nadie me puede obligar a enfadarme si yo no quiero, porque yo puedo más que el malhumor.

—¿Y eso funciona?

—Todas, todas las veces, no. La mayoría, sí. Y cada día más.

El muchacho se quedaba considerando sus palabras. Luego sonrió.

—Johnny, ¿por qué no crees que tu hermana quiera verme?

—Bueno... ella te resiente. Piensa que criticas lo que hace nuestra madre. No le gusta otra autoridad. Y es celosa, no quiere a nadie con nosotros.

—Ésas son muchas razones, ya entiendo. No critico a tu madre pero para mí no es tu madre sólo, también es mi hija. Uno siempre quiere ver a sus hijos perfectos. Pero no entiendo por qué es celosa.

—Yo tampoco lo entiendo. Pero siempre estamos cambiando de país y no tenemos amigos; ella dice que tenemos que hacer una piña, la familia, y no dejar entrar a nadie.

—¿Y yo no formo parte de su familia?

—Ella dice que no. Además, también quiere la habitación de abajo para ella sola.

—Ya veo que la contrarío en todo, lo siento mucho

—Pero no te preocupes, a otras personas las odia más que a tí.

Suponía que debería tomar esto como un cumplido. Vaya. Y Leo habría pensado que ya llevaban suficiente tiempo juntos, se acercaba.

—¿Quién es este joven que visita a mi amiga?

Ángela indicó con un gesto al niño que se pusiera de pie para saludar, lo que hacía.

—Este es mi nieto mayor, Juan Castelo.

—Gusto de conocerte, chico. Ángela, ¿qué vas a tomar?

—Yo estoy bien, muchas gracias. ¿No quieres sentarte?

Él pidió un jerez seco y algo de picar, canapés y almendras fritas, para el muchacho. Se sentó, emprendía una conversación con Johnny. ¿En qué colegio estaba, qué deportes hacían allí, cuál era el suyo favorito? Al poco rato el chico, que empezó cortado, se veía disfrutar con las cosas que Leo contaba. Habló de los campeonatos de golf en que había tomado parte.

—Un día, cuando estemos fuera de acá, vienes a mi casa, te muestro mi colección de trofeos, son más de doscientos. Figúrate que hasta he jugado con Tiger Woods, en partido amistoso, desde luego.

Al niño se le abrían los ojos redondos como tazas. Preguntaba, dudando: "Entonces ahora, después de romperse... ¿podrá seguir ganando torneos?"

Ángela se dijo, menos mal, éste tiene arreglo si empieza a preocuparse por los demás.

Leo contestó, animado: "Absolutamente, no. Nunca podré jugar. Tuve días de gloria y ya el golf para mí se acabó".

—Oh, qué lástima.

—Sí. Pero fíjate, chico, sería más lástima que me enfadara o me entristeciera. Y estúpido: es mejor tomar las cosas de la vida como vienen. Porque en la vida hay tanto que hacer, tanto que aprender. Y tantas personas maravillosas por conocer como, por ejemplo, tu abuela. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

Ángela creyó haber oído mal. ¿Sí señor? Johnny domesticado; era impensable. Él seguía, con mucho interés.

—¿Pero podría ser hacer algún otro deporte?

—He pensado en eso, sí. Ángela, ¿te gusta la vela?

—La vela. ¿Quieres decir navegar?

—Nooo. La vela de tu pastel de cumpleaños. Claro que quiero decir navegar, bobita linda.

Oyendo esto Johnny se moría de la risa.

—Me gustaba mucho cuando vivía en Cádiz, de jovencilla, —dijo Ángela que había estado pensándolo—. Mis hermanos eran muy aficionados, siempre pendientes del viento. Algunas veces me llevaban. Después, desde que me casé, ya no... nunca he vuelto a navegar.

—¿Tú navegabas? —preguntó Johnny mirándola con respeto, como si hubiera descubierto otra abuela mucho más importante.

—Y volverá a navegar. Conmigo, ya lo arreglaremos. —Leo reía,

contento con las posibilidades de su idea.

El niño miraba el reloj de vez en cuando, su madre le había dicho que no se retrasara; se marchaba ya. Se despedía de los dos, claramente sin ganas de partir. Leo dijo que él tenía nietos también, aunque algo más jóvenes. Pero seguro que a todos los muchachos les gustaban las mismas cosas. Había sacado su billetero del bolsillo, trabajosamente con una sola mano eligió un billete de veinte libras y luego otro igual, se los alargó.

—Leo, no. —dijo Ángela—, qué apuro. No puede ser.

Él puso cara de fingido asombro.

—Ah, ¿no es costumbre en España? En México, sí. O quizá sea la costumbre de mi familia. Ya no lo sé, chico, creo que se me están olvidando muchas cosas. Pero sé que si mi nieto viene a verme y lo dejo ir sin una propina, no me perdonará jamás. Así que, chico, ¡agarra la pasta y huye!".

—Muchísimas gracias. —dijo Johnny riéndose.

Nunca lo había visto su abuela reír tanto en tan poco rato; milagros que Leo hacía. Hasta con la mirada, con la sonrisa, parecía iluminar todo a su alrededor. Y siempre había en él esa pizca de sal y pimienta tan estimulante. ¿Coqueteaba con ella? En verdad... algo sí. De un modo sutil, ligeramente, nada marcado. Seguro que lo hacía igual con todas las mujeres, muy galán. Lo mismo había hecho Luis. ¿Lo mismo? ¿Entonces, se parecían? Y no, nada. Luis era muy simpático; Leo también pero simpático-diferente. Leo no caía en aquel estilo "faire du charme", tan obvio. Quizá por la edad, un hombre joven jamás se podría medir en aquel aspecto con uno maduro. Luis había muerto con treinta años, por el amor de Dios; nunca llegó a ser él mismo.

De pronto, Luis le daba lástima. ¿O era también una lástima-diferente?

A veces después de la cena, sentados en sus sillones del bar, a media luz, se establecía entre ellos una intimidad mayor. Ángela era consciente de que intentaba acercarse a lo más profundo de ella. No con preguntas directas: iba tanteando, moviéndose con cuidado en la oscuridad. Sin querer tropezar pero deseando conocer el fondo, los límites.

Una noche le habló de su mujer, también gran jugadora de golf. Llena de actividad. Lástima que nunca hubiera trabajado, por ejemplo en una fundación para ayudar a los jóvenes o algo semejante como él le pedía; habría alcanzado grandes cosas. Era inteligente, constante y eficaz. Pero no quiso, en cambio volcaba demasiada energía en los hijos, llegaba a ser obsesiva con ellos. Estuvieran donde estuviesen, todos los días tenía que hablar con los dos, por fuerza. Preguntar, averiguar, comprobar, aconsejar. A la distancia necesitaba saber hasta la ropa que llevaban puesta. A veces los chicos se rebelaban; resultaba algo asfixiante.

Sí, dijo Ángela, era muy difícil el término justo. Estar presente y no pesar. Muy difícil. Ella misma se arrepentía de haber dejado a su hija

demasiado libre, le parecía que no lo había hecho bien; le había fallado.

Se quedaba pensando. Entonces sintió una tristeza grande. Una hondonada de pena fría y oscura como desfiladero entre montañas: el arrepentimiento. Por haber dejado sola a una niña huérfana de padre en medio del mundo, no haberse hecho más presente en su vida para prepararla mejor. Desde las pequeñas cosas sin importancia. Dónde, por ejemplo, había aprendido a cocinar aquellos tristes mejunjes que daba a su familia para las comidas. Ella misma cocinaba bien y rápidamente; ahora en la casa intentó encargarse de la cocina; Luisa no quiso dejarla. Pero por qué no tuvo la paciencia de hacer aquellas tareas con ella antes. Y cómo tampoco le había enseñado a llevar una casa con alegría, con agrado, rodeándose de cosas bonitas que, al final, costaban lo mismo que las feas. En su vida faltaban armonía buen gusto amabilidad calor acogimiento modales. En cuanto a moral, su egoísmo era una desgracia. Cómo era posible que no hubiera sabido dirigirla, orientarla mejor. Madremente. Desde luego necesitó trabajar mucho, muchas horas... pero no valía disculparse. No lo había sabido hacer, claro que se encontraba en falta.

Se dio cuenta de que Leo la estaba mirando, la miraba. Le sonrió.

—Te pusiste triste de repente. ¿Por qué?

—Pensaba en mi hija, en todo lo que no he sabido hacer por ella.

Y de forma inesperada, como venida de ninguna parte, la pregunta directa.

—Ángela, háblame de tu marido.

—Que te hable de Luis. A ver...

Murió tan joven que no había mucho que contar. Muy simpático, atractivo y gracioso. Le encantaba la gente, sociable; todos lo querían. No era persona de gran peso, nunca consiguió un trabajo fijo, ni siquiera había terminado su carrera de derecho. Y, bueno, de repente te traía un regalo carísimo, algo que no te hacía ninguna falta y te impedía tener bastante para llegar a fin de mes. Para él la vida tenía que ser continua fiesta, a todo había que encontrarle diversión, constantemente. “No sé qué más decirte”.

—Pero tú lo querías.

—Ah, sí. Desde luego lo quería. Lo adoraba, vivía para él.

—Y fuiste feliz.

—Creo que sí. A veces me disgustaba porque él no entendía que yo trabajara tantas horas; siempre quería salir, pasarlo bien. Pero no tenía más remedio. El único dinero fijo con que contábamos lo ganaba yo. Y teníamos una hija. Sólo que a Luis el dinero como que no le importaba, era generoso, gastador y nada práctico. Uno de los dos tenía que ser responsable y me había tocado a mí. —Se detuvo un momento, un poco incómoda por lo que había dicho. Añadió: “No tomes esto como crítica porque yo todo lo hacía con gusto por él”.

—No lo tomé como crítica. Tú lo amabas.

—Sí.

—¿Y no te parecía... nunca pensaste que de los dos tú querías más y él se dejaba querer?

Reflexionó, considerando la pregunta.

—No lo sé, creo que no. O tal vez me daba cuenta y lo pasaba por alto. La idea nunca me hizo sufrir, que yo recuerde, aunque he olvidado cosas. Quizá en mis recuerdos he embellecido otras. Hace ya mucho tiempo.

—De todos modos, muchas veces en los matrimonios uno de los dos da más que el otro. Uno tiende a dar, el otro se limita a recibir.

—Es posible. Pero no debería ser así. El amor tendría que ser un encuentro a la mitad del camino ¿No lo crees?

Eso, dijo Leo, era el ideal. La pareja perfecta. Sólo que no solía ser lo más frecuente.

—En cualquier caso —reflexionaba Ángela—, si yo tuviera que elegir entre ser la que quiere más o la que quiere menos, todas las veces elegiría ser la que más quiere.

—¿TODAS las veces? ¡Mujer "descocada, sexy de porquería", —como decía Mafalda! No tenía problema al confesarse devoto de Charlie Brown o de Mafalda, ni se declaraba conocedor de Unamuno, Madariaga o Ganivet, a los que había leído mucho más que ella, según se iba dando cuenta a lo largo de los días. Y, por más seria que fuera la conversación, con Leo casi siempre acababa riendo.

Luisa aparecía de tarde en tarde por la mañana temprano; la visitaba en su habitación. No sabía si por conveniencia o más bien por cortedad, timidez, melancolía o vergüenza de lo desastrosa que iba. ¿Por qué no se arreglaba? Juan salía impecable por las mañanas: traje azul bien cortado, camisa con iniciales bordadas, corbata de firma; sólo al volver a casa se vestía de espantapájaros. Decía que le descansaba. Cómo podía ser eso, Ángela no lo entendía pero lo aceptaba, pese al rechazo que le producía la vista de un chándal o unas zapatillas en el salón, igual tenía que aceptar ver a los chicos siempre andando en calcetines por la casa, las costumbres de ellos.

Una mañana llegó Luisa menos apresurada que otras veces, más relajada al parecer. Se sentó a charlar encima de la cama; Ángela, ya arreglada, en su sillón. Misi le había prestado una pequeña plancha de viaje y la aprovechaba para ponerse cada mañana la ropa impecable. Luisa contó que había hablado con su suegra:

—Telefoneó para interesarse por ti, mira qué simpática. Porque, la verdad, no tenía ninguna obligación; tú misma nunca me has llamado para preguntar por ella. —Llamaba suegra, en realidad, a la tía Dora.

—Qué amable. Cuando vuelvas a hablar, dale las gracias de mi parte.

Su suegra era muy cariñosa con ella, contaba. No que hablaran mucho

pero siempre en buen plan, sin discusiones.

—Es buena persona, sabes. Nunca me echó en cara... nunca me ha hecho sentir que atrapé a su sobrino quedándome embarazada. Como harían otras suegras.

Ángela se alegraba de tan buena relación. Pero, dijo, de aquel embarazo antes de tiempo seguramente era tan responsable su sobrino como ella. Por lo menos. "Francamente, me parecería de lo más injusto que te culpara a tí sola".

Luisa abrió la boca para hablar, la cerraba apretando los labios. Callaba. Su madre la miró.

—Hija, ¿qué ibas a decir?

Le devolvía la mirada dudando. Movía la cabeza, vacilaba.

—Ibas a decir algo, Luisa. Qué era.

—No... no quise atraparlo, sabes. No fue por eso, nos hubiéramos casado igual. Me puedes creer.

—Claro que te creo. Pero eso no es lo que estabas pensando.

—Bueno, pensé... pero no te enfades, pensé que eso es exactamente lo que mi abuela no te perdona.

¿Y qué era lo que no le perdonaba su abuela? No que tuviera en verdad nada que perdonarle, Ángela se extrañaba.

—Dice que te casaste con mi padre porque estabas embarazada.

—¿Que me casé...? Luisa, me casé en el mes de Agosto y tú naciste en Julio del año siguiente. ¿No sabes hacer la cuenta?

—Esa cuenta la hice enseguida, mamá. La abuela dijo que debía de ser un segundo embarazo.

—¿Segundo embarazo? Debe de estar loca.

—O que fingiste el primero.

—¡Pero si nunca hablé con ella hasta el día de la boda! Antes ni siquiera quiso verme. Y nunca tuve ninguna relación con tu padre, Luisa, hasta después de casarnos. Jamás antes.

Luisa seguía. La abuela contó que solamente consintieron cuando su padre les dijo que había este niño en camino. Por eso le buscaron un trabajo, compraron el piso. Por eso hubo boda.

—Hija, no entiendo nada. Tienen que ser imaginaciones suyas.

—Eso no. Ella y el abuelo me lo explicaron cuando vinieron a mi boda y yo les dije... los dos juntos. Y muy serios. Hasta dijeron que lo mío... como que era de familia. Tiempo después le pregunté a la abuela si no podría mi padre haberles mentido para que lo dejaran casarse y le ayudaran. Porque no te pegaba nada, conociéndote, que siempre habías sido como una monja. Puso mala cara pero lo pensó. Acabó diciendo que no lo creía así pero mi abuelo decía que era muy posible. No sería la primera vez. Muchas veces había mentido, por ejemplo diciendo que no tenía ningún suspenso y a ti también te mentía.

—¿Cuánto tiempo hace de esa segunda conversación con tu abuela?

—Bueno... años. Mucho tiempo.

Calló. ¿Por qué Luisa se lo contaba ahora? ¿Por qué no cuando nació Neniña o cuando nació Johnny? ¿Por qué demonios ahora? No quería pensar: despensó. Hizo un hueco en su mente. Al fin dijo:

—Bueno, hija mía, dejemos esto. No te preocupes; a estas alturas de mi vida me importa muy poco lo que opinen de mí. Y ese poco muy pocas personas; tu abuela no es una de ellas.

—Pero mi padre mintió. Eso me molesta.

—Ya lo sé. Si mintió piensa que quizá no era suya toda la culpa. Y desde luego no es asunto tuyo. Y piensa en tus hijos: no les pongáis condiciones irrazonables, no los arrinconéis en situaciones que los lleven a mentir. De eso debes preocuparte, no de si tu padre mintió o no mintió hace treinta y cinco años.

Al final Luisa se fué; Ángela podía bajar. No usaba silla de ruedas sino un andador ligero y cómodo en el que apoyaba la rodilla. Yendo y viniendo hacía algo de ejercicio. Por suerte no había engordado, quizá hasta estaba más delgada pero se sentía fuerte. Y con buena cara, pensó al mirarse en el espejo, incluso guapa. El jersey fino de color turquesa favorecía, lindo color. Descansar le había sentado bien.

Hay días largos y días anchos. Los que pasaba Ángela en el sanatorio eran cortos, porque el tiempo siempre va con pies ligeros cuando hay alegría o placer pero, extravividos, compensaban por la anchura, aquella amplitud donde tanto cabía. Y una mañana cuando iba hacia el ascensor se dio cuenta de que le quedaban cuatro días más de estar allí. Un suspiro. Bajó.

El cielo tapado de nubes y estaban ya a mediados de Julio. Fue con Leo a la cristalera delante del salón, se sentaban frente al jardín. Lloviznaba sin prisa, menudeando; tenían que juntarse cuatro o cinco gotas para poder resbalar tristes soturnas por los cristales. Leo observó que en España estaría todo el mundo bañándose en la playa. Ella sonrió, movió la cabeza.

—Los españoles trabajamos bastante más de lo que se piensa por ahí. No todo el mundo estará de vacaciones, ni mucho menos. De todos modos, a mí me gusta este tiempo.

—¿No echas en falta el sol? ¿Esto no te parece triste?

—Más triste me parece estar siempre suspirando por la lluvia, como nos pasa en España. No. Melancólico, quizá, el cielo gris. Pero la melancolía tiene su belleza.

—¿Te gustaría vivir en Inglaterra?

—Ah, si tuviera un maravilloso jardín...

—Suponiendo que tuvieras un maravilloso jardín, aquí eso no es difícil.

—Estaba hablando en broma, Leo. Me encanta Inglaterra, fui feliz en el colegio...

—¿Era en ese colegio donde conociste a Emily?

—Sí. Teníamos diez años, qué lejos, ¿verdad? Pero, ¿qué iba yo a hacer aquí? En Madrid está mi casa, mis amigas, mi trabajo, todo lo que tengo.

—¿Sabes lo que me gusta de los Estados Unidos? Que allá a cualquier edad, en cualquier momento, la gente está dispuesta a cambiar de vida, a hacer cosas diferentes. No tienen complejos ni pereza.

—Tienes razón, es muy estimulante. Pero en Europa no resulta tan fácil encontrar casa, trabajo... ser tan libre.

—Esa libertad donde está es en la mente.

—Como casi todo, Leo.

—Como casi todo. Aparte de eso, aquí está tu única hija.

Calló. No quería hablar de Luisa. Leo insistía.

—¿No te gustaría vivir donde está ella?

—Sí y no —tuvo que contestar—. En un sentido, claro que sí. En su casa por ningún motivo.

—No, no; por supuesto he querido decir en tu propia casa.

No se daba cuenta de lo caro que era Londres para los de fuera, dijo. Aquí ella, sencillamente, no podría vivir ni siquiera en un apartamento alquilado. Además aún necesitaba trabajar —no quiso decirle que por haber ayudado a comprar la casa de Clapham— y era mejor no contar con la gente joven; ellos tenían su propia vida, tan diferente.

—Al menos tan diferente de la mía. Tú tienes un espíritu muy joven, eres alegre y positivo. Seguro que tus hijos están siempre deseando tenerte con ellos: estás lleno de vida.

—Son buenos chicos, no me han dado problemas.

—Te admiro, de verdad. Sólo por la forma en que has aceptado lo de tu brazo serías admirable, sin contar las demás cosas. Tú eres un hombre tan rico...

—El dinero es lo de menos en la vida, Ángela.

—Ah, no. No estaba pensando para nada en dinero. Tú eres rico como persona, en ti mismo. Estás a gusto con todo el mundo, disfrutas con todo, haces disfrutar a los que están a tu alrededor. ¿Sabes cómo pienso que eres? Como una casa, en medio de la noche, con todas las luces encendidas, para acoger a los que pasan por ahí.

Rió, protestando, un poco azarado. ¿Quería verlo ruborizado, todo rojo? Eso resultaba muy poco atrayente en un hombre. Y ¿de qué estábamos hablando? Si había alguien allí digno de admiración era ella.

—Eres dulce, femenina, inteligente, graciosa...

—¿Graciosa? Por favor, no tengo gracia ninguna.

—Ángela, Ángela, para mí tienes todas las gracias. “Era llena de gracia, como el Avemaría”...

—Oye, te recuerdo que la del poema, es que se muere.

Se reían a carcajadas; Leo no podía parar. “¿Lo ves?”, dijo finalmente.

“Tú y yo nos reímos todo el tiempo, nos divertimos mucho juntos”.

—Querido Leo, tú eres el divertido del grupo, no yo.

—Querida Ángela, esto no es un grupo, es una pareja...

—Eh, no digas...

—... y, personalmente, creo que hacemos una pareja ideal.

—Leo, por favor, no digas tonterías.

Pues no se callaba. Otros lo pensaban también; no tenía más que preguntar a Arthur y Misi.

—¿Cómo sabes lo que piensan? Siempre que han venido he estado yo con vosotros.

—Todas las noches llamo a Arthur y le hablo de ti.

—No me lo puedo creer, ¿a las doce de la noche?

—Servidumbres de la amistad; nunca hasta ahora me colgó el teléfono. Y tampoco Matt.

—¿Tu hermano? Ni siquiera me conoce.

—Porque no está en Inglaterra de momento; si estuviera vendría todos los días. Y te conoce. Por mí.

Ángela se preocupaba. ¿Aquella amistad se estaba convirtiendo en otra cosa, se le escapaba de las manos? Leo había sido para ella un choque, como comerse un kilo de vitaminas. Pero qué sabía de él, fuera de lo que él mismo contaba... y eso era bien poco. Bueno, Arthur lo conocía desde casi cincuenta años atrás. Pero ella nunca se había planteado siquiera mirar a otro hombre. Bueno, ahora estaba mirando a uno quince horas diarias y contenta. Pero ella siempre se había sentido casada con Luis, perteneciente a su matrimonio. Bueno... ¿Luis mentía, había mentido, su vida se fundó sobre la arena movediza de una trampa? Pero, en realidad, a ella no le había mentido con aquello del embarazo, fue a sus padres. Igual... No sabía qué pensar de todo aquello. ¿Por qué Luisa se lo había venido a contar precisamente ahora? ¿Qué habría dentro de su mente?

—Ángela, baja al siglo veintiuno, please. Te estoy hablando y no me haces caso.

—Perdona, ¿qué decías?

—Decía: espero que no te hayas enojado conmigo. —Y como ella lo mirase sin comprender, siguió—. Por haber hablado de ti.

—No enojado, en absoluto. Me ha parecido extraño

—¿Extraño como poco adecuado, incorrecto?

—Como que no me veo tema de conversación. Señora viuda que se ha torcido un tobillo. Punto. Y ahora qué.

—Y ahora, desde que la señora que se torció el tobillo vino a esta casa yo no he sido capaz de pensar en otra cosa ni de hablar de otra cosa. Todo en diez y nueve días.

—Casi tres semanas. Han pasado tan rápidas... ¿Cuánto te queda a ti?

—Diez días para quitarme esto. Y seguiré aquí con la *rehab.*

—A mí me quedan cuatro días con hoy.

Leo protestó con fuerza, no se podía marchar. Tenía que hacer ahí la rehabilitación, era magnífica. Si no la hacía, se volvería a torcer el tobillo; los esguinces eran muy malos.

—Pero la puedo hacer en cualquier sitio, no tiene que ser en éste.

¡Eso sería una total falta de solidaridad! No podía dejarlo a él, comprometiendo su salud, su recuperación. Él jamás haría eso con ella.

Ángela no podía ceder. Le iba a dar mucha pena dejarlo, de veras. Pero su yerno estaba pagando por ella, que ganaba en dólares, no libras, y tenía cuatro hijos. Esperaban el quinto. No sería justo pedirle más días allí.

—Yo pago todos los días que te quedes.

—De ninguna manera. No te enfades; en España sería impensable que un señor...

—Yo sé. Allá es lo mismo. A no ser que...

—Sí, que sea de su familia —interrumpió—. Hasta me pesa que lo haga Juan, tengo que ver el modo de compensarle estos gastos.

Lo miraba; de repente se había ensombrecido. Le sonrió:

—Eh, nos quedan tres días y medio, no vamos a estropearlos. Por favor.

Servían el aperitivo, un vino de Jerez templado y medio dulce. No solía tomarlo pero aceptó una copa.

—Bebamos —dijo y añadió en voz baja— aunque está malísimo.

Leo pensaba, acelerado. Decía: "Ángela, no te vayas a Madrid." Por favor, tenía que escucharlo. Sabía que no tenía ganas de volver a lo de Luisa. Él le ofrecería su casa, aunque también tenía escaleras. Si no quería ir a su casa, otra solución. Un amigo suyo tenía un apartamento cerca de Holland Park, muy bonito. Cuatro escalones cómodos desde la calle y ya: era en planta baja. Estaba desocupado, su amigo se lo había cedido otras veces. De hecho, hasta tenía las llaves.

—Ahí estarías comodísima, de veras. Yo te mandaría a la señora Parker todos los días para que tú no tuvieras que hacer nada...

Llegó Mrs.Blackett, la Negrita la llamaba Leo por el apellido. Se sentaba con ellos unos minutos para insulsa conversación. Era su costumbre diaria, la "tournée" entre las tres docenas mal contadas de residentes. Siempre miraba a Ángela como preguntándose "qué tendrá esta insignificante señora española para atraer tanto al glorioso Mr. "Agüire", sin haber encontrado explicación. Hoy tocaba traje azul-gris, blusa amarilla, collar amarillo, todo tan propio. Era una pesadez pero su llegada le evitaba tener que responder a Leo.

Al día siguiente habían anunciado su visita los Bourne por la tarde, llegaron a las cuatro. Misi embellecía diariamente, vestida de blanco con su aire que recordaba algo a Audrey Hepburn. Se sentaron en la llamada veranda. Había escampado, en el cielo un sol indeciso alumbraba lo verde, lavado limpio. Los dos hombres salían al jardín, cosa de estirar un poco las

piernas.

—Misi, ve tú también. A mí me van a llamar para que me vea el médico.

—Cuando te llamen, salgo. ¿Qué tal? Ya veo que te han quitado la venda.

—Esta mañana. La pierna se ve feísima, flaca y arrugada, estará así unos días pero... Por lo menos no me duele y parece que todo está en orden.

—Después te queda bien, ya verás.

—Eso me dicen. Fue una gran idea de Arthur hacerme venir aquí, os lo he agradecido mucho. Tú estás estupenda, Misi.

Callaron. Ángela pensó: Me va a hablar de Leo. Dios mío, ¿me van a presionar? No. Calma, nadie te va a presionar, por qué iban a hacerlo. Te estás poniendo histérica.

Pero Misi sí quería hablar de Leo. Con circunloquios, rodeando, sin entrar de frente. Unos temas y otros. Como el veraneo: iban a España. A Arthur le apetecía algún sitio con buen campo de golf. Mar también, si nadie le pedía que bajara a la playa. ¿Se había fijado Ángela en que a los señores no les gustaba la playa? Leo era una excepción. Seguía hablando de él, una vez lo había introducido.

Silencio por la otra parte. Misi continuaba: Arthur se preocupaba por él. Decía que era un tipo fantástico. Decía esto y decía lo otro... todos los cumplidos. Al final: "¿A ti qué te parece Leo?"

—Misi, no tengo catorce años. Si quieres preguntarme si me gusta Leo, no le des tantas vueltas.

—Bueno, ¿te gusta Leo?

—Sí, me gusta. Es un tipo fantástico, como dice Arthur. Le tiene que gustar a todo el mundo.

—¿Y...?

—Y nada. Pasado mañana estaré en Madrid y seguramente no lo veré nunca más.

Otra vez circunloquiaba, iba y venía por una idea, amagaba sin dar. Luego, como quien no quiere: "yo era viuda cuando me casé con Arthur".

—Ya lo sé, querida. ¿Eso qué tiene que ver?

—Es sólo que una piensa: otra vez no. No me casaré nunca más, con una es bastante. Yo misma lo pensé durante años. Después se pasa página, se vive otra vez.

—Estás hablando como si él me hubiera propuesto que nos casáramos. Y no hay nada de eso.

—Pero lo piensa y lo sabemos todos y tú también lo sabes. Estás tan contenta... guapa, sonriente, relajada. ¡Por Dios! Se ve, se nota, se oye, se huele en el aire...

—¿Phéromones, de Guerlain?

Eso les daba risa. Misi estaba diciendo verdades. Ella misma se encontraba diferente de alegre. Llena de energías y ganas de todo. Pero aquello era absurdo pasajero.

—No es lo mismo una mala experiencia anterior que una buena.

Misi insistía, muy segura: justo al revés. El que había sido feliz repetía siempre. Quien ya había tenido una mala experiencia, se lo pensaba mucho más.

—Yo siento que le debo algo a Luis, a su memoria. Me costaría romper esa lealtad si llegara el caso. Se mató a los treinta años, ni siquiera ha vivido. Y tú quieres que yo viva dos veces... no podría.

—Ángela, ¿cómo se mató?

—Un coche se lo llevó por delante cuando iba a entrar en el suyo. Un conductor borracho.

—¿Dónde?

—En la Castellana arriba, entonces se llamaba Avenida del Generalísimo. Me alegré cuando le cambiaron el nombre.

—¿A qué hora fue eso?

—Cuando a mí me avisaron eran las cuatro y cuarenta y cinco de la mañana. —La miró, alarmada, casi miedosa de repente—. ¿A qué viene todo esto, Misi? Por qué tantas preguntas.

—Ésta es la última. ¿Qué estaba haciendo a esas horas de la madrugada arriba de la Castellana?

Ángela en una oscuridad, rodeada de altas murallas. Ahondó en el hoyo negro de aquella noche. ¿Qué hacía? Y sutilmente, habiendo venido muy despacio desde lejos, llegando sin avisar, un plin, plin, plin, como gotas de lluvia, lentas, en el alféizar de una ventana. Gotas que oyes y de repente te das cuenta de que ya antes te había llegado el olor de la lluvia. Palabras de Luisa, días atrás "que también a ti te mentía". Ahora retrasado llegaba el anteriormente, en voz de Luisa también, "de todas maneras tu matrimonio no iba a durar"...

Volvía a llover. "Il pleure sur mon coeur comme il pleut sur la ville". Lluvia. Por Dios, que nos lave a todos, que nos devuelva a nuestra inocencia de antes, cuando éramos peces en los limos pegajosos del principio. Agua de un cielo triste dentro de ella. Afuera el firmamento entero agrisado, todo el alrededor. Miró a Misi, casi sorprendiéndose de verla ahí. Pensó: "ni siquiera me gusta Verlaine". Dijo: —Qué estaba haciendo... No lo sé.

XX

El mes de Agosto encontró a las amigas, más o menos agrupadas, fuera de Madrid. Ángela se fue a Cádiz, tenía un piso agradable junto a la playa, vista de mucho mar; se llevó a Carmen para que le ayudara en la casa y a Flora, viendo que por ser su primer verano de viudedad se sentía con poca iniciativa por sí misma. Allí recobraba su infancia salobre y deslumbrada por un sol siempre demasiado fuerte, se volvía a encontrar con ella misma y con su antígua paz.

Había tenido una explicación con Arthur: qué era lo que él había sabido y no le dijo nunca. Contestó: Luis iba con una chica cuando ocurrió el accidente. No resultó herida porque estaba ya dentro del coche. Hubo juicio, testimonios, tuvo que prestar declaración. Emily llevaba algún tiempo pensando, no queriendo pensar, pero lo imaginaba. Entonces, fue ella quien insistió, que Ángela no se enterase. Nunca había sospechado nada; el golpe de perder a su marido era fuerte de más, no había necesidad de añadir este otro. Quién más lo supo, Ángela preguntaba. Y Arthur no estaba seguro, su padre, los suegros, el abogado. Él nunca había querido hablarle, considerando que no era asunto suyo y tampoco veía motivo pero Misi se empeñó: ahora que había aparecido Leo, no podían dejar que Ángela se malgastara en aquellas fidelidades.

—Siento que te haya hablado, querida, pero lo ha hecho por cariño, de absoluta buena fé.

Los dos últimos días los pasó prácticamente sin salir de su habitación, pensando. Finalmente voló a Madrid sola; Juan la llevó al aeropuerto, pidió ayuda tanto para la salida como para la llegada. Johnny había querido acompañarla también, se despidió afectuoso.

—Cuando tengas algunos días de vacaciones, di a tus padres que te manden a casa. Haremos planes divertidos tú y yo.

En Barajas la esperaban las cuatro amigas, ramo de flores, alegría de tenerla otra vez con ellas. Y Carmen en su casa, hasta con un té organizado con sus mejores delicadezas culinarias para celebrar.

Empleó los últimos días de Julio en acomodarse a lo descubierto recientemente, que era viejo en realidad. Tuvo que poner a punto su motor, encarar el problema, meditarlo, tragarlo, digerirlo, en definitiva mirar de frente a la cabeza de la Gorgona antes de darle el tajo decisivo.

Mirar al mal de frente no fue fácil: más difícil aún fue perdonar. Pero sin perdón nunca tendría sosiego y tuvo que empinar el alma hasta alcanzarlo.

Hilda llevaba unas semanas de mucha preocupación; la causa era su padre. Héctor se veía afligido por una extraña torpeza que venían notando desde hacía dos o tres meses sin darle al principio demasiada importancia. Ahora se descubrió un problema con el piano. Ya no podía tocar, dijo con disgusto.

—Papá, tienes ochenta y siete años. Es lógico que tengas un poco de reuma en los dedos, o lo que sea.

¿Cuántos años, preguntaba enfadado, tenía Claudio Arrau y seguía dando conciertos?

—No lo sé, muchos. Pero tú no eres Claudio Arrau. Y tampoco has sido pianista de profesión, no es lo mismo.

No se asustó por eso; la edad no perdona a nadie. Después se juntaron más cosas poco a poco. A Héctor de vez en cuando se le caía lo que tenía en las manos, como si estuviera sin fuerzas. Tropezaba con alguna frecuencia, se dio un par de golpes. “Esto va a ser cerebral”, dijo con los ojos agrandados de terror. A Hilda se le quería romper el corazón de verlo así.

—Tranquilízate, tu cabeza está maravillosa; eres un rey

—La mayoría de los reyes han sido unos idiotas rematados —bufó—. Busca otra comparación mejor.

—Lo que voy a buscar es el teléfono del médico ahora mismo. Y no me digas que no quieres ir como de costumbre.

No lo dijo, estaba muy intranquilo. Ahí empezó la larga travesía por el desierto inhóspito de los especialistas, análisis, ecografías, incertidumbres. “Primero, vamos a descartar esto”. “Ahora descartaremos lo otro...” Hilda se encontró ante un dilema. Estaban ya de vacaciones; como otros años habían alquilado una casa en Palma de Mallorca. Ella y su padre se quedaban en Madrid por fuerza. ¿Mandar a los niños a Palma con alguien o dejarlos a todos sin veranear? Lo resolvió Leonor con un golpe de firmeza que antes no le habían conocido. Ella no se iba a ningún lado si el abuelo se quedaba. Los hermanos la seguían, hasta el más pequeño, Amadeo, que soñaba con la playa. ¿El abuelo estaba enfermo? Lo acompañaban todos. Héctor no tenía nada de sentimental; oyendo aquello se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Qué van a hacer en Madrid con todo el calor?. —Casi gimió, lastimoso.

A lo que acudía Cristal con un plan decidido, esmeradamente.

—Nadie se queda en Madrid. Os vais todos a mi casa de Segovia. El día que tu padre tenga que venir a un médico, lo traes.

—No puedo aceptar eso, Cristal.

—No digas tonterías, allí estaréis fresquitos, os sentará bien, sobre todo

a Héctor. Los niños se pueden bañar en el estanque, hacer excursiones, ir a la Granja...

—Déjame entonces que te la alquile.

—La casa no se alquila, sólo se presta a los amigos. Hilda, no me vengas con cursilerías y pitiminís, no te cuadra. Y si vas tú a mi habitación, no tengo ni que cambiar mis cosas del armario; con tu padre me daría apuro.

—Pero ¿qué vas a hacer tú? ¿Por qué no te vienes también? Tu cuarto es grande, cabemos las dos.

—No. Es una época para estar estrictamente en familia.

Ella podía hacer otros arreglos. Por ejemplo irse con su madre, junto a la muralla del Acueducto; una casa pequeña, cómoda.

—Oye, esa casa es calurosa y en todo el verano no podrías ver a Manuel, que me figuro...

Manuel iba a venir a verla; su familia veraneaba sabe-Dios-dónde mientras él no quería moverse de Madrid. Era cierto que a la casa de su madre no se podía acercar y no era menos cierto que ella estaba cansada de la presencia constante de Manuel. Eres demasiado impulsiva, se dijo, a tu edad... Pero después de haberlo "resucitado", difícilmente podía dejarlo caer; le daba pena.

También tenía la casa de la Granja, simpática pero no tan cómoda como la de la ciudad. Ésta se la había dejado a Paloma, que iría con su madre y su hermana. "Sólo tengo que darle una vuelta... hay tiempo", le había dicho. Finalmente, Paloma la convenció de que se fuera con ella. Entre unos y otros ¿iban a dejar a Cristal veraneando en la calle? No podía ser. Simplemente, Paloma y Carolina compartirían dormitorio. Virginia, ya lo sabían, era difícil. Pero con la imposición de que estaría en la casa la propia dueña, se dominaría. "Si no, la mando a Madrid de vuelta; no estoy para muchas bromas".

De este modo quedaban encajadas las piezas del veraneo y todo el mundo satisfecho.

Más o menos. A primeros de Agosto se abrió paso la mala noticia. Héctor tenía algo llamado ataxia dominante, de lo que nunca habían oído hablar ni sabían en qué consistía. Había ido Hilda a Madrid sola a hablar con el médico; le dio algunas explicaciones. Era una degeneración del cerebelo, genética. Se perdían los músculos; acabaría paralizado, en silla de ruedas.

Hilda pálida, boca seca, prácticamente con la lengua pegada al paladar.

—¿Y su cabeza? ¿Perderá la razón?"

—No. Lo que gobierna el cerebelo son los movimientos voluntarios; ésos se verán progresivamente afectados. Pero no el cerebro, no la digestión ni la respiración, ¿comprende? Puede tener la cabeza perfecta.

—Menos mal, porque eso es lo que a mi padre le horroriza. ¿Y algo así

empieza a los ochenta años? ¿Es eso habitual?

—En el primer sujeto se manifiesta tarde. En el siguiente se manifestará, por ejemplo, a los sesenta y los siguientes a éste... quizá a los treinta años o antes.

No comprendía; el médico lo aclaró. Aún faltaba el mazazo peor: era hereditario.

—Hereditario. Quiere decir que lo tienen mis hijos y lo tengo yo.

—No necesariamente pero sí es una posibilidad. Verá: es un alelo...

—Háble me con palabras que yo pueda entender, por favor. Esto es muy gordo.

Que lo era, corroboró el médico. Digamos que la enfermedad estaba en un cromosoma. Teníamos la mitad de los cromosomas de nuestro padre, la otra mitad de nuestra madre. De modo que había que ver, mediante un análisis genético, si ellos tenían, o no, ese cromosoma.

—Entonces, con el mío será bastante.

—Yo preferiría hacerlo de todos. Si lo tienen, o lo tiene alguno, estaremos preparados. Si no, estaremos tranquilos.

—Dígame, doctor, ¿se puede hacer algo para prevenir...?

—Poca cosa, realmente. Pero tenemos que saber.

Cristal había ido a Madrid con Hilda, necesitaba recoger en su casa sábanas y toallas para la Granja. Bajó al portal, avisada por el móvil, con dos grandes bolsas. Vio la cara de Hilda, sintió correr un frío, a pesar de los treinta y cinco grados de la calle.

—¿Qué pasa?

—¿Te importa conducir tú? Estoy un poco temblona.

—No me importa pero vamos a subir, descansas media hora, bebes algo. Muévete, que voy a aparcar.

Dejaron los paquetes en el maletero, subieron. Cristal levantó un poco la persiana del cuarto de estar, la hizo sentarse. Le trajo agua con azúcar y un buen chorreón de agua-de-azahar.

—Siéntate cómoda, respira hondo. Bebe despacio, te hará bien. Ah, y chocolate. Voy a buscar chocolate.

Bebió, comió chocolate con su voluntad dimitida, obediente. Con esto se calmaba algo, se sentía mejor. Al cabo de un rato pudo contar lo que le había dicho el médico. Cristal escuchaba, con pesadumbre.

—Válganos Dios, válganos Dios. Pobrecita, comprendo cómo estás. Escucha, no te pongas en lo peor mientras no tengas esos análisis. No empieces a sufrir desde ahora; cruzaremos ese puente cuando lleguemos al río. Si es que llegamos. De momento, sólo es una posibilidad, cincuenta por ciento, si he entendido bien. No hay ninguna certeza de que vaya a ser así.

—Pero mi padre...

—Tu padre sí. Pero, sabes, en mi experiencia las cosas nunca resultan

tan buenas ni tan malas como uno las había imaginado antes.

Después se fueron, si no llegarían tarde a comer, los otros se preocuparían. Ya en el coche, que conducía Cristal, dijo Hilda: "Creo que no se lo voy a decir hoy sino mañana por la mañana, que tenga todo el día por delante. Que esta noche duerma tranquilo".

—Pero sabe que has ido al médico, ¿qué le vas a decir?

—Cualquier cosa. Se la creerá; está asustado y reacciona como un niño pequeño. Es un dolor verlo así, con lo fuerte que ha sido siempre. Díselo a las otras, yo no puedo ni hablar.

Cristal se lo contó a Paloma a solas; por la noche llamaron a Cádiz. Casi todos los días se telefoneaban. Se puso Ángela.

—Chicas, tenemos que rezar por Hilda, está en una situación...

Contaba y Ángela repetía, de modo que se enterase Flora también. Flora hacía gestos, que le pasara el teléfono.

—Cristal.

—Estamos horrorizadas, Flora.

—Cristal, escucha. Creo que... Me parece: Héctor no es su padre; es adoptada.

—¿Es adoptada? ¿Estás segura? Yo sabía que Héctor no estaba casado con la madre. Pues ella desde luego no lo sabe, no hace más que padecer pensando en sus hijos.

Flora contaba. En la casa de Velázquez vivía una señora, una valenciana. Ya se murió de vieja hacía años.

—¿Cómo se llamaba... Marta? Espera... no, Matilde, pero del apellido no me acuerdo ahora... ya me acordaré. Pues ella me contó lo bueno que era Héctor por haber adoptado a esta niña que esperaba una de las secretarias. Él impidió que se deshiciera de la cría, ¿me entiendes?

—Te entiendo pero no sé si me lo creo. Cómo no se lo iba a haber dicho.

—No lo sé. Mira, a veces, cuando dice cosas como que las niñas han heredado el color de ojos de la abuela, no sé para dónde mirar. Esta... Marieta, eso es, me lo dijo, asegurado. Creo que se lo debes decir.

—No, no —se oyó la voz de Ángela detrás de Flora—. De ningún modo.

—Nosotras ni pensarlo —dijo Cristal—. Se lo dirá el propio Héctor para que no tema la ataxia esa. Y si es así, y no se lo dice, los análisis serán negativos.

—Pero sufrirá un horror mientras tanto. —Flora se compadecía.

—Sufrirá y después se alegrará cien veces más. No podemos hacer nada. Sería terrible. Imagina que esa señora estuviera equivocada, vaya un lío.

Flora reconoció: tenía razón. También Ángela y Paloma concordaban. Sólo se podía esperar.

No mucho. A la mañana siguiente, Hilda llamó temprano. "¿Paloma?

Quiero que comamos juntas, ¿puede ser? Reserváis en algún sitio y voy a almorzar con vosotras".

Paloma hizo un gesto a Cristal, levantó las cejas. "¿Por qué?, —preguntó— ¿Pasa algo?"

—No os podéis figurar con lo que sale ahora mi padre. Ya os contaré luego. Me voy corriendo a Madrid con los chicos, tengo hora para los análisis.

Paloma tragó saliva. "Los análisis", murmuró con la boca pequeña.

—Sí, voy con prisa. Os veo. A las dos a las dos.

Colgó. Paloma se volvió a Cristal que preguntó qué pasaba.

—No estoy segura. Creo que Héctor se lo ha dicho y no se lo ha creído. Deduciendo. Y nos verá a las dos a las dos.

—¿Lo ha repetido así? Está mal, son los nervios.

—Puede ser a ti y a mí a las dos de la tarde. Tenía mucha prisa, iba a Madrid con los chicos para el análisis genético.

—Para qué va a hacerse los análisis si le ha dicho que no es su padre.

—Ahí está. Que no se lo ha creído.

Menudo lío era aquello, un ovillo que no había quién desenredara. Miraron la guía de teléfonos para hacer una reserva.

La conversación de Hilda y Héctor había sido tempestuosa. Le dijo lo de su diagnóstico con miramientos, disimulando la gravedad. Inmediatamente Héctor respondió: tranquila, no era hija suya.

—No trates de calmarme con tonterías, claro que soy tu hija.

—No lo eres. Te quiero igual pero no soy tu padre biológico, como se dice ahora.

—Estupideces, por supuesto eres mi padre. Siempre lo he sabido.

—Escucha, Hilda, si recuerdas bien yo nunca te dije que lo fuera.

Porque no hacía falta, replicó, casi con rabia: "A ver, no me digas que mi abuelo te llamó un día y te dijo: "te voy a dar una gran noticia, ¡SOY TU PADRE!"

—Chsss, no levantes la voz. No era tu abuelo, punto. ¿Dónde están los niños?

Estaban vistiéndose de prisa, se iban todos a Madrid para las pruebas genéticas.

—¡No tienen que hacerse nada! ¡Terca, más que terca! No eres mi hija, ¿cuántas veces te lo voy a decir? ¿Por qué demonios no me crees?

Por varias razones. Porque lo sabía. Desde siempre. Porque Amadeo era como gemelo a las fotos que había de él cuando niño. Calcado. Mimetismo, dijo Héctor. A veces los niños adoptados hasta se parecían a los padres. Unos amigos suyos...

—Me importan una mierda tus amigos. Y una vez dijiste que las niñas tenían el color de ojos de tu madre.

—Dije que era ese color, como habrá millones de personas. No que mi

madre fuera su bisabuela. Mira, hija, vamos a calmarnos.

Le contó la historia. La secretaria, el ingeniero, el otro novio después. Todo. Resumido, completo. Estrictamente.

—¿Y no puede ser que "por casualidad" te acostaras tú también con aquella chica en los mismos días?

—Podría ser pero, la verdad, no recuerdo tal cosa.

—¡Joder, Papá!

—No seas grosera, ¿quieres?

—¿Es que mi madre era tan poca cosa o tan... puta...

—¡No te consiento ese lenguaje!

—... como para haberse acostado con ella y no acordarse siquiera? Eso no es lo que me habías contado.

—No quiero seguir hablando de esto, se ha terminado el tema.

Hilda respiró hondo, quería tranquilizarse. No se iba a hacer la ofendida con su padre ni a empeorar las cosas. Habló con más mesura:

—Bueno, si no eres mi padre me lo tendrás que demostrar. Te vas a hacer la prueba de paternidad.

—¡No haré semejante cosa! Eso es ofensivo.

—Sí lo harás. Sé que hay que firmar algo; hoy te traeré los papeles y los firmarás. ¡Ya lo creo que sí!

Salió corriendo con los chicos. Héctor se quedó, abrumado. Mascó desesperación, royó carbones negros. No era su padre, no lo era. Cómo podía ser tan cabezona. No era su padre y hoy por primera vez en su vida se alegraba de no serlo. Pero había algo gallardo audaz en Brunhilda, aquella rabia porque QUERÍA ser su hija. Esa idea levantaba una esquina de la oscuridad que se tendía sobre él como una manta, alivianaba; casi se veía asomar un pedacito de cielo azul. Bella reacción la suya. Intentó serenarse, trató de recordar. El chico aquel había entrado en la firma a primeros de enero. Pongamos el dos. El fin de año lo habían celebrado en su casa. Vagamente veía varias chicas a su alrededor, bastante bebidas; fue una gran juerga. ¿Una de ellas se había metido en su habitación? Sí, una rubita, gordezuela ella, recordaba buenas carnes, la piel muy suave que era como tocar una rosa, no Marisol, la madre de Hilda. ¿Pudo haberlo hecho con dos aquella noche? A la vez no, aquel tipo de cosas nunca le había gustado, él de lo sencillo obtenía abundante satisfacción. Pero a distintas horas de la noche... fácilmente. Si una muchacha se metía en su cama, gustosa, para un rato de placer... pues él era hombre. Caray. Y joven, ¿por qué no?

¿Que Amadeo era su retrato? Na, ni hablar. Por qué le pondría yo Amadeo, es un nombre estúpido. Por Mozart, claro. No dejaba de ser un nombre estúpido. Y estaba Amadeo de Saboya, una estupidez de rey, aunque peores los hubo. Éste, por lo menos, era hombre ilustrado, respetable masón. Por supuesto, los reyes eran una estupidez todos. Héctor

aunque convencido republicano, de toda su vida, no peleaba por eso con nadie; reconocía que la República había resultado una calamidad. Un desastre... mira que ponerse a quemar iglesias, patrimonio común, asesinar al jefe de la oposición... tantos disparates como hicieron. Pero habría que volver a probar rectificando los muchos errores. Errores estúpidos.

Sus pensamientos ahora volvían a lo de antes. Si el crío que esperaba Marisol hubiera sido suyo, suponiendo que se hubieran acostado, entonces, ¿cómo no se lo hizo saber? Caray. Él era el jefe, ya en aquel tiempo con bastante dinero. Y generoso siempre con todas. Cuando le ofreció, mira, no te deshagas de él, yo me ocuparé... ¿por qué no decírselo? "Me parece muy bien, Héctor, porque, sabes, además es tuyo". No tenía sentido ni salida ni razón. No podía ser y por lo tanto no era.

Volvió Hilda a dejar a los chicos en la casa. Sólo les había dicho que lo que tenía el abuelo podía ser cosa de familia y habría que investigar. No se inquietaban poco ni mucho. Gloriosa juventud; se creían inmortales, inasequibles a cualquier mal. Ellos llevaban una estrella en la frente; ojalá tardara mucho en apagarse. Se preguntó por sí misma, si a aquellas edades había vivido así, tan relajada. Le parecía que no.

A la hora del almuerzo resumió para las dos la conversación con su padre, casi una pelea. No sabían qué decirle, se consultaban mirándose. Cristal, débilmente:

—Pero oye, si él lo dice... no le discutas. Él lo sabrá.

—Qué va a saber. Es que no puede con lo que tiene encima y las consecuencias. Busca coartadas, lo que sea, para que yo no sufra. Pero yo soy capaz de afrontar las cosas y las afrontaré por los dos, por mí y por mi padre.

Nuevas miradas de consulta. Cristal asintió, bajando ligeramente la cabeza.

—Mira, Hilda, ayer se lo dijimos a las otras, es bueno que lo sepan y también que recen. Y Flora nos contó...

Entre las dos con mayores cuidados le repetían lo que había dicho Flora por teléfono. Hilda dio un bufido.

—¿La Ripoll? Ésa oía campanas y no sabía dónde. La muy cotilla... Mi madre me inscribió primero con sus apellidos, mi padre me adoptó después y ya tuve los suyos. Pero, sabéis, lo he convencido: mañana vamos a Madrid los dos y se hará la prueba de paternidad.

—Jesús, hija, vaya verano que llevas. ¿Por qué no lo dejas estar y te desentiendes un poco?

—Porque no. Porque yo lo creo así y si él quiere que lo vea de otra forma me lo tendrá que demostrar.

Se marchaba, sin querer postre ni café, estaba nerviosa.

Las otras se quedaron un rato más en el restaurante, hablando. Cristal pensaba que debía de saber algo, quizá la madre se lo hubiera dicho...

Paloma: “Ni siquiera se acuerda de su madre, dice que no la conoció”. Cristal: “Pero puede haberle quedado la memoria de algo que ella le dijo o que le oyó decir... Los niños se enteran de cosas de forma inexplicable.”

Paloma seguía sin verlo así. Hilda estaba obsesionada, hasta enloquecida, prefería saberse hija de Héctor, con la amenaza de aquella enfermedad terrible, a ser de un padre desconocido, cosa en realidad sin importancia. ¿La ataxia no le daba miedo? ¡Ella y los cuatro hijos, por el amor de Dios!

En lo que se equivocaban. Miedo tenía y mucho. No dormía por las noches, intentaba sofocar las figuraciones y los pensamientos terroríficos, pero la arrastraban como un mar furioso con remolinos, dando vueltas a todo sin posible descanso. Y rezaba; no había rezado desde los diez o doce años más o menos. “Dios, si estás por ahí, por algún lado, ten lástima de mis hijos. Mándame a mí lo que sea pero a ellos no. Ya sé, ya sé que nunca te he hecho mucho caso y, la verdad, ni siquiera sé si existes. Si existes de verdad, échame una mano, por favor. POR FAVOR. Y haz el favor de existir, si no para qué te estoy hablando. Escúchame.” Así pasaba horas en la oscuridad, veía llegar la luz rosada del amanecer, oía el canto de muchos pájaros en el jardín. Paloma le había dado un librito con los Salmos; también leía.

Manuel subía a la Granja casi a diario, almorzaba en casa de Cristal. Virginia no estaba demasiado impertinente, le gustaba que hubiera un hombre en la casa. Había rabiado con que Paloma no quisiera nada con aquel Germán como-se-llamara, hasta hacía vagos planes con Manuel: ¿qué edad tenía? Un poco mayor para su hija, desde luego; realmente era más de su edad. Se arreglaba y pintaba todos los días, traía medio mártir a la asistenta con el planchado de su ropa.

—Yo sigo de buen ver todavía —dijo a Paloma—; ¿no te parece?

—Sí, estás muy bien. —Era verdad, se mantenía guapa.

Virginia seguía; el amigo de Cristal, muy agradable, ¿estaría buscando volverse a casar, una novia? Paloma aseguraba, firme: absolutamente, no. Sí, estaba segura, por completo. Por las circunstancias, no podían decirle que estaba casado, qué situación más falsa.

Después de la cortedad de los primeros días, Carolina le cobró un enorme cariño a Manuel, extravagante como solía ser todo lo suyo. Él demostró su buen fondo en la forma siempre amable y paciente de tratarla. Con esto a Paloma le costó soportar su contínua presencia en la casa menos de lo que anticipaba; lo seguía viendo como una desdicha pero lo podía sobrellevar mejor. Cristal, aunque nunca hablara de los tiempos pasados, se alegraba de verlo bien acogido en la misma casa donde años atrás le hablaban con cortesía, lo miraban con desprecio. Hilda también lo había invitado, con Cristal y Paloma, a comer en un buen restaurante, antes de estas complicaciones. Las cuatro amigas se habían portado de

forma impecable, con absoluta lealtad. Pero se conocían todas demasiado y Cristal, por supuesto, no podía equivocarse.

Cuando Ángela volvió de Londres, Flora lo invitó a merendar con ellas un sábado. Vio las caras de las otras, mirando a Ángela, en ansiosa pregunta muda: ¿a ella, qué le parecía? Cristal sonrió, recordando. ¿Se imaginaban que no lo iba a notar? Sabía perfectamente lo que pensaba cada una.

Flora: Manuel, hombre con muy poco mundo, vestido de forma horrible, distinción cero, no tiene buena pinta ni es propio de Cristal. Hilda: qué tipo tan poco interesante, no aporta nada, no tiene nada que ver con Cristal... y ni siquiera es guapo. Paloma: Dios mío, qué es lo que ve en este hombre mediocre, qué vio entonces, tantos años atrás, cómo ha podido seguir pensando en él, si no tiene nada que decir, si no es nadie en comparación con ella, oh mi pobre queridísima Cristal, ¿cómo puedes haberte equivocado tanto?.

Ángela lo había visto antes, al menos un par de veces, por la calle. También era más sutil y, desde que había vuelto, estaba más guardada, menos abierta. Lo había debido de pasar mal en Londres entre Luisa y el esguince; apenas les contó nada. No demostraba su acostumbrada animación, parecía algo distraída y desde luego había adelgazado. Estuvo muy simpática con Manuel, eso sí, pero como... casi de más, con falta de naturalidad, ella que era la más natural del mundo. Evidentemente, tampoco le gustaba.

Y, además de estas apreciaciones personales, las amigas, dos de ellas al menos, estaban en contra de aquella situación por cuestión de principio; tenía que agradecer que no le hubieran dicho nada, esas delicadezas. Eran tan cariñosas, pero no deberían preocuparse. De pronto recordó un cuento de Camus leído hacía muchos años: *La femme adultère.* Aquella mujer que sale por la noche del oasis, cuando todos duermen, y se adentra en el desierto, porque lo ama profundamente. Preciosa historia. ¿Existía un adulterio espiritual? En cuanto a Hilda, no entendía que ella no se fuera a vivir con Manuel, dejada de "prejuicios".

Cristal sabía, reconocía, de él más cosas que todas ellas juntas, esto incluía también a su propia madre, la cual, muchos años atrás lo había llamado "pequeño burgués". Por supuesto, lo era. "Con poco mundo". Claro. Afectando demasiada seguridad en sí mismo. También. Y más. Las otras-cosas, de las que ellas no podían tener idea. Cobarde. Pues sí. Incapaz de jugarse la vida a una carta. Desde luego. Incapaz de grandeza. Sin la menor duda. Como "guitarra del mesón de los caminos", nunca había sido, ni sería jamás, Poeta. No, no hubiera sido héroe ni poeta, mártir ni santo. Prudente sí, por demás: él jamás iba a dar la cara. "Escápate conmigo" lo podía decir en el acaloramiento de un instante. Si le hubiera dicho que sí, se habría echado atrás. ¿Quién lo iba a saber mejor que ella? ¿Entonces,

podía uno imaginar siquiera amar toda la vida a alguien sin esas cualidades bellas y heroicas? ¿Algo tan grande como el amor no pedía dirigirse a alguien también grande de algún modo? Pero él la había querido, con su pequeño espíritu no hecho para ninguna altura; ésa era la verdad, lo sabía. Y ella, aún así, le tenía afecto. Tal como era, con sus limitaciones y pequeñeces.

Y no que el corazón tuviera razones que la razón no conoce. No. El corazón no necesitaba razones para maldita la puñetera cosa. El corazón podía barrerlo todo con más fuerza que un tifón en el Extremo Oriente.

Estaba Agosto dando lo último que podía de sí cuando llamó Hilda una tarde después del almuerzo. Descolgó Carolina, tenía ganas de hablar. Que estaba en una casa de su hermana, dormía en la misma habitación... se demoraba hasta que Paloma logró hacerse con el teléfono.

—Ya tengo los análisis. Voy para allá. —Cortó de golpe.

Cristal y Paloma salieron al jardín, preferían esperarla fuera, junto a la verja. Bueno, ahora al menos se quedarían tranquilas. Enseguida llegó; debió de haber llamado desde la carretera con el móvil.

—¿Qué hay, qué novedades tienes?

—Nada, chicas. Ninguna novedad.

—¿Cómo que ninguna, qué quiere decir eso?

Pues eso mismo: lo que ella ya había dicho todas las veces, todo el tiempo. Claro que era su padre. Ganas tenía de meterle una buena bronca por andar armando líos y confusión.

A lo que no sabían si darle la enhorabuena o compadecerse con ella.

—¿Qué ha dicho tu padre a eso?

—Todavía no lo sabe.

Se asombraban. ¿Cómo? ¿No se lo había dicho? Pues no. Se estaría preocupando un montón hasta saber... Hasta que tuvieran los otros análisis. Entonces se lo diría todo junto. Se miraron despavoridas: ¿de dónde sacaba Hilda tal cantidad de valor?

—Vamos para adentro, quiero que desde aquí llamemos a las de Cádiz; en la otra casa podrían oírme los chicos. Me voy a dar el tremendo gusto de decírselo yo misma a Flora, —dijo Hilda.

Sonreía mientras subían los tres escalones de piedra que daban entrada a la casa.

XXI

La semana siguiente llegaban Cristóbal y Constanza, decía Flora muy contenta; ya tenían fecha para la boda. Misma iglesia de Misi, mismo tipo de almuerzo, también en su casa. "Yo les había ofrecido la mía, pero no quieren darme trabajo. Y dice Constanza que estamos invitadas las cinco".

—¿Nosotras por qué?

—Seguramente quiere que Flora esté con todas sus amigas alrededor, —discurrió Cristal.

—Horror. ¿Ha convidado a Tina Baranda?. —Paloma se reía.

—No seas maliciosa, claro que no. Y hace mucho tiempo que Tina no nos da la lata —dijo Flora.

—No le hagáis caso —intervino Ángela—. Veraneaba en el Puerto de Santa María, se enteró de que estábamos en Cádiz y vino expresamente a darnos la murga... No lo niegues, Flora; menuda tardecita nos hizo pasar. La pobre, encima se cree que tiene gracia.

—Bueno, pues —seguía Flora—, quiere que yo sea su testigo de boda. Nunca he sido testigo aunque, claro, Bernardo muchas veces. Además, voy a ser yo sola y el padre de Cristóbal por el otro lado.

Era algo inusual sólo dos testigos, comentaban, pero no de extrañar: la familia de Constanza, madre y hermana por lo menos, habían sido abiertamente desagradables con ella.

—Es verdad. Ahora la prima Juanita me llama casi a diario con una obsesión: Constanza tiene por fuerza que prestarle su casa a Macarena, que se quiere venir a Madrid. ¡Que ahora ella tiene varios pisos! Eso me dijo ayer y me molestó un poco; dentro de todo, en uno de esos pisos es donde vivo yo.

—Tu prima es una impresentable.

—Mi primo es Joaquín. Ella es un poco rarilla. ¡Y yo en todos estos años nunca me di cuenta! Bernardo me lo decía: "acabarás tarifando con ella, acuérdate de lo que te digo". Arthur y Misi también están ya aquí.

—Sí, —dijo Ángela—. Estuve el otro día en su casa.

Había ido a verlos, llevó a Misi un gran ramo de flores y para Arthur un misal de Iglesia, impreso en Amberes en mil seiscientos trece, con preciosa tipografía; lo había comprado años atrás. Quería demostrarle su agradecimiento. Cuando llegó al piso de la calle Fernando el Santo,

“Serarza” estaba fuera, le dijo Lupe saludándola con más amabilidad de lo que solía. Y salía enseguida Misi. No habían cruzado cuatro frases en el salón y ya le preguntaba si había sabido de Leo.

De él había hablado muy por encima a las amigas, someramente: “había en el sanatorio un amigo de Arthur muy simpático, así que tuve buena compañía; fue muy entretenido”. Con tal aire de ligereza que ninguna preguntó nada.

No, dijo a Misi, ninguna noticia. Ni carta ni llamada, nada en absoluto. Tal como se lo esperaba: “No sé si recuerdas, pero te dije que me marcharía y no lo volvería a ver, como ha sido exactamente. Era lo razonable, no tiene importancia”.

—¿No te da pena?

—Sí, mucha pena —contestó, inconsciente de que contradecía lo que acababa de decir—. Pero qué quieres, eso es lo que hay.

Fueron a poner las flores en agua. Misi preguntó si lo había echado de menos. Sí, respondió. ¿Para qué disimular? Fue una amistad muy íntima en poco tiempo, muy rica, realmente gratificante.

—Pasamos juntos muchas horas y para mí todas buenas. Hablamos de todo, cosas que yo nunca había confiado a nadie. O de nada, sólo estando juntos, tranquilamente. Y nos reíamos mucho. Es tan alegre... son situaciones o... intercambios que puedes echar de menos cuando los pierdes. Es normal, no pasa nada. De verdad, sabía que no lo iba a volver a ver; su vida y la mía no tienen gran cosa en común.

—Ángela, temo que yo soy culpable de eso. No, no protestes. Me siento fatal. Verás: preguntó qué te había pasado los dos últimos días, no eras la misma. Y le dije lo que había hablado contigo. Porque no quería que... vivieras presa de lealtades que no... Ángela, lo siento muchísimo; lo hice porque me pareció que debía hacerlo.

—Estoy segura de eso, Misi. Tuviste un valor que nadie había tenido. No me gustó pero tu intención era excelente.

—A Leo le sentó muy mal, se enfadó muchísimo; nunca pensé verlo tan alterado. Dijo que si lo creíamos incapaz de gustar a una mujer como tú, sin esas ayudas bien intencionadas pero... “perfectamente estúpidas”, fueron sus palabras exactas. Temo que quizá mi intervención lo estropeara todo.

—Es muy capaz de enamorar a quien se proponga y todo lo que quieras, pero tu intervención, atinada o no, no habría estropeado lo nuestro, si hubiera existido.

—Arthur le dio la razón y eso fue peor todavía. Estaban los dos contra mí.

—Misi, unas palabras ‘tuyas’ difícilmente podían terminar con una situación ‘mía’, si la hubiera habido. Así que es muy sencillo: no había nada, aunque en algún momento creí que tal vez... Son sueños que se

hacen humo, se pierden, se los lleva el aire. Ya sabes: "Que toda la vida es sueño / Y los sueños, sueños son".

—Pero no pienses que es una especie de play-boy, aunque tenga tanto dinero. Trabaja mucho por los demás; dice Arthur que los dos hermanos tienen un gran sentido de la responsabilidad. Han hecho una fundación allí en su país: costean estudios a jóvenes que valen, ayudan a mujeres solas que quieren montar pequeñas empresas, muchas cosas... Son muy generosos.

—No me contó nada de eso.

—Porque no presume. Y, quitando cosas como el avión, que no es suyo, vive de forma muy corriente. Su único lujo era el golf y era un auténtico crack, una gloria nacional.

—No sé nada de ningún avión. Nunca hablamos de aviones.

—Es del trabajo, no es...

—Oye, a mí todo eso no me importa, no lo veo bien ni mal. Me importaban otras cosas pero ésas no existían y...

Llegaba Arthur, mucho se alegraba de ver a Ángela. ¡El libro era una maravilla, la encuadernación, los grabados! Demasiado bueno, no podía ser, no debía desprenderse de esa joya. Lupe había salido; fueron los tres a la cocina a preparar el té. Después la conversación era sobre la boda de Constanza; Misi se estaba ocupando de todo. El padrino iba a ser el padre de la novia y la madrina ella.

—No sé qué me voy a poner, estoy como un monstruo de gorda.

Qué iba a estar, sino al contrario, más guapa que nunca, dijo Arthur y Ángela: "no digas tonterías, ni siquiera se te nota, estás estupenda".

No hablaron más de Leo y poco después Ángela se despidió.

—Nos veremos. ¿Cuándo os vendría bien venir a comer a casa?

Todo esto recordaba, mientras Flora seguía hablando del matrimonio Bourne y de la boda.

—Tengo que invitarlos un día a comer. Gracias a Dios que ha vuelto Daisy.

—¿Por qué no vendrá Hilda?, —dijo Paloma—. Suele retrasarse pero no tanto.

Estaban en casa de Ángela y, la verdad, llevaban esperándola demasiado rato. Empezaban a inquietarse; últimamente Hilda cargaba mucho peso sobre sí, hasta que no llegara el resultado de los análisis —después quizá fuera aún peor— y todo lo soportaba sola. Los hijos seguían con sus existencias concéntricas y despreocupadas, sin enterarse de ningún problema. Héctor pasaba los peores días de su vida; aunque seguía sin creer que Hilda fuera hija suya, la minúscula sombra de una duda lo atormentaba. Obsesionado, pensaba y daba vueltas, hablaba de ello una y otra vez, sin dar tregua a Hilda; ella aparentaba una tranquilidad que desde luego no tenía.

En éstas entró al fin, empujada por sabría Dios qué viento, bruscamente. Con aspecto más desarreglado que nunca, la cara borrosa casi desorbitada, el pelo en desorden. Tan arrugada la ropa como si la hubiera sacado de debajo del colchón. Emitió una especie de chiflido "¡Fffiiuuuuuú!" y gritó luego:

—¡El cromosoma cabrón!

Se tiró encima de una butaca, sin aliento. Jadeaba: "Las escaleras... he subido a pié... corriendo". Las otras, despavoridas.

—Pobrecita, pobrecita; esto ha sido demasiado para ella, —dijo Flora en voz más baja aún que de costumbre.

Paloma a la vez preguntaba, con aturdimiento: "¿Qué quiere decir ffiiuuuú?"

—¡Se esfumó, no ha parecido! ¡No lo tenemos!

Detrás de ella había llegado Carmen, con su imponencia tapaba casi el hueco de la puerta.

—Señora, ¿pasa algo?. Alarmada, preguntaba a Ángela, pero le contestó Hilda.

—¡Algo bueno, Carmen, algo muy bueno! Ese cromosoma hijo de puta... ¡no está!

Se retiró Carmen, desaprobadora, meneando la cabeza. A veces parecían locas las señoras. La suya no, pensó lealmente, nunca. Y nunca decía esas palabras. Pero la señorita Hilda, vaya una manera de hablar. ¿A que eso no se lo consentiría a las chicas que trabajaran en su casa? Desde luego a ella, Carmen Gonzálvez, no la pillarían con aquellas pintas y dando aquellas voces, ni muerta que estuviera. Se fue para adentro, con la nariz respingona más levantada que nunca, temblando de indignación, —y también porque se había asustado—, a preparar el té.

Mientras tanto Hilda contaba la conversación que acababa de tener con su padre en tono de poema épico.

—¡Parecía Tannhaüser arrepentido! Parecía Parsifal, parecía... levantando el Santo Grial, parecía... ¡qué sé yo! Sólo le faltó romper a cantar. ¡A cantar a gritos! Desde luego, lloró. Su emoción no os la podéis imaginar.

—Nos la estamos imaginando muy wagneriana, —dijo Cristal, sonriendo.

—¡Don Ricardo totalmente! Ya sabéis cómo es mi padre, sin medias tintas.

La dejaron desahogarse, hasta verla más calmada; se quedaban dando vueltas a lo ocurrido en las últimas semanas. Qué gran cosa haber esperado para que Héctor se enterase de todo a la vez. Sabiendo que podían tener la misma enfermedad, sobre todo los niños, Hilda había estado aguantando sin decir nada... No sé qué hubiera hecho yo en su lugar, reflexionaba Cristal. Todas pensaban que Hilda había demostrado

una gran fuerza de carácter.

Y hoy no importaba, dijo Flora después de un rato oyéndola, pero a partir de mañana no la querían ver tan desastrada. No podía ser.

Las otras se reían: las cosas de Flora.

—No pero de verdad, Hilda, haz un esfuerzo. Ve a la peluquería de vez en cuando, no te cortes tú el pelo con las tijeras de las uñas.

—Tengo unas tijeras especiales, buenísimas.

—Pues tampoco. ¡Y plancha tu ropa! ¿Tú te has mirado en el espejo en los últimos quince años? Seguro que tus hijos te lo dicen.

—Las niñas. Me dicen de todo.

Mientras tomaban el té Flora dijo que había tenido una idea: celebrarlo dando una cena en honor de Hilda y Héctor y también de Constanza y Cristóbal, si a las amigas no les parecía mal.

Por qué iba a parecerles mal, al revés, una gran idea.

—Lo digo por Bernardo. Como aún no hace cinco meses... en realidad, sigo de luto.

—Qué estás diciendo; con lo que él quería a tu sobrina, le habría encantado.

—¡Es verdad! —Flora se animó enseguida—. Pero Hilda, tienes que comprarte un vestido.

—No me amarguéis más con los vestidos.

—En realidad —dijo Paloma—, te tienes que comprar dos.

—Sí, hombre, porque tú lo digas. Mañana mismo voy. O, si son pequeños, pues tres.

—Claro, dos. Uno para la cena y uno para la boda de Constanza. Y que no sean negros.

—¿Por qué no? Con todos los nervios he engordado, me da por comer y tengo este cuerpo tan agradecido...

Una tarde, pocos días después, Héctor llamó a Flora. Estaba bien, dijo. Tan emocionado y feliz que hasta lo suyo le parecía llevadero. "¿Podrías pasarte un momento ahora que no está Brunhilda?"

—Claro, Héctor. ¿Ocurre algo?

—Necesito que me hagas un favor.

Quería darle una sorpresa a su hija el día de la cena de Flora. "Para premiar su fé y su fortaleza".

—Sí, ha estado magnífica. Todas la admiramos.

—Pero yo no lo sé comprar y además estoy algo torpe para salir solo.

—Vaya, lo siento. Tienes que tener paciencia.

—Ya tengo paciencia. ¿Puedes ir a comprarle una joya?

—¿Joya? No le gustan mucho pero dame un presupuesto y...

—El precio no me importa. Quiero algo bueno, de diamantes. Una vez oí decir que un diamante es eterno.

Eso, dijo Flora, iba a ser mucho dinero. Demasiada responsabilidad.

—Díselo a las amigas y váis las cuatro.

Se reunieron para discutirlo. Paloma decía, lo más favorecedor un buen collar de perlas australianas.

—No son eternas. Quiere brillantes.

Cristal no quería ir, no le gustaban las alhajas y: "El plan de joyerías me aburre mortal".

—No seas así, tú tienes buenísimo gusto.

—Pero si no entiendo nada de eso. Está bien, está bien. Lo que queráis.

Fueron a ver joyerías un sábado por la mañana; la que estaba disfrutando era Flora. Dijo que una sortija con un buen solitario era lo mejor. Ángela, disconforme: "Se la dejaría en el lavabo de cualquier cafetería inmediatamente, parece que no la conocéis". Vieron broches, collares, al final decidían: pendientes. Sólo dos brillantes buenos, no exagerados.

Héctor muy contento con lo que habían elegido. Verlo así con tanta satisfacción, a pesar de lo que se le venía encima, era reconfortante. "Héctor, nos alegramos mucho de verte tan alegre".

—¡Es que ahora tengo una hija de verdad!

Siempre la había tenido, pensó Flora con un poco de enfado. Además, lo verdaderamente importante era cuánto se querían los dos, no quiénes eran en realidad los padres. Callaba y se despedía de Héctor con su misma sonrisa de siempre.

La víspera del día de la cena la llamó Misi. Lo sentía muchísimo, estaba hecha polvo pero no iban a poder asistir.

—¡No me lo digas! Qué disgusto.

Ella también estaba disgustada, le hacía tanta ilusión su cena. Pero acababa de recibir un aviso: mañana llegaba un amigo de ellos a pasar unos días en su casa; no lo podía dejar solo el primer día. "El típico que le dices, vente cuando quieras... ya sabes, y de repente ¡zás!, te cae." Qué mala suerte, era una pena pero ya se verían otro día. Flora contestó: si sólo era por eso, de ningún modo. Que lo llevaran a cenar con ellos, siempre y cuando pensaran que no se iba a aburrir demasiado.

—¿Aburrirse? De ninguna manera, al contrario; es simpatiquísimo. Pero no sé, Flora, me da apuro. —Misi dudaba—. ¿No seremos trece o algo así?

—No, éramos diez y después once, porque ha venido un amigo de tu hermano...

—Ah, sí, Brian. Es muy simpático, viene para la boda. Íntimo de Cris. Por cierto, no sé si te habrá dicho Constanza que es negro.

—Pues no, hija —contestó Flora con mucha dignidad—, pero supongo que me habría dado cuenta yo sola.

A lo que Misi se reía. "Claro, por supuesto. Y es muy guapo, ya verás".

—Bueno, encantada de poner otro cubierto, hasta queda la mesa más

equilibrada. Entonces, mañana os veo. Se fue con un suspiro de alivio; mucho más lucida una mesa de doce que una de nueve invitados.

Temprano aquella mañana había llegado de Nueva York la pareja joven. Constanza la llamó enseguida. Tenía setenta cosas que hacer ese día y un poco de "mal-de-avión" así que no la vería hoy. Pero mañana estaría ahí desde después del almuerzo para poder charlar tranquilas y, si hacía falta, ayudar con los arreglos de la cena. Así llegó, en efecto, a la hora prevista, con su vestido en una funda. Cristóbal vendría después con su hermana.

—Los Bourne vienen también con un amigo, —dijo Flora.

—Ah, sí, eso me ha dicho Misi. Yo no lo conozco. Siento que te llenamos la casa de amigos ella y yo.

Constanza estaba guapa, alegre como los pájaros; repartía brillos a su alrededor. Flora contenta de verla tan feliz, cada día se sentía más cercana, casi madre. Juntas colocaron las flores, revisaron la mesa. Héctor había mandado un monumental arreglo de orquídeas y otro de rosas, más normal, las cuatro amigas. Como sobraba tiempo, Flora se iba a echar un rato en su cama; después sólo tendría que retocarse el pelo y ponerse el vestido de seda gris que iba a llevar. Constanza se instaló cómoda a su lado en una butaca, con los pies en alto sobre un escabel.

—Hijita, no sé, perdona la pregunta, no sé si tu madre te ha comprado un ajuar. En realidad, sabía. Había preguntado a Juanita que contestó de mal humor:

—Ya le hice uno antes. No lo aprovechó, no le voy a hacer otro. Ella tiene más dinero que tú y que yo, —dijo, sin dejar pasar la ocasión de hacer otra referencia a que el dinero era ahora de Constanza.

No lo aprovechó porque Macarena se casó con su novio y la madre se lo había regalado a ella; Flora estaba al corriente, igual que Constanza; pero no quería hablarle de eso.

—Había pensado comprártelo yo, en realidad ahora todo eso me corresponde a mí, pero contando con tu gusto. Además de una alhaja de las mías, un collar de perlas muy bueno.

—Tía, por favor. No quiero que te desprendas de nada. No necesito ningún ajuar, compraré unos juegos de cama y toallas en Nueva York, allí son preciosos y las telas estupendas.

¿Sábanas de hilo? Quién las plancharía. La vida que iba a llevar allí se organizaba diferente, más sencilla sin "fondo de casa". ¡Menos necesidades, mayor libertad!

—Pero esa es la vida que quieres, ¿verdad? Estás segura.

—Ay, tía. Segura, segurísima. Lo único que quiero es pasarla toda con Cristóbal, es tan... entero, tan hombre bueno, tan inteligente; estoy loca por él.

Con lo que a la tía casi se le saltaban las lágrimas de pensar en aquel

enamoramiento. Lo encontraba muy bonito. “Qué alegría me das, hija”.

—De verdad me siento tan feliz, tan ligera, que me dan ganas de ponerme a bailar, silbando como uno de esos trompos con música. Despegar, correr por el aire y darme una vuelta por la galaxia. ¿Cómo lo ves?

—Me temo que no lo veo, —dijo Flora riendo—. Mi imaginación no da para tanto.

—Y quiero que vengas a vernos. ¿Has estado en Nueva York?

—Hace años, con tu tío.

—Es lo más fascinante que hay. Hemos encontrado un piso, bastante decente. Tiene un salón con una terracita que da sobre Central Park y no es pequeño, cabemos muy bien. Así que tienes que venir, mejor antes de que yo empiece a trabajar.

La iba a contratar una empresa española para trabajar allí. Era alguien a quien conocía Cristóbal.

—Pero no creas que es por enchufe, tengo muy buenas referencias. Tanto Carlos como Arancha se han portado fenomenal conmigo. Espero que vengan a mi boda los dos. Así sólo echaré de menos a mi amiga Queti, que no sé por dónde anda. Todo lo demás es felicidad.

—Te lo mereces —dijo Flora—. Pero ¿qué vas a hacer si tienes niños?

Siempre su preocupación mayor. ¿Qué iba a hacer? Lo que hacían millones de mujeres que tenían hijos y trabajaban.

—Me las arreglaré. Y quizá cuando nazcan puedas venir tú a echarme una mano en plan de abuela. —Rió—. ¿Cómo vas a querer que te llamen, abuelita o Mamá Flora?

La tía estaba emocionada, más de lo que querría que se le pudiera notar, sorbía por la nariz para no derramar lágrimas. ¡Señor, qué cosas tan preciosas esperándola en su vida! Y ella sin sospecharlo.

—Querida mía, cuenta conmigo para todo. Me haría muchísima ilusión cuidar de tu bebé. —Pensó: si Juanita se entera de esto me va a odiar.

Pero la culpa era de Juanita, toda. Dentro de ella, la increpó con enfado. “Si no te ha faltado más que darle a la niña una manzana envenenada, por el amor de Dios”. Lástima no haberse dado cuenta de eso años antes. Sólo en la boda de Macarena y cuando Constanza se vino a Madrid, apreciaron su carácter y lo que había debido de sufrir por las arbitrariedades de su madre. A decir verdad, Bernardo lo vio primero, antes que ella misma, el día de la boda.

—Esa niña —había dicho— es muy señora y muy, muy completa, sí señor. Hoy ha demostrado carácter y elegancia. Lo ha hecho pero que muy bien. Va a ser una gran mujer, acuérdate de lo que te digo. Pobre, siempre tenía la manía de que a ella se le olvidaban las cosas. Y no. O, todo lo más, como a las demás personas. Lo que no podía entender, que Joaquín, su primo, no hubiera puesto orden en su familia. Siendo militar y todo...

acostumbrado a mandar...

Llegaba la primera Hilda, con su padre y con vestido nuevo. Negro. Pero tenía gran cuello de raso blanco, favorecedor. Lo más adecuado para el realce de los pendientes que le iba a dar Héctor dentro de un rato.

—Ya sé que vengo de negro pero no me critiques, —dijo al entrar.

—Estás estupenda —dijo Flora riendo—. Un vestido precioso.

—Sí, Hilda —dijo Constanza—, estás super elegante. Vendrás a mi boda, ¿verdad?

Iría y la felicitaba con un abrazo.

Entraba Daisy trayendo una bandeja con copas de champagne. "Tía, decía Constanza, acuérdate de que te sienta mal".

—Sí, ya lo sé, rica. Como un tiro. Sólo voy a mojarme los labios, tenemos que brindar por todo.

En seguida estaban allí las otras tres, habían venido juntas en el coche de Paloma. Se sentaron, hablaban muy animadas; Héctor se recreaba mirándolas, apenas intervenía. Pensaba: las cinco formaban un ramo de flores, pese a haber dejado atrás la juventud. Sabía de sus vidas; Hilda este verano le había ido contando algunas cosas, por distraerlo de sus propios males, viendo que él se apasionaba por ellas y a la vez segura de su discreción.

Cristal, de verde. El color que armonizaba con sus ojos. Linda mujer, menuda, muy interesante. Héctor había leído poemas escritos por ella; buenos. Alguno muy bueno. Había en ella hondura, sensibilidad que abarcaba todas las cosas: era, sin ninguna duda, artista. Y al final había vuelto a encontrar a su primer amor. Ojalá fuera para bien. Héctor dudaba, creía que no había más amor eterno que el amor imposible. Ojalá siguiera escribiendo sus versos, aquella melancolía que encontraba eco, por necesidad, en todo corazón. Aquellos versos venían en tu busca, te encontraban, quedaban contigo.

Paloma con blusa rosa fuerte y falda violeta de volantes, maquillada y llamativa como si su vida fuera un alegre paseo por un jardín en vez de la cuestarriba empinada que tenía que ser con aquellas dos mujeres en su casa... y al parecer muy sola, no habiendo tenido nunca un novio.

Flora, madre sin hijos, siempre acogedora, siempre buena, vida impecable. Discreta. Flora, pareciendo que, por no incomodar, hasta respirase flojo, bebiendo despacito su poquito de aire.

Pero, si tuviera que elegir, él se quedaba con Ángela. Belleza no llamativa pero auténtica, belleza que iba de dentro a fuera. La dulzura de aquella sonrisa, el equilibrio de su corazón, un corazón sin viento, sosegado. Para él, la esencia de lo femenino permanente. Estable.

Hilda. Bueno, Hilda era su hija, su bendición. No la merecía y gracias a Dios la tenía, fuerte y firme.

Cinco mujeres, hoy solas. Todas habían tenido penas y trabajos,

dificultades y alegrías. Y ahí estaban como siempre tan iguales, sonriendo, con sus pequeñas bromas sin hiel, centradas en las cosas buenas que tenían en vez de lamentar las que no habían alcanzado. Firmes para ser felices. Mujeres así eran la sal de la tierra.

Se levantó despacio de la butaca, sacó el paquete del bolsillo de su chaqueta y se lo alargó a Hilda. Había madurado sentidas palabras para ofrecérselo, ahora se le olvidaron.

Hilda, extrañada: "¿Esto qué es?"

—Una sorpresa para ti.

Todas. ¿Un regalo? ¿Qué será? ¡Qué suerte! Ábrelo, Hilda, ábrelo. Intervenían para rellenar el hueco en la conversación, y animar a Hilda, sacarla de su asombro. Hilda riendo quitó el papel; su expresión al ver lo que había en el estuche era de completo estupor.

—No entiendo nada. ¿Pero qué es?

—Hija mía, ¿no lo ves? Unos pendientes. Ahora era la ocasión para su pequeño discurso. No le salía, sólo asintió con la cabeza, repetidas veces, con una sonrisa de timidez.

La reacción de Hilda fue típicamente suya. Primero leyó cuidadosa la etiqueta de la tienda. Luego protestó:

—Pero papá, cómo se te ha ocurrido... Es que no te puedo dejar solo. ¿Cuánto has gastado en esto? Un dineral, seguro. Válgame Dios. Y dime: ¿qué cuenta has usado?

Las carcajadas y exclamaciones duraron unos minutos; Flora tuvo que secarse los ojos, lloraba de risa. Cuando se hubieron acallado, Cristal se levantó con su copa en la mano. Flora le había pedido que dijera unas palabras.

—Quiero brindar por Héctor. Nos conocemos todos tanto, que cualquier cosa que diga ya la vais a saber. Pero me lo ha mandado Flora y, como comprenderéis, tengo que hacerlo. Porque si no, no me volverá a convidar y de todas las casas a donde suelo ir ésta es en la que mejor se come. —Dejó que se rieran unos segundos y siguió—. Héctor, desde muy joven, tuvo una hermosa vocación: quería cantar, quería vivir para su música y empezó con grandes éxitos. Como muy bien sabemos perdió su voz por una enfermedad y no pudo ser. Pero es un hombre fuerte y, en vez de amargarse y sentirse frustrado, se puso a trabajar, fundó una empresa. Trabajó de firme, hizo de su vida otro gran éxito. Ha sido un padre maravilloso para su hija, un magnífico abuelo, un excelente amigo y un gran ejemplo para todos nosotros. Héctor, en la salud o en la enfermedad, siempre estaremos contigo.

Ahí Flora tuvo que pasarle su pañuelo de hilo fino a Héctor; el encaje resultaba para él curiosamente inadecuado. Lloraba como un niño; hasta necesitó sonarse la nariz. Los demás aplaudían fuerte; los aplausos todavía seguían retumbando cuando Daisy hizo entrar a los otros cinco: Misi,

Arthur, Cristóbal, su amigo y... Leo. Leo con el brazo ya dentro de la chaqueta, aún algo rígido para usarlo.

Se levantaban todos. Ángela roja de confusión, con temblor en las piernas, insegura sobre ellas. Arthur presentó a su amigo; Cristóbal al suyo. Unos y otros se saludaron.

—Lo conocías —dijo Cristal por lo bajo a Ángela. No era pregunta.

—Sí. Lo conocí en Londres.

Daisy servía más copas y poco después Leo preguntó a Flora con su franca sonrisa.

—¿Puedo pasar con Ángela unos minutos a la sala de al lado?

—¿Ya os conocíais? —Flora no demostraba extrañeza, sólo sonreía—. Por supuesto podéis ir donde queráis.

Entraron en el despacho. Ángela murmuró: "has venido..."

—¿No te alegras de verme sin todos aquellos arreos?

—Sí, claro, me alegro. Pero ¿por qué...?

—Si quieres saber la verdad, Misi me dijo que estabas muy deprimida porque me echabas muchísimo de menos, y entonces pensé...

—¿Misi te dijo? —levantó un poco la voz—. ¡No me lo puedo creer, no puedo...! —Vió su expresión risueña, comprendió de pronto—. Ay, no. Me has pillado otra vez.

Leo le tomó las dos manos entre las suyas:

—Y esta vez no voy a soltarte. Ángela, cásate conmigo. —La abrazaba.

Ella, la voz ahogada dentro de la chaqueta de Leo: "Por Dios, tu brazo. Ten cuidado".

—Shshss. Calla y quédate así. Puedes contestar sí, nada más.

De pronto, ráfagas en la memoria: mañana de Marzo fría, el viento a remolinos; en su portátil un correoE de Luisa que la iba a llenar de inquietud y tristeza. Cómo podía imaginar que, misteriosamente, aquello fuera el inicio, la primera palabra de una historia de amor. Su verdadera historia.

Ahí estaban inmóviles, enlazados sin decir nada, hasta que Leo vio a los demás pasar hacia el comedor.

Entonces fueron detrás de los otros. Antes de sentarse, todos los miraban expectantes, nadie preguntó nada aunque las amigas morían de curiosidad. Arthur dio una palmadita discreta en el brazo de su amigo, que sonreía mucho, y asentía con la cabeza varías veces. Desde el otro lado de la mesa, Misi levantó dos dedos en uve, haciéndole un signo de "victoria" y dijo sólo "En-hora-buena". Todos la oyeron; las amigas empezaron a comprender.

La que habló fue Flora, sonriente:

—Como sigamos teniendo que brindar por más cosas, yo no sé si va a alcanzar el champagne, —dijo. Y enseguida añadía, con preocupación de que no la hubieran entendido bien:

—Era broma, hay todo el que haga falta. Por favor, era sólo una broma, de verdad. ¿Nos sentamos?

---

1 Protagonista de la novela *Por donde Sale el Sol*, de la misma Autora